

# ARNALDUR INDRIDASON

SERIE ERLENDUR SVEINSSON



Inocencia robada

RBA

En la última planta de un decadente sanatorio mental de Reikiavik, un paciente esquizofrénico se lanza al vacío ante los ojos de su hermano. Casi al mismo tiempo, en otra parte de la ciudad, un profesor de escuela que acaba de jubilarse es asesinado en un incendio provocado. Los dos fallecidos habían sido maestro y alumno décadas atrás y en las últimas semanas se habían visto en varias ocasiones. Ahora les corresponde al malhumorado e intuitivo inspector Erlendur y a su equipo de investigación desvelar qué inimaginable secreto ocultaba esa turbulenta relación.

Arnaldur Indridason

Inocencia robada

Título original: *Synir duftsins*  
Arnaldur Indridason, 1997.  
de la traducción: Fabio Teixidó Benedí, 2019.  
RBA Libros, S. A., 2019.

A ANNA

Porque de tal manera amó Dios el mundo,  
que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que en Él cree no se  
pierda, mas tenga vida eterna.

Visto desde lejos, el edificio parecía una cárcel. Llevaba años sin ver una sola tarea de mantenimiento. Se habían aplicado los famosos recortes en el sistema sanitario y los peores parados eran siempre ese tipo de hospitales. En las ventanas, un tenue resplandor dorado alumbraba la profunda noche invernal de aquel gélido mes de enero. El gigantesco edificio en decadencia se alzaba solitario a orillas del océano, rodeado de enormes árboles tenebrosos.

En su camino desde la parada del autobús hacia el hospital, Pálmi se fijó en que había aumentado el número de ventanas con barrotes en la segunda planta. Cada vez añadían más. Desde que tenía uso de razón, había visitado aquel lugar cada semana para ver a su hermano. Los tratamientos dispensados a los enfermos del hospital también habían decaído a medida que el edificio se degradaba. Ahora solo servía como lugar de reclusión de enfermos mentales aturcidos por los medicamentos. A Pálmi siempre le había causado pavor aquel sitio. De pequeño se había negado más de una vez a entrar con su madre y solía quedarse fuera esperando a que terminara la visita. Pero ahora ya no podía hacerlo. Su madre había fallecido y él era el único que podía ir a ver a su hermano.

Entró por la estrecha puerta de acceso al pasillo donde los enfermos se congregaban para fumar. No era la entrada principal, pero sí el camino más corto para llegar a la habitación de su hermano. Nada más entrar se dio cuenta de que allí pasaba algo raro. Cerca de la puerta solía merodear siempre un grupo de enfermos con los dedos amarillentos a causa del tabaco. Los dejaban bajar en pequeñas tandas y allí pasaban el rato fumando

con la mirada perdida. Todos conocían a Pálmi, que procuraba llevar una cajetilla cada vez que iba. Algunos le daban las gracias y otros se limitaban a seguir mirando el infinito. Pero ese día no había nadie. Pálmi escuchó a lo lejos unos gritos y el sonido de una alarma.

El pasillo, largo y estrecho, estaba mal iluminado. Una gruesa capa de pintura verde para barcos cubría las paredes hasta el techo. Al fondo se hallaba la habitación su hermano, pero se la encontró vacía. La compartía con otro enfermo y la solía tener bien ordenada, pero ese día parecía que alguien se hubiera desbocado en aquel cuarto tan pequeño: el armario estaba hecho pedazos y la cama, volcada. Las pocas posesiones de Daniel estaban tiradas por el suelo. Pálmi dio media vuelta y salió rápidamente al pasillo para buscar a algún empleado. Llegó a un rincón donde había dos ascensores y apretó los botones. Al abrirse las puertas del de la izquierda, salieron dos cuidadores sujetando a un enfermo amordazado.

—¿Dónde está Daniel? —preguntó Pálmi mientras miraba aterrorizado a los ojos frenéticos del enfermo que forcejeaba. Sabía que se llamaba Natan y que acababa de ingresar en el hospital. Los tres hombres pasaron por delante de él y uno de los enfermeros voceó:

—Danni está sembrando el caos. Se ha subido a la planta de arriba con la intención de suicidarse. A ver si consigues hablar con él.

Luego desaparecieron. Pálmi se metió en el ascensor, apretó el botón de la quinta planta y apareció en una enorme sala de estar donde había mesas y sillas tiradas por el suelo, los armarios estaban destrozados y salía fuego de una cocina. Los empleados combatían las llamas con extintores. Habían logrado controlar a los enfermos y retenerlos en un rincón, desde donde los acompañaban uno por uno hasta los ascensores. Unas ventanas, de la altura de una persona, se alineaban en la pared de enfrente. Una estaba rota y el hermano de Pálmi se encontraba de pie junto a ella, de espaldas a la noche invernal.

—¡Pálmi! —gritó Daniel al ver que se acercaba su hermano—.



Diles que se piren. ¡Estos cabrones quieren hacerme daño!

—¿Puedes hacerlo entrar en razón? —preguntó exaltado uno de los cuidadores a Pálmi—. Le ha prendido fuego a todo y amenaza con suicidarse. Si logramos calmarlo, podremos recuperar el control de la situación.

—¡No os acerquéis, hijos de puta! —les gritó Daniel a los cuidadores, que formaban un semicírculo delante de él, a una distancia prudencial.

Pálmi se acercó a su hermano, haciendo como si no viera a los enfermeros. Sin tratar de abalanzarse sobre él ni apartarlo de la ventana, se quedó a su lado y bajó la mirada. Cinco plantas más abajo se veía el patio trasero del hospital. En sus tiempos estaba bien iluminado, pero ahora solo lo alumbraba una triste farola lejana.

—¿Sabes lo que me han hecho estos cerdos de mierda? —le preguntó Daniel. Pálmi nunca lo había visto tan alterado. Tenía más de cuarenta años, era bajito y llevaba el pelo rapado. Vestía unos vaqueros y una camisa blanca. Iba descalzo.

—¿Te han tratado mal?

—Son unos malnacidos. ¿No podemos irnos a casa, Pálmi? ¿Por qué no piensas en mí?

—¿Qué te parece si bajamos y charlamos en la habitación?

—No, vamos a hablar aquí. Me voy a ir a casa contigo, Pálmi. Podemos vivir juntos y así no tendré que ver a estos malnacidos nunca más. Por favor, Pálmi. No puedo pasar más tiempo aquí. Mamá dijo que cuidarías de mí. ¿Por qué no lo haces?

—Primero tenemos que apartarnos de la ventana.

—¿Por qué no, Pálmi?

—Daniel, vamos a bajar.

—Me han envenenado, Pálmi. Monstruos de mierda. Nos han envenenado a todos. Son unos sinvergüenzas. Unos asesinos.

—Podemos hablar de eso, pero abajo, Daniel. Vamos a alejarnos de la ventana.

La tensión parecía haberse disipado. Se habían llevado al último enfermo de la sala y los enfermeros que rodeaban a los dos hermanos se tranquilizaron. Habían extinguido el fuego de la cocina. Los gritos se habían acallado y las alarmas habían dejado de sonar.

Daníel se serenó al ver a su hermano y este recuperó levemente la calma.

—Pálmi, ¿te acuerdas de cuando me puse enfermo y me trajisteis aquí? Os decía que había llegado a la Tierra subido a una estrella fugaz que venía del paraíso. Me expulsaron porque había dejado de creer. ¿Te hablé de los demás?

Daníel abrazaba a Pálmi y le susurraba al oído. La mayoría de los cuidadores habían desaparecido.

—Tienes que preguntar de dónde venían los demás.

—¿Los demás? ¿Quiénes, Daníel?

—Los de clase, Pálmi. Pregunta si ellos también venían del paraíso —respondió agarrando a su hermano de los hombros.

—¿Que le pregunte a quién?

—Sabén perfectamente lo que han hecho, los muy cerdos.

—¿De qué estás hablando, Daníel? Aléjate de la ventana. Hazlo por mí, baja a la habitación. Allí podemos hablar tranquilamente sobre tu vuelta a casa.

—¿Sabes que ahora mismo estamos en el punto más cercano al Sol, Pálmi? —dijo Daníel con aire sosegado. Le dio a su hermano un beso en la frente. Al apartar la cara, Pálmi leyó en sus ojos lo que se disponía a hacer. Lo vio en su mirada, pero lo entendió demasiado tarde. La chispa de la vida se había extinguido. Daníel retrocedió en silencio y se tiró por la ventana. Pasó una eternidad hasta que Pálmi escuchó un golpe sordo.

Consternado, se acercó y miró hacia abajo. Daníel yacía boca arriba con los brazos extendidos y las piernas dobladas sobre los empinados escalones de cemento que descendían hacia el sótano del hospital. Había comenzado a nevar. Cuando por fin llegó la ambulancia, los copos de nieve cubrían el cuerpo de Daníel como una fina mortaja blanca.

En otra zona de la ciudad se hallaba una vieja casa de madera revestida de chapa ondulada y pintada de negro. Construida a comienzos del siglo XX, de una sola planta abuhardillada, estaba rodeada por un pequeño jardín descuidado sin vallar. En un rincón despuntaba un enorme pino y había un bidón de gasolina abierto tirado en el césped.

La puerta principal de la casa estaba abierta. En el interior olía a cerrado. Unas gachas de avena se habían quemado en una vieja cocinilla de la que salía un denso humo negro. La peste a requemado se mezclaba con el hedor que ya flotaba en el ambiente. La cocina estaba llena de mugre, como el resto de la casa. Los periódicos se amontonaban en el suelo y se veían tazas y platos sucios por todas partes. Había andrajos desperdigados por los muebles y colgados en las paredes. La casa estaba sumida en la penumbra. Solo la iluminaba la luz de las farolas que se filtraba por las ventanas. En la habitación contigua al salón se podía ver un tenue resplandor.

El dormitorio carecía de ventanas, estaba atestado de trastos y del techo colgaba una bombilla desnuda. Sobre el escritorio, una vieja lámpara verde agachaba la cabeza, como si le aterrara levantar la mirada. De ella provenía la luz. La mesa estaba cubierta de libros, montones de revistas, tinteros y elegantes plumas estilográficas. En un antiguo gramófono sonaba música de fondo. Dvořák. *La Sinfonía del Nuevo Mundo*.

Frente al escritorio se sentaba un anciano que llevaba puestas unas zapatillas de fieltro. Su raído albornoz rojo parecía grueso y

cálido. Tenía las manos pálidas y los dedos finos, y hacía tiempo que no se había cortado las uñas. Era prácticamente calvo y los pocos mechones blancos que le caían desde las sienes le bajaban hasta los hombros. Tenía los ojos pequeños y llevaba varios días sin afeitarse. Estaba atado a la silla, completamente empapado. Olía a gasolina.

A sus pies se había formado un pequeño charco. El líquido inflamable se había extendido por la habitación y llegaba hasta el salón, donde también empapaba las paredes, los muebles y la ropa tirada por el suelo. La cocina y la puerta de la entrada también estaban rociadas de gasolina. El hombre sentado en la silla estaba completamente inmóvil. No emitía ningún sonido y no trataba de liberarse. Aguardaba tranquilo a lo que pudiera estar a punto de ocurrir, como si, fuera lo que fuera, se lo tuviera merecido. Parecía resignado.

Se escuchó un leve chasquido al raspar la cerilla y encenderse la llama. Sin forcejear, el hombre de la silla miraba al frente mientras las lágrimas le descendían por las mejillas. Agachó la cabeza y, con labios temblorosos, canturreó una canción infantil, como para calmarse.

Una mano colocó la cerilla encendida entre los dedos del hombre y este la sostuvo unos segundos antes de dejarla caer. El fuego estalló de inmediato y envolvió la silla y el escritorio antes de propagarse por el suelo a toda velocidad hasta alcanzar el salón y trepar por las paredes. La casa se incendió en cuestión de segundos. Los cristales reventaron. El fuego se escapaba por las ventanas dándole dentelladas a la noche invernal. El hombre trató de levantarse, pero se cayó de espaldas en la puerta del dormitorio y quedó engullido por un mar de llamas.

Las paredes del salón estaban prácticamente tapizadas por una serie de fotografías enmarcadas, dispuestas en filas ordenadas con meticulosidad. Parecían los únicos objetos de la casa que habían recibido algún cuidado. Las más antiguas, ovaladas, eran los retratos en blanco y negro de unos jóvenes cuyos nombres aparecían en forma de arco debajo de cada imagen. En el centro figuraba el colegio. Las viejas fotos individuales daban paso a unas

fotos de grupo en las que los alumnos posaban formando dos o tres filas junto a su profesor. En las más antiguas, a los niños se les veía bien arreglados: los chicos con el pelo engominado y las chicas con trenzas. Los fotógrafos ordenaban a los alumnos por estatura y sexo para armonizar la imagen. En la fila delantera posaban sentados en el suelo; en la del medio, en sillas y en la última, de pie. En las más recientes, los alumnos se colocaban donde les parecía y no iban tan bien vestidos. Las fotografías mostraban un sinfín de sonrisas, unas más amplias y otras más comedidas. Algunos niños reían a carcajadas. Observándolas se podía apreciar la evolución de la forma de vestir y del peinado. De alguna manera, las fotos también daban cuenta de un cambio de actitud a lo largo del tiempo. Mientras que en las más antiguas los niños miraban al porvenir con un brillo en los ojos, disciplinados, bien vestidos y tímidos ante la cámara, en las más recientes reinaban el caos y la informalidad. No se veía el respeto por el momento, la tradición o el espíritu del colegio. Nadie llevaba el pelo engominado.

En todas esas fotografías, que en ese momento se consumían en el incendio, el profesor era siempre el mismo y en él se podían apreciar los mismos cambios que en sus alumnos. Las más antiguas eran fotos suyas como estudiante de primaria. A continuación se le veía en el instituto y después junto a sus primeros alumnos cuando ya era profesor, vestido de traje, con una corbata estrecha, unas gafas de carey y el pelo lacio peinado hacia un lado. Ante él se dibujaba un futuro cargado de esperanza. Más adelante aparecía con un jersey andrajoso, el aire cansado y sin pelo. Se había convertido en un anciano frustrado. En una de las primeras fotografías se le veía de pie junto a un chico sentado en el suelo, que, en lugar de mirar a la cámara, alzaba la vista hacia su profesor. Era Daníel.

Atado a la silla, el viejo profesor yacía en el suelo mientras sentía que su vida se extinguía pasto de las llamas.

Pálmi se asomó a la ventana rota y bajó la mirada hacia el cuerpo de Daniel. Se dio la vuelta a toda prisa y salió corriendo hacia los ascensores. Al ver que tendría que llamarlos y esperar, se metió por la escalera. Le había parecido ver un leve movimiento. La chispa de la esperanza se había encendido en su interior como un rayo. Bajó los escalones de cuatro en cuatro, salió disparado al exterior, llegó corriendo al jardín trasero y se acercó a las escaleras que conducían al sótano. Pero no le había servido de nada apresurarse. Daniel estaba muerto. Tenía rotos casi todos los huesos.

Se sentó en la nieve junto a su hermano y observó los copos posarse sobre su cuerpo hasta que llegaron la policía y la ambulancia. Sin pedirle a Pálmi que se apartara, metieron el cadáver de Daniel en la ambulancia y se fueron. Como los suicidios se trataban como casos criminales, los miembros de la Policía Judicial tomaron declaraciones a los trabajadores, a los médicos y a Pálmi, aunque ninguno tenía mucho que decir. La noticia de que Daniel había muerto corrió como la pólvora entre los internados y el silencio cayó en el lúgubre edificio.

—Era muy buen chico —declaró un anciano celador que había trabajado mucho tiempo en el hospital y apreciaba de veras a Daniel. Sentados en la cafetería, un grupo de celadores y enfermeros conversaban con Pálmi, quien aún no se podía creer lo que había ocurrido y todavía no tenía fuerzas para marcharse, a casa o a donde fuera. Uno de los cuidadores había salido al patio y lo había acompañado bajo la nieve al interior del edificio. La Policía Judicial no se quedó mucho tiempo. Todo era muy obvio. Un

manicomio. Disturbios. Un suicidio. Numerosos testigos habían visto a Daníel saltar por la ventana. No había sido un accidente. Se había tirado por voluntad propia.

—¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó Pálmi, pensativo, inclinado hacia delante y con la cara hundida en sus manos. Tenía una voz clara y bonita, aunque ceceaba levemente al hablar.

—Daníel llevaba raro unas semanas —comentó el mismo celador, un buen hombre de unos cincuenta años con una espesa cabellera rizada, la nariz grande y la cara ancha. Se llamaba Guðbjörn.

»Solía estar muy nervioso y nos daba mucho trabajo. Ya sabes cómo se ponía cuando se negaba a tomarse la medicación y se empeñaba en decirles a los otros enfermos que, en realidad, estaban sanos. A veces perdía la cabeza. Pero últimamente se le veía de lo más sosegado. Vagaba por ahí, en su propio mundo, sin dirigirle la palabra a nadie.

—Yo no le había notado ningún cambio, y eso que vengo cada semana. Casi siempre estaba tranquilo y hablaba bien de todos los empleados. ¿Qué quería decir con eso de que sois unos malnacidos?

—Le encantaba echar pestes sobre nosotros y culparnos de todo —señaló otro celador más joven, llamado Elli.

Pálmi sabía que era cierto. Daníel solía acusar al personal del hospital —médicos, enfermeros y celadores—, de que sus tratamientos no eran los apropiados y exigía que le dejaran consultar a médicos independientes. Dado que tenía serias limitaciones para salir del hospital, los exámenes médicos en la ciudad le brindaban la oportunidad de escaparse por un tiempo.

—¿Qué le puede haber hecho cambiar? —preguntó Pálmi.

—Eso se lo tendrás que preguntar al doctor. Yo creo que tiene algo que ver con ese hombre que venía tanto a verlo últimamente —respondió Guðbjörn—. Era mucho mayor que Danni y se pasaban hablando horas y horas. Nunca lo había visto antes, pero estoy seguro de que tenía algún significado especial para tu hermano.

—Sí, espera, ¿cómo lo llamaba Danni? —preguntó la enfermera, de nombre Andrea, tratando de hacer memoria. Era una mujer

bajita, regordeta y con cara de buena persona.

—¿No era Hilmar o Haukur o algo así? —respondió Elli—. Nunca llegué a saber de qué hablaban tanto. Un día me pareció verlos un poco alterados mientras decían algo de unas cápsulas de aceite de hígado de bacalao, o eso me pareció, aunque podría equivocarme. Ni que los hubiera estado espiando —aclaró a modo de excusa—, solo pasé por delante de ellos en la cafetería.

—¿Cápsulas de aceite de hígado de bacalao? —preguntó Pálmi—. ¿Se las dais a los enfermos?

—En absoluto —respondió Andrea—. Esto no es un centro de rehabilitación —afirmó mirando a sus compañeros.

—Danni solo me tenía a mí. Y a vosotros, claro. No entiendo quién podría venir a verlo —dijo Pálmi, ensimismado—. ¿Recibía otras visitas además de las mías?

—No, nunca —contestó Andrea—, salvo estas últimas semanas. Pensaba que te lo habíamos comentado.

—Es la primera noticia que tengo —aseguró Pálmi—. ¿Sabéis quién es o cómo se llama ese hombre?

—La verdad es que no me acuerdo. Habla con Jóhann —le sugirió Andrea.

Jóhann era el celador que mejor conocía a Daniel. Había comenzado a trabajar en el hospital hacía una década y ambos habían entablado una profunda amistad. Pálmi había llegado a la conclusión de que Jóhann era mejor para su hermano que ningún doctor o medicina.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Hace una semana que no trabaja aquí. Puso a caldo a nuestro jefe —explicó Guðbjörn—. Creo que lo han echado.

—¿Que lo han echado? ¿Y eso por qué?

—Estaba hasta la coronilla de la dirección del hospital —respondió Andrea mientras miraba a sus compañeros.

—Nadie nos ha explicado nada —añadió Guðbjörn—. Jóhann llevaba tiempo quejándose y discutiendo en las oficinas. Les cantó las cuarenta y se marchó. Lo más seguro es que ya no aguante más tonterías. La asistencia médica está bajo mínimos, faltan enfermeros y al hospital se les van los empleados. La solución



consiste en atiborrar de medicamentos a los enfermos para calmarlos. Ese es todo el tratamiento que les dan. Todo funcionaba mejor antes de los recortes. Jóhann se oponía firmemente a las nuevas medidas económicas. Era a quien más le afectaba el modo en que se trataba a los enfermos. Ahora solo se quedan los casos más graves de demencia, y a los demás los envían a sus casas, donde sin duda causarán grandes problemas.

—¿Cómo es posible dirigir un psiquiátrico en esas condiciones? —preguntó Pálmi.

—Aquí todo es posible —respondió Elli.

—Hay un detalle curioso sobre ese hombre que venía a ver a Danni —reparó Guðbjörn, pensativo—. Tal vez suene un poco infantil, y no creo que tenga la menor importancia. Venía todos los jueves a la misma hora, a las cinco, con un viejo maletín que no le vi abrir ni una vez. Era calvo, tenía la cara muy pálida e iba siempre muy desarreglado. Pero lo que me llamaba la atención era que tarareaba todo el rato la misma melodía.

—Un momento, si hoy estamos a viernes, ¿ese hombre estuvo aquí ayer? —preguntó Pálmi.

—Pues no lo vi, pero es muy probable.

—¿Qué tarareaba? —preguntó Pálmi.

—Eso es lo que me parecía raro —respondió Guðbjörn—. Me daba la impresión de que eran unos versos de Jónas Hallgrímsson: «... y tus días de mayor gloria iluminarán como un relámpago la noche de los tiempos».

Pálmi llegó a casa hacia medianoche. Todavía no había acabado de entender lo que había ocurrido por la tarde. Inmerso en sus pensamientos, encendió la luz del pasillo. Podía escuchar la televisión de Dagný, su vecina. Él no tenía televisor. Su apartamento estaba lleno de objetos decorativos y cuadros, pero lo que más destacaba era su colección de libros, que tenía dispuestos ordenadamente en enormes estanterías que cubrían las paredes. Soltero y sin hijos, Pálmi regentaba una librería de segunda mano en el centro.

Llenó el hervidor de agua para prepararse un té antes de dormir. Pensó en Daniel, en Jóhann, en el hombre de las visitas y en si quizás el suicidio era la única solución que le quedaba a su hermano. Habían hablado mucho del tema. Pálmi no comprendía esa opción, jamás había reflexionado al respecto y le parecía descabellado que alguien quisiera poner fin a su vida. Sin embargo, Daniel lo veía como algo natural. No era asunto de nadie que se quisiera suicidar. El acto, en sí, le parecía repugnante y doloroso, bien fuera cortándose las venas de la muñeca, abriéndose la yugular o colgándose del techo. Era humillante y denigrante. Daniel quería que el suicidio se regulara igual que una operación quirúrgica, como la extirpación de una glándula o una operación de varices.

Una de las razones por las que no podía vivir con Pálmi era, precisamente, su tendencia suicida. Había estado a punto de lograrlo en las dos últimas ocasiones. Daniel había pasado la mayor parte de su estancia en el hospital bajo los efectos de una fuerte

medicación. Pálmi no podía asegurarse en cada momento de que se tomaba los medicamentos que controlaban su impulso. Había intentado retirar de casa cualquier objeto que Daniel pudiera utilizar para quitarse la vida, pero era una batalla perdida. Una vez, al volver a casa, Pálmi había encontrado a su hermano con una bolsa en la cabeza, y consiguió reanimarlo realizándole el boca a boca. En otra ocasión lo había descubierto con una soga alrededor del cuello. La cuerda se había roto y Daniel había estado en el suelo tirando de ella con todas sus fuerzas hasta perder el conocimiento.

Pálmi había decidido ingresar de nuevo a su hermano en el hospital. Dos años después, al comprobar que no había intentado suicidarse otra vez, se llegó a plantear llevarlo otra vez a casa, pero había cambiado de opinión en el último momento. Vivía solo en un agradable apartamento heredado de su madre. A Daniel le habían diagnosticado esquizofrenia muchos años atrás. Pálmi recordaba vagamente el inicio de la enfermedad. Los hermanos se llevaban diez años y Pálmi era muy pequeño cuando comenzaron a manifestarse los primeros síntomas. Recordaba haber visto feliz a su madre y haber jugado con un niño alegre y risueño, pero no eran más que momentos puntuales de una infancia espantosa. Lo que más recordaba era el sufrimiento de su madre, la furia de Daniel y las interminables visitas a aquel terrorífico hospital.

A Daniel lo habían expulsado del paraíso.

Hasta donde Pálmi sabía, su hermano había tenido una infancia normal, pero a los trece años experimentó un cambio drástico e inesperado. Había comenzado a beber y a consumir drogas duras con sus compañeros de clase. Durante los años siguientes tuvo continuas trifulcas con su madre y con la policía, que una noche tras otra lo llevaba a casa drogado o bebido después de habérselo encontrado tirado por la calle. Dejó de dormir y, al cabo de unos años, comenzó a oír voces, a tener alucinaciones y a hablar con personas imaginarias. En lugar de dormir, se pasaba las noches leyendo cualquier cosa. Almacenaba en su memoria todo lo que leía y era un erudito en los campos más dispares. A menudo caía rendido por las mañanas y entonces dormía unas pocas horas. De noche solía deambular por la ciudad y se drogaba sin que su madre

podiera hacer nada. Decía que eran las malas compañías, los chicos de clase. Había comenzado el instituto, pero lo dejó pronto. Al mismo tiempo, se volvió muy creyente pese a que nunca hubiera mostrado ningún interés religioso. Las voces que aseguraba oír le transmitían mensajes de fe que alteraban su visión de la realidad. Por ejemplo, en cierta ocasión había leído en el periódico que habían visto una especie de augurio en el cielo, probablemente un meteorito que se estaba desintegrando en la atmósfera envuelto en una nube de chispas incandescentes, y pensaba que esa estrella fugaz era él mismo cayendo desde el paraíso. Lo habían expulsado y debía arrepentirse si quería ser readmitido. Lo que más lo atormentó durante toda su vida fue aquella extraña pérdida del paraíso.

Daníel no percibía los cambios que se producían en él y no admitía que estuviera enfermo. Al contrario, consideraba que era quien mejor razonaba de todos los que tenía a su alrededor, y había reaccionado violentamente el día en que su madre, cansada y aterrada, solicitó asistencia médica. Se volvió arrogante e irascible y su estado se fue deteriorando con los años. Acabó sin poder valerse por sí mismo, daba muestras de violencia y trataba de suicidarse una y otra vez. Un día agredió a Pálmi y lo lanzó contra una pared con tal agresividad que lo dejó inconsciente. Cuando su madre se acercó para ayudarlo, Daníel cogió un cuchillo de la cocina y se lo clavó en el hombro antes de salir corriendo. Su madre se mostraba reacia a internarlo en un hospital psiquiátrico, pero no le había quedado más remedio después de una segunda agresión a Pálmi, aún más violenta. Habían pasado veinticinco años desde su ingreso. La madre había fallecido hacía siete. Desde entonces, Pálmi vivía solo.

Daníel presentaba el clásico cuadro de esquizofrenia. Su madre se había preguntado durante toda su vida cómo era posible que ningún miembro de su familia hubiera desarrollado la enfermedad. Estaba convencida de que era hereditaria. Sin embargo, apareció en su pequeño sin explicación alguna, como un rayo caído de un cielo sin nubes, y le arruinó la vida de repente. A menudo se enfurecía al pensar en la mala suerte que había corrido su hijo y lloraba de puro

desespero. Ella era quien mejor lo había conocido antes de que la enfermedad se adueñara de él.

Sentado en el salón con su taza de té, Pálmi se acariciaba la mano derecha con el ceño fruncido, como si todavía sintiera el dolor de unos acontecimientos ocurridos mucho tiempo atrás. Las quemaduras no le permitían usar ni el dedo meñique ni el anular. Pálmi, su hermano y su madre formaban el núcleo familiar. Su padre había fallecido poco después de nacer Pálmi y solo lo conocía a través de las historias que su madre le había contado. Según ella, no había existido mejor hombre en todo el planeta. Era un marinero que había naufragado en la costa oeste como consecuencia de una gran tormenta. Hasta sus defectos se habían convertido con el tiempo en anécdotas graciosas. Como su problema con el alcohol. Cuando salía de borrachera podía desaparecer durante una semana entera, pero, después de su fallecimiento, sus largas ausencias habían pasado a ser viajes motivados por su deseo de aventura y su inquietud innata por hacer amistades. Sin embargo, ninguna de esas «amistades» se había puesto luego en contacto con la viuda, madre de dos hijos, después de su muerte. Pálmi había perdido a sus padres y se acababa de quedar sin su único hermano.

Su madre se había ido de casa siendo muy joven y prácticamente había perdido el contacto con sus padres desde que estos se habían trasladado a Dinamarca. Pálmi sabía que aún tenía allí un abuelo muy mayor. Al fallecer su madre, su abuelo y su abuela habían venido a Islandia y se habían quedado un par de días antes de coger el vuelo de vuelta a Dinamarca y dejar tras ellos una desagradable sensación de indiferencia e irritación.

Pálmi oyó que alguien llamaba levemente a su puerta. Sabía que solo podía tratarse de Dagný. Su vecina se había mudado con sus dos hijos al inmueble unos años atrás y habían entablado una buena amistad. Delgada y bajita, Dagný trabajaba como secretaria en el Instituto de la Seguridad Social. En las raras ocasiones en que a Pálmi le apetecía ver algo en la televisión, se pasaba a casa de su vecina, que siempre agradecía la compañía. Su matrimonio no había funcionado bien y desde entonces había tenido mala suerte con los hombres, así que decidió tomarse un descanso. Había

conocido fugazmente a un mayorista que no se separaba nunca del teléfono móvil, ni siquiera al acostarse con ella. Lo tuvo que llamar para dejarlo. Después decidió a un psicólogo infantil que no soportaba a sus hijos. Les había pedido a los chicos que le dijeran que su madre no quería verlo más. Pálmi fue una agradable novedad. Además, los niños lo adoraban.

—¿Era tu hermano Danni el que ha salido en las noticias? —le preguntó al entrar.

—Sí —respondió Pálmi cerrando la puerta.

—¿Qué ha ocurrido?

—Si te digo la verdad, aún no lo sé. Por algún motivo, este mediodía ha perdido la cabeza, ha puesto el hospital patas arriba y luego se ha tirado por la ventana del último piso. Ha muerto en el acto.

—Pobre Danni.

—Sé que le ocurría de vez en cuando. Aun así, hay algo que me huele raro. Alguien visitaba a Daniel en las últimas semanas. No sé de nadie que hubiera podido tener motivos para ir a verlo. Ningún empleado sabe quién era ese desconocido, aunque todavía debo preguntarle a Jói. Nadie sabe de qué hablaba con Danni. Se ve que un celador los oyó hablar una vez de unas cápsulas de aceite de hígado de bacalao.

—¿Cápsulas de aceite de hígado de bacalao?

—Puede que sea un malentendido.

—¿Estaba ya muerto cuando has llegado?

—No —respondió Pálmi—. Se me ha escapado de las manos, literalmente. Tal vez lo podría haber agarrado si hubiera pensado un poco más deprisa. Si hubiera entendido mejor las circunstancias, si me hubiera dado cuenta del peligro. Pero lo he comprendido demasiado tarde, cuando ya había saltado al vacío. De pronto yacía allí, en las escaleras. Todo había terminado. Todavía no concibo lo que ha pasado.

—Es normal que te culpes —dijo Dagný acariciándole la mejilla. Todavía estaban en el pasillo, frente a la puerta de la entrada. Su relación nunca los había conducido hasta el dormitorio y a ambos les parecía muy bien que así fuera.

—Hablabas de personas a los que llamabas «los demás». Quería que me informara sobre ellos. No sé a qué se refería. Ha mencionado el paraíso, lo cual no es ninguna novedad, pero después ha mencionado eso de «los demás». Nunca le había oído decir algo así.

—¿Qué habrá querido decir?

—Luego me ha hablado del colegio. Lo habían expulsado del paraíso y no dejaba de repetir que, si regresaba, todo se arreglaría y recuperaría la salud. Después me ha pedido que preguntara de dónde venían los demás. Pero ¿quiénes son los demás? ¿Y preguntar a quién?

—¿A qué se refería?

—A algo relacionado con el colegio. Daniel pasó por tres escuelas distintas a lo largo de su vida. Estuvo unos meses en el instituto, un año en el colegio de Ármúli y todos los años anteriores en el colegio de Víðigerði.

—¿No estaría delirando? Decía muchos disparates.

—Luego me ha dicho que estábamos en el punto más cercano al Sol. Esas han sido sus últimas palabras. Que ahora estábamos en el punto más cercano al Sol. ¿Cómo se supone que tengo que interpretar eso? —Pálmi suspiró.

—¿No lo sabías? —preguntó Dagný, para quien la astrología y el movimiento de los cuerpos celestes no tenían ningún secreto—. Todos los islandeses piensan que es en julio, pero es ahora, en enero, cuando la Tierra está más próxima al Sol.

La vieja casa de madera había ardido en un instante. Por la tarde, al llegar los bomberos y la policía, había quedado reducida a cenizas. Los bomberos habían desplegado un gran operativo debido a que el edificio se encontraba en el barrio de Þingholt, una zona densamente poblada, y lo rodeaban otras casas de madera. Por suerte, apenas soplaba el viento y el fuego ascendía en vertical hacia el cielo, consumiendo todo lo que podía sin propagarse hacia los laterales. Hasta el día siguiente no hallaron el cadáver entre las ruinas calcinadas. Nada más bajar del coche, el agente de la Policía Judicial Erlendur Sveinsson entendió que el incendio había sido provocado. No era un gran misterio, no tuvo ni que emplear sus conocidas dotes de deducción. El incendiario parecía haber querido dejar un mensaje: en la parte trasera de la casa había un bidón de diez litros de gasolina tirado sobre el césped congelado. Empezaba a clarear y los escombros humeaban bajo el frío glacial de enero. La policía había acordonado el solar con una cinta amarilla y algunos agentes deambulaban entre las ruinas.

Erlendur los dispersó y les pidió que se alejaran de los escombros. Enseguida encontró el esqueleto y se inclinó sobre él. No quedaba ni el más mínimo trozo de carne. La silla había ardido y estaba tirada en el suelo calcinado. La víctima tenía la mandíbula abierta y sus órbitas huecas miraban hacia el cielo gris. Erlendur reparó de inmediato en unos restos de cordel alrededor de los tobillos y las muñecas.

—¿Se sabe quién vivía aquí? —le preguntó Erlendur a su compañero de la Judicial, un joven llamado Sigurður Óli que lo



seguía de cerca mientras examinaba los escombros.

—Un tal Halldór. Vivía solo. Soltero y sin hijos. Había vivido aquí desde que se instaló en Reikiavik. Daba clase en el colegio de Víðigerði y acababa de jubilarse. Nació en 1928, en el distrito de Árnessýsla.

—Muy bien. ¿Y, por casualidad, no sabrás también quién le ha prendido fuego? —le preguntó Erlendur con ironía. Por las mañanas no hacía gala de su mejor humor.

—Llevo al teléfono toda la mañana —respondió Sigurður Óli—. ¿Estás seguro de que lo han asesinado?

—De que lo han freído, querrás decir. Si es que este es él. ¿Tienes el nombre de su dentista?

—Lo averiguaré.

—¿Sabes si tiene algún familiar?

—Según el director del colegio de Víðigerði, tiene una hermana mayor que vive en una residencia de Hafnarfjörður.

—¿Le has dado ya la noticia?

—Pensaba ir luego. El director me ha dicho que se había jubilado con un año de antelación. Se había hecho viejo y daba clases como sustituto o algo así. Pero había tenido algunos problemas. Por lo que he entendido, los alumnos lo acosaban. Una vez lo rodearon y lo cubrieron de escupitajos. Puede que a los chavales se les fuera de las manos anoche.

—No tiene por qué, si ya se había jubilado. Aunque no deberíamos descartarlo.

Examinó con detenimiento las pistas sembradas alrededor del cadáver para hacerse a la idea de la distribución de las habitaciones.

—Aquí aún quedan restos de cordel —indicó Sigurður Óli.

—Parece estar hecho de un material resistente al calor. Solicita los planos de la casa en la oficina de seguros contra incendios.

—Ya lo he hecho —se apresuró a decir Sigurður Óli, sin poder disimular su satisfacción. Hacía poco que habían entrado en la Judicial y le habían asignado trabajar con Erlendur, que llevaba décadas en el cuerpo. A Erlendur le ponía de los nervios su nuevo compañero. Sin embargo, a Sigurður Óli no parecía importarle

mucho. Él también había estado la noche anterior en el lugar de los hechos, pero, a diferencia de su jefe, no había regresado a casa. A Erlendur le sacaba de quicio que siempre tuviera que ir vestido de punta en blanco.

—Y entonces, ¿cómo es que no los llevas en la mano? —le preguntó.

—Un momento, los tengo en el coche —respondió Sigurður Óli antes de salir disparado a por ellos.

Erlendur estudió la posición del esqueleto. La parte inferior reposaba sobre unas astillas que parecían restos de la silla. Al parecer, el fuego se había desarrollado con más intensidad alrededor del cadáver y la casa se había incendiado prácticamente a la vez. El autor del crimen no había escatimado en gasolina. En ese momento llegó el fotógrafo y Erlendur le pidió que esperara un poco.

Según los planos, el cadáver yacía entre el dormitorio y el salón. Erlendur dedujo que el hombre había intentado escapar. Del salón salía un pequeño vestíbulo donde se encontraba la entrada principal y desde donde también se accedía a la cocina y a una pequeña habitación. Un tabique separaba la cocina del salón, donde el suelo estaba cubierto de multitud de cristales, muchos más de lo que cabría esperar de las dos ventanas que habían estallado durante el incendio. Sobre los cristales había una serie de objetos que parecían unos marcos calcinados, unos de metal y otros de madera. Los miembros de la Científica acababan de llegar al lugar de los hechos y no se arriesgaron a entrar en la zona de escombros sin que Erlendur les diera su permiso. El policía les señaló el bidón de gasolina y lo cogieron con cuidado para meterlo en una bolsa de plástico.

—El autor no se ha andado con contemplaciones —murmuró Erlendur para sí mismo mientras se inclinaba sobre el esqueleto. Sigurður Óli prestaba toda su atención—. Este hombre no tuvo la más mínima oportunidad —continuó Erlendur—. Si realmente lo han asesinado, ¿qué necesidad había de montar semejante espectáculo? ¿Por qué no hacerlo con algo más de gusto y ocultar los indicios? No le habría supuesto mucho esfuerzo. En la vida he visto una cosa igual. ¡Un bidón de gasolina en el lugar del crimen!

—¿Cuál es tu hipótesis? —preguntó Sigurður Óli clavándole la mirada.

Erlendur les indicó a los de la Científica que podían acceder a la zona acordonada. Tres hombres entraron con precaución, pertrechados de bolsas y aparatos de todo tipo.

—Arrogancia —respondió Erlendur mientras se acercaba de nuevo al esqueleto para examinar meticulosamente su posición. Detuvo la mirada en los puños. Agarrotados, se alzaban al aire como desafiando la atrocidad de su muerte.

«Si este es Halldór, era un hombre de huesos finos y manos esbeltas», pensó Erlendur.

—Vamos a esperar a recibir la confirmación del dentista antes de hablar con su hermana —concluyó.

## 6

Jóhann, el antiguo celador del hospital, vivía en el semisótano de un inmueble de la avenida Miklabraut, la arteria más transitada de Reikiavik. El ruido del tráfico se escuchaba las veinticuatro horas del día y en el aire flotaba siempre una espesa nube de polución. No servía de nada que Jóhann hubiera instalado cristales cuádruples en la ventana de la cocina, que daba directamente a la avenida. A cambio, los precios de los apartamentos eran de los más bajos de la ciudad. Lo peor eran las tardes y las noches, cuando los motoristas usaban Miklabraut como circuito de carreras. El ruido era ensordecedor. Y siempre regresaban, por mucho que la policía les hubiera echado el guante en más de una ocasión.

Desde que había dejado de trabajar en el hospital, Jóhann pasaba la mayor parte del tiempo metido en su casa, sin saber qué hacer. Sin embargo, se sentía satisfecho por haberles cantado las cuarenta a los directores del centro. Pese a ser un hombre de naturaleza tranquila, se había presentado en los despachos de la administración, había llamado desgraciados y miserables a sus jefes, y, alterado, había arrojado al suelo su gorra, que en sus mejores tiempos fue de color azul. Ahora la llevaba puesta en la cabeza, sentado en su cocina con una taza de café en la mano, y veía a Pálmi bajar las escaleras hacia el sótano. Tras haberse enterado de los tumultos ocurridos en el hospital y de la tragedia de Daniel, daba por hecho que tarde o temprano le haría una visita.

—Por aquí, Pálmi —le indicó abriéndole la puerta—. No hace falta que te diga lo desolado que me encuentro por lo que le ha ocurrido a tu hermano.

—Gracias, Jói —respondió Pálmi mientras entraba.

Se acomodaron en la cocina y Jóhann le sirvió una taza de café. La cocina estaba ordenada de manera impecable, con cada cosa en su sitio, y el suelo y los armarios limpios. Jóhann siempre había vivido solo y era conocido por su pulcritud. Pálmi y él se habían llevado bien desde el momento en el que el celador había prácticamente adoptado a Daníel en el hospital. Jóhann era un hombre grande y corpulento, con unas manos enormes, pero tenía un tono de voz dócil y amable. Todo en él inspiraba confianza, hasta su manera de andar. Cojeaba levemente porque tenía una pierna un poco más corta que la otra y pisaba con fuerza al caminar.

—Recuerdo el día en que conocí a Danni en el hospital. Aseguraba que no pasaría mucho tiempo allí dentro —explicó Jóhann mientras se sentaba al lado de Pálmi—. Yo esperaba que tuviera razón, pero al final se pasó allí la mayor parte de su existencia. Qué vida —dijo en voz baja.

—Quería agradecerte todo lo que has hecho por él durante todos estos años y por haber sido su amigo —dijo Pálmi antes de darle un sorbo a su café humeante.

—Soy yo quien debería estar agradecido. Creo que nuestra amistad me aportó más a mí de lo que llegó a aportarle a Danni. Lo tenía en gran estima. No dejo de pensar en que, si no me hubiera hartado de ese hospital, a lo mejor habría podido ayudarlo en sus últimos días. Siempre tuve la intención de ir a despedirme de él, pero al final no lo hice. Me fui corriendo por la puerta y ya no volví más.

—¿Por qué te fuiste?

—Lo de ese hospital es un verdadero escándalo y lo ha sido durante muchos años. He hablado miles de veces con los jefes y su única respuesta es que ahora hay crisis y el sector público tiene que apretarse el cinturón. Le dije al director que llevaba años trabajando como celador y que no era la primera vez que pasábamos por un periodo de recortes. Pero la situación nunca había sido tan penosa. Los únicos que cuidan de los enfermos son los celadores y no tienen la formación necesaria para hacerlo. No tienen ninguna formación, de hecho. Creo que los jefes se han vuelto locos de

remate. Así se lo dije al director y a todos los que quisieron oírlo en los despachos.

—Y no te sirvió de nada.

—Estaba hasta las narices, Pálmi. No me veo con fuerzas para seguir trabajando allí.

—¿Cuándo viste a Daniel por última vez?

—El día en que me fui, hace justo una semana. Hablé un poco con él en su habitación.

—¿Lo notaste cambiado en las últimas semanas?

—Sí, bastante. Se comportaba como cuando dejaba de tomarse la medicación, cosa que hacía de vez en cuando. Por extraño que parezca, en esos momentos parecía calmarse y podíamos mantener una conversación larga y razonable. Creo que los medicamentos nunca lo ayudaron. No creo en las medicinas y me importaba un comino que no se las tomara. Menos dinero para el imperio farmacéutico. Aunque, bueno, quién sabe si no tenían en realidad algún efecto. En todo caso, es terrible ver la barbaridad de medicinas que se les da y se les ha dado siempre. Los atiborran a cápsulas de todos los colores y de todas las formas y tamaños. ¿Y sabes por qué? Porque es el único tratamiento que los hospitales se pueden permitir. Ha habido una drástica reducción de plantilla y, para que no reine el caos, hay que sedar a los pacientes. Los señoritos no pueden pagar sueldos decentes, pero sí pueden invertir cientos de millones cada año en la producción de medicamentos. Trabajé allí durante muchos años y vi a los pacientes engullir toneladas de esas porquerías. Luego los mandan a casa sin importar su estado de salud y vuelven al hospital en peores condiciones.

—Alguien había ido a verlo en las últimas semanas, lo cual me parece muy extraño. Yo he sido la única persona que lo ha visitado durante todos estos años. ¿Sabes algo de ese hombre? Sus visitas no están registradas en el hospital.

—Era un antiguo profesor de su colegio. Halldór, creo que se llamaba. Un poco raro. Debilucho y huidizo. Me parece que lo visitó tres veces.

—¿Con qué intenciones iba? Daniel no me lo había mencionado

y me sorprendí cuando los empleados hablaron anoche de él.

—Ejercía una extraña influencia en tu hermano. Recuerdo que, en su primera visita, Danni lo echó y le dijo que no volviera nunca más. Sin montar ningún escándalo. Solo le dijo que se largara. No sé de qué hablaron y, cuando le pregunté, Danni no quiso contarme nada.

—¿Y nunca lo supiste?

—No.

—¿Cómo sabes que era su profesor?

—Me lo dijo Danni. El hombre volvió al cabo de una semana y consiguió que se sentara con él a hablar. Pasaron mucho tiempo charlando, pero cuando le pregunté sobre qué habían hablado, Danni se cerró en banda de pronto. Por lo demás, me veía como un confidente y me contaba todo lo que pensaba, las cosas que lo irritaban. Pero era obvio que ese hombre, o lo que le pudiera decir, ejercía una gran influencia en él.

—¿Qué tipo de influencia?

—Ya sabes cómo era tu hermano. Era hablador y divertido, pero de vez en cuando se ponía hecho un basilisco. Se volvía un malhablado, perdía el control y decía lo primero que se le pasaba por la cabeza. Soltaba tacos y obscenidades. En cambio, últimamente no se le podía arrancar ni una palabra. Parecía un zombi. Deambulaba por ahí sin hablar con nadie, sumido en sus pensamientos.

—¿Relacionas ese cambio con las visitas de ese hombre?

—No tiene por qué. Danni podía ser imprevisible.

—Los otros celadores también me dijeron que se había vuelto más llevadero. Al contrario que tú, parecían contentos.

—No siempre vemos las cosas desde el mismo ángulo.

—A Elli le había parecido oírlos hablar de unas cápsulas de aceite de hígado de bacalao. ¿Sabes a qué se podría referir?

—Bueno, Elli es como es. Aunque podría ser. No sé.

—¿De qué estuvisteis hablando Daniel y tú cuando os visteis por última vez?

—De pocas cosas. Ya conoces su teoría de que lo habían expulsado del paraíso y que la prueba era la estrella fugaz sobre la

que había leído en los periódicos. Me dijo que en el paraíso había más gente con él. Sus amigos de otra época. No hablamos de nada más.

—A mí me dijo lo mismo —explicó Pálmi—, pero no tengo ni idea de lo que significa.

—No llegas a ver nunca a la verdadera persona debido a los medicamentos. No creo que haya llegado a conocer a tu hermano y, sin embargo, yo era el que mejor lo conocía de todos, aparte de ti. Ya sabes lo que quiero decir. El Danni a quien conocí durante todos estos años no era más que una creación química, un individuo castrado por la industria farmacéutica. Creo que nunca lo conocí en su totalidad, y eso es algo que me causa una profunda tristeza. En algunas ocasiones me daba la sensación de estar asomándome al verdadero Danni, el que se escondía detrás de la bruma tóxica, pero puede que solo fueran imaginaciones mías. Lo que sí sé es que tu hermano era una bella persona.

—Apenas tengo recuerdos suyos de antes de que enfermara —comentó Pálmi.

Se hizo un silencio y los dos siguieron un largo rato sentados en la cocina, escuchando el rumor del tráfico a través del cristal cuádruple. La mañana había avanzado y estaba llegando la hora punta. El rugido de los motores se sentía en el aire y una nube de contaminación se había estancado sobre la ciudad. El viento llevaba unos cuantos días sin soplar y la niebla amarilla no se movía ni un ápice.



Erlendur y Sigurður Óli se dirigieron a Hafnarfjörður para comunicarle a la hermana de Halldór Svavarsson el fallecimiento de su hermano. Habían subido las temperaturas después de unos días fríos y las calles estaban encharcadas de aguanieve. La nieve fundida, el alquitrán y la sal se mezclaban formando una masa marrón pringosa, fría y húmeda que se arrastraba sin remedio al entrar en casas y coches. Cuando helaba, el mejunje se congelaba formando una capa de hielo triturado. Apenas hablaron durante el trayecto. Tanto Erlendur como Sigurður Óli estaban sumidos en sus pensamientos. Los informes bucodentales habían confirmado la identidad del fallecido: Halldór Svavarsson. La investigación inicial apuntaba hacia un incendio provocado. No había huellas en el bidón de gasolina. Erlendur era quien más años llevaba trabajando en el cuerpo y tenía experiencia en todo tipo de investigaciones. Antes apenas había especialistas en la Judicial y los mismos hombres se ocupaban de casos muy diferentes entre sí. Ahora las cosas habían cambiado y los agentes tenían áreas de especialización. Todos menos Erlendur, que iba por libre y tomaba siempre sus propias decisiones. Era el más veterano, llevaba allí más tiempo que sus jefes.

En ocasiones podía ser complicado trabajar con Erlendur. Sigurður Óli daba fe de ello, pero funcionaban bien juntos.

—El que ha hecho esto —dijo Erlendur de repente— es un chulo. No me sorprendería que lo hubiera quemado alguien del colegio.

—O bien alguien quiere hacernos creer que ha sido un aficionado —señaló Sigurður Óli—. ¿Descartas que se haya prendido fuego él

mismo?

—¿Quieres decir que se hubiera atado a sí mismo y luego hubiera encendido una cerilla?

—Puede que llevara un mechero en la mano y lo dejara caer. No sé.

—Dudo mucho que alguien pueda hacer algo así —objetó Erlendur—. ¿Te has enterado de lo del hombre que se tiró por la ventana del hospital psiquiátrico? Creo que Einar lleva el caso. Ocurrió al mismo tiempo que se incendiaba la casa de Halldór.

—*So what?*

—*So what?* ¿Se puede saber qué es ese *so what* que oigo a todas horas? ¿Es que te fuiste a Estados Unidos para aprender *so what?* —le preguntó Erlendur a Sigurður Óli mirándolo con desdén—. Me preguntaba si no era demasiada casualidad. Dos muertes al mismo tiempo.

—Siempre se suicida alguien —reparó Sigurður Óli.

Siguieron conduciendo en silencio. Era pasado el mediodía y había comenzado a oscurecer. En la radio volvían a dar la noticia sobre los intentos de un grupo de científicos escoceses de clonar ovejas, una idea de la que Erlendur abominaba y que había sido objeto de largas charlas en comisaría. Sin embargo, otros veían la clonación como un avance científico y celebraban la iniciativa. Sigurður Óli era uno de ellos.

—Qué salvajada —murmuró Erlendur—. Manipular así la naturaleza.

—He leído que pretenden criar ovejas con sangre humana, o algo así. Y cerdos con corazones humanos —le informó Sigurður Óli.

—¡Qué aberración! —exclamó Erlendur—. ¡No dejan nada en paz!

—Eso parece —respondió Sigurður Óli, sonriendo para sus adentros.

El bloque de pisos destinados a personas de la tercera edad era el edificio más grande de Hafnarfjörður. Tenía trece plantas, cada una con diez pequeños apartamentos. Los contratistas desplumaban a los ancianos vendiéndoles apartamentos a precios desorbitados a cambio de prometerles un servicio de seguridad, que

luego era el mínimo posible, y la presencia de un conserje a quien nadie había visto nunca. Mucha gente mayor había dejado una casa unifamiliar para mudarse a uno de esos diminutos apartamentos. Lo mismo ocurría en otras partes donde se habían construido bloques para la creciente tercera edad. «Deben de ser las ganas de jugar *alwhist* o de buscar romance», pensó Erlendur.

Subieron en ascensor a la décima planta y llamaron al timbre indicado con el nombre de Helena Svavarsdóttir. La puerta se entreabrió y el rostro de la anciana apareció al otro lado de la cadenilla de seguridad. Delgada, menuda y de cara arrugada, la mujer escudriñó a los agentes con sus diminutos ojos penetrantes. «Muy bien podría tener ochenta años. Y noventa, también», pensó Sigurður Óli.

—¿Helena Svavarsdóttir? —le preguntó Erlendur consultando la placa de la puerta.

—La misma. ¿Quién pregunta?

—Somos de la Policía Judicial. Mi nombre es Erlendur y mi compañero es Sigurður Óli. Nos gustaría hacerte unas preguntas sobre tu hermano, Halldór Svavarsson.

—Somos hermanastros. ¿Qué ocurre con él?

—¿Podríamos pasar un segundo? —preguntó Sigurður Óli.

—Me parece que no.

—Hemos venido para comunicarte que tu hermano, o sea, tu hermanastro, ha fallecido —anunció Erlendur.

La mujer les sostuvo la mirada unos instantes antes de cerrar la puerta. Los agentes intercambiaron una mirada y escucharon el sonido de la cadena. La puerta se reabrió y la anciana los invitó a entrar. Caminaba con bastón. Dentro hacía tanto calor que parecía el interior de un horno. Erlendur y Sigurður Óli se concedieron el permiso de quitarse los gruesos abrigos de invierno. El apartamento era microscópico. A la derecha de la entrada se encontraba la cocina, que consistía en dos placas eléctricas, un horno diminuto y una encimera. Desde allí se accedía primero a un pequeño comedor y luego a un salón donde había un sofá viejo pero bien conservado. En las paredes colgaban unas fotos de familia, que eran los únicos elementos decorativos del piso, además de un retrato a carboncillo

de una mujer joven en un bonito marco situado por encima del sofá. A Erlendur le pareció ver la firma del pintor Kjarval. A la izquierda de la entrada había un pequeño cuarto de baño con ducha y, a su lado, un dormitorio. En un viejo reloj de pared, el balanceo de un péndulo medía el paso del tiempo. «¿Cuánto habrá pagado por esta miniatura?», se preguntó Erlendur mientras paseaba la mirada por el apartamento sin hacer ningún comentario. La noticia del fallecimiento de Halldór no parecía haber afectado mucho a Helena.

—¿Habéis visto al conserje? —les preguntó antes de invitarlos a tomar asiento—. En este agujero no funciona nada y llevo dos días tratando de localizarlo. Ningún vecino de esta planta lo ha visto y, cada vez que llamo por teléfono, siempre comunica.

—¿El conserje? No, creo que no —respondió Sigurður Óli, consciente de que no lo habría reconocido ni aunque se hubiera dado de bruces con él.

—Qué pena de servicio dan en esta miseria de edificio. Te prometen el oro y el moro, pero luego es todo mentira. Y encima ahora cada vez hay menos timbas de *whist*.

Helena no parecía tener el menor interés por la muerte de su hermano.

—Halldór falleció anoche en un incendio. Hay razones para pensar que le prendieron fuego a su casa de manera intencionada. ¿Sabes si tenía algún enemigo? —preguntó Erlendur sonriendo para sus adentros a pesar de la gravedad de la situación.

—En todo caso, esos mocosos del colegio. Traían al pobre Halldór por la calle de la amargura. Lo trataban fatal. Los jóvenes de hoy están mal de la sesera. A Jóhanna, la vecina de arriba, le robaron el bolso hace dos días, aquí mismo, delante del portal. ¡Granujas! La tiraron al suelo. El servicio de seguridad llegó dos horas después. Vosotros, los de la policía, no respondisteis a nuestra llamada de emergencia, solo dijisteis que los de seguridad se encargarían de todo. ¡Los de seguridad! ¿Veis ese aparato de ahí con un cable? Pues te conecta directamente con el servicio de seguridad, pero el cacharro está estropeado, lleva así desde siempre, y no hay manera de que el conserje suba para arreglarlo.

—¿Cuándo hablaste con Halldór por última vez? —preguntó

Sigurður Óli, irritado. A diferencia de Erlendur, le exasperaba la verborrea de la mujer.

—Hablamos ayer por teléfono. El día en que murió, por lo visto.

—¿Y de qué hablasteis?

—Me llamó él, cosa rara. Aunque no es que yo me preocupara más que él por estar en contacto. No teníamos una relación muy cercana, lo cual no es de extrañar. Yo nací en Reikiavik y él nació en el distrito de Árnassýsla. Yo tengo ochenta y cuatro años y él tiene, o tenía, sesenta y seis. Teníamos un montón de hermanastros, pero eran todos de mi edad y ya no queda ninguno. Siempre pensé que él sería el último, pero ahora está claro que seré yo. Creo que mi padre, el viejo Svavar, tenía sesenta años cuando nació Halldór. Mi padre era un hombre muy vital, muy dado a los placeres de la vida y alegró a muchas mujeres en sus tiempos. A mi madre, sin embargo, no le dio nunca ninguna alegría. Creo que no había región del país donde no tuviera hijos. Le gustaba mucho montar a caballo y...

—¿Y para qué te llamó Halldór? —interrumpió Sigurður Óli. Erlendur lo fulminó con la mirada.

—¿Pero qué formas son esas? —preguntó Helena volviéndose hacia Sigurður Óli.

—Continúa, por favor —le rogó Erlendur—. Svavar montaba mucho a caballo.

—Bueno, tampoco creo que importe mucho. El caso es que se desentendió de Halldór y su madre nunca contactó con él. El chico debía de tener dieciocho o diecinueve años cuando Svavar murió. Para entonces su madre ya había fallecido. Era un poco rara. Halldór nunca hablaba de ello, pero cada vez estoy más convencida de que era discapacitada mental.

—¿La madre de Halldór? —preguntó Erlendur.

—O una simplona. Trabajaba de granja en granja como sirvienta por el sur del país y creo que no la trataron muy bien, ya sabes lo que quiero decir.

—¿Te refieres a que...?

—Me refiero a lo que he dicho. Tuvo problemas en algunas granjas y, aunque nunca se habló de otra posibilidad, yo no descartaría que Halldór no fuera hijo de mi padre. No lo sé. Halldór

tuvo una adolescencia difícil y acudió a mí cuando su madre murió. Fui yo quien lo metió en Magisterio. Nunca le vi ningún parecido a mi padre.

—¿Cómo murió su madre? —preguntó Sigurður Óli.

—Al final se mudó a Reikiavik y, en cuanto los británicos llegaron al país durante la Segunda Guerra Mundial, se vio metida en la «situación», como decíamos en la época cuando una mujer tenía una aventura con un soldado. La encontraron muerta de frío delante de un barracón militar al terminar la guerra.

—¿Qué es lo que ocurrió entonces con Halldór? —preguntó Erlendur.

—Se había mudado con ella a Reikiavik y se tuvo que sacar él solo las castañas del fuego. Para entonces ya tenía una edad. Continuó viviendo en el pequeño apartamento que alquilaba su madre en un semisótano y trabajó como obrero. Sabía que tenía una hermanastra y se puso en contacto conmigo. Lo ayudé en todo lo que pude. Era un chico listo y me empeñé en que siguiera estudiando. Fue él quien escogió Magisterio. Creo que fue buen profesor. Y que, en el fondo, era buena persona.

Helena hizo una pausa y los tres permanecieron en silencio mientras escuchaban el péndulo del viejo reloj de pared.

—Hay una cosa que debéis saber sobre Halldór —continuó la anciana—. A mí no me la contó hasta que se hizo adulto. Y estoy segura de que no me la habría contado nunca de no ser por algo que había ocurrido en su colegio muchos años atrás. No sé qué había sido, pero lo inquietaba enormemente.

—¿Qué es lo que tenemos que saber? —le preguntó Erlendur.

—¿Habéis visto el dibujo que tengo aquí arriba? —Helena cambió de repente de tema, como si pensara que había dicho demasiado o que se le había escapado algo que no quería decir. Puede que simplemente quisiera olvidar la cuestión—. Es un retrato que me hizo Kjarval. Cobré vida con solo cuatro trazos. Lo terminó en un periquete. Es la única cosa a la que le tengo cariño. Es de la época en que trabajaba en el Parque Nacional de Þingvellir. A veces se pasaba para tomarse un café, aunque creo que más bien venía para hablar con las chicas. Era un hombre divertidísimo. Todos

decían que era más raro que un perro verde, pero yo no había conocido nunca a un hombre más cabal y más inteligente. Y sigo sin conocerlo. Nos hizo un retrato a algunas de nosotras y luego nos los regaló diciendo que éramos sus pequeñas elfas. Un encanto de hombre.

—Kjarval era un genio —comentó Erlendur observando el retrato—. ¿Qué ibas a decirnos sobre Halldór?

Helena miró a Erlendur y después a Sigurður Óli, como si estuviera evaluando si debía continuar o pedirles que la dejaran tranquila. El silencio volvió a caer en el pequeño apartamento. Los policías le sostuvieron la mirada. El calor era casi insoportable.

—Nunca lo volvió a mencionar —respondió Helena con calma—, pero me dijo que, de pequeño, habían abusado de él. Sexualmente, quiero decir. —Helena clavó en los agentes sus ojos diminutos y poco a poco su penetrante mirada se transformó en un gesto de dolor.

—Helena —preguntó Erlendur en voz baja—. ¿Qué quería Halldór cuando te llamó ayer? ¿A qué hora lo hizo?

Helena sacó un pequeño pañuelo del bolsillo de su delantal y se lo llevó a los ojos. Solo se escuchaba el péndulo del reloj, cuyo balanceo anunció la llegada de una nueva hora y se despidió de la anterior.

—Me llamó por la tarde para decirme que todo había terminado por fin. Que ya había hecho lo que tenía planeado y que ahora su alma estaba en paz. Luego se despidió.

—¿Sabes a qué se refería?

—No tengo ni idea.

Pálmi pasó todo el día en su librería de la calle Laugavegur. Las ventas se relajaban en enero y había poco que hacer. Al mediodía había mandado a casa a su empleada, una estudiante de literatura que leía sin cesar en el trabajo. Necesitaba un trabajador a media jornada y, de entre todos los solicitantes que habían respondido a su anuncio, aquella chica le había parecido la candidata idónea. Lo había sorprendido porque, en lugar de hablarle de sus virtudes, había cogido un libro de la tienda y le había preguntado si le podía leer un fragmento.

Pálmi coleccionaba libros desde el instituto. Siempre le había gustado leer y devoraba cualquier libro que cayera en sus manos. Había heredado la afición de su madre. Ya en la adolescencia la lectura se había convertido en su única pasión. Todavía lo era. Tenía pocos amigos, aunque tampoco sentía la necesidad de hacer amistades. Y las mujeres eran para él como una montaña imposible de escalar. Conservaba dos buenos amigos del bachillerato, pero vivían en el extranjero, donde habían estudiado sus especialidades después de licenciarse en Medicina. Los veía cuando pasaban por Islandia y, con los años, se habían vuelto más extranjeros que islandeses. Como los turistas, se quejaban del mal tiempo y, al cabo de unos días, cogían el vuelo de vuelta a sus países. A Pálmi le irritaba un poco, pero siempre se lo pasaba en grande con ellos. Las relaciones sentimentales de Pálmi no eran dignas de especial mención. La más larga había durado medio año. A veces se preguntaba si Daniel había influido de alguna manera en su relación con las mujeres, pero no le parecía probable. En todo caso, habría



sido de forma indirecta. Más bien, no se veía a sí mismo como una opción interesante: un ratón de biblioteca solitario a quien se le había empezado a caer el pelo a los veinte años. Sin embargo, quienes lo conocían sabían que se podía hablar de todo con él y que tenía un gran sentido del humor.

Mientras sus compañeros conocían a sus futuras esposas, tenían hijos, se compraban pisos, se endeudaban y se formaban para hacer carrera, Pálmi se limitaba a leer y a coleccionar libros. Había comenzado la carrera de Literatura en la universidad, pero le aburrían las clases y se había pasado a Historia, que se adecuaba más a él. Al darse cuenta de que su oferta de libros era más variada que la de la tienda donde solía comprar, se le ocurrió abrir su propio negocio. Empezó con una pequeña librería en el barrio de Þingholt, pero más tarde vio una buena oportunidad al quebrar una boutique de moda de la céntrica Laugavegur durante la crisis de 1990 y se trasladó para colocar sus libros donde antes se vendían trajes y vestidos a precios desorbitados. «Que se jodan esos capitalistas», soltó Jóhann cuando Pálmi le había dado las noticias. Su librería le daba buenos resultados y se había permitido contratar a la joven estudiante de literatura con la intención de poder ausentarse y dedicarse a sus investigaciones historiográficas. Había publicado algunos artículos en las revistas *Skírnir* y *Andvari*. Sus trabajos más relevantes se centraban en las antiguas travesías de los islandeses desde Groenlandia hasta América del Norte. Durante un tiempo había trabajado en una obra sobre Guðríður Þorbjarnardóttir, madre de Snorri Þorfinnsson, el primer hombre blanco nacido en América. Pálmi era conocido por ser un historiador meticuloso y precavido que huía de las palabras grandilocuentes. Toda su vida se caracterizaba por su minuciosidad y su cuidado. Y por su particular rechazo del presente. No tenía televisión porque le quitaba tiempo para los libros; tampoco tenía ordenador porque no acababa de ver para qué le podía servir ni qué posibilidades le ofrecía. A decir verdad, tampoco le apetecía explorar su utilidad: primero escribía sus artículos a mano y luego los mecanografiaba.

Pálmi reflexionaba sobre el comentario de Jóhann acerca de Daniel. Le había dicho que no había conocido el verdadero yo de su

hermano sino una imagen falsa, distorsionada por los medicamentos. En realidad, Pálmi podría decir exactamente lo mismo. Aunque había conocido a Daniel toda su vida, siempre le había parecido un enigma. Lo consideraba sinónimo de problemas y de actitudes peligrosas. Lo recordaba gritando a todo pulmón y sin razón aparente a altas horas de la noche delante del bloque de pisos donde vivían. Gritaba y gritaba sin cesar hasta que algún vecino perdía la paciencia y llamaba a la policía.

Se acordaba de todas sus visitas al hospital, de los trayectos que hacía con su madre en autobús. Tenía sus recuerdos asociados al frío y a la oscuridad del invierno. Las luces de la ciudad se difuminaban tras la escarcha de los cristales y la ropa húmeda de los pasajeros desprendía un vapor maloliente que le inundaba las fosas nasales. Tenían que hacer dos transbordos antes de coger el autobús que los llevaba hasta el hospital. El viaje bien podía durar más de una hora. Se acordaba del abrigo de invierno de su madre y de sus gruesas botas de ocasión. No tenían mucho dinero, aunque eso a Pálmi no le preocupaba especialmente en aquella época. Cuando hacía frío, su madre le ponía un jersey gordo debajo del único anorak que tenía, y luego, un enorme gorro de lana que siempre terminaba quitándose porque le picaba. Recordaba el ruido de sus pasos al caminar desde la parada hasta el hospital. El crujido del hielo al desmenuzarse bajo sus pies resonaba en la calma de la eterna noche invernal.

En aquel entonces el hospital tenía mejor aspecto. No había barrotes en las ventanas. El jardín estaba bien cuidado y en Navidades decoraban los imponentes abetos con guirnaldas de luces. Daniel había pasado por todas las secciones del psiquiátrico. Algunas veces no les dejaban visitarlo y otras tenían que contentarse con verlo en una pequeña sala de visitas. Pálmi lo recordaba siempre vestido con una camisa blanca. Tenía una buena colección. Las lavaba él mismo y podía pasar horas planchándolas y doblándolas. Se cambiaba cada día.

Las visitas formaban parte de la rutina familiar. A veces Daniel se mostraba tranquilo y escuchaba en silencio a su madre mientras esta le contaba detalles de su vida cotidiana. A veces estaba

nervioso y daba vueltas por la habitación fumando como una chimenea mientras hablaba como un loro y cambiaba de tema una y otra vez. Tenía los dedos amarillentos y las brasas de los cigarrillos podían dejarle quemaduras sin que se diera cuenta. Unos días iba afeitado, otros se había dejado una barba de tres días y otros llevaba la barba completa. En ocasiones se rapaba la cabeza, aunque a veces también se dejaba crecer una gruesa y tupida melena rubia que le caía hasta los hombros. Había sido guapo y corpulento, pero con el tiempo su cuerpo había menguado, se había encorvado y caminaba con la cabeza agachada. Había perdido el tono muscular debido a la falta de ejercicio. Había adelgazado hasta quedarse como un palillo y había perdido la fuerza tanto en los brazos como en las piernas. Tosía como un perro debido al consumo de tabaco. En invierno su piel era tan blanca como sus camisas. Con la edad, los músculos de su rostro se habían vuelto flácidos y su cara había perdido la lozanía para adquirir una expresión apática e inerte. La oscuridad del invierno no le hacía ningún bien. Con el tiempo aparecieron los primeros tics nerviosos. Sacaba la lengua o sacudía la cabeza. En algunas visitas no mostraba ningún tipo de reacción y se limitaba a balancearse en su silla con la mirada perdida, sumido en su propia conciencia distorsionada.

En las ocasiones en que debían mantener a Daniel atado en su habitación, a su madre y a su hermano les negaban el acceso pese al largo camino que debían recorrer hasta llegar al hospital. En esos casos, los derivaban a la consulta del médico. Daniel había pasado por un buen número de doctores que, por lo general, no daban excesivas explicaciones. Si Jóhann estaba de turno, solía sentarse con ellos para informarles sobre su estado y darles ánimos. Hacía tiempo que los médicos parecían haber dado el caso de Daniel por perdido.

—Le empezamos a suministrar una nueva medicación hace tres semanas y puede que presente algunos episodios violentos, pero luego remitirán —les había explicado un doctor que había empezado a trabajar hacía pocos meses en el hospital.

—¿Y la medicación de antes? —le había preguntado la madre de

Daníel al psiquiatra—. Llevaba un tiempo mucho mejor.

—No tuvo el efecto que esperábamos —obtuvo como respuesta.

—A veces me da la impresión de que usáis a mi Danni como conejillo de Indias para probar vuestros medicamentos.

—¿Cómo puedes decir algo así? En absoluto. Los fármacos cambian continuamente, y te puedo asegurar que siempre tratamos de encontrar el mejor tratamiento posible. El cual no tiene por qué ser el más barato. Las medicinas les salen caras al Estado y a los contribuyentes.

—¿Cabe la esperanza de que alguno de esos medicamentos pueda curar a mi hijo?

—La esquizofrenia no tiene cura.

—No lo puedo entender. Un día es el Danni de siempre y al día siguiente comienza a beber y a drogarse. De la noche a la mañana, se volvió un monstruo que ni siquiera reconozco.

Así pasaron los años. Mientras los médicos y las medicinas iban y venían, el cuerpo de Daníel envejecía, se encorvaba y se marchitaba poco a poco como las hojas de un bosque en otoño. Cuando un tratamiento parecía funcionar, renacía y salía de su depresión, pero, tarde o temprano, afloraba de nuevo su comportamiento maniático.

De pequeño, Pálmi había tenido buenas razones para no querer visitar a su hermano. Le aterraban los enfermos y le disgustaba aquel enorme edificio, pero, sobre todo, le daba miedo Danni. Aun así, su madre le había exigido siempre que la acompañara y no le había dado nunca la opción de negarse. En su adolescencia solía detenerse en la puerta del hospital y esperaba a que su madre regresara. Cuando entraba con ella, se refugiaba a su lado y apenas hablaba. A menudo, Daníel no se percataba de su presencia, pero en algunas ocasiones le mostraba un cariño inesperado y le hacía mimos. A Pálmi se le ponían los pelos de punta. No entendía a aquella persona. El miedo hacia su hermano se remontaba a su más tierna infancia. Al día en que Daníel había tratado de matarlo. Al día en que había intentado quemarlo vivo.

Pálmi cerró la librería y se marchó a casa. Las temperaturas habían bajado de nuevo, había vuelto a helar y la nieve aguachinada que cubría las calles se había congelado. El hielo crujía y se resquebrajaba bajo sus pies mientras atravesaba el centro en dirección a la parada de autobús. No se veía un alma por la ciudad y apenas había tráfico. En enero la gente entraba en hibernación tras las agitadas fechas navideñas. Pálmi recordaba una de sus visitas al hospital, en un invierno lejano. Nunca olvidaría el día en que Daniel había causado aquel incendio.

Recordaba que había ocurrido un miércoles porque era el día en que emitían su programa de televisión favorito y siempre tenía ganas de verlo. Pero aquel miércoles habían cancelado toda la programación y Pálmi se había quedado sin programa porque todo lo acaparaba la noticia de unos manuscritos antiguos que habían llegado a Islandia desde Dinamarca. Su madre no estaba en casa. Vivían en el mismo inmueble donde Pálmi vivía aún, en un acogedor apartamento de cuatro habitaciones con un amplio salón enmoquetado y unos pequeños dormitorios de suelo embaldosado. Cada hermano tenía su propio cuarto. La cocina era diminuta y por ella se accedía a una despensa que su madre utilizaba como cuarto de las escobas y como trastero. Sus padres habían comprado el apartamento después de casarse y habían sido felices durante los pocos años que habían vivido juntos.

Ocurrió durante el periodo álgido de la transformación de Daniel. Ese día pisaría aquel hospital por primera vez en su vida. Su madre albergaba la esperanza de que todo se terminaría pasando, pero no

parecía ser así. La situación iba de mal en peor y ella se negaba a ver la realidad. Cuando les explicaron lo ocurrido a los médicos, estos afirmaron que Daniel se sentía amenazado por la cercana relación que existía entre Pálmi y su madre. Y por ese motivo había intentado matar a su hermano. A los médicos les parecía obvio, aunque Daniel no les hubiera contado nada y ellos tampoco le hubieran preguntado nada a Pálmi en ningún momento.

Había vuelto a casa al mediodía, un bonito día de primavera, después de haber pasado la mañana por el barrio con unos amigos. Tenía las llaves del apartamento y nada más entrar había agarrado a su hermano.

—Perdona, hermanito —le había dicho, tirándolo al suelo.

Pálmi no sabía si debía pelear o tratar de escapar. Podría ser algún juego. Daniel estaba inusualmente alterado, hablaba en alto sin sentido, juraba y maldecía. Pálmi tenía la impresión de que estaba riñendo consigo mismo.

—¿Qué estás haciendo, Danni? —le había preguntado.

—Pórtate bien, pequeñín.

—Me haces daño.

—¿No los oyes? —le había preguntado Daniel—. Están por todas partes. En las paredes y en los muebles.

Lo había levantado como si fuera una pluma y lo había llevado hasta su habitación, donde lo había atado con fuerza a la cama. Pálmi seguía sin forcejear. Daniel no dejaba de hablar en voz alta.

—Hay que atarlo. Atarlo fuerte. Pero sin hacerle daño. No hay que hacerle daño a Pálmi. Pero debo hacerlo. Debo hacerlo. No hay que hacerle daño. Sin hacerle daño.

—¿Qué estás haciendo, Danni? —le había vuelto a preguntar Pálmi—. ¿Estamos jugando a los indios?

—No, no, no, no. A otro juego.

—¿Qué juego? —había preguntado, mirando el cielo azul que se veía por la ventana.

—Todo me va a ir bien. Voy a salir de esta. Sí, sí. Sí, sí. Dios también me está poniendo a prueba. Ya lo creo que sí. Lo está haciendo. Lo está haciendo. Cállate. ¡Que te calles, gilipollas!

Daniel había sacado del bolsillo una caja de cerillas. Se había

metido debajo de la cama para cortar por el medio dos de las baldosas de corcho y prenderles fuego. La manta había ardido levemente hasta que las llamas se habían convertido poco a poco en enormes llamaradas que se extendían por el suelo de la habitación. Y solo entonces Pálmi comenzó a gritar.

Gritaba con todas sus fuerzas mientras Daniel bailaba una danza guerrera frente a él dándose golpes en el pecho. Las llamas se habían expandido, la cama había empezado a arder y las lenguas de fuego alcanzaban el techo. De pronto, Daniel había dejado de bailar.

—Ya está. Ya lo he hecho. Todo ha terminado. Ahora lo desataré. ¡Dejadme que lo desate! —había gritado hacia el techo mientras se arrancaba la ropa y se tiraba del pelo—. ¡DEJADME QUE LO DESATE!

—¡Mamá! —gritaba Pálmi mientras se retorció en la cama. Las cuerdas no cedían. Pálmi tenía una navaja que siempre llevaba encima, a escondidas de su madre, y en ese momento solo pensaba en alcanzarla. La base de la cama estaba en llamas y el fuego se extendía por los laterales. Pálmi sentía el calor en la espalda y a su alrededor. Le había atado las muñecas y los tobillos al cabecero y a los pies de la cama con un cordel. Las manos se le comenzaban a abrasar. Pálmi aullaba de desesperación mientras su hermano lo contemplaba en silencio con los brazos caídos. Daniel había pasado un rato viendo a Pálmi forcejear y escuchando sus gritos de auxilio antes de darse la vuelta y salir lentamente de la habitación.

Uno de los cordeles de las muñecas se había soltado y Pálmi lo había usado para alcanzar la navaja. Los dedos le ardían, pero Pálmi no notaba el dolor mientras se estiraba para atraparla. Tenía práctica en abrirla con los dientes y enseguida había extraído la hoja. Sin dejar de gritar, había cortado la cuerda que le sujetaba la otra mano y después se había liberado los pies. En ese momento el fuego había invadido toda la cama y, unos segundos después de que Pálmi saliera corriendo de la habitación, la estructura entera se había incendiado.

Llevaba el pelo, las manos y la ropa quemadas. El fuego se había propagado por el alféizar de la ventana y por las cortinas y ascendía

por la pared hasta el techo. Pálmi había salido corriendo al patio de escaleras y había llamado a casa de los vecinos, pero no estaban. Acto seguido había bajado disparado al piso de abajo y, al ver que tampoco había nadie, había subido al piso de arriba. No había obtenido respuesta. Había probado en la última planta, donde vivía un anciano que había salido al rellano después de que Pálmi aporrease su puerta.

—¡Daníel le ha prendido fuego a mi cuarto! —había gritado.

—¡Pero qué alboroto! ¿Eres tú el que estaba chillando hace un rato?

—¡Está todo en llamas!

—¡Qué me dices! —había exclamado el hombre sin aparente intención de moverse del sitio. Pero le había bastado con mirar a Pálmi para creérselo. Había llamado a los bomberos y había bajado con él. Del apartamento salía un denso humo negro—. Tiene que haber una salida de incendios en estos pisos —había dicho mientras entraba con asombrosa decisión.

—Ten cuidado: creo que Danni está dentro —le había advertido Pálmi, pero el hombre no había escuchado. La habitación ardía, pero el fuego no se había extendido por el resto del piso. El hombre había agarrado el pomo y había cerrado de un portazo.

Entonces Pálmi se había dado cuenta de que Daníel estaba sentado en el sofá del salón. Llevaba un libro en la mano y parecía sumergido en su lectura. Había levantado la vista y le había preguntado: «¿Dónde te habías metido, Pálmi?».

Pálmi bajó del autobús y apretó el paso hacia su casa. Al acercarse al edificio, levantó la mirada hacia la ventana de su antigua habitación y revivió el recuerdo del incendio. Los cristales habían reventado por efecto del calor antes de la llegada de los bomberos y los fragmentos se habían esparcido por todas partes. Habían instalado una ventana nueva, pero no habían reparado nada más. Su madre no tenía dinero para restaurar toda la habitación. Al final había decidido no hacerlo y había preferido dejarla intacta, como recordatorio de la enfermedad de Daníel. En el momento en que su



hijo sanara de nuevo, la habitación sanaría también. Al fallecer su madre, Pálmi había querido ponerse manos a la obra, pero, llegado el momento, no se había visto con fuerzas. No había vuelto a poner un pie en la habitación.

Entró en el inmueble pensando en el hombre que había visitado a Daniel.

Halldór. Pálmi lo recordaba vagamente. Daba clases en el colegio de Víðigerði cuando era niño. Quería contactar con él para preguntarle por qué había ido a ver a su hermano. Cuando entró en su apartamento y encendió la radio para escuchar las noticias, lo primero que oyó fue que Halldór Svavarsson, su exprofesor, había fallecido en un incendio que había devastado su casa, en la calle Urðarstígur, 89, en Reikiavik. Según el locutor, la Policía Judicial investigaba el caso y consideraba probable que hubiera sido intencionado.

Sentado a la mesa de la cocina, Pálmi se tocó con suavidad las cicatrices de las manos.

Erlendur llevó a casa a Sigurður Óli. Se había hecho tarde al salir de casa de Helena. No habían conseguido que les diera más detalles acerca de Halldór, ni que les explicara a qué se refería con que había sufrido abusos. La anciana les había pedido amablemente que se fueran, y ellos habían accedido a pesar de que Sigurður Óli habría preferido seguir interrogándola. Habían escuchado las noticias en la radio. Erlendur había autorizado que la Policía Judicial emitiera un anuncio en el boletín de la tarde. No conocían a más familiares de Halldór además de Helena, a quien le habían comunicado formalmente el fallecimiento de su hermanastro. Ávidos de bombazos sensacionalistas, los medios habían sacado imágenes de los escombros desde todos los ángulos, habían desvelado la identidad del hombre que vivía en la casa y habían informado de que habían hallado el cadáver de Halldór. Sin embargo, ni conocían las causas del incendio ni sabían cómo se estaba desarrollando la investigación. A Erlendur le irritaban los medios de comunicación. Solía darles la información con cuentagotas y disfrutaba viéndolos sufrir, perdidos en las tinieblas. A menudo recibía críticas por su falta de cooperación, pero le entraban por un oído y le salían por el otro.

Erlendur se dirigió a su despacho después de haber dejado a Sigurður Óli en su piso de soltero. Por algún motivo desconocido, la Policía Judicial tenía su sede en una zona industrial de Kópavogur, en un espantoso edificio de dos plantas encajado entre un taller de neumáticos y un solárium. Estaba tan deteriorado y agrietado que parecía haber sufrido la sacudida de un terremoto. Una parte de la estructura se había derrumbado en una esquina y todo el conjunto

parecía estar a punto de desmoronarse.

Erlendur encontró sobre su escritorio el conciso informe del forense, que solo confirmaba lo que ya sabían. Halldór había sufrido un dolor atroz y había tardado en morir, envuelto en un mar de llamas. Erlendur pensó en irse a casa, donde el único plan que le esperaba era dormir en su cama de siempre. Se puso el abrigo y la bufanda y se subió al coche pensando en Halldór Svavarsson, en Helena y en Sigurður Óli, su insoportable compañero de trabajo, carente de cualquier tacto a la hora de hablar con la gente. En el fondo era un buen tipo y Erlendur le debía algunos favores que sabía que tendría que devolverle tarde o temprano, sobre todo después del día en que le había dado una paliza a un vendedor de droga. Sigurður Óli, que en aquel momento apenas llevaba unas pocas semanas en la Judicial, seguía sin perdonárselo.

Erlendur llevaba mucho tiempo divorciado y tenía dos hijos en edad adulta de los que solo recibía noticias cuando se metían en problemas. Su hija, drogadicta, estaba liada con un supuesto traficante, y Erlendur sospechaba que también ejercía la prostitución. Consideraba haber hecho todo lo que estaba en su mano para sacarla de la calle, pero ella siempre volvía. Incapaz de entender su comportamiento, Erlendur dejó de llevarla a especialistas y trató de ayudarla él mismo. Llegó a tomarse un año sabático para pasarlo con ella y mantenerla alejada de los excesos. Lo había conseguido con muchos esfuerzos por parte de ambos, pero su hija no tardó en recaer en las drogas y desaparecer de su lado. Él había intentado hacerle la vida fácil siempre que había podido, pero al final decidió dejar de meterse en sus asuntos y esperaba que ocurriera un milagro. Tal vez encontrara por sí misma una forma de salir de las drogas.

Su hijo era un alcohólico que usaba los centros públicos de desintoxicación como hoteles. La madre de los hijos no había superado el divorcio y aprovechaba la menor oportunidad para echar pestes de Erlendur delante de ellos, de forma que desde pequeños habían tenido una imagen distorsionada de su padre. Su exmujer le había restringido las visitas y, al final, él se había resignado a dejar de verlos con regularidad.

Sin embargo, al hacerse mayores se habían acercado a su padre y habían encontrado en él a un compañero que no era en absoluto el «capullo» que su madre les había pintado. Erlendur sentía un cariño especial por su hija y solía arrepentirse de no haber aguantado más tiempo su matrimonio muerto, si así hubiera mantenido a sus hijos alejados de las drogas. A veces lo atormentaban los remordimientos. Por otro lado, Erlendur sabía que, en parte, se alegraba de no tener que cargar con la responsabilidad que conlleva la vida familiar y de poder disfrutar de la libertad de los solteros. Estaba convencido de que no habría sido un buen padre de familia. No obstante, le pesaba la conciencia y era muy susceptible en todo lo referente a sus hijos y a los derroteros que habían tomado.

Erlendur les había dado la llave de su apartamento y, una tarde, al llegar a casa, se había encontrado a su hija tirada en el sofá. Se llamaba Eva Lind, un nombre ridículo que le había impuesto su madre. La habían bautizado así a pesar de las protestas de Erlendur, más partidario de llamarla Þorbjörg, en honor a su abuela materna, a quien siempre había admirado. Había sido matrona y conocida en la región por su valor y su excelente asistencia en los partos. «¡Þorbjörg! —había gritado su mujer, consternada—. ¿Es que quieres ponerle a mi hija nombre de vieja?». «Hombre, pues espero que llegue a vieja», había respondido Erlendur a sabiendas de que no valdría de nada pelearse por el nombre. En aquel entonces, el matrimonio ya había comenzado a deteriorarse. El hermano de Eva Lind era un año más joven. Erlendur no había acudido al bautizo y había estado ausente desde entonces. Se llamaba Sindri Snær.

Eva Lind se había despertado al oír cerrarse la puerta. A sus veintidós años, su rostro había envejecido tan mal que, a ojos de su madre, tenía aspecto de llamarse Þorbjörg.

—¿Ya estás en casa, papá? —había preguntado, incorporándose en el sofá, donde se había quedado dormida.

Erlendur había encendido la luz y su hija se había tapado de inmediato la cara con un cojín. Llevaba una chaqueta de cuero negra, unos vaqueros rotos y unas enormes botas de montaña de

suela gruesa del tamaño de unas botas de esquiar. No se las había quitado al entrar.

—¿Todo bien, hija? —le había preguntado Erlendur mientras se quitaba el abrigo.

—Me ha pegado —había respondido mientras se retiraba el cojín de la cara. Tenía el labio superior partido e hinchado, y un ojo rojo con un enorme moratón. Un hilo de sangre descendía de las fosas nasales. Su novio le había dado una paliza y le dolía todo el cuerpo. Se había ensañado con la cabeza. Erlendur se había sentado junto a ella y la había abrazado.

—¿Por qué te ha pegado?

—Cuando he llegado a casa había una puta chupándosela.

—¿Y?

—Y ha seguido tan tranquila.

—Vaya.

Erlendur trataba de mantener la calma, aunque no le resultaba fácil.

—Les he dicho que se piraran, pero el muy gilipollas se ha reído en mi cara y han seguido.

—No te habrá hecho ninguna gracia.

—Le he metido una patada en la cabeza a la tía esa.

—¿Con esas botas?

—Y le ha mordido el rabo con su boca de tiburón. Tiene dos filas de dientes, te lo juro.

—Le habrá hecho daño.

—No veas el grito que ha pegado.

—No habría estado mal oírlo.

—Luego me ha dado una paliza. Me ha dado puñetazos y patadas como un animal, me ha arrastrado del pelo y me ha tirado por las escaleras. Joder, qué bestia.

—¿Tienes algo roto?

—Creo que no.

—¿No debería verte un médico?

—Como veas. ¿Te parece que soy una zorra?

—¿Te había pegado ya antes?

—Muchas. Es un puto desgraciado.

—¿Por qué estás con él?

—Es el que tiene la droga. Y a veces es majo.

—¿Tienes pensado volver a verlo?

—Solo para matarlo.

—Siempre he dicho que te tendrías que haber llamado Þorbjörg —había comentado Erlendur—. ¿Qué tipo de asesina se llama Eva Lind?

El teléfono de Sigurður Óli había sonado poco antes de la medianoche. Era Erlendur preguntándole si podían verse en un portal de la calle Hverfisgata para tratar un asunto urgente. No quería contarle por teléfono de qué se trataba, pero sí le pedía que se diera prisa. Recién metido en la cama, Sigurður Óli se había levantado resoplando. Vivía en un elegante apartamento de tres habitaciones en el barrio oeste. Lo tenía decorado con macetas bonitas, lo había amueblado a la última moda y lo había pintado en tonos pastel. Le gustaba sentirse bien y se preocupaba de cultivar tanto el cuerpo como el alma. Prefería la música clásica al pop, solía ir a sesiones de rayos uva y entrenaba con regularidad. Por eso lucía un cuerpo atlético y las mujeres siempre se le acercaban en los bares las pocas veces que salía de fiesta con sus amigos o sus compañeros de trabajo, aunque las únicas relaciones que buscaba eran encuentros de una noche. Bronceado, guapo y musculado, muchos de sus conocidos pensaban que era gay. Y, encima, soltero.

Desde siempre le había interesado el trabajo de policía. Al terminar el instituto comenzó la carrera de Derecho, pero dejó los estudios para matricularse en la Academia Nacional de Policía, y después pasó una temporada en Estados Unidos, donde se había especializado en criminología. Regresó a Islandia con un brillante diploma y lo que Erlendur llamaba «aires de persona con estudios», que no abundaban mucho en la Judicial. Los primeros meses estuvo bajo la supervisión de Erlendur, probablemente la persona más distinta de él en toda la comisaría. A pesar de todo, trabajaban bien juntos: por un lado, Erlendur, con su intuición y su experiencia y, por otro, Sigurður Óli, con su arrogancia de hombre instruido y su obsesivo perfeccionismo. Siempre sabía más que los demás y trataba de saberlo todo antes que nadie. Aquella noche iba a

aprender algo que no le habían enseñado en ninguna academia: una venganza personal contra un conocido de la policía.

Al llegar a Hverfisgata, Sigurður Óli había visto el coche de Erlendur frente a una casa de dos plantas revestida de chapa ondulada. Aparcó detrás, entró en el vehículo de su jefe y se sentó en el asiento del pasajero.

—¿Es que no dejas nunca de trabajar? —había suspirado Sigurður Óli, mirándolo fijamente.

—Bueno, no sé si a esto se lo podría llamar trabajo —había respondido Erlendur.

—¿Cómo habría que llamarlo entonces?

—Labores de protección, supongo. Me gustaría pedirte que me acompañaras para hacerle a alguien una visita relámpago. Tú no tienes que decir nada, solo estar allí y mantenerte serio. Te resultará fácil. Aquí vive un hombre con quien tengo que hablar. Ha maltratado a mi hija y quiero asegurarme de que sepa que lo estamos vigilando. Pero no sé si voy a poder con él yo solo y me gustaría pedirte que intervinieras en el caso de que las cosas se pusieran feas.

—¿Maltratado a tu hija en qué sentido? —había preguntado Sigurður Óli, atónito al escuchar las palabras de Erlendur y al verse implicado en lo que a todas luces era un asunto familiar de su compañero.

—Confía en mí. ¿Vas a hacerme ese favor?

—¿Está solo?

—Sí, me he asegurado.

—Vamos.

Sigurður Óli sabía que tendría que haber vuelto a casa y olvidarse de aquello, pero el asunto le intrigaba demasiado.

Salieron del coche y subieron unos escalones. La puerta no estaba cerrada con llave y habían entrado con cautela en un apartamento sucio que despedía un hedor nauseabundo. Las paredes estaban pintadas de azul oscuro y una bombilla colgada del techo iluminaba la estancia, equipada tan solo con una cocinilla y un catre. Desde allí se accedía a un pequeño cuarto de baño. No había más habitaciones. Sobre el catre dormía un hombre de unos treinta

años. Dentro hacía frío y el individuo, tumbado encima del edredón, solo iba vestido de cintura para arriba. El suelo estaba inundado de basura, principalmente envases de comida y productos lácteos echados a perder que despedían un olor acre. A Sigurður Óli le había parecido que el hombre tenía la entrepierna envuelta en algún tipo de tela. Se escuchaba una música atronadora por dos altavoces enormes, aunque, más que música, podría haber sido también la grabación de un accidente de tráfico. Erlendur había apagado el aparato arrancando el lector de cedés y lanzándolo con todas sus fuerzas por la puerta. El hombre no llegó a despertarse a pesar del estruendo. Era evidente que estaba acostumbrado a dormir con mucho ruido. Pero en ese momento reinaba un silencio que solo interrumpía algún coche ocasional que pasaba por Hverfisgata. Erlendur había despertado por fin al tipo con un fuerte empujón. Sigurður Óli se había colocado junto a la puerta.

—¿Eres Magni? —le había preguntado Erlendur. El joven estaba tan delgado que se le podían contar las costillas. Moreno, de media melena y rostro delgado, llevaba una barba negra de tres días. Tenía unos dientes tan prominentes que a Erlendur le recordó a una rata gimoteando.

—¿Quién coño eres, hijo de puta? —había preguntado, levantando la mirada hacia Erlendur después de recuperar la respiración.

—Quería ver al mujeriego. Al casanova en persona. Y te puedo asegurar que no decepciona.

—¿Casa... qué? —había preguntado aquel amasijo de pellejo y huesos.

—¿Te gusta pegar a las mujeres?

—¿Qué?

—Ya sabes, ¿te pone cachondo? ¿Te da morbo?

Erlendur esperaba paciente, con la mano izquierda en la espalda y el pie derecho ligeramente hacia delante. Sin moverse de la puerta, Sigurður Óli se arrepentía de haber escuchado a su compañero.

—¡Que te den por el culo, abuelo! —había exclamado Magni poniéndose de pie.



—Vaya, y además, elocuente. Un casanova elocuente al que le pone pegar a las mujeres.

—¿Sabes lo que dice ella de ti, madero de mierda? —le había preguntado Magni, que empezaba a entender el motivo de aquella visita. Se había acercado a Erlendur, que podía notar su olor pestilente—. Que das asco. Asco. Se lo dice la zorra de su madre. Ya le estás diciendo a Eva que la próxima vez que la vea me la cargo, pero así —había dicho Magni chasqueando los dedos en las narices de Erlendur.

—Tú no te vas a cargar a nadie, Casanova —había replicado Erlendur manteniendo la calma—. Un chico tan guapo como tú, que vive en un piso tan bonito como este. Y, encima, elocuente. Creo que nadie podría tener un yerno mejor que él —había añadido, volviéndose hacia Sigurður Óli, que seguía en la puerta—. ¿Te hace pupa la entrepierna, amigo? —le había preguntado, bajando la mirada hacia las partes nobles de aquel esqueleto andante. Magni se había tapado las ingles con una toalla blanca y Erlendur había distinguido una mancha roja en la zona de los genitales.

Magni había perdido el control antes de lo esperado y se había lanzado a agredirlo, pero Erlendur lo había visto venir. De brazos largos y enormes puños, seguía siendo robusto y corpulento a pesar de haber entrado ya en la cincuentena. Había practicado boxeo, aunque estuviera prohibido en el país, y se le había dado bien. Tenía unos grandes reflejos y se mantenía en una excelente forma. Le había dado un fulminante gancho en el mentón con el brazo izquierdo seguido de un puñetazo en la mejilla con la mano derecha. A Sigurður Óli le había parecido oír el silbido de los golpes desde la puerta. Magni había sido incapaz de esquivarlos. Se había quedado aturdido y se había escuchado el leve chasquido de su mandíbula al romperse. Inconsciente, se había desplomado sobre el colchón.

—¿Es que has perdido el juicio o qué? —le había preguntado Sigurður Óli antes de acudir corriendo.

—Iba a pegarme —había respondido Erlendur haciéndole un gesto a su compañero para que se detuviera. Seguía tan calmado como antes.

Habían observado la figura inmóvil de Magni hasta que, pasado

un buen rato, Erlendur había llamado a una ambulancia. Sigurður Óli se había agachado hacia el joven y, para su alivio, había comprobado que, al menos, no estaba muerto.

—¿Pero qué coño acabas de hacer?

—Me iba a agredir. ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejarme pisotear?

—Lo has provocado. Querías que te agrediera. Por eso estamos aquí, y no por otra cosa.

—Ha maltratado a mi hija y quería ver qué tipo de hombre era. Llevaban un tiempo juntos y Eva se ha presentado esta tarde en mi casa con la cara ensangrentada. Quería tener unas palabras con él. Me ha atacado. Yo no soy de los que va por ahí atacando a la gente.

—O sea, que, como ha pegado a tu hija, ¿lo mejor es matarlo? Joder, qué comportamiento más primario.

—¡Primario! ¿Es que vas a sacar ahora tu amplio saber universitario? A mí no me vengas con esos aires. Tú habrías hecho lo mismo que yo. Consulté los antecedentes de esta escoria y tú deberías hacer lo mismo. Es un tipo violento, un traficante y un violador. Debería estar entre rejas, pero no hay suficientes denuncias contra él y no lo juzgarán hasta que no acumule un buen número de cargos. Además, aunque lo condenaran a prisión condicional, no pasaría más que cuatro meses en el trullo y luego seguiría haciendo lo mismo como si no hubiera pasado nada.

—¿Y crees que así le podrás parar los pies?

—No sé cómo se les pueden parar los pies a los tipos como este. No tengo ni la menor idea.

—¿Y qué pinto yo aquí?

—No es ningún angelito. Ya has visto que me ha querido pegar.

—¿Y si digo la verdad? Si es que nuestros compañeros no la descubren ellos solos. Lo que ha pasado aquí es bastante obvio.

—¿Cuál es la verdad aquí? —había exclamado Erlendur, manifestando por fin la rabia que bullía en su interior—. ¿De qué verdad me estás hablando? ¿Quieres que te muestre la verdad? Está en mi casa, plagada de moratones causados por este tío. No me vengas con cuentos de ninguna puñetera verdad. Si tú la has encontrado en tus cursos de Estados Unidos, ¡enhorabuena y que te

aproveche!

—¿Cómo demonios te has podido atrever a meterme en tus asuntos familiares? —había replicado Sigurður Óli, ofendido por las palabras de Erlendur—. Yo no soy como tú. No llevo toda mi vida pudriéndome en el mismo trabajo de mierda y no estoy dispuesto a hacerlo. Ya ves cómo te afecta. No eres mejor que esta piltrafa. Y encima vas y te permites implicarme en tu acto personal de venganza. No puedo decir que me haya gustado. ¡No me ha gustado ni un pelo!

—¡Acto de venganza! Se ha lanzado a por mí —había farfullado Erlendur.

Al salir a la calle habían escuchado las sirenas en la distancia. Una joven con los ojos cargados de maquillaje y los labios pintados con una gruesa capa de carmín se había acercado con la intención de entrar. Los agentes le habían ordenado que se marchara y que no volviera más por allí.

—¿Te has fijado? —le había preguntado Sigurður Óli.

—Como un tiburón —había respondido Erlendur.

Sigurður Óli no le había contado a nadie lo sucedido. La hija de Erlendur había estado hospitalizada una semana y a la siguiente ya se había recuperado. Magni pasó más tiempo ingresado y, por decisión judicial, se trató su caso con urgencia debido a que la policía había hallado una considerable cantidad de estupefacientes en su domicilio. De paso, lo procesaron por sus otros delitos acumulados y lo condenaron a tres años, uno de ellos en prisión condicional, y en total permaneció encerrado menos de un año. Magni nunca había presentado cargos contra Erlendur, a quien habían amonestado por la dureza con que había tratado a uno de los mayores traficantes de la ciudad. Alegaba que había sido en defensa propia, y Sigurður Óli lo había apoyado en todas sus declaraciones: Magni había intentado golpear a Erlendur. En los interrogatorios, Magni había omitido su relación con Eva Lind y en ningún momento mencionó su nombre.

Sigurður Óli se acordaba a menudo de aquella noche. La primera

vez que había visto al verdadero Erlendur no había sido precisamente un episodio muy constructivo. Desde entonces, aunque valoraba su experiencia y sus conocimientos sobre investigaciones criminales, nunca había llegado a apreciar su forma de ser. Eso era algo que debía suceder de forma natural. Nadie podía aprender a hacerlo.

El psiquiatra había recibido una copia del informe de la autopsia de Daniel y el documento reposaba sobre su escritorio cuando Pálmi entró en su consulta. Era un lunes por la mañana, hacía frío y todavía no había salido el sol. El médico había revisado por encima el informe, que no hacía sino confirmar las evidencias: Daniel había muerto en el acto. Se había abierto la cabeza al impactar contra los escalones que accedían al sótano del hospital y se le habían roto prácticamente todos los huesos. Una parte del cerebro se había derramado por el cemento. El médico le dio el documento a Pálmi y este lo leyó con atención. No sabía qué número ocupaba aquel doctor en la larga lista de especialistas que se habían ocupado de Daniel a lo largo de su vida. Se llamaba Gunnar y era un hombre amable, de mediana edad, que se movía con calma y hablaba con moderación. Sus enormes gafas le agrandaban tanto los ojos que a Pálmi le recordaban a los de un bacalao.

—Los análisis de sangre demuestran que Daniel no se había tomado la medicación durante las semanas anteriores a su muerte —explicó Gunnar—. Ya sabes que lo hacía de vez en cuando. El efecto de los medicamentos tarda un tiempo en desaparecer después de dejar de tomarlos. En todo caso, eso explicaría sin duda el estado de excitación en que se encontraba en los últimos días.

—Ya se había intentado suicidar antes.

—El suicidio es un fenómeno extraño, por completo impredecible. Que Daniel se suicidara en esas circunstancias no implica que fuera una consecuencia directa de su enfermedad. Puede que lo motivaran otros factores. La idea del suicidio puede surgir de

manera espontánea en cualquier persona, así que con más razón en un enfermo mental. Todo el mundo tiene ideas suicidas alguna vez en su vida. Mucha gente lo hace con frecuencia y, lamentablemente, siempre hay alguien que termina dando el paso. Existen múltiples casos de personas que se han quitado la vida sin razón aparente. Hace unos años traté a una mujer que vino durante un tiempo a mi consulta después de que su marido se hubiera pegado un tiro. Todo les iba bien. Tenían cuatro hijos, y tres se habían ido ya de casa. Era un matrimonio feliz, estaban en la flor de la vida, gozaban de buena salud, viajaban mucho, disfrutaban de sus amigos... Todo eso. A él le iba bien en el trabajo y lo habían ascendido a jefe. Desempeñaba un puesto de responsabilidad y se ganaba bien la vida. Nunca había tenido una pistola y no sabía nada de armas de fuego, pero el dueño de la empresa donde trabajaba era cazador y tenía dos rifles en su despacho. El hombre forzó el armario donde los guardaba, buscó los cartuchos adecuados, condujo hasta las afueras de la ciudad y se voló la tapa de los sesos. No dejó ninguna nota de despedida. Fue como un rayo caído de un cielo despejado. Nadie se lo esperaba. Tenía todo cuanto uno pudiera imaginar. Pero algo tuvo que pasar para que le pareciera que no merecía la pena seguir viviendo.

—Daníel estaba muy alterado cuando llegué.

—Había dejado de tomarse la medicación. Esa es la única explicación que te puedo dar. Nunca había llegado tan lejos, y eso que causaba disturbios menores cada dos por tres, si es que se les podía llamar disturbios. Era un rebelde y le gustaba incitar a los enfermos a que se amotinaran contra los empleados y los médicos.

—Os llamaba malnacidos.

—Eso no era ninguna novedad, ya lo sabes —replicó el médico inmediatamente. Hasta entonces había hablado en un tono neutro y académico, pero en ese momento alzó la voz—. A Daníel no se le dispensaba un trato peor que a otros pacientes. De todos modos, no es infrecuente que se nos acuse de dar malos tratamientos. Somos un blanco fácil, pero creo que contamos con un excelente equipo de profesionales.

—En las últimas semanas había recibido unas visitas,

seguramente de un antiguo profesor de su colegio. Se llamaba Halldór. Aparte de él, yo era el único que venía a verlo. Al parecer, conversaban mucho. El caso es que, desde entonces, por lo que me han contado, comenzó a comportarse de forma extraña. ¿Podrían esas visitas explicar lo ocurrido?

—Me temo que de eso no sé nada.

—¿Te mencionó el nombre de Halldór?

—No. Lo veía cada dos semanas y no le noté ningún cambio. Puede que sus cuidadores sí percibieran alguno. A mí no me comentó nada de ninguna visita e ignoro quién es ese tal Halldór.

—¿Daniel tomaba perfenazina?

—Sí, desde hacía un año. No es un medicamento muy fuerte si se administra en dosis adecuadas, y da buenos resultados. Le daba Artane para mitigar los efectos secundarios. Me parece justo que sepas que a Daniel no le quedaba mucho tiempo de vida. Lo puedes ver en el informe.

—¿Cómo que le quedaba poco tiempo de vida?

—¿Se han dado casos previos de cardiopatías en tu familia?

—No lo sé.

—El corazón de Daniel estaba en las últimas. Era como el de un anciano. Ya no daba más de sí. Según mis estimaciones, habría durado unos dos o tres años.

—¿Tienes alguna explicación?

—No tenía un corazón robusto y las medicinas no lo fortalecían precisamente. La perfenazina funciona, pero influye en el ritmo cardíaco.

—A veces le daban convulsiones.

—En ocasiones, Daniel guardaba las dosis para tomarse varias de una vez. No sabemos cómo lo hacía. Cuando reunía unas cuantas, las ingería todas de golpe para intoxicarse. Entonces le daba un ataque epiléptico y caía en un coma profundo, sin apenas presión sanguínea. De hecho, deseaba entrar en ese estado.

—Me acuerdo perfectamente. Eran las únicas veces en que lo veía calmado. A veces hablaba de una sensación de adormecimiento.

—La perfenazina es absolutamente tóxica. Lo reconozco. Daña

los dientes, ralentiza la transmisión del impulso nervioso desde el cerebro, etcétera. Pero actúa sobre la enfermedad. Daniel llevaba mucho tiempo hospitalizado y solo estuvo bajo mi supervisión durante los dos últimos años, así que no conozco bien toda su historia. Pero creo poder afirmar que no lo pasó mal en su etapa final.

La habitación de Daniel seguía en el mismo estado que cuando Pálmi la había visto dos días atrás. Todo estaba patas arriba: sábanas, revistas, ropa y ejemplares de periódicos tirados por el suelo. El armario estaba destrozado. Lo único que permanecía intacto eran unas camisas blancas, bien planchadas y dobladas, amontonadas encima de una caja, en una esquina de la habitación. El lavabo y el espejo estaban hechos añicos; la mesa y la silla, volcadas. Apenas se veían objetos personales, solo algunos libros que había sacado de la biblioteca del hospital.

Pálmi comenzó a ordenar la habitación para saber exactamente qué cosas había tiradas en aquel caos y poder reunir las pertenencias de su hermano. Los libros eran de lo más dispar: novelas de Thomas Mann; el tercer volumen de *Tradiciones marítimas*, escrito por Lúðvík Kristjánsson; una edición barata de poemas de Jónas Hallgrímsson con prefacio de Tómas Guðmundsson; un poemario de Örn Arnarson. Pálmi encontró también algunos libros que le había dejado y los recuperó.

El pequeño cajón del escritorio contenía una billetera. No sabía que su hermano tuviera una. De hecho, ignoraba que hubiera tenido dinero alguna vez. Recibía una pensión por discapacidad en su cuenta bancaria, pero era irrisoria y la invertía sobre todo en tabaco y dulces. Siempre se había negado a participar en terapia ocupacional y ganarse unas coronas extra realizando manualidades, como hacían otros enfermos. En la billetera descubrió una foto de su madre en blanco y negro que no había visto antes. La había hecho su padre antes de nacer Pálmi. Era verano y su madre estaba en un jardín; llevaba un vestido largo y sonreía a la cámara tapándose el sol con la mano a modo de visera. A su lado posaba Daniel,



sonriente y rollizo. Tendría unos dos años. Pálmi se concedió un tiempo para contemplar la imagen. No existían muchas fotos de su madre de joven, y ninguna de los hermanos antes de comenzar el colegio.

Daníel era un niño precioso, con la cara redonda y una melena rubia rizada que le caía hasta los hombros. En la foto llevaba puesto un traje de marinero que Pálmi aún guardaba en su armario. Se acordaba de que a su madre le encantaba aquel traje y a menudo lo sacaba para acariciarlo después de que Daníel hubiera ingresado en el hospital. Su padre lo había traído al regresar de uno de sus viajes y Pálmi también lo había llevado de pequeño.

Encontró más cosas en aquel revoltijo, como unos cromos de actores clásicos de Hollywood que salían en los antiguos paquetes de chicles. Daníel los había coleccionado. Estaban guardados en tres fajos sujetos con una goma dentro de una caja de zapatos. Pálmi reconoció en uno de ellos a Marlon Brando caracterizado como Emiliano Zapata, con un enorme sombrero blanco mexicano y un grueso mostacho que descendía por la comisura de los labios. El actor tenía la expresión melancólica, como siempre. El fondo era de un color rojo intenso.

Después encontró la foto de clase. Era la primera vez que la veía. Estaba tirada en el suelo, debajo de la cama, donde debía de haber caído cuando Daníel destrozó la habitación. No estaba enmarcada ni parecía haberlo estado nunca. Amarilleada y rota por las esquinas, se notaba que la habían doblado alguna vez. Pero la imagen era nítida. Los alumnos se distribuían en tres filas y el fotógrafo los había ordenado según su altura de forma que los niños más altos se situaban en el centro de la fila superior y las chicas se sentaban en el suelo. Daníel estaba sentado en el extremo derecho. Era el único que no miraba a la cámara en el instante en que la imagen quedó grabada en la película. Levantaba la mirada hacia su profesor, que posaba de pie, con la espalda recta, a la derecha de los alumnos.

Pálmi cogió las pocas pertenencias de su hermano, salió al largo pasillo verde y se detuvo frente a los enfermos que fumaban junto a la puerta. Sacó los dos paquetes de tabaco que había comprado en

aquella ocasión y se los regaló. Luego abrió la puerta y salió a la fresca mañana de enero. Si pensaba que iba a sentirse mejor, se equivocaba.

Las reuniones matutinas propuestas por el nuevo director de la Policía Judicial suscitaban un silencioso desagrado entre los trabajadores. Se convocaba tanto a agentes como a superiores de todos los departamentos para analizar el progreso de las principales investigaciones, con la esperanza de que varias cabezas pensarán más que una. Lo que el nuevo director no había entendido todavía, después de haber trabajado casi toda su vida en el Ministerio de Educación, era que la mayoría de los casos guardaban relación con pequeños delitos. Muchos se reducían a robos en tiendas de barrio u oficinas. Los robos de ordenadores estaban bastante de moda. También era frecuente la apropiación indebida en empresas. En definitiva, se trataba de casos sin el menor interés. Por lo general, los delincuentes islandeses no tenían ninguna relevancia.

Sin embargo, el homicidio de Halldór Svavarsson era una excepción por dos motivos. Por un lado, se trataba de un auténtico asesinato, sin duda deliberado, que se había perpetrado con desmedida brutalidad. En segundo lugar, no se había hallado al culpable. Los asesinos no abundaban en Islandia y, por lo general, se los localizaba con facilidad porque no solían actuar con premeditación, sino de forma accidental o en un estado pasajero de enajenación mental. De vez en cuando se producía algún apuñalamiento en estado de embriaguez a la salida de un bar. O un disparo en algún domicilio. Se abría una investigación sencilla, detenían al asesino y lo metían en prisión. La abundancia de testigos incluso podía suponer un problema. La Judicial no contaba con un departamento especializado en homicidios. No se

consideraba necesario. Y los dispositivos de la Científica destinados a su investigación eran antediluvianos. Los casos de desaparición parecían estar en aumento, quizá debido a un incremento de la violencia en el mundo del narcotráfico.

Aquella mañana la reunión estuvo inusualmente concurrida. Daba la impresión de que habían asistido todos los trabajadores del edificio, incluso los que no desempeñaban directamente una labor policial. A Erlendur no le parecía normal, pero se abstuvo de hacer comentarios. El personal se apelotonaba en la exigua sala de reuniones y escuchaba con atención. Comoquiera que, hasta entonces, los casos más importantes siempre habían guardado alguna relación con las drogas, también estaban presentes los responsables de la brigada de estupefacientes. Habían pasado tres días desde el hallazgo del cuerpo de Halldór Svavarsson entre los escombros de su casa incendiada en el barrio de Þingholt y todo apuntaba a que lo habían quemado vivo. Erlendur explicó que apenas se contaba con más información, ya que la investigación se encontraba en su fase inicial. Él dirigía el caso y debía contar con la ayuda de todos los agentes necesarios. Las demás investigaciones se habían dejado a un lado. Erlendur se hallaba en un extremo de la habitación y a su espalda colgaba un plano de la casa de Halldór, un esquema que mostraba la posición del cuerpo y algunas fotos de las ruinas. Acababa de leer el informe preliminar que la Científica le había entregado por la mañana.

—De momento sabemos lo siguiente: la tarde del 16 de enero, al profesor de primaria Halldór Svavarsson lo ataron a una silla en su domicilio, en la calle Urðarstígur, 89, rociaron su cuerpo y la vivienda con gasolina y le prendieron fuego. En el bidón que hallaron en el jardín no se ha detectado ninguna huella. La casa era de madera y ardió al instante. Los únicos restos de Halldór son sus huesos calcinados, pero hemos podido identificarlo gracias a los informes bucodentales.

—Iba al mismo dentista que el director del colegio donde trabajaba, por eso pudimos acceder a los informes con rapidez y confirmar que el cuerpo correspondía al dueño de la casa —precisó Sigurður Óli. A los presentes les pareció un apunte irrelevante y

continuaron con la mirada clavada en Erlendur.

—¿Podría continuar? —preguntó Erlendur fulminándolo con la mirada.

—Sí, perdona —respondió Sigurður Óli.

—Halldór vivía solo. No tenía hijos, que sepamos. Tiene una hermanastra a quien ya hemos interrogado, pero tenemos que volver a hablar con ella. Llevaba décadas viviendo en la misma casa, a la que se mudó cuando comenzó a dar clases en Reikiavik. Por lo visto, no tenía muchos amigos. Había trabajado como profesor en el colegio de Víðigerði durante treinta y cinco años. Tenemos pendiente hablar con el director y con el personal, pero parece ser que tenía sus más y sus menos con los alumnos. Nos queda examinar con detalle esa cuestión. De acuerdo con el informe de la autopsia, aunque no es muy rotundo, parece probable que muriera durante el incendio y no antes. El cráneo está intacto. Según nuestros compañeros de la Científica, el cordel que han encontrado en los pies y los antebrazos está hecho de un material termorresistente y puede adquirirse en cualquier tienda de bricolaje. Puede que el asesino comprara ese tipo de cordel por accidente. No es que estemos hablando de un profesional. No olvidemos que dejó el bidón de gasolina en el jardín. No han quedado huellas de pisadas porque el suelo estaba cubierto de hielo. De momento no tenemos sospechosos ni ninguna idea de lo que ha ocurrido. Por otro lado, no deja de sorprender que el incendiario no tuviera miedo de dejar indicios. O bien está muy seguro de sí mismo, o bien es un inútil.

—Si fuera porque está seguro de sí mismo —interrumpió Einar, un agente de mediana edad que dirigía la investigación de la muerte de Daniel—, ¿lo habría hecho porque considera que nunca podremos relacionarlo directamente con el asesinato? Eso implicaría, en mi opinión, que debemos estudiar la posibilidad de que el asesino hubiera escogido a Halldór de forma aleatoria. Lo seleccionó, se preparó y lo asesinó deliberadamente sin conocerlo de nada. No deberíamos descartar la posibilidad de que repita su acción. Tal vez nos encontremos ante nuestro primer incendiario en serie.

—¿Incendiario en serie? —preguntó Erlendur—. ¿Te has sacado eso de alguna película?

—Si fuera un inútil —comentó Þórarinn, miembro de la Científica—, ¿no podría tratarse también de algún alumno de su colegio?

—Hay que considerar esa posibilidad —respondió Erlendur.

—Esa es la imagen estereotipada de los jóvenes. Unos inútiles. Me cuesta mucho imaginar a unos chavales haciendo algo así —opinó otro miembro de la Científica que tenía dos hijos terminando la primaria.

—Pues no sé —intervino Sigurður Óli—, pero nos han llegado casos bastante extraños dentro de ese intervalo de edad. Sabemos que el consumo de alcohol y de drogas es cada vez más frecuente entre los alumnos de primaria. Si quieres mi opinión, estoy convencido de que les influye toda la violencia que ven en la televisión y en las películas. Creo que no distinguen entre lo que ven como forma de entretenimiento y lo que luego hacen en la vida real. Sus mentes están contaminadas desde la infancia. Al terminar la primaria han visto más violencia que cualquier adulto de hace dos o tres décadas en toda su vida. Y no me refiero tan solo a series y películas. Los telediarios se han convertido en un espectáculo en el que a la gente la mutilan y la asesinan a tiros entre anuncios publicitarios.

—Me parece una solemne tontería decir que los niños se vuelven violentos porque ven violencia —opinó Þórólfur, que acababa de llegar a la Policía Judicial y era uno de los asistentes más jóvenes a la reunión—. No hay nada que demuestre que los niños imiten la violencia de las películas. Se han dado algunos casos aislados de los que se ha hablado hasta la exageración porque es material sensacionalista. Pero esas imágenes también pueden ejercer el efecto contrario. La violencia existirá siempre y el bajo porcentaje de individuos que recurre a ella es siempre el mismo. Si se culpa a la televisión y a las películas es por pura impotencia y porque no hay objetivos más fáciles.

—Pero ¿por qué no lo ha matado dándole una paliza, pegándole un tiro o apuñalándolo? ¿A qué viene toda esta parafernalia? —apuntó Elínborg, una de las pocas mujeres que trabajaba en la

Judicial—. ¿Por qué lo han tenido que quemar vivo? Debe de tener alguna relevancia. Quemar vivo a alguien puede ser indicativo de un estado de enajenación o de la celebración de algún tipo de ceremonia. Antiguamente se condenaba a la gente a la hoguera por herejía o brujería. Y también puede que el asesino lo torturara de algún modo antes de prenderle fuego. Podría tratarse de un sádico, aunque también podría haber sido un acto de venganza. Creo que el hecho de que el incendio fuera provocado tiene algún significado.

—El asesino causó el incendio para borrar sus huellas —opinó una voz.

—Claro, y por eso se deja allí el bidón de gasolina —replicó Elínborg—. Y compra cordeles resistentes al calor.

—El bidón no nos aporta mucha información —apuntó Erlendur mientras repasaba el informe de la Científica—. Era nuevo, de diez litros. De esos que se usan casi para cualquier cosa. Hasta la cerveza de Navidad se vende en recipientes de ese tipo. En todo caso, creo que no podemos descartar que se trate de un acto de venganza. La verdad es que no.

Continuaron debatiendo distintas posibilidades hasta que la reunión llegó a su fin hacia el mediodía, cuando comenzaba a hacerse de día. Si es que se podía hablar de hacerse de día en aquella época del año. El sopor de la eterna noche invernal se posaba como un manto gris sobre la ciudad. Al otro lado de la ventana, los copos caían lentamente. Erlendur perdía la paciencia cuando las reuniones se prolongaban demasiado, así que asignó las tareas a sus compañeros en cuanto tuvo oportunidad: Sigurður Óli y él irían al colegio de Halldór para hablar con el director y con sus compañeros de trabajo; un grupo de agentes preguntaría a los vecinos de Þingholt si habían advertido la presencia de alguien sospechoso; otro equipo recorrería las gasolineras de la ciudad y los alrededores para preguntar si habían visto a un hombre con un bidón de diez litros, y otro se ocuparía de localizar el mismo tipo de cordel empleado en la escena del crimen. Solo Erlendur se encargaría de hablar con los medios. No debía filtrarse ninguna información. El caso era especialmente delicado porque los únicos sospechosos en aquel momento eran unos alumnos de primaria.

«¿Cómo creéis que quedaría en los periódicos?!», había gruñido Erlendur al justificar su decisión. Todavía se buscaban pistas entre las ruinas de la casa y se había instalado una tienda enorme en la que un calentador de aire funcionaba día y noche.



Se escuchó el sonido amortiguado de uno de los ocho teléfonos de la casa, un móvil cuyo número no estaba registrado oficialmente. Sonaba en el interior del bolsillo de un albornoz que colgaba en uno de los cuatro cuartos de baño. El dueño del aparato, un hombre de unos setenta años, en buena forma, bronceado y musculado, se estaba duchando y tardó en oír la llamada. Cerró el grifo y buscó a tientas el albornoz. El teléfono sonaba incesantemente. El hombre logró alcanzarlo y respondió con un seco «dígame».

La casa se encontraba no muy lejos de Reikiavik, en el cabo de Kjalarnes, donde aquellos que querían huir del ajetreo de la ciudad y la creciente contaminación se habían hecho una vivienda unifamiliar. Una de las primeras en construirse, la más grande de todas, estaba bastante apartada y no se veía ni desde la propia urbanización. De una sola planta, se situaba en un pequeño saliente que se adentraba en el mar y estaba dividida en dos grandes alas de hormigón. Sin apenas ventanas, estaba rodeada por un grueso muro de cemento y se accedía a ella por una verja automática. El garaje se orientaba hacia el océano y disponía de espacio para cuatro vehículos. En su interior había dos Mercedes-Benz y un todoterreno Mitsubishi. Los vecinos nunca habían visto al propietario. Pensaban que era un excéntrico o un bicho raro. Nunca había interactuado con ellos ni ellos con él. De vez en cuando entraban vehículos en la casa y los vecinos sabían que había guardias de seguridad. Hasta los niños de la urbanización no se atrevían a acercarse.

Si bien el edificio parecía desde fuera una antigua fortaleza, su

interior recordaba a un palacio. En una de las alas, los grandes maestros de la pintura islandesa engalanaban las paredes de la sala ceremonial junto con el único cuadro de Cézanne en propiedad de un ciudadano islandés. Un sinfín de estatuas decoraba la estancia. La casa contaba con tres chimeneas y el suelo estaba tapizado por pieles de animales, entre ellas la de un oso polar que descansaba frente a la chimenea más imponente de todas. El animal parecía admirar la grandeza de la sala ceremonial. Una impresionante biblioteca ocupaba la mitad de la otra ala.

—Halldór está muerto —anunció al teléfono una voz meditabunda.

El hombre salió desnudo de la ducha y se puso el albornoz.

—Lo he oído en las noticias.

—Ha tenido una muerte espantosa.

—¿Había hablado con alguien?

—Por lo visto, había ido varias veces al hospital durante las últimas semanas para ver a Daniel y pasaba mucho tiempo hablando con él. Halldór me amenazó diciendo que tenía pruebas de todo y que no tardaría en hacerlas públicas. Según él, había grabado todas sus conversaciones con Daniel. El hombre había perdido la cabeza.

—¿Qué quieres decir con grabar? ¿En cintas?

—Sí, en casetes, supongo.

—¿Y de qué habían hablado?

—Puede que de su relación con nosotros. O de los buenos tiempos que pasamos en el colegio. No sé. Pero, como te digo, no creo que haga falta tomárselo muy en serio. Halldór se estaba poniendo bastante pesado con sus amenazas, pero nunca hacía nada porque no se atrevía.

—¿Con qué te amenazaba?

—Con contarle todo. No soportaba el sentimiento de culpabilidad. Nunca llegó a entender bien toda esta historia.

—Ya era hora de que desapareciera del mapa.

—Y Daniel se ha suicidado.

—Sí, ya me he enterado.

—Es el séptimo. Se tiró por la ventana del hospital. Tal vez no

podiera soportar lo que Halldór le había contado.

—Bueno, uno menos de quien preocuparse.

—Entonces ya solo queda Sigmar, ¿no?

—Sí, el pobre de Sigmar. Y, después, todo habrá terminado.

—Va llegando el momento de zanzar este asunto.

—Sí, pero las cosas se nos podrían complicar de verdad en caso de que Halldór hubiera grabado sus conversaciones con Daniel y nos hubiera nombrado en sus desvaríos.

—Nos perjudicaría, pero no dejarán de ser los delirios de un anciano y un esquizofrénico. ¿Quién se tomará en serio semejante diálogo? Dudo que nadie nos pueda poner en un aprieto con un testimonio de ese tipo. Y, además, ahora están los dos muertos.

—Aun así, ¿no deberíamos tomar medidas para localizar esas cintas o, en todo caso, saber si existen en realidad? Pagaríamos un precio muy alto si saliera a la luz todo lo que sabía Halldór. Un precio muy alto.

—Será lo mejor. No obstante, me cuesta creer que Halldór se anduviera con maquinaciones. Era un pobre infeliz. Un perverso que no tenía ninguna prueba contra nosotros.

—¿Sabes algo más de los coreanos?

—Quieren que vayas tú a verlos. No quieren venir ellos aquí. El hombre se ha hecho muy mayor y se niega en redondo. Tienes que ir tú.

—Ni hablar. Terminará por venir. No puede dejar escapar esta oportunidad. Solo nosotros le podemos ofrecer lo que quiere. Estoy convencido.

—De acuerdo. ¿Se han ido ya los alemanes?

—Se fueron anoche.

—¿Qué tal están los chicos?

—Bien. Siempre están bien en Islandia.

—Entonces, ¿todo está listo?

—Todo está listo —repitió el hombre del albornoz antes de arrancarse un pelo de la nariz con unas pinzas. Se hizo tanto daño que se le saltaron las lágrimas.

Durante el periodo de prosperidad que sucedió a la guerra, en los años cuarenta y cincuenta, Reikiavik vivió una expansión acelerada. Se produjo un éxodo rural sin precedentes y la población se trasladó en masa a nuevos barrios residenciales como Lágaleiti, Reynisgerði, Brúarleiti y Víðigerði, así como a los alrededores de la calle Grenivegur. Los edificios brotaban como setas y los nuevos pobladores pertenecían a todos los estratos sociales. La clase obrera se mudó a bloques de pisos que se erigían en lo alto de dos grandes colinas. Los mayoristas y los médicos vivían a los pies de esas mismas colinas, en casas adosadas de distintos tamaños o en viviendas de dos o tres plantas diseminadas entre conjuntos de inmuebles. La clase pudiente se acomodó en mansiones unifamiliares en Stakkagerði y Fáfnisgerði, mientras que los más pobres se mudaron a los apartamentos sociales de la calle Grenivegur, una zona que pronto comenzó a conocerse como «las chabolas». El colegio de Víðigerði se construyó en el centro del barrio a comienzos de los años sesenta y los niños de la zona iban juntos a clase. El edificio más antiguo estaba compuesto por dos largos pasillos con las aulas a la derecha. En el extremo de la planta inferior se encontraban la sala de profesores y los aseos para los alumnos. Al cabo de poco tiempo, el número de matriculados superó la capacidad del colegio y decidieron ampliarlo. Se añadieron dos alas similares a la original y se conectaron las tres mediante unos pasillos. Más tarde se construyeron una cuarta ala, un gimnasio y una piscina. Su diseño sirvió de modelo para las posteriores escuelas rurales y más adelante pudieron verse por todo el país réplicas del colegio de

Víðigerði, con una, dos o tres alas.

Cuando llegaron Erlendur y Sigurður Óli, se acababan de hacer reformas por valor de varios millones de coronas en todos los edificios menos en el más antiguo. Según el ministerio, no quedaban fondos para financiar más obras en los siguientes dos años. El viejo edificio alojaba, sobre todo, al equipo de dirección y a los empleados. Tan solo conservaba tres aulas. La antigua sala de profesores, donde solía reunirse toda la plantilla, era ahora el despacho del director y de su secretaria.

El director, un hombre de mediana edad, acababa de obtener el puesto después de una larga espera. Antes había ocupado el cargo de jefe de estudios en otro colegio. Era el primero en la lista de candidatos a director y le vino de perillas que precisamente quedara libre la plaza de Víðigerði ya que vivía en una casa adosada del barrio.

Acompañado de Sigurður Óli, Erlendur abordó la cuestión sin rodeos después de las presentaciones y de tomar asiento en dos sillas tremendamente incómodas. El director había supuesto que la policía no tardaría en aparecer. Erlendur se sentía como si lo hubiera llamado a su despacho para leerle la cartilla, como en los viejos tiempos.

—Lo que le ha ocurrido a Halldór es una verdadera tragedia —comentó el director, un hombre entrado en carnes llamado Kristinn que llevaba un peluquín rizado que todo el mundo sabía que usaba para disimular su calva. Seguro que, si alguien le confesara que era peor el remedio que la enfermedad, tiraría a la basura toda su colección de pelucas. Las tenía de muy distinta longitud. Sin embargo, nadie se atrevía a decirle nada. Su mujer lo prefería con peluquín porque, según ella, le daba un aspecto más juvenil. Pero cuando caminaba por los pasillos del colegio, no le ayudaban precisamente a imponer respeto. Los alumnos lo llamaban Kristinn Peluquín. «Kristinn Peluquín, pelos de mandril, unga unga».

—Según le explicaste a mi compañero Sigurður Óli por teléfono, su relación con los alumnos no era muy buena y, como, de momento, no tenemos ningún sospechoso, nuestro interés se centra en el alumnado de este colegio —explicó Erlendur sin poder evitar

rascarse la espesa cabellera rizada.

—Un segundo, ¿qué quieres decir?

—Espero que entiendas que esta conversación debe quedar entre nosotros. Es fundamental. Estamos hablando de un homicidio.

—¿Halldór ha sido asesinado?

—Todo apunta a que así ha sido.

—¿Cómo? No lo entiendo. ¿Quién querría matar al pobre Halldór?

—¿Tal vez algún alumno suyo?

—¿De este colegio? No entiendo adónde quieres ir a parar. ¿Quieres decir que mis alumnos son sospechosos de asesinato?

—Todo es posible.

—Eso es ridículo y espero que no transmitáis esa información a los medios. Se armaría un buen revuelo, sobre todo entre los alumnos. ¿Qué pensáis que dirían los padres?

—Puedes confiar en mí —le aseguró Erlendur—. Ni siquiera vamos a considerar que esta conversación haya tenido lugar alguna vez. He insistido en ello y todos mis compañeros entienden que este asunto no debe salir a la luz. Con todo, debemos excluir la posibilidad de que los alumnos de este colegio hayan jugado con fuego.

—¿Qué queréis saber? —preguntó el director—. Aquí tengo el dossier de Halldór. Fue uno de los primeros profesores de este centro. Venía del sur, donde había dado clases en Hvolsvöllur. Trabajó aquí durante casi treinta y cinco años. Le quedaba uno para jubilarse. Un profesor ejemplar en muchos sentidos, sobre todo en su juventud, por lo que tengo entendido. Solía sentarse solo en la sala de profesores, no tenía muchos amigos. Seguramente quien mejor lo conocía era Jóakim, el profesor de matemáticas, pero falleció el año pasado. Aquí tenéis, os dejo el informe si prometéis devolvérmelo —añadió mientras le tendía a Erlendur una carpeta más bien delgada.

—Me hablaste de algunos momentos especialmente duros. Algo de unos escupitajos —comentó Sigurður Óli, pensativo. Kristinn dirigió la mirada hacia el agente.

—No creo que tuviera que ver personalmente con Halldór. Esas

cosas ocurren en cualquier colegio. Hemos pasado por épocas mucho más difíciles. Los profesores se van haciendo viejos. Cuando juntábamos a los alumnos más torpes en una clase aparte, y no hace mucho tiempo de eso, ese grupo se asignaba a los profesores más veteranos, que podían pasarlo realmente mal si dejaban en evidencia sus puntos flacos. De esa forma, los colegios se quitaban de en medio a los malos estudiantes y a los profesores más mayores. Nadie los quería. Los alumnos sabían que los profesores eran más débiles después de toda una vida trabajando y a menudo se cebaban con ellos. Cuando se decidió mezclar a alumnos de distintos niveles en la misma clase, la situación comenzó a mejorar. Los grupos de torpes desaparecieron, pero muchos profesores veteranos lo siguieron pasando mal. Algunos sufrieron verdaderos martirios. No se adaptaban bien a los nuevos métodos pedagógicos y continuaban aplicando los que usaban a comienzo de su carrera. Llevaban tiempo sin conseguir captar la atención de los chavales y estos detectaban enseguida sus debilidades.

—Y Halldór fue uno de ellos —interrumpió Erlendur.

—Fue uno de los peores casos. El pobre hombre ya no valía como profesor. Traté de que se jubilara hace tres años y lo volví a intentar hace dos, pero se negaba. Insisto en que Halldór no era mal profesor. Tan solo perdió su autoridad con los años. Le gustaban los niños. De eso no cabe ninguna duda. Se le notaba al hablar.

—Sin embargo, lo acosaban.

—Así es. El punto culminante fue lo de los escupitajos. Ocurrió aquí fuera, en el patio, hará cosa de un año. Apenas se habla del acoso que pueden padecer los profesores. Los chavales que sufren acoso viven una experiencia espantosa. Pero, a veces, los docentes también pueden ser víctimas. En Islandia no se ha investigado, pero en Noruega se habla de que el diez por ciento de los profesores sufre acoso. Dudo que en nuestro país la cifra sea mucho menor.

—Una pregunta, ¿qué edad tienen los niños?

—Halldór daba clase en octavo, así que tienen doce o trece años.

—¿Qué ocurrió?

—No penséis que son malos chicos. En absoluto. Se formó una multitud en el patio. Halldór estaba haciendo una sustitución. Los

alumnos habían tenido clase de dibujo por la mañana con otra sustituta que había terminado llorando en mi despacho. Cuando entré en el aula, los alumnos estaban fuera de sí. Logré calmarlos, pero todavía duraba el descontrol que había comenzado a primera hora, con Halldór. Los niños pueden llegar a ser unos verdaderos monstruos. Se había dado cuenta de que algunos se le acercaban para hablar con él durante el recreo. Cuando me lo contó, me dijo que le gustaba, porque, por lo general, no solían dirigirle nunca la palabra. Pero un día, mientras uno hablaba con él para despistarlos, otros dos se dedicaron a escupirle en la espalda. Luego se unieron los demás. Para cuando fue consciente de lo que estaba pasando, ya era demasiado tarde. Todos los niños del patio, fueran del curso que fueran, comenzaron a agredirlo y, cuando llegó aquí, al despacho, daba pena verlo.

—¿Qué te dijo Halldór?

—Parecía llevarlo sorprendentemente bien, aunque supongo que el shock llegaría después. Lo más asombroso de todo era que, según él, se lo tenía merecido. Eso me dijo, literalmente: que se lo tenía merecido. Tal cual.

—Su hermana nos ha contado que hace muchos años ocurrió algún tipo de suceso relacionado con el colegio —comentó Erlendur—. ¿Sabes a qué podría referirse?

—Ni idea. Tendrías que preguntárselo al exdirector. Puede que él sepa algo. Los profesores procuran no hablar de su vida privada. Lo cual es más que comprensible. Los niños pueden ser muy descarados, y no digo ya los padres. Casi parece que los profesores sean de su propiedad.

—También ha dado a entender que habían abusado sexualmente de él en su infancia —añadió Erlendur, muy a su pesar. No le gustaba cotillear sobre la vida privada de la gente, sobre todo cuando no confiaba en su interlocutor. Pero tenía que hacer la pregunta—. Sabemos que quienes han pasado por algo así pueden manifestar ciertos síntomas más adelante —añadió tratando de cuidar su lenguaje, pero fue en vano porque Sigurður Óli lo interrumpió antes de que pudiera acabar.

—¿Sabes si Halldór abusaba sexualmente de sus alumnos?



—¡Por el amor de Dios! —exclamó el director, escandalizado—. ¿Qué estás insinuando?

Apenas hubo asistentes en el entierro de Daníel. El funeral se celebró el lunes siguiente, en la pequeña capilla de la iglesia de Fossvogur. Además de Pálmi, estuvieron presentes Dagný, Jóhann, dos celadores más del hospital y un hombre que a Pálmi le sonaba de algo, aunque no recordaba de qué. El hombre había llegado con la ceremonia empezada y se había sentado discretamente al fondo de la capilla tratando de llamar la atención lo menos posible. El cura, un conocido de Pálmi de la universidad, leyó un pasaje de la Epístola a los Hebreos: «No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles. Acordaos de los presos, como si estuvierais presos justamente con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo».

El cura había sugerido unificar en una sola ceremonia el entierro y el rito de despedida del difunto. El ataúd, forrado por dentro con seda blanca, permaneció abierto delante de ellos. La cabeza de Daníel, levantada por un pequeño cojín, estaba levemente inclinada hacia un lado. Un pañuelo blanco le ocultaba el rostro. Cuando el cura terminó su tarea, los asistentes se levantaron y se acercaron uno a uno al ataúd e hicieron la señal de la cruz por encima del pañuelo. Cuando llegó el turno del desconocido, se inclinó sobre Daníel, le retiró despacio la tela de la cara y lo miró fijamente antes de darle un beso en los labios y hacer la señal de la cruz. Pálmi miró a Dagný. A ambos les pareció un gesto bonito. Pálmi se preguntó por qué no habría hecho él lo mismo, y en parte se avergonzó.

Enterraron a Daníel al lado de su madre, en la parte nueva del cementerio. Pálmi ya tenía una parcela reservada. Jóhann y él portaron el ataúd con ayuda de los empleados de las pompas fúnebres. El desconocido los siguió hasta la tumba y dejó caer un puñado de tierra sobre el féretro, como el resto de los asistentes. Nadie se dirigió a él y él no se dirigió a nadie. De regreso a la capilla, el hombre se alejó del grupo a toda prisa, pero Pálmi corrió

hasta alcanzarlo y se presentó como el hermano de Daníel. El aire estaba en calma, pero caía una nevada tan espesa que apenas se veía nada a pocos metros de distancia.

—Sí, lo sé, hola —respondió el hombre con calma, desviando la mirada. Habían llegado al aparcamiento situado delante de la iglesia. Alto y delgado, llevaba la barba larga y una melena que le caía por la espalda. Su atuendo, consistente apenas en una fina chaqueta corta, unos pantalones vaqueros y unas zapatillas, le daba aspecto de pobre. No iba bien vestido para aquella estación del año y era evidente que tenía frío. Pálmi reparó en que la enorme hebilla de cuero de su cinturón tenía forma de cabeza de antiguo jefe indio.

—Daníel no tenía muchos amigos y me pica la curiosidad por saber quién eres —confesó Pálmi—. Me da la impresión de haberte visto en alguna parte.

—Yo me acuerdo perfectamente de ti, de cuando eras pequeño —dijo el hombre evitando mirarlo a los ojos.

—¿De cuando era pequeño? ¿Conociste a Daníel en la infancia?

—Te llamas Pálmi, ¿verdad?

—Sí.

—Siempre venías con nosotros en el carrito. Me acuerdo bien. He leído lo de Danni en los periódicos. De hecho, sabía que ocurriría tarde o temprano. Siempre supe que esta historia terminaría así. Danni era el mejor de nuestra pandilla.

—¿Estudiaba contigo?

—Sí, íbamos a la misma clase.

—Un momento, ¿cómo te llamas?

El hombre hizo ademán de desaparecer entre la copiosa nevada, pero Pálmi lo agarró del brazo.

—¿Qué quieres decir con que sabías que ocurriría tarde o temprano? ¿A qué te refieres?

—¿No te lo contó? —preguntó el hombre zafándose y alejándose unos pasos de Pálmi.

—¿Si no me contó el qué? —gritó Pálmi preparándose para seguirlo. Dagný y Jóhann se habían acercado y el hombre seguía retrocediendo entre los copos de nieve—. ¿Qué se supone que me debería haber contado? ¿Quién eres?

Pálmi comenzó a perseguirlo, pero el hombre voceó algo y se echó a correr hasta desaparecer de su vista. Al oír sus palabras, Pálmi se detuvo en seco, estupefacto. Lo que el hombre acababa de decir lo había dejado petrificado.

—¿Quién era? —le preguntó Dagný corriendo hacia él—. ¿Qué ha dicho? ¿Qué te pasa, Pálmi? Estás blanco.

—Las cápsulas de aceite de hígado de bacalao —dijo Pálmi.

—¿Qué? —preguntó Jóhann, uniéndose a ellos. Miró hacia Dagný y luego hacia Pálmi. Permanecieron allí unos instantes, los tres vestidos de negro, envueltos en una nube de enormes copos que volaban a su alrededor. El difuso resplandor de la ciudad se extendía hasta donde alcanzaba la vista, como un arrecife de coral en las profundidades de un abismo.

—Ha dicho que las cápsulas no contenían aceite —contestó Pálmi.

En su apartamento de Hafnarfjörður, Helena recordaba eventos del pasado. En realidad, no quería hacerlo, pero el hombre sentado frente a ella la había convencido con razones de peso para que lo hiciera. Al principio, le había cerrado la puerta en las narices diciéndole que la dejara en paz, pero él no se había dado por vencido y la anciana lo dejó pasar al final. Se llamaba Pálmi y decía que su hermano se había suicidado después de haber pasado toda su vida en un manicomio. Halldór, el hermano de Helena, le había dado clases y lo había visitado hacía no mucho en el hospital. Pálmi había visto por casualidad el anuncio del fallecimiento de Halldór en la prensa y la había localizado con la intención de hacerle algunas preguntas. El chico, un joven muy amable, había mostrado un gran interés por el retrato de Kjarval y había felicitado a la mujer por lo bonita y limpia que tenía la casa. Se notaba que sabía tratar a mujeres mayores que vivían solas en un apartamento para la tercera edad. La había ido a ver después del entierro de Daniel.

—La cosa es —le explicó Pálmi— que Daniel y yo nunca fuimos grandes amigos y creo que fue por mi culpa. Lo evitaba todo el tiempo. Nunca me esforcé por conocerlo mejor. Aun así, yo era la única persona que tenía. Cuando falleció nuestra madre, me distancié de él todavía más. Uno pensaría que su muerte nos habría unido más, pero no fue así. Y fue culpa mía. Daniel estaba enfermo y me necesitaba, pero yo lo rehuía. Lo iba a ver una vez por semana, pero con reticencias, y cuando salía del hospital me sentía aliviado. Todo es también consecuencia de un suceso ocurrido en nuestra niñez. Siempre lo vi como un monstruo. Ahora tengo cada

vez más claro que debería haberlo perdonado hace tiempo. Me gustaría saber qué tipo de persona era, qué cosas hacía antes de que enfermara, por qué enfermó, cómo era su vida. Tengo ganas de entender a Daníel.

Helena había escuchado sus confesiones con la impresión de que le estaba diciendo la verdad. Percibía su dolor, pese a no comprenderlo del todo, y estaba dispuesta a ayudarlo, aunque no sabía cómo. No sabía exactamente qué quería ese joven de ella, pero tomó la determinación de contarle todo lo que quisiera saber. No le guardaría ningún secreto, como sí había hecho con los dos agentes. Le explicó que la policía había ido a su casa para comunicarle que habían asesinado a Halldór.

—¿Asesinado? ¿Halldór? —preguntó Pálmi.

—Lo quemaron vivo. ¿Te lo puedes creer?

—Ha salido en las noticias.

—Investigan el caso como un homicidio. Que es lo que es, evidentemente. Se presentaron aquí dos agentes que no escucharon ni una sola de mis quejas. Uno era muy majo, pero al otro se le veía nervioso y estresado. Creo que el simpático se llamaba Erlendur. Eran de la Judicial.

—¿Saben por qué lo asesinaron y quién cometió el crimen?

—No tenían ni idea. Les hablé de los niñatos que iban al colegio de Halldór. Supongo que culminaron su acoso matándolo. Los últimos años fueron un infierno para el pobre. Los niños lo odiaban y le amargaban la vida.

—¿Tienes idea de por qué?

—Halldór me decía que, a su edad, los profesores lo pasaban mal y que tendría que haberse retirado hace tiempo. Pero era incapaz de jubilarse. Era como si tuviera que dar clase hasta el último día de su vida. Figúrate. Halldór era buen profesor, a pesar de todo.

—¿Por qué ese empeño en seguir dando clases?

—Creo que Halldór vivía con un terrible sentimiento de culpabilidad que se fue acentuando con la edad. Pensaba que, enseñando a los niños y cuidando de ellos, podía compensar lo que les había hecho hace muchos años. Eso no se lo expliqué a los

policías, ya les conté demasiado. Les dije que Halldór había sufrido abusos sexuales de joven. Intentaron tirarme de la lengua para que siguiera hablando, pero yo no solté prenda.

Sentado frente a ella, Pálmi escuchaba en silencio.

—Es verdad que no me mostré muy afectada cuando me comunicaron que lo habían asesinado. Me educaron para llamar las cosas por su nombre y no protestar mucho. Halldór no era mala persona y seguramente no me habría confesado nunca todo lo que le habían hecho en su infancia si luego él no se hubiera convertido en un perverso. Llevó la procesión por dentro toda su vida y nunca le contó nada a nadie. Me dijo que había vivido siempre atormentado. Algo ocurrió en su interior cuando comenzó a dar clases en Víðigerði. Se mudó a Reikiavik después de sus primeros años de trabajo en Hvolsvöllur. Algo me dice que allí también debió de suceder algo.

—Tengo un vago recuerdo de Halldór —comentó Pálmi—. Tanto Daniel como yo fuimos al colegio de Víðigerði, yo mucho más tarde que él. Halldór nunca me dio clase, pero me acuerdo de haberlo visto entre los profesores.

—Le encantaba dar clase. Adoraba trabajar con niños y creo que era buen profesor. Evidentemente, los hombres como él no merecen ningún perdón, pero Halldór no era malo por naturaleza. La vida lo había tratado mal.

—¿Qué ocurrió en Hvolsvöllur?

—Se acercaba a los niños.

—¿Quieres decir que acosaba a las niñas? —preguntó Pálmi con cautela.

—¿A las niñas? —respondió Helena un tanto asombrada—. No, a los niños.

Acto seguido, le resumió la vida de Halldór.

—Nació en 1929. Su madre se llamaba Friðgerður y afirmaba que su padre era Svavar Héðinsson, un conocido cuidador de caballos y alpinista. Svavar nunca confirmó ni desmintió nada. Nunca quiso saber nada del niño, pero su nombre quedó registrado como padre en los libros parroquiales. Siempre he dudado de que realmente seamos hermanos. Halldór estaba convencido de que sí lo éramos y

me veía como su amiga íntima. Friðgerður era originaria de los fiordos del noroeste, pero de joven se mudó al sur y estuvo deambulando de granja en granja, trabajando como sirvienta. A ojos de muchos era una simplona. Por lo visto, era una persona rara y de difícil convivencia. Trataba mal a la gente, era maliciosa y no tenía modales. Además, no tenía muy buena reputación. Decían que era ligera de faldas. Se quedaba poco tiempo en cada granja y cada estancia solía ir acompañada de quejas e injurias. Fue el ama de llaves en algunas fincas, pero siempre se marchaba pronto. Acusó de violación a dos granjeros, en Landsveit y en Mýrdalur, pero los casos se silenciaron. La gente del campo decía que Gerði estaba endiablada, que siempre parecía estar buscando problemas.

»Halldór era su único hijo —continuó—. Creció con ella y la acompañó de un lugar a otro. Pero no se podría decir que hubiera sabido alguna vez lo que era el amor de madre. Más bien al contrario. Y no vio casi nunca a su padre, si es que era su padre. A los siete años, su madre comenzó a trabajar como ama de llaves en una granja de los fiordos del este regentada por dos hermanos. Solteros y sin hijos, vivían apartados y no tenían muy buena fama. Friðgerður pasó tres años en su granja y los dos hombres abusaron de Halldór durante todo ese tiempo. Los abusos comenzaron pocas semanas después de que la madre y el hijo se instalaran en su casa. Halldór se encargaba de las tareas más sencillas. Iba a buscar a las vacas, les daba de comer a los terneros y, una tarde, estando en la vaqueriza con los hermanos, lo acorralaron y lo obligaron a... Virgen santa, no puedo hablar de esto. ¡Qué atrocidad! Imagínate, ¡tres años enteros!

—¿Y Friðgerður? —preguntó Pálmi tras un largo silencio—. ¿No hizo nada por detenerlo? ¿No se marchó de la granja con su hijo?

Helena lloraba en silencio.

—Tenía que estar realmente mal de la cabeza —respondió por fin—. Según Halldór, nunca hizo nada por pararles los pies, ¡maldita ramera del demonio!

Permanecieron un largo rato en silencio. Solo se oía el tictac del viejo reloj de pared. Finalmente, Pálmi se levantó y se ofreció a hacer café. Helena asintió desde el sofá.

—Si eres tan amable...

Pálmi encontró todo lo necesario en la diminuta cocina, puso un filtro con café en la máquina que había sobre la mesa, buscó las tazas y el azúcar y llenó una jarrita de leche. Luego lo dispuso todo en una bandeja y esperó a que destilara el café. Cuando volvió al salón, la anciana y él ya se habían repuesto de sus emociones. Pálmi sirvió las dos tazas y Helena le preguntó si quería unas rosquillas. Tenía una bolsa en un armario, junto a la cocinilla.

—Gracias —respondió mientras iba a buscarlas. Luego él se sentó y tomaron café con rosquillas mientras escuchaban el reloj de pared.

—¿Qué fue de aquellos hermanos? —preguntó Pálmi finalmente.

—Hace mucho que murieron.

—¿Y Friðgerður?

—Por suerte se marchó de aquella granja. Puede que acabara hartándose. Quizá todavía le quedaba un mínimo de decencia. Al final terminó en Reikiavik, en la época en que los soldados británicos ocuparon el país durante la Segunda Guerra Mundial. Se lio con algunos y le fue bien vendiendo sus favores a los militares. Vivía con Halldór en un semisótano del barrio oeste, se ganaba bien la vida, y más todavía cuando llegaron los estadounidenses. Pero su historia acabó mal. El invierno en que terminó la guerra, la encontraron muerta de frío delante de un barracón militar de Kamp Knox. Nadie supo nunca lo que ocurrió. Llevaba poca ropa y la habían visto por última vez en un baile organizado para los militares, pero nadie sabía cómo había llegado hasta allí ni quién la había llevado. Las tropas estaban a punto de marcharse del país y el caso no se investigó nunca. Creo que a nadie le importaba que una mujer como ella hubiera muerto congelada delante de un barracón.

—En aquel entonces, Halldór tenía dieciséis o diecisiete años —reparó Pálmi.

—Sí. Se las arregló bien él solo. Encontró trabajo en la tienda Tómasarbúð como repartidor y dependiente. Quería localizar a su padre y a sus hermanos. El viejo Svavar no se preocupaba de él en absoluto. Halldór fue una vez a su casa, pero creo que lo recibieron con una sarta de improperios. Entonces papá tenía setenta y pico



años. Otros de nuestros hermanastros no quisieron saber nada de él, pero yo lo quería mucho. Era educado, aunque se le veía inseguro y tímido, casi neurótico, y decía que tenía ganas de estudiar. Se matriculó en Magisterio y se graduó con buenas notas. No encontró trabajo en Reikiavik, pero se trasladó al sur y comenzó a dar clases en Hella, y luego en Hvolsvöllur. Al terminar la guerra, la ciudad se expandió con la llegada masiva de la gente del campo, construyeron nuevos centros escolares y, al aumentar la demanda de profesores, Halldór consiguió un puesto en el colegio de Víðigerði. Cobraba un buen salario y le gustaba el trabajo. Ahora los sueldos son penosos y todo el mundo se queja de las deficiencias del sistema educativo. ¿De qué se extraña la gente?

—¿Nunca se casó?

—Halldór era un hombre roto por dentro, aunque no se le notara.

—¿Te confesó los actos que había cometido en Hvolsvöllur?

—Se negaba a hablar de ello. Pero eran graves. Por lo visto, alguien se aprovechó de él. Lo chantajearon para que hiciera algo a cambio. Alguna vez me dijo que lo habían utilizado mientras trabajaba en Víðigerði.

—¿Sabes qué quería decir exactamente?

—No tengo ni idea.

—Cuando yo iba al colegio, a todos los niños nos daban cada día una cápsula de aceite de hígado de bacalao. Hace mucho se tomaba con cuchara o directamente del frasco, pero a muchos niños les daba náuseas y costaba conseguir que se lo bebieran. Algunos lo vomitaban. Además, no era muy higiénico, porque todos los niños compartían la cuchara o el frasco. Más tarde comenzó a administrarse en unas cápsulas con una cubierta azucarada que les daba buen sabor. El profesor siempre tenía un tarro lleno en su mesa. Era una medida de protección sanitaria que ahora ya no existe. Las cápsulas formaban parte de la rutina diaria, junto con el parte y la vara del profesor. El maestro nos las daba a la hora del recreo y se aseguraba de que nos las tomáramos. Nos encantaban, y a veces robábamos algunas de la mesa del profesor. ¿Te las mencionó Halldór alguna vez?

—Nunca —respondió Helena—. Ni una sola vez.

A la mañana siguiente, el enorme titular del principal periódico del país acaparaba toda la portada. A Erlendur se le revolvió el estómago cuando se sentó en la cocina para leer el diario. «Alumnos de primaria sospechosos del homicidio de su profesor». La esencia de la noticia era fiel a la realidad. Según las fuentes del periódico, el incendio de la casa de madera de Halldór Svavarsson, en el barrio de Þingholt, se consideraba un homicidio, y la investigación iniciada por la Policía Judicial apuntaba hacia los alumnos de primaria del colegio de Víðigerði. Erlendur sabía que era imposible guardar en secreto una información así durante mucho tiempo, pero había esperado disponer de algunos días más. Había que encontrar una solución drástica para silenciar el asunto. No pensaba hablar con ningún periodista en los próximos días. El artículo no mencionaba ninguna fuente de información, se limitaba a usar fórmulas como «fuentes fiables» o «según las fuentes de nuestro periódico».

La noticia incluía una entrevista con la presidenta de la Asociación de Padres de Alumnos, que no tenía palabras para expresar su indignación ante el trabajo y los métodos de la policía. Nadie había hablado con la Judicial. «¿Para qué hacerlo?», pensó Erlendur. También habían entrevistado al director, quien, haciendo gala de un sentido común del que Erlendur pensaba que carecía, prefería no hacer declaraciones mientras la investigación siguiera en marcha. Aun así, confirmó que la Judicial lo había interrogado, puesto que la víctima había ejercido como profesor en el colegio. Es más, prácticamente mintió al declarar que no recordaba que Halldór

se hubiera quejado alguna vez de que los niños del centro le hubieran causado algún daño. Según él, nunca había protestado por nada.

El teléfono sonó. Era el director de la Policía Judicial.

—¿Has visto el periódico? Acabo de hablar con el ministro. Me ha preguntado si hemos perdido el juicio. ¿Hemos perdido el juicio? Te lo pregunto yo a ti. Dice que los niños islandeses no hacen cosas así. Y menos en ese barrio.

—Vamos a ver, ¿y él qué sabe? —respondió Erlendur—. Espero que le hayas dejado claro que estamos haciendo una investigación rutinaria, que hemos hablado con el director del colegio porque la víctima había dado clases en su centro, que nada indica que hayan sido esos niños y que el periodismo cutre solo hace que nuestra investigación se vaya al carajo. Esa es la línea a la que vamos a atenernos cuando convoques una rueda de prensa esta tarde. Lo negaremos todo. Es fundamental que lo hagamos si queremos preservar nuestros intereses. No debe revelarse ningún detalle relacionado con el caso. La investigación se encuentra en su fase inicial. Lamentaremos que se haya filtrado en la prensa información confidencial y aclararemos que el responsable pagará las consecuencias cuando lo cacemos. Y que lo expulsaremos. Eso, y nada más que eso, es lo que vamos a decir hoy y en los próximos días cuando comiencen a llamarnos.

—¿Y la Asociación de Padres? Esa mujer es la cuñada del ministro.

—La Asociación de Padres —farfulló Erlendur—. ¡Que le den por el culo! —exclamó recurriendo a una de las injurias que le había escuchado a aquel traficante de drogas unos años atrás.

—¿Cuándo te vendría bien asistir a una rueda de prensa?

—Convócala sobre las tres. Así las cadenas de televisión tendrán tiempo para preparar el telediario de la tarde y dar las noticias como nosotros queremos. Y también vamos a exigir que mañana se publique en portada un artículo que exponga nuestra postura.

Erlendur colgó el teléfono. No tragaba a los periodistas y evitaba el trato con ellos en la medida de lo posible. Apenas pasados unos segundos, el aparato volvió a sonar, pero se negó a responder. El

teléfono sonó insistente hasta que Erlendur se cansó, salió dando un portazo y se metió en el coche.

Todas las líneas telefónicas de la Policía Judicial estaban colapsadas cuando Erlendur llegó a comisaría. Sus compañeros lo esperaban en la sala de reuniones para que pudiera comenzar la reunión matutina. El ruido de las conversaciones dio paso a un silencio mortal cuando Erlendur entró en la habitación y paseó la mirada entre los asistentes.

—Voy a gestionar esa filtración de la única manera posible —informó sosegado y con aire reflexivo—. Se dan por terminadas las reuniones matutinas. Es esencial que, en casos como este, y más cuando hay niños implicados, podamos trabajar en paz. Y esa paz se ha visto alterada porque alguien aquí presente se ha ido de la lengua. Es indispensable que este asunto no salga de aquí. Esposas, amigos, parientes, amantes, hijos, ancianos, mascotas. Nadie de vuestro entorno puede saber nada. Debéis respetar vuestro compromiso de confidencialidad. Destituiremos a la «fuente» en cuanto la localicemos. Y la localizaremos. Estoy convencido de que esa persona es consciente de ello y le deseo lo mejor en el futuro. Después hablaré, uno por uno, con los equipos de investigación. Esta reunión ha terminado.

—¿Por qué nos acusas a nosotros de la filtración? —preguntó Einar antes de que los asistentes se dispersaran—. Podría ser cualquier empleado de este edificio.

—Léete el artículo y verás que parece como si el periodista hubiera estado presente en la reunión de ayer. No le habría resultado difícil ocultarse entre tanta gente. Somos una sociedad pequeña y nos encanta el chismorreó. No es sencillo tener que restringir la información que se da a los medios, pero es todavía peor tener que hacerlo aquí dentro.

La sala se vació hasta que solo quedaron Erlendur, Sigurður Óli y el director de la Judicial.

—La rueda de prensa será a las tres —anunció el director—. ¿Te parece realmente necesario suspender las reuniones matutinas? A mí me parecen útiles.

—Forma parte del mensaje que quiero transmitir. Deben saber

que nos tomamos muy en serio cualquier ruptura de la confidencialidad. Por otro lado, me parece que esas reuniones multitudinarias no son efectivas. No sirven más que para levantar rumores.

—No estoy de acuerdo. Cuando trabajaba en el Ministerio de Educación, las reuniones periódicas eran muy provechosas.

—Precisamente. Mira cómo ha terminado la educación en este país. ¡Con los alumnos quemando vivos a sus profesores!

—Eso es tergiversar la realidad.

—¿Podríamos centrarnos? Sigurður Óli, averigua qué han obtenido los que han hablado con los vecinos, las gasolineras y las tiendas de bricolaje. No sé cómo lo vamos a hacer, visto lo que ha pasado, pero debemos interrogar a los alumnos de Halldór. También hay que hablar otra vez con Helena. Tiene que entender que no puede obstaculizar así la investigación.

—Os dejo al cargo —dijo el director antes de desaparecer, como si estuviera tremendamente ocupado—. Acordaos de la rueda de prensa a las tres.

El teléfono sonó en la sala de reuniones. Sigurður Óli respondió. Era una llamada a cobro revertido desde Hvolsvöllur. Le preguntaron si la aceptaba y el agente respondió afirmativamente. Tras un breve silencio, solicitaron hablar con la persona que dirigía el caso de Halldór Svavarsson. Sigurður Óli le pasó el teléfono a Erlendur.

—¿Hablo con el encargado de la investigación del homicidio de Halldór Svavarsson? —preguntó una voz ronca y anciana.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Llamo por algo relacionado con Halldór —respondió la voz antes de carraspear—. Me llamo Guðni y soy exdirector del centro de enseñanza primaria y secundaria de Hvolsvöllur. Me gustaría hablaros de un suceso que tuvo lugar mientras trabajaba aquí, en nuestro colegio. Al leer esta mañana en el periódico que se sospechaba de sus alumnos, me he preguntado si todavía seguía haciéndolo.

—¿Si seguía haciéndolo? —preguntó Erlendur—. ¿Quieres decir su trabajo?

—No, lo de los niños.

—¿A qué te refieres?

—Sería mejor que no habláramos de esto por teléfono.

—Te enviaré un hombre ahora mismo para que registre tus declaraciones.

—Será un placer —dijo el hombre antes de dar su dirección.

Erlendur se despidió y le pidió a Sigurður Óli que se dirigiera a Hvolsvöllur para interrogar a Guðni. Él tenía que asistir a aquella maldita rueda de prensa. Sigurður Óli apuntó la dirección y se marchó. Erlendur tenía miedo de que la policía recibiera un aluvión de llamadas como esa; en tal caso haría falta contratar a un centenar de agentes para dar abasto. Hizo una ronda de preguntas a sus compañeros para saber si habían averiguado algo después de las indagaciones del día anterior, pero lo único que habían sacado en claro era que el cordel termorresistente se solía emplear en hornos de ahumado de carne y salmón en la industria alimentaria.

—¿Me estás diciendo que estamos tras la pista de un manipulador de alimentos? —gruñó Erlendur, malhumorado, al agente que le había dado la información.

Sigurður Óli salió de Reikiavik y cruzó el puerto de Hellisheiði, que podía llegar a ser casi intransitable durante esa época del año. Consciente de ello, Sigurður Óli había cogido sin permiso el todoterreno del que disponía la Policía Judicial. Debido a la presencia de nieve y hielo negro, se rogaba a los conductores que extremaran las precauciones. Pasó por delante de un equipo de salvamento de Reikiavik que asistía a un coche que se había quedado atascado fuera de la carretera. El arcén estaba salpicado de vehículos abandonados, unos con las luces de emergencia encendidas y otros no. Mientras los adelantaba a toda velocidad, Sigurður Óli pensó que quizá se habían quedado sin batería. El todoterreno respondía sin problemas y ni por un segundo se le ocurrió detenerse para ofrecerles su ayuda. A la altura de Hveragerði la circulación se hizo mucho más fácil. Enseguida llegó a Selfoss y, al cabo de una hora, había alcanzado su destino, Hvolsvöllur. No había tardado ni dos horas, a pesar de las malas condiciones.

Localizó la casa de Guðni, el exdirector del colegio. Se

encontraba en una pequeña urbanización de viviendas unifamiliares. A Sigurður Óli le parecían todas cortadas por el mismo patrón, y no solo las de Hvolsvöllur, sino las del país entero: todas se reducían a una simple caja de hormigón con un garaje acoplado. Caminó hasta la puerta y llamó al timbre. Lo recibió el propio Guðni, que se presentó y le dijo que estaba esperando su llegada. Después de intercambiar unas palabras sobre el tiempo y la difícil circulación, se acomodaron en el salón. La esposa del director, Ólína, les llevó una taza de café y Sigurður Óli le dio las gracias con amabilidad antes de abordar la cuestión.

—En aquella época yo llevaba ya unos años siendo el director del colegio —explicó Guðni enderezando el cuello.

Sigurður Óli se fijó en que su mujer se había metido en otra habitación después de haber servido el café y se preguntó si esa decisión ya estaba tomada de antemano. El hombre parecía amable y sonriente, pero Sigurður Óli tenía la sensación de que su expresión era algo forzada. No tardó en percibir las ínfulas del exdirector. Guðni había sido durante mucho tiempo una persona influyente en una comunidad pequeña. Hablaba con tono autoritario y erguía la espalda con aire arrogante. Su prominente barriga deformaba su figura. Tenía la cara arrugada y fumaba un Camel tras otro mientras hablaban. Se había enterado de la muerte de Halldór por la prensa, y había visto la noticia del incendio en el telediario de la tarde, pero, al leer por la mañana que se trataba de un homicidio y que a sus alumnos los consideraban sospechosos, había visto necesario ponerse en contacto con la Judicial. Sigurður Óli pensó en la avalancha de informaciones que recibía la policía en ese momento a raíz de la noticia. Después de contrastarlas, tras una ardua labor, se llegaría a la conclusión de que la inmensa mayoría eran pistas inservibles.

—Halldór se trasladó a Hvolsvöllur después de terminar Magisterio en Reikiavik —continuó el director antes de dejar escapar una espesa bocanada de humo con la mirada perdida por encima de Sigurður Óli—. Era joven, tenía interés y parecía un buen hombre. A veces lo invitábamos a comer a casa. Le gustaba dar clase y los niños estaban encantados con él. Se preocupaba mucho por ellos y

se esforzaba por ganarse su confianza. Como persona que venía de fuera, al principio le costó un poco adaptarse al lugar. Hvolsvöllur es como cualquier otro pueblo pequeño de Islandia, una comunidad cerrada donde los forasteros tienen problemas para integrarse, por muchos años que lleven viviendo en ella.

—Sé lo que quieres decir —interrumpió Sigurður Óli—. Viví un tiempo en Akureyri.

—Pues eso —convino Guðni—. Puede que no seamos tan malos, pero sí somos cerrados y a menudo tenemos poca paciencia con los de fuera, que, para colmo, tienen que enfrentarse a los rumores. En Akureyri, el carácter de pequeña ciudad se manifiesta en un inaguantable complejo de inferioridad que, como bien sabes, termina saliendo a relucir en forma de megalomanía. En muchos sentidos se puede decir lo mismo de nosotros. Halldór era de Hella, donde todos hablaban bien de él, pero, cuando empezó en mi colegio, me dijo que tenía ganas de cambiar de aires. Yo me alegré porque Halldór era buen profesor. En aquellos tiempos, y ahora también, era difícil encontrar personal para las zonas rurales. Todo el mundo quiere ir a Reikiavik, y la situación era mucho peor en aquella época, después de la guerra. Durante un tiempo yo también pensé en mudarme a la capital. En todo caso, había que aprovechar a personas como Halldór. Todos esperábamos que quisiera quedarse aquí, y yo creo que, de alguna manera, ese era también su deseo.

—Pero no ocurrió —concluyó Sigurður Óli.

Guðni negó con la cabeza.

—Llevo décadas sin hablar de este asunto y no me resulta sencillo hacerlo. Como siempre faltaba personal, los profesores se encargaban de distintas tareas y, durante unos semestres, Halldór impartió gimnasia además de sus asignaturas. Todo funcionaba de fábula. Los niños adoraban a Halldór. Pero un día comenzaron a circular unos rumores que yo siempre atribuí a las mujeres del pueblo, ya que ejercen bastante influencia en nuestra comunidad. Da igual. La cosa es que a Halldór no le interesaban las mujeres. No era para nada feo, tenía atractivo y algunas le hacían ojitos, pero él no estaba por la labor. Lo invitaban a sus casas, y en los bailes



siempre estaba rodeado de mujeres. A los hombres de aquí no les hacía mucha gracia, tú ya me entiendes.

Sigurður Óli asintió.

—Y, bueno, no solo eran las solteras las que le tiraban los tejos. Al ver que, al cabo de dos o tres años, seguía sin reaccionar y actuando con evasivas, la conclusión fue que a Halldór no le iban las mujeres. Y si no le iban, solo podía ser por una razón: que fuera lo que en mi pueblo llamaban un sodomita. Lo hablé con él en varias ocasiones, lo de las mujeres. Le pregunté si no quería casarse e instalarse definitivamente en el pueblo. Me parecía que, como amigo, podía hablar con él de esas cosas. Pero él siempre cambiaba de conversación. Decía que no estaba preparado para tener un hogar y fundar una familia. Me pedía que no me preocupara por él. Al final lo dejé estar y le advertí que se convertiría en un blanco fácil para los chismorreos. Le aconsejé que, cuando surgieran, no les hiciera mucho caso, que desaparecerían. Me dijo que entendía lo que le quería decir. No volvimos a tocar el tema. El muy maldito siempre se mostraba comprensivo y amable.

Guðni se encendió otro cigarrillo con el anterior y apagó la colilla en el cenicero. Inspiró el humo azulado y lo retuvo unos segundos antes de expulsarlo.

—Pero luego ocurrió algo —dijo Sigurður Óli.

—Hiciera lo que hiciera, ya estaba condenado: se había convertido en un sodomita a ojos del pueblo. Todos hablaban de Halldór sin que él tuviera la menor sospecha. Poco a poco, la sociedad le fue cerrando las puertas, ya me entiendes. Es algo de lo que no te das cuenta a no ser que quieras abrir esas puertas, cosa que Halldór no hacía. En cualquier caso, la actitud de la gente hacia él había cambiado. Me resulta difícil explicarlo, pero el que ha vivido en un lugar pequeño toda su vida percibe ese tipo de cosas, e incluso las alimenta. No es que yo le cerrara mi puerta, pero fui partícipe no contándole lo que ocurría. Es evidente que habría sido lo correcto, pero es difícil comprender ese tipo de cosas y creo que no habría cambiado nada.

Guðni guardó un breve silencio antes de continuar.

—Fue en ese momento cuando los niños comenzaron a quejarse

de él. Me acuerdo en especial de un caso que no se me va a olvidar en lo que me queda de vida. Un día, un alumno que vivía en mi calle, un poco más abajo, estaba en su casa y había quitado el polvo de los muebles después de haber limpiado con jabón los cristales y los espejos. Cuando llegaron sus padres, estaba fregando la cocina. Ese chico no había levantado nunca un dedo en su casa y de pronto le había entrado obsesión por la limpieza. También le había prendido fuego a su ropa en el jardín. Toda su ropa, incluso la que llevaba puesta. Sus padres se lo encontraron desnudo. Nadie entendió nada hasta que expulsaron a Halldór del pueblo y le preguntaron al niño; el chico se derrumbó y contó su relación con el profesor. Y no era nada bonito de escuchar, te lo puedo asegurar.

—¿Se dieron más casos? —preguntó Sigurður Óli.

—Como te decía, Halldór se ocupaba de distintas tareas, daba clase de gimnasia y era el vigilante de las duchas. Una vez, un alumno de último curso les dijo a sus padres que Halldór le daba asco. Se inclinaba sobre los chicos mientras se duchaban y los miraba de forma extraña. A veces los enjabonaba, e incluso se duchaba con ellos y les daba un mensaje con una erección. El rumor corrió como la pólvora por todo el pueblo. Al día siguiente, no había nadie que no se hubiera enterado. Esa misma tarde, dos niños contaron que Halldór les había ofrecido dinero a cambio de ciertos favores. Ellos se habían negado y la cosa no había ido a más, pero luego se descubrió que otros niños sí habían aceptado el dinero; algunos de ellos, con frecuencia. La ira se desató en el pueblo.

—¿Y qué dijo Halldór?

—Lo agarraron y, literalmente, lo echaron del pueblo. No lo volvimos a ver jamás. Se llegó al acuerdo tácito de que silenciaríamos el caso y trataríamos de olvidarlo lo antes posible. Sin embargo, había que castigar a Halldór de alguna manera. Unos hombres le dieron una paliza y le dijeron que se largara de inmediato si no quería perder la vida. La gente montó en cólera. Lo habíamos acogido bien, ¿entiendes? Nos habíamos preocupado por él y lo habíamos tratado lo mejor posible. Mientras tanto, él se había

pasado el tiempo ultrajando a nuestros hijos. ¡El muy malnacido! Causaba tan buena impresión... Admitió que tenía problemas, pero apenas nos dio ninguna explicación. Hay que estar realmente enfermo para poder hacer algo así.

Guðni se encendió otro cigarrillo e inhaló el humo profundamente.

—¿Lo confesó voluntariamente o fue víctima de la histeria colectiva? Quiero decir, si los niños habían oído que era un invertido, era muy fácil inventarse historias sobre él.

—No, lo confesó todo.

—¿Por qué no lo denunciaron?

—Creo que por vergüenza. Nadie quería que se corriera la voz de que habían abusado de nuestros hijos. Nos sentíamos culpables. Eran otros tiempos, hoy todos esos problemas salen en la televisión y los tratan con efectismo para entretenimiento del público. Tendríamos que haber estado más atentos, nos reprochábamos lo ocurrido. No te haces a la idea de lo que tuve que soportar en el momento de mayor revuelo. Pensé que yo también tendría que mudarme a otro sitio.

—Ese tipo de casos hay que hacerlos públicos —señaló Sigurður Óli, tratando en vano de no sonar excesivamente paternalista—. Se habría podido alertar a otras personas. Halldór siguió dando clases en otros colegios después de que lo expulsarais. Se tienen responsabilidades y obligaciones cuando ocurre algo así.

—Como digo, en aquel entonces no existía todo eso de la sensibilización y la protección del menor. Dicho rápido y bien: nos importaba un comino lo que pudiera ser de Halldór, lo único que queríamos era librarnos de él. Era una persona aberrante. Nos costó mucho recuperarnos. Puede que no mejorara las cosas, pero nos volvimos más suspicaces a la hora de acoger a nuevos forasteros. Y no estoy diciendo que aquí sean todos unos angelitos, pero nos conocemos bastante bien, creo, y sabemos a qué atenernos.

—¿Crees que Halldór mantuvo su comportamiento hasta la vejez sin que lo descubrieran?

—Me he asustado al leer la noticia esta mañana. Cuando lo descubrieron aquí, mucha gente del pueblo estaba dispuesta a matarlo. Puede que sospechéis de sus alumnos, pero también

deberíais investigar a los padres. He sido testigo de su rabia y no son precisamente unos corderitos.

—¿Insinúas que la gente de Hvolsvöllur lo torturó?

—No, no. Ni mucho menos. Lo golpearon, pero les daba miedo porque se limitaba a mirarlos con una extraña sonrisa repugnante.

Continuaron conversando un largo rato. La mujer de Guðni no salió en ningún momento de la habitación donde se había metido, ni siquiera para despedirse de su invitado. Sigurður Óli se subió al todoterreno en medio de una ventisca que apenas permitía ver a pocos metros de distancia. Las calles estaban vacías y le daban al pueblo un aspecto lúgubre. En la ventana del salón vio aparecer la silueta de Guðni, que lo seguía con la mirada y con las manos metidas en los bolsillos. El exdirector le había pedido que no contaran a los medios los actos cometidos por Halldór en Hvolsvöllur. Después le había contado que, de joven, le habría gustado mudarse a Reikiavik, pero nunca lo había hecho. Se había casado, había tenido hijos y se había asentado en el pueblo. Su principal preocupación había sido la familia. Sigurður Óli lo entendía, pero no sabía qué podía importarle a él.

—Ah, una cosa más —había añadido—. Casi se me olvida, aunque tampoco sé si es relevante.

Sigurður Óli había abierto ya la puerta y se dirigía hacia su coche.

—¿De qué se trata?

—Unos años después me llamó un hombre y me hizo preguntas sobre Halldór.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Me preguntó si había dado clases en mi colegio y por qué había dejado el trabajo. Recuerdo que era un hombre bastante grosero y que era muy directo al hablar, casi maleducado. Quería saber todo tipo de cosas. Pensé que sería alguien de las autoridades y le conté por encima lo que había pasado en el pueblo, pero luego me arrepentí.

—¿Por qué?

—Nunca supe quién fue. En cuanto obtuvo la información que buscaba, colgó. No me dio tiempo de preguntarle quién era, ni de parte de quién llamaba. Creo que no quería revelar su identidad.

Sigurður Óli se puso al volante del todoterreno y llamó a Erlendur sin ser consciente de qué hora era. En el cuartel general de la Policía Judicial, en Kópavogur, la rueda de prensa acababa de comenzar cuando a Erlendur le sonó el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Había olvidado desconectarlo. El director de la policía estaba haciendo una breve introducción antes de presentar a Erlendur, quien iba a responder a las preguntas. De pronto, interrumpió su discurso a media frase. Los periodistas, cámaras y fotógrafos que llenaban la sala miraron a Erlendur con expectación, preguntándose si contestaría. Solo se escuchaba el leve zumbido de las cámaras y los chasquidos de los fotógrafos. El policía cogió el móvil y se lo acercó a la oreja. «¿Sí?», dijo mirando hacia la mesa, tratando de no inmutar el rostro. Se arrepentía de haber respondido, sabía que tenía que haberlo apagado en cuanto había sonado.

Sigurður Óli reconoció la voz de su compañero.

—Halldór era un perverso —anunció mientras ponía en marcha el motor.

Erlendur asintió y colgó. En el telediario de la tarde se le podía ver dejando el móvil sobre la mesa y mirando hacia la sala como si no hubiera pasado nada.

En el mismo momento en que Sigurður Óli arrancaba, Helena se desplomaba en el suelo.

El nuevo guardia de seguridad la había golpeado con fuerza. Era la primera vez que la anciana veía a un vigilante en el inmueble. Se había alegrado tanto al recibir su visita que se olvidó de tomar las precauciones de siempre. Vestido con un uniforme azul, el individuo había llamado a la puerta y había murmurado algo. Helena no lo entendió y retiró la cadenilla de seguridad aunque no le había podido ver bien la cara. Lo había dejado pasar regañándolo por lo poco que se preocupaba de las necesidades y los problemas de los inquilinos. Tanto ella como sus vecinos habían tratado de localizarlo en numerosas ocasiones y le habían dejado mensajes. En cuanto la mujer le dio la espalda, el hombre cerró la puerta, se abalanzó sobre ella y la dejó inconsciente en el suelo, golpeándola en la cabeza con un palo.

Erlendur recibió el aviso a la hora de cenar. Según las órdenes establecidas, se le debían comunicar todas las agresiones cometidas en la ciudad o en las zonas rurales. Þórólfur, al cargo de robos y asaltos, le había transmitido la noticia nada más enterarse. Erlendur relacionó el suceso de inmediato con Halldór e hizo una llamada de emergencia a todas las fuerzas disponibles. Una chica que estaba vendiendo pescado seco sin licencia en el inmueble había encontrado la puerta del apartamento entreabierta y había llamado. Al ver que nadie respondía, la había abierto del todo y había asomado la cabeza. No se había fijado en Helena hasta que se había adentrado en el pasillo, donde la había hallado tirada en el

suelo. Le sangraba la cabeza y se había formado un charco en el suelo. El apartamento estaba destrozado. Como en estado catatónico, la chica había llamado a los vecinos para avisar a la policía, que había solicitado la presencia de todos los equipos disponibles en el lugar de los hechos.

Cuando llegaron los dispositivos policiales, la joven se encontraba en el pasillo, sorprendentemente en calma, y Helena estaba todavía inconsciente. La llevaron en ambulancia al hospital de Reikiavik con un pronóstico incierto en cuanto a su supervivencia. Los agentes apenas podían abrirse paso por el apartamento. Miembros de la policía, especialistas de la Científica y fotógrafos entraban y salían continuamente. Los agentes de la Judicial trabajaban por toda la casa ante la mirada reflexiva de Erlendur.

—¿Y tú quién demonios eres? —preguntó mirando hacia la puerta.

En el umbral había un joven bajito y delgado, prácticamente calvo. Vestido con un anorak verde y unos vaqueros, miraba a Erlendur con gesto triste y cansado. Quizás, sus grandes ojeras le hacían parecer más mayor de lo que era. Aun así, tenía cierto aire decidido, cierto aspecto de ser el tipo de persona que nunca se rinde. Erlendur no recordaba haber recibido la visita de nadie en la escena del crimen.

—Me han dicho que te podía encontrar aquí —respondió el hombre mientras entraba en el apartamento—. Me llamo Pálmi.

El viento del sudoeste azotaba la mansión, que se alzaba como un lúgubre farallón negro a orillas del mar. El oleaje rompía con violencia contra el muro de cemento que rodeaba el jardín y las ráfagas de aire aullaban y silbaban en los amplios salones del interior. Salvo la tenue luz que iluminaba el dormitorio, el interior del edificio estaba sumido en la penumbra.

—Sí —respondió el dueño de la casa.

—No ha encontrado nada en el apartamento de su hermana —informó la voz al teléfono.

—Entonces es que la anciana no tenía nada. Perfecto.

—Ha opuesto resistencia. Casi la mata.

—Espera un momento —ordenó el hombre que a continuación colgó y se dirigió a la habitación contigua, donde había otro teléfono supletorio. Tenía múltiples aparatos distribuidos por toda la casa para evitar las escuchas clandestinas. Levantó el auricular—. ¿Es que no habría bastado con entrar cuando no estuviera en casa para buscar las cintas? —susurró—. ¿Hacía falta darle una paliza?

—Yo no estaba. Seguro que no quería ir tan lejos, pero ella se ha resistido y ha intentado arañarlo y morderlo. O eso dice él. Podría ser mentira perfectamente. Puede que no sea el hombre más adecuado para llevar a cabo esta misión.

—¿Qué le ha hecho?

—La ha dejado inconsciente.

—¡Será imbécil! Acaban de quemar vivo a su hermano. Van a relacionar las dos cosas.

—Ese es el problema.



—¿Y dices que no había ninguna cinta?

—Ninguna.

—Tenemos que encontrarlas como sea.

—¿Y el tipo que le prendió fuego a Halldór? Puede que él sepa algo.

—Puede, pero ¿sabemos quién es?

—Daniel tenía un hermano pequeño que iba a verlo siempre al hospital. Algo me dice que podría causarnos problemas. Puede que lo consideren sospechoso del incendio.

—Estoy seguro de que todo irá bien. Pero debemos estar atentos a la evolución de todo este asunto.

—Debemos seguir de cerca la investigación del homicidio.

—Voy a hablar con el ministro.

—Ya sabes lo que nos jugamos. Si todo esto saliera a la luz, podríamos perder el contrato con los coreanos, ¿queda claro? Es el primer contrato de ese tipo que firma nuestra empresa, y estamos hablando de miles de millones de coronas. Teniendo en cuenta la evolución financiera de los últimos años, este acuerdo podría salvar de la quiebra al grupo.

—Los alemanes están ahora en Corea. Según ellos, todo va sobre ruedas. Deberíamos poder firmar el contrato pronto y, en cuanto lo hagamos, podremos ponernos en marcha.

El hombre colgó y volvió al dormitorio.

—Todo va bien, mi pequeño —dijo moviendo los labios, pero sin emitir ningún sonido.

Pálmi estaba sentado junto a Erlendur y sus colaboradores más cercanos en el cuartel general de la Policía Judicial. Era última hora de la tarde. Erlendur le había presentado a sus compañeros. El elegante de pelo castaño era Sigurður Óli. Einar, el rellenito de mediana edad, el más veterano de todos. Después estaba Elínborg, una licenciada en Geología que nunca había ejercido como geóloga. El más joven del grupo era Þórólfur, un joven que era radical en la época del instituto pero que se había vuelto un ultraconservador desde el momento en que había tenido que trabajar para ganarse el pan. Erlendur los había seleccionado personalmente y depositaba en ellos toda su confianza.

Sentados en el despacho, fumaban y tomaban café. El tabaco estaba prohibido en todos los edificios públicos, excepto en el despacho de Erlendur, donde siempre eran bienvenidos los fumadores de otros departamentos, incluso de los situados en la otra punta del cuartel. Los agentes escuchaban a Pálmi, que hablaba en voz baja y con parsimonia, como si sopesara cada palabra que decía. Les explicó cómo había progresado la enfermedad de su hermano y que Daniel había recibido las visitas de Halldór durante las semanas anteriores a su suicidio. Pálmi les mostró la foto de clase. «Aquí tendría unos diez años —dijo—. Yo aún no había nacido». Les habló del hombre que había asistido al entierro y que después se había ido corriendo. Prefirió omitir la cuestión de las cápsulas de aceite de hígado de bacalao hasta tener más confianza con los policías. Les contó que Helena le había dicho que Halldór había sido asesinado y que había tenido una infancia

difícil, por decirlo delicadamente. Había sufrido duros abusos sexuales y luego había abusado él de algunos alumnos. Por lo visto, alguien había localizado después a Halldór y había hecho que trabajara para él, es probable que dando clases. O, en todo caso, eso pensaba Pálmi.

—Los habitantes de Hvolsvöllur echaron a Halldór del pueblo cuando descubrieron que había abusado de algunos alumnos —explicó Sigurður Óli—. Después obtuvo un nuevo puesto de profesor en el colegio de Víðigerði, donde, al parecer, siguió cometiendo abusos.

—¿Y los padres no se enteraron? —preguntó Einar—. ¿O la dirección del colegio?

—El caso ha cobrado ahora una nueva dimensión. Tenemos que hablar de nuevo con el exdirector —indicó Erlendur.

—Una de las razones por las que he venido a hablar con vosotros es para saber si me podáis ayudar a encontrar a este hombre —dijo Pálmi, señalando a uno de los niños de la foto. En el extremo derecho de la última fila, un chico de pelo largo con un jersey de rayas sonreía a la cámara de oreja a oreja.

—¿Quién es?

—Vino al funeral de mi hermano. Lo he visto en alguna parte, pero no recuerdo dónde. Ha cambiado mucho con el tiempo, como todos los de la foto, supongo. Pero creo que era este de aquí. Era muy amigo de Daniel y seguro que sabe algo de todo lo que ocurrió.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó Einar.

—Sigmar, me parece. Lo he buscado en el listín telefónico, es lo único que se me ocurrió para intentar dar con él. Todos los niños de la foto escribieron su nombre por detrás.

Einar le dio la vuelta y vio los nombres de los alumnos escritos con caligrafía infantil en tinta roja o azul.

Pálmi dudó un momento antes de continuar.

—Creo que todo esto tiene que ver con unas cápsulas de aceite de hígado de bacalao. Tanto el suicidio de Daniel como el asesinato de Halldór y la agresión a Helena.

—¿Cómo que con unas cápsulas de aceite de hígado de bacalao? —preguntó Erlendur dirigiéndole una mirada de asombro.

—Sé que suena extraño, pero esas cápsulas desempeñan algún tipo de papel en esta historia. En los tiempos en que Daníel iba a primaria, se las daban a todos los niños. No sé si os acordáis. Dejaron de hacerlo cuando yo empecé a ir al colegio. Era una especie de iniciativa de protección sanitaria planteada por el gobierno, ya que en Reikiavik todavía se conocían casos de desnutrición. Un día, a un empleado del psiquiátrico le pareció que Halldór y Daníel decían algo sobre unas cápsulas de aceite de hígado de bacalao. Pero no oyó nada más. No escuchó el resto de la conversación; al fin y al cabo, no tenía razones para hacerlo. Cuando, en el entierro, quise hablar con Sigmar, cuyo nombre no se lee bien en la foto, se zafó de mí y salió corriendo entre la nieve mientras gritaba que no era aceite lo que llevaban las cápsulas. «No contenían aceite de hígado de bacalao», dijo exactamente. No tengo ni idea de a qué se refería, pero eso es lo que dijo. Por muy incomprensible que parezca, esas cápsulas tienen algo que ver con todo esto.

Los cinco policías lo miraron, pensativos.

—¿Cómo demonios pueden guardar relación esas cápsulas con el homicidio de Halldór y la agresión a Helena? —preguntó finalmente Erlendur.

—Creo que deberíamos interrogar a los antiguos alumnos de Halldór —sugirió Elínborg—. Quizás así podamos aclarar lo que ocurrió y saber cuáles eran sus intenciones. Puede que alguien más mencione... unas cápsulas de aceite de hígado de bacalao.

—Pero si no contenían aceite, entonces ¿qué contenían? —preguntó Þórólfur.

—Eso mismo me pregunto yo —respondió Pálmi—, ¿qué podría ser?

—¿Estás pensando en algún tipo de droga? —preguntó Elínborg.

—¿Quizá somníferos? —planteó Sigurður Óli—. Puede que Halldór durmiera a los niños para tocarlos. Por lo visto, el hombre era un degenerado.

Los agentes observaron la fotografía e intercambiaron una mirada.

—Degenerado —repitió Einar—. ¡Qué atrocidad!

—Puede que alguno de aquellos alumnos, incluso ese tal Sigmar, haya decidido ahora, después de todos estos años, vengarse de Halldór por lo que les hizo —postuló Erlendur—. Pero eso no son más que especulaciones. No tenemos nada que lo confirme. Aunque hubiera cometido algún acto en Hvolsvöllur que luego le confesara a Helena, no sabemos lo que pudo ser, ni si esas alegaciones son fiables. Tenemos que averiguarlo.

—El exdirector de Hvolsvöllur me advirtió de la rabia que invadió a los padres de los niños que Halldór había sometido a abusos. Si cometió abusos en el colegio de Víðigerði, tendríamos que hablar con los padres de los niños —sugirió Sigurður Óli—. Lo raro es que sea ahora cuando aflore todo esto a la superficie. Sería extraño que aquellos niños hayan podido guardar silencio durante todos estos años. ¿A ti te lo contó Daniel alguna vez? —le preguntó a Pálmi.

—Nunca. Pero no teníamos muy buena relación y solo lo recuerdo enfermo.

—Tenía pendiente decirlo —interrumpió Einar— que el equipo encargado de recorrer las gasolineras habló con un dependiente de la Ólis de Klöpp, en la calle Skúlagata, que recordaba haberle vendido a un hombre muy parecido a Halldór diez litros de gasolina en un bidón de plástico. Fue hace más de un mes. Estaba bastante seguro de que era él.

—Así que Halldór habría guardado el bidón en su casa y el asesino se limitó a usarlo —supuso Sigurður Óli.

—¿Para qué querría Halldór comprar gasolina? —preguntó Elínborg—. No tenía coche. Y raro sería que necesitara diez litros para rellenar el mechero.

—Este caso se vuelve más extraño con cada día que pasa —comentó Þórólfur rascándose la cabeza.

—Vamos por el buen camino —reparó Erlendur—. Tenemos algunas pistas. Aunque sus alumnos más recientes siguen bajo sospecha, tenemos que fijarnos también en las promociones anteriores, con especial atención en la clase de Daniel. Tenemos que hablar con los padres. Como es evidente, no hay forma de hacerlo sin que salga a la luz todo este asunto, así que os rogaría que extreméis las precauciones al hacer acusaciones y, sobre todo,

que no habléis con los medios. Lo mismo deben hacer los padres. Es de capital importancia en la fase en que nos encontramos.

Nada más terminar de hablar, le sonó el móvil en el bolsillo de su chaqueta. Respondió y escuchó en silencio un largo rato. Todas las miradas se clavaron en él. Le aclaró a su interlocutor que no podía ni confirmar ni desmentir lo que le decía, negó con determinación unas cuantas veces, agradeció la llamada y colgó el teléfono.

—Mañana saldrá en la prensa —anunció.

—¿El qué? —preguntó Sigurður Óli.

—Que Halldór era un pederasta.

Un antiguo vecino de Hvals­völlur, que había preferido mantenerse en el anonimato, había contactado con los periodistas para comunicarles que, cuando Halldór había trabajado allí como profesor, había abusado de algunos niños del colegio. La gente, al enterarse, lo había expulsado del pueblo.

Sentado en la cocina, Pálmi releyó el comienzo de la noticia.

Numerosos indicios apuntan a que el profesor de educación infantil Halldór Svavarsson, asesinado en su domicilio de Reikiavik la tarde del 16 del pasado mes de enero, había cometido abusos sexuales a menores. Según las informaciones recibidas por nuestro periódico, abusó de algunos alumnos del colegio de Hvals­völlur en los años sesenta y su comportamiento inmoral le costaron la expulsión del pueblo. No obstante, queda pendiente confirmar la veracidad de los hechos. Erlendur Sveinsson, miembro de la Policía Judicial al cargo de la investigación del homicidio, no ha querido ni confirmar ni desmentir estas informaciones.

Según nuestra fuente, que prefiere permanecer en el anonimato, el fallecido cometió repetidos actos reprobables mientras ejercía como profesor en el colegio de Hvals­völlur. En lugar de denunciarlo cuando lo descubrieron, los vecinos de la pequeña localidad sureña lo expulsaron del pueblo y silenciaron el caso. El anterior director del centro no quiso hacer declaraciones cuando nuestros periodistas le preguntaron al respecto ayer por la tarde. El actual director, procedente de otra población, desconoce lo sucedido.

Los expertos consultados ayer por este periódico consideran probable que Halldór hubiera mantenido su conducta al trasladarse a Reikiavik para dar clases en el colegio de Víðigerði. En una entrevista concedida a nuestro diario, la doctora Norma J. Andrésdóttir, del Centro de Asistencia para Víctimas del Abuso Sexual Stígamót, afirma que una vez que un pederasta desata sus impulsos, existen elevadas probabilidades de que reincida a no ser que recurra a la ayuda de un especialista.

La Policía Judicial convocó ayer por la tarde una rueda de prensa en la que...

Llamaron levemente a la puerta y Pálmi invitó a pasar a Dagný. Acababan de dar las ocho y sus hijos se habían ido al colegio. Ella no empezaba a trabajar hasta las nueve.

—¿Qué quería ese hombre de Daniel? —preguntó nada más entrar.

—Solo Dios lo sabe —respondió Pálmi.

—Me parece increíble que puedan escribir noticias así. Basta con que cualquier cretino difunda cuatro infamias sobre ese hombre para que se convierta en un pederasta a ojos de todo el país.

—Ayer me reuní con la Policía Judicial. La noticia es cierta. Fueron a Hvolsvöllur para investigar y el antiguo director se lo contó todo. Halldór abusó de los alumnos. Puede que continuara haciéndolo en el colegio de Víðigerði y que algunas de las víctimas fueran compañeros de clase de Daniel. Incluso el propio Danni.

—¡Joder! —exclamó Dagný—. Bastante tienes ya con todo lo de tu hermano como para ahora añadir esta monstruosidad.

Pálmi le pasó una taza, le sirvió uno de sus cafés bien cargados y le añadió, como de costumbre, un poco de espuma de leche que había preparado él mismo. Dagný apenas bebía café, pero el suyo le gustaba tanto que era casi adicta. Permanecieron unos instantes en silencio. A Dagný le daba la impresión de que Pálmi le quería contar algo. Esperó con paciencia hasta que su vecino rompió el silencio.

—Es muy extraño lo que me pasa con Daniel —comenzó a explicar—. Por mucho que me empeñe, no consigo evocar recuerdos suyos anteriores a su enfermedad. Da igual cuánto me esfuerce. Solo me vienen imágenes sueltas que no me ayudan nada. ¿Sabes lo que quiero decir?

Dagný guardó silencio.

—Solo lo recuerdo en el manicomio, encorvado y envejecido. Esa es la imagen que guardo de Daniel. Se portaba mejor que nadie conmigo. A veces no decía nada. Otras, hablaba sin cesar de sí mismo, del hospital, de los empleados y de aquellos disparates suyos sobre astrología. Fumaba como un carretero. Sin embargo, yo nunca lo escuchaba. Procuraba evitar su cercanía. Me limitaba a hacer lo que me parecía correcto, ni más ni menos. Lo iba a ver al



hospital, hablaba con los médicos, permitía que pasara unos días conmigo, estaba pendiente de su evolución... Pero él para mí no significaba más que cualquier otro objeto material de mi entorno. Lo veía como una tarea más de la que tenía que hacerme cargo. Una faena que me dejó mamá cuando murió. ¿Cómo pude volverme así? Muchas veces deseaba que todo terminara y, ahora que ha llegado a su fin, tengo una incomprensible sensación de vacío que me consume por dentro. Apenas lo pude mirar en el ataúd. Cuando vi a su viejo amigo inclinarse hacia él, darle un beso y hacer lo que se supone que yo debería haber hecho, me invadió un profundo sentimiento de culpabilidad. Sentía como si alguien me estuviera gritando: «Pero ¿qué te pasa, Pálmi? ¡Es tu único hermano!». Aparte de mí, ya no quedaba nadie más de la familia, y lo dejé morir antes de esforzarme en conocerlo mejor y permitirme quererlo. Lo más triste es pensar que nunca lo habría hecho, aunque hubiera llegado a cumplir cien años. Nunca habría comprendido la situación. ¡Lo egoístas que podemos ser y lo ciegos que podemos estar! Ahora entiendo que no era Daniel quien me necesitaba a mí, sino al contrario. No me he dado cuenta hasta que lo he perdido. Siempre me he visto como un buen samaritano que cumplía con sus obligaciones, e incluso más que eso. ¡Sus obligaciones! Como si hubiera sido una obligación que cumplir. Solo esperaba que llegara el momento de su muerte.

—No sirve de nada que te tortures —lo consoló Dagný.

—Tienes razón. El caso es que me alegré al verlo saltar. ¿Te lo puedes creer? Me alegré. ¿Quién soy? ¿En qué tipo de monstruo nos podemos convertir solo por no haber hecho nada en la vida? «Ya me he librado de él», pensé. ¿Te lo puedes creer?

—No pensaste eso en ningún momento.

—Tenía que reprimir ese pensamiento continuamente. A veces se quería colar en mi cabeza y yo lo permitía. Ya sabes cómo surgen esas ideas cuando ocurre algo doloroso. Te enteras del caso de una muerte prematura y te da un vuelco el corazón: te alegras de que no te haya tocado a ti o a alguien de tu familia. Como es evidente, son pensamientos estúpidos e instintivos. No sé. El caso es que a mí todavía me asaltan.

—No sé adónde quieres ir a parar. Solo sé que no estabas precisamente alegre cuando murió tu hermano.

—Puede, no lo sé. Pero ese sentimiento me acompañaba allí donde fuera. Todo ha terminado. Ya no habrá más visitas al hospital. Ni más problemas relacionados con Daniel. Pero no ha resultado un alivio, sino todo lo contrario: se ha convertido en un enorme peso. Después de todos estos años, he empezado a pensar en Daniel como en un ser humano y a sincerarme conmigo mismo. Ojalá pudiera acordarme de cuando éramos pequeños. Nunca he tratado de hacerlo tanto como ahora, pero no me viene nada a la cabeza. He expulsado a Daniel de mi vida. ¿No te parece extraño? ¡Es mi hermano!

Dagný guardó silencio. No era la primera vez que Pálmi compartía con ella esas reflexiones.

—Tengo la sensación de haber estado huyendo todo el tiempo. Mamá siempre decía que me haría alguien de provecho. Creía en mí, como cualquier madre, pero también lo hacía porque yo era su única esperanza. A lo mejor no esperanza, pero sí lo único que le quedaba íntegro, por decirlo de algún modo. Y no es que yo sea el mejor ejemplo de persona normal —añadió Pálmi sonriendo—. Mamá había vivido tiempos difíciles y me deseaba un futuro mejor que la vida que ella había conocido. Y me iba muy bien en el colegio, ese no era el problema. La cosa es que siempre he escogido el camino más sencillo. Nunca me he enfrentado a ella. En el instituto pasaba de curso porque elegía las asignaturas más sencillas. Vagueaba, ya sabes. No me planteaba esforzarme porque no veía la necesidad de hacerlo. El sistema de créditos me lo ponía en bandeja. Y lo mismo me pasó en la universidad. Mis amigos se metieron en Medicina y yo, en Historia. Me interesa mucho la historia, pero, si lo piensas bien, no implica ninguna responsabilidad. Los trabajos que realicé en la carrera no van a suscitar ningún tipo de controversia. Evito el conflicto. No quiero alterar a nadie. Que Dios me libre de entrar en polémica. Alguien podría poner en duda mis conocimientos. No tengo iniciativa. Tengo treinta y pico años y soy dueño de una librería de segunda mano. ¿A qué retos crees que me enfrente en mi trabajo? A no tener cambios. Vendo los libros por

encima de su valor para obtener beneficios. Esto no es vida. Es como estar muerto. Me he enterrado vivo. Eso también se reflejaba en mi interacción con Daniel. ¿Has visto?, he usado la palabra «interacción» al referirme a mi hermano. Pero era más de lo mismo. Seguí el camino más sencillo. ¡No hice nada! Trataba de obviar su existencia. Me negaba a enfrentarme a él, a su enfermedad y a lo que me había hecho de niño. Me cerré a él. Eso era más fácil que preocuparse por él y cuidar de él como una persona y no como un pobre desgraciado. No me he esforzado nunca en nada.

No habían tocado el café y se les había enfriado. Dagný observaba a Pálmi en silencio, pero su vecino tenía la mirada perdida en la pared, como si en ella pudiera ver proyectados todos sus errores.

—Y yo que te consideraba una persona segura de sí misma y con una gran autoestima —dijo Dagný al final—. Siempre subes las escaleras del edificio con la cabeza alta, como si fueras alguien importante —añadió riéndose con cierto decoro.

—Con la cabeza alta —farfulló Pálmi.

—Creo que eres demasiado duro contigo mismo. No te olvides de que Churchill era historiador —señaló Dagný con una sonrisa—. Daniel y tú os llevabais muchos años y eso complicaba vuestra relación. La diferencia de edad no facilita las cosas. Estaba enfermo y en ocasiones era una persona de trato difícil. Tú eres el único que cargaba con la responsabilidad. Creo que tienes el corazón en su sitio y, siendo realistas, me parece que las cosas no podrían haber ocurrido de otra manera. Mi hermana me saca cinco años y prácticamente no nos vemos nunca, salvo en las fechas importantes. Así es la vida. Y entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos quedamos parados lamentándonos o seguimos adelante con lo que tenemos, sin pensar en lo que nunca tuvimos y nunca tendremos? Si tuviera que arrepentirme de todo lo que he hecho o no he hecho en la vida, me volvería loca.

—Esto es algo más que puro arrepentimiento. Es una especie de debilidad. De insensibilidad. Algo que hace que todo el mundo y todas las cosas me den igual.

El teléfono atronó en el salón. Pálmi se levantó despacio y

respondió. Dijo que sí varias veces y luego añadió que estaba ocupado.

—Era Sigurður Óli, de la Judicial. Han encontrado a Sigmar, pero no consiguen sacarle ni una palabra. Ha solicitado hablar conmigo. Tengo que irme.

Pálmi se organizó para no tener que ir a la librería hasta la tarde. Lo pasaron a buscar por su casa y lo llevaron hasta el cuartel general de la Policía Judicial, en Kópavogur, donde Sigmar lo esperaba en una pequeña sala de interrogatorios acompañado de Erlendur y de Sigurður Óli. Erlendur salió al pasillo con Pálmi para explicarle cómo lo habían localizado. No había resultado difícil: Sigmar era un asiduo de la comisaría. Lo encarcelaban cada cierto tiempo por delitos menores: falsedad documental, robos de cheques o asaltos a tiendas. Hasta en el ámbito del crimen era un desdichado. Era un conocido vagabundo de la ciudad; siempre se lo veía deambular por el centro en distintos estados de embriaguez y acompañado de otros sintecho. La policía lo había encontrado después de que el colegio le hubiera dado su nombre completo. Lo habían ido a buscar a la casa de ayuda a la reinserción de presos, donde había pasado varias semanas antes de que lo pusieran en libertad tras una breve estancia en prisión.

Sentado en la sala, fumaba un cigarrillo que le habían dado y había solicitado hablar a solas con Pálmi. Erlendur le había dicho que no era posible.

—¿Se encuentra bajo sospecha? —preguntó Pálmi.

—No le hemos podido sacar nada —respondió Erlendur—. Se niega a decirnos ni una sola palabra.

—¿Grabáis todo lo que se dice en esta sala?

—Lo podemos hacer.

—¿Habría algún problema en que hable conmigo a solas, ya que eso es lo que quiere, si lo grabáis todo en una cinta?

Erlendur reflexionó.

—Que sepas que es un procedimiento muy inusual —reparó—, pero voy a hacer una excepción.

Dicho esto, los dejó a solas y Pálmi se sentó frente a Sigmar.

—Me olvidé de darte las gracias por haber asistido al funeral de Daníel —le dijo Pálmi.

—No hay nada que agradecer. Danni era amigo mío.

—¿Cómo estás?

—No hagas como que te importa cómo estoy.

—La policía me ha dicho que querías hablar conmigo. ¿Es por algo relacionado con Daníel?

—Sí. Daníel. Danni y yo éramos buenos amigos.

—El otro día, cuando hablamos delante de la iglesia, me pareció oírte decir algo sobre unas cápsulas de aceite de hígado de bacalao. ¿Puede ser?

—Las cápsulas. Qué gran idea. Nos encantaban. Solo que no había aceite en las que nos daban en el colegio.

—¿No os daban cápsulas normales y corrientes?

—No. Nos daban no sé qué veneno de mierda que nos volvía locos. Locos de remate.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pálmi sin saber cómo interpretar las palabras de Sigmar. Vestido con la misma ropa harapienta que en el entierro de Daníel, el vagabundo miraba a su alrededor con inquietud, evitando los ojos de Pálmi. En el aire flotaba un fuerte olor a orina.

—Locos. Igual que Daníel. Nos enganchamos a las drogas y al alcohol. Desarrollamos enfermedades mentales. No se libró nadie. Daníel no fue el único. ¿No te has enterado de cómo acabó el resto de nuestra clase? ¿Sabes cuántos de nosotros se suicidaron o ingresaron en un manicomio?

Pálmi miraba a Sigmar fijamente sin poderse creer lo que estaba oyendo. Recordaba que Daníel le había hablado de «los demás». Le había preguntado que, si él venía del paraíso, de dónde venían «los demás», o algo parecido. Pálmi negó con la cabeza. Al otro lado del espejo, Erlendur y Sigurður Óli escuchaban con atención.

—¿Estás insinuando que os daban alguna sustancia tóxica que os hacía adictos a las drogas? ¿Cómo se te ha podido ocurrir algo así? ¿Qué pretendes?

—Porque era un desviado. Por eso lo escogieron. Él hacía lo que

le mandaban. Nos administraba las cápsulas. Se paseaba entre las mesas y nos las metía en la boca, día tras día, con su asquerosa sonrisa.

—¿De quién estás hablando? ¿De Halldór?

—Siempre nos estaban recordando que éramos la peor clase de todas. Y no solo de aquel año, sino de toda la historia del colegio. La peor con diferencia. Unos auténticos zoquetes. Una cosa inaceptable. Nos repetían una y otra vez que no llegaríamos a nada en la vida. Los profesores nos decían que seríamos unos desgraciados y que nunca podríamos optar a nada de lo que la vida nos pudiera ofrecer. ¡Nada! Sin embargo, aquel año sacamos unas notas excelentes. Fuimos los primeros de todo el colegio. Nadie conseguía entenderlo. Pero después caímos todos en desgracia. Muchos murieron. Danni tuvo una enfermedad mental; Kiddi Cuervo desapareció un buen día, como si se lo hubiera tragado la tierra; Skari cayó en una fuerte adicción, y Aggi se desplomó de repente en una charca, muerto. Con solo trece años. Imagínate, a los trece años se cayó al suelo delante de nuestras narices, sin vida. Gísli murió ese mismo año trabajando en una granja. Se han ido todos. Ágúst se cortó las venas. Óttar desapareció. Se lanzó a nadar en el mar; era muy buen nadador. Encontraron sus zapatillas en la orilla. Las había dejado allí con sumo cuidado. Nuestras vidas se echaron a perder y nos volvimos unos drogadictos. No se salvó nadie. Nos encantaban aquellas cápsulas. Eso sí, había al menos una cosa buena: no necesitaban chicas, así que solo nos las daban a los chicos. Nos usaron como putos conejillos de Indias. De vez en cuando acudían al colegio unas enfermeras para sacarnos sangre. Obviamente, nunca relacionamos sus visitas con aquellas cápsulas y las enfermeras nunca nos dirigieron la palabra. Eran dos y acudían por turnos. Cada dos meses, creo.

Pálmi miraba fijamente a Sigmar mientras hablaba sin orden ni concierto. Al otro lado de la sala, Erlendur y Sigurður Óli intercambiaron una mirada antes de volverse de nuevo hacia Sigmar y seguir observando la escena a través del cristal.

—¿Estás diciendo que os hicieron tomar una sustancia que os volvió enfermos? ¿Pero qué cuento es ese?

—¡Ahí está! ¡Un cuento! Cada vez que intentábamos contarlo, la gente se reía de nosotros. Pero lo sabíamos. Ahora soy el único que queda. Os invito a que investiguéis qué ha sido de los otros chicos de mi clase. Si os parece normal, entonces no hay problema.

Erlendur los interrumpió.

—¿Mataste tú a Halldór? —preguntó bruscamente, fulminando a Sigmar con la mirada.

—Si lo hubiera matado, yo también le habría prendido fuego. Y luego habría disfrutado viéndolo arder, aullar, retorcerse de dolor y sufrir sin siquiera tener el detalle de mearme encima para aliviarlo.

Erlendur y Pálmi intercambiaron una mirada antes de volverse hacia Sigmar. Sigurður Óli entró en la sala.

—¿Quiénes escogieron a Halldór para ese trabajo? —le preguntó Erlendur, pero Sigmar no contestó.

—¿Cómo sabes todo eso de Halldór? —le preguntó Pálmi, que tampoco obtuvo respuesta.

Sentado en la sala de interrogatorios con Erlendur, Sigurður Óli y Pálmi, Sigmar miraba al frente con obstinación.

—¿Cómo sabes que las cápsulas no eran de aceite? —preguntó Erlendur—. ¿De dónde has sacado esa información?

Sigmar guardó silencio.

—¿Cómo sabes lo de las cápsulas? —insistió Sigurður Óli.

Sigmar seguía sin dar respuesta.

—¿Es que no nos lo piensas decir? —repitió Erlendur—. O sea, que nos sueltas un rollo sobre cápsulas y drogadictos, y después vas y cierras el pico como si nos estuvieras tomando el pelo. ¿Hay alguien que te prohíba contar más cosas?

Los agentes se volvieron hacia a Pálmi, que miraba a Sigmar, callado en su asiento.

—¿Nos puedes decir cómo sabes lo de las cápsulas, Sigmar? —preguntó Pálmi—. ¿Sabes, por ejemplo, qué contenían, si no era aceite de hígado de bacalao?

Sigmar miró a Pálmi en silencio.

—¿Estás diciendo que los niños se convirtieron en drogadictos, alcohólicos o psicópatas debido a esas cápsulas? —continuó Pálmi—. ¿Sabes quién se ocultaba detrás de ese experimento? ¿Te lo

has inventado todo? A lo mejor es que has leído en el periódico que tu antiguo profesor abusó de unos niños y ahora te sacas historias de unas cápsulas envenenadas que guardan relación con una serie de muertes. No será todo esto una invención tuya, ¿verdad?

—No me estoy inventando nada —respondió Sigmar mientras miraba a Pálmi—. Pensaba que me creerías porque eres el hermano de Daníel, pero está claro que me equivocaba.

—Lo que quiero decir —replicó Pálmi— es que nos estás contando una historia bastante increíble y, sin embargo, no pareces muy dispuesto a ayudarnos a entenderlo. Sabes más de lo que dices y tenemos que escucharlo todo. No solo una parte: todo.

Sigmar guardó silencio.

—¿Fuiste alguna vez a ver a Daníel al hospital? —preguntó Pálmi, cambiando bruscamente de conversación.

—Fui unas cuantas veces hace mucho tiempo —respondió Sigmar—, pero dejé de hacerlo. No veía el motivo. Apenas podía comunicarme con él y me horrorizaba verlo consumirse en aquel lugar. ¡Malditos envenenadores! Se han marchado todos mis amigos. Solo quedo yo.

—Por eso te recuerdo. Desde que yo tenía siete años, mi madre me llevaba al hospital cada semana para ver a Daníel. En aquella época también recibía la visita de otras personas, y tú eras una de ellas.

—Danni era mi mejor amigo. Lo hacíamos todo juntos. Los chicos de clase estábamos muy unidos, pero Danni y yo éramos uña y carne. No teníamos secretos. Tal vez lo mejor habría sido suicidarse, como los demás. Nos volvimos unos drogadictos. Nos metíamos todo lo que caía en nuestras manos. Parecía como si nos hubiera poseído el demonio. Supongo que yo he sido el que más suerte ha tenido. Al fin y al cabo, sigo vivo. Si es que a esto se le puede llamar vida. Puede que la teoría de Halldór sobre las casualidades fuera correcta.

—¿La teoría de Halldór sobre las casualidades? ¿Qué quieres decir? —preguntó Erlendur, pero no obtuvo respuesta.

—¿Qué nos puedes decir de esas enfermeras? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Quiénes eran? ¿Podemos hablar con ellas?



—Las enfermeras. ¿Quién las habría convencido para sacarles sangre a unos niños en secreto? —respondió Sigmar—. Eso es lo que me parece más asombroso de todo: que dos mujeres pudieran venir al colegio a sacarnos sangre sin que nadie se enterara. Nunca más las volví a ver. Ni a ellas ni a sus jeringuillas. No tendrían más de treinta y cinco años.

—¿Sabes quién mató a Halldór? —le preguntó Sigurður Óli.

Sigmar no respondió.

—¿Cómo sabías que alguien presionaba a Halldór para que les diera esas cápsulas a los niños? —preguntó Erlendur.

Sigmar guardó silencio.

—¿Hablaste con él antes de que lo mataran?

Silencio.

—Insisto: ¿hablaste con él antes de su muerte?

Silencio de nuevo.

—¿Quién presionaba a Halldór?

Se dieron cuenta de que Sigmar había dicho su última palabra. Al menos, de momento.

Erlendur les indicó a Sigurður Óli y a Pálmi que salieran al pasillo.

—Creo que lo mejor será dejarlo por hoy. Lo mantendremos detenido. Sigurður Óli, solicita una orden judicial de prisión preventiva. Veremos si está dispuesto a seguir declarando por la tarde.

—Se me ocurre la posibilidad de que hablara hace poco con Daníel —dijo Pálmi—. Halldór le había hecho algunas visitas a mi hermano y lo habían visto charlar con él. Puede que de sus conversaciones saliera todo lo que Sigmar sabe sobre su antiguo profesor.

—Tenemos que averiguar qué fue de aquellos alumnos —dijo Sigurður Óli—. Así sabremos qué hay de cierto en lo que nos ha contado. Debemos interrogar a sus familias y preguntarle al exdirector del colegio de Víðigerði. También habrá que averiguar quiénes eran esas enfermeras.

—Me alegro de que el asesinato no parezca guardar relación con los alumnos —admitió Pálmi—. Si las surrealistas declaraciones de Sigmar son ciertas, el asesinato de Halldór es la culminación de una

larga historia. No lo cometieron unos niños de primaria.

Los agentes de la Judicial no daban abasto para responder a la avalancha de padres preocupados cuyos hijos iban, o habían ido en fechas recientes, al colegio de Víðigerði. Unos furiosos, otros desesperados, todos querían saber si existía alguna posibilidad de que Halldór hubiera abusado de sus niños. La policía les informó de que era altamente improbable. Desde que Halldór había comenzado a trabajar en el colegio, no se había dado ningún caso. Ningún alumno presentaba marcas o se había quejado. Al parecer, Halldór no había hecho nada reprobable en todo el tiempo que había ejercido allí como profesor. Las respuestas eran claras; aun así, no ayudaban a calmar los ánimos. Demasiados «por lo visto» y «no parece probable» para despejar toda sombra de duda.

De camino a casa, Pálmi decidió pasar por el hospital municipal para ver a Helena. Habían encerrado a Sigmar en un calabozo del antiguo centro de detención preventiva de la calle Síðumúli. Erlendur estaba convencido de que sabía más de lo que decía y esperaba que por la tarde se mostrara más dispuesto a colaborar.

Helena estaba ingresada en la unidad de cuidados intensivos. Había recuperado la conciencia y la policía le había tomado declaraciones. Cuando Pálmi llegó, se presentó como pariente suyo y esperó un largo rato junto a su cama. La anciana dormía con gesto sereno, a pesar de estar conectada a todo tipo de máquinas y rodeada de goteros. Pálmi estaba a punto de irse cuando, de pronto, abrió los ojos. Lo reconoció enseguida.

—¿Qué está ocurriendo, Pálmi? —preguntó con voz débil.

—No tengo ni idea, Helena —respondió Pálmi.

—Me golpeó en la cabeza y ya no recuerdo nada más. Me desperté aquí, en el hospital. La policía me preguntó por la agresión, pero no les he podido dar ningún dato que les sirva.

—¿Sabes quién es el hombre que te golpeó?

—No lo había visto en mi vida. Pensé que era el guardia de seguridad. Me dijo que era el nuevo vigilante y me puse tan contenta que lo dejé pasar tan tranquila. De pronto sentí que se me caía el techo encima y me desplomé.

—Te entiendo —dijo Pálmi para consolarla.

—Se puso como un energúmeno y empezó a tirarlo todo al suelo. Creo que ha destrozado mi retrato de Kjarval. Luego me preguntó si escuchaba música, o algo así.

—¿Cómo que si escuchabas música?

—Igual no era música. En todo caso, me preguntó si escuchaba casetes.

—¿Casetes?

—Cintas de audio. Cintas magnéticas. Supongo que se refería a eso. De todos modos, no entendí a qué venía la pregunta.

—¿Pensaba que tenías unas cintas?

—Algo así.

—¿Y era eso lo que estaba buscando? ¿Quería llevarse unas cintas tuyas?

—Pálmi —respondió Helena con voz cansada mientras cerraba los ojos y dejaba pasar unos segundos antes de retomar el hilo—, no tengo ni idea de lo que quería ese hombre tan violento. Pensé que me iba a matar, que había llegado mi hora.

—Tuvo que ser terrible —concluyó Pálmi.

Permanecieron un rato callados. Pálmi pensó que Helena se había quedado dormida hasta que la anciana comenzó de repente a hablarle de Halldór.

—Halldór era alcohólico. Seguro que era por culpa de esas traumáticas experiencias que vivió en su infancia. Bebía para mitigar los recuerdos. Se bebía dos botellas cada fin de semana. Me lo contaba él mismo. La primera, los viernes, nada más llegar a casa, y, la otra, los sábados. A veces se guardaba un poco para los domingos; por si tenía resaca, ya sabes. Solo *bebíabrennivín* y no

pasaba nunca de esas dos botellas. Ni siquiera llamaba a los taxistas para que le llevaran otra. Halldór no tenía compañeros de borrachera, ni amigos, en general. No buscaba compañía. La única persona con la que tenía contacto era yo. Y también conocía a mi marido, claro. A veces nos venía a ver a Hafnarfjörður y pasábamos juntos un rato agradable. No era muy hablador. Mi marido y yo nunca tuvimos hijos y estábamos solos, pero teníamos dos perros que llenaban el vacío. A los pobres no les caía muy bien Halldór. Le gruñían cuando pensaban que no los veíamos.

En ese momento entró una enfermera para comprobar que todo iba bien. Dijo algo en tono amable, Pálmi respondió con educación y la mujer se fue. Helena volvió a cerrar los ojos y guardó un prolongado silencio antes de proseguir.

—Nadie sabía que era alcohólico. No faltó al trabajo ni un solo día. Creo que habría dejado de beber si el alcohol hubiera influido en su profesión. ¿Quedó algo de su colección de fotos de clase después del incendio?

—Me temo que todo quedó reducido a cenizas —respondió Pálmi.

—Podía pasarse horas hablando de ellas. Le hacía ilusión recibirlas y las colgaba con mucha ceremonia. Mientras bebía, le gustaba pasearse por el salón y mirar a todos esos niños que había conocido y que luego ya no había vuelto a ver, salvo ya de adultos, si se los encontraba de casualidad. Conservaba su imagen tal y como habían sido en otro tiempo. Nunca invitaba a nadie a casa. Yo fui alguna vez y siempre notaba que se ponía nervioso. Tenía la casa hecha una pocilga, pero cuidaba muy bien las fotos. Las guardaba como oro en paño. Una vez por semana, como mínimo, les quitaba el polvo con un trapo amarillo que tenía tirado entre la basura. Así era el pobre Halldór. Daba lástima. Tan solo. Rodeado de todos esos niños.

Las palabras de Helena se desvanecieron.

—Perdóname, Helena —susurró Pálmi—. Tienes que descansar. ¿Te hace falta algo? ¿Algo que te pueda traer?

—Si pudieras recuperar el dibujo, me harías la mujer más feliz del mundo —respondió antes de quedarse dormida de nuevo.

Cuando Pálmi llegó a casa por la tarde, cogió del buzón un par de facturas y tres avisos de envíos certificados que debía recoger en la oficina postal. Recibía varios al mes. La gente de los pueblos le enviaba libros para que los vendiera en su tienda o se los comprara él, por lo general a un precio disparatado.

Subió el correo y lo dejó en la mesilla del teléfono, junto a la puerta. Cogió del escritorio la vieja foto de clase de Daniel y la observó con detenimiento. Al darle la vuelta, se fijó en el sello medio borrado del fotógrafo: ESTUDIO BALDUR. Buscó en el listín telefónico y vio que todavía seguía abierto, en la calle Vesturgata.

El testimonio de Sigmar le había dado un giro de ciento ochenta grados al rumbo de la investigación. Erlendur repartió entre los miembros de su equipo los nombres de los antiguos compañeros de clase de Daníel. Los agentes debían averiguar qué había sido de cada alumno para tratar de verificar las declaraciones de Sigmar. La policía había consultado el registro de matrículas del colegio de Víðigerði e intentaba contactar con los familiares. Enseguida localizaron a la madre de Agnar Baldursson, el niño que, según Sigmar, había fallecido a los trece años. Erlendur y Sigurður Óli se dirigieron a Hrafnista, la residencia donde la mujer, ya septuagenaria, había conseguido una plaza en fechas recientes.

—¿Qué opinión te merece ese tal Pálmi? —preguntó Sigurður Óli mientras aparcaban.

—Ni buena ni mala —respondió Erlendur—. Un poco misterioso para lo joven que es. En mis tiempos lo habrían apodado el Catedrático. Igual que a ti te habrían llamado Zanahorio o algo así.

—Ese era justo mi mote —confesó Sigurður Óli acariciándose su cabello castaño rojizo—. Lo que quiero decir es si crees que podría formar parte de la lista de sospechosos.

—La verdad es que no me lo imagino actuando como un incendiario peligroso. ¿Qué insinúas exactamente?

—Me refiero a que no deberíamos descartarlo. Halldór atormentó a su hermano de pequeño. Lo iba a ver al psiquiátrico y puede que sus visitas guarden relación con su suicidio.

—Te olvidas de que Pálmi estaba en el hospital cuando Halldór murió quemado.

—Puede que le pidiera a alguien que incendiara su casa.

—Eso es demasiado rebuscado, Zanahorio. Además, Pálmi me cae bien. Parece un hombre honesto. Tiene pinta de no haber tenido una vida fácil. Sus padres están muertos y su hermano era un enfermo mental ingresado en un manicomio. Se ha quedado solo, velando por las ruinas de un pasado trágico y doloroso. Me da pena. No es un asesino.

—Es difícil pensar que podría ser un asesino, con la poca cosa que parece.

—Sí, está hecho un alfeñique, pero se le ve perseverante.

—¿Un alfeñique?

—Significa «debilucho». Sale en el diccionario. ¡Y es mucho mejor que decir *so what!*

—Y está blanco como la leche, el pobre.

—Que Pálmi no vaya a rayos uva y no se machaque en un gimnasio no quiere decir que sea un pobre hombre.

—No veo ningún problema en que los hombres y las mujeres vayan a rayos uva, sobre todo ahora, en pleno invierno. Coger color no solo es bueno para la piel, sino también para la mente.

—Pareces de la teletienda cuando sales con esas chorradas.

—Deberías probarlo alguna vez.

—Tengo otras cosas que hacer antes que tumbarme como un tonto encima de una lámpara mientras espero a que se me broncee el culo.

—Es el presente, Erlendur. El presente.

—Prefiero dormir en una cama con piojos y vivir en un chamizo de turba.

—Lo sé. Vives en los tiempos de tu abuelo.

—*So what?*

Al entrar en la residencia, les indicaron dónde encontrar la habitación de la madre de Agnar. La compartía con otras dos personas, pero, cuando entraron, estaba sola. Se presentaron y le preguntaron si podían molestarla para hacerle algunas preguntas sobre su hijo, Agnar. La mujer, de nombre Stefanía, aparentaba mucha más edad de la que tenía. Parecía haber sido anciana desde hacía mucho tiempo. Apenas tenía objetos personales en su



habitación. Erlendur se fijó en la fotografía de la mesilla de noche. Era de dos chicos jóvenes que sonreían a la cámara agarrados del hombro. Stefanía se la acercó.

—Aquí podéis ver a mi Aggi, bendito sea. Es el de la izquierda, el otro es su amigo. Pobre Aggi. Acababa de cumplir trece años cuando murió. Se marchó de repente, un buen día de verano. Había estado jugando al fútbol con sus compañeros y Aggi se desplomó delante de ellos, muerto. Los médicos me dijeron que le había fallado el corazón, pero yo nunca he podido entender cómo le pudo dar un infarto a un niño de trece años. No me cabe en la cabeza.

—¿No se investigó su fallecimiento? —le preguntó Erlendur mientras le devolvía la fotografía, después de haberle echado un rápido vistazo.

—Le realizaron una autopsia, qué horror recordarlo, pero la conclusión fue la misma: le había dado un infarto.

—¿Se había quejado antes de algún problema cardiaco? —preguntó Sigurður Óli.

—Puede que yo no fuera la mejor madre del mundo —explicó mientras retorció un trapo que sujetaba entre las manos—. Estaba soltera y trabajaba el día entero. Me gustaban los hombres y el *brennivín*. Cuando Aggi murió, lo dejé todo. Por completo. Se podría decir que me salvó de la perdición, el pobre. Lo tuve tarde, por accidente, pero era un niño monísimo.

—Entonces, ¿no te fijaste en si se comportó de forma anormal o extraña unos días, semanas o incluso meses antes de que muriera? —preguntó Erlendur.

—A veces me parecía verlo un poco débil y vomitaba con frecuencia. Se lo dije a los médicos. Llevaba siempre las manos y los pies helados. Me acuerdo. Yo siempre le decía que se pusiera los guantes, el gorro y los calcetines de lana, pero nunca me hacía caso. Por lo demás, era un chico muy risueño y muy espabilado. Era bastante impulsivo y no podía esperar para hacer las cosas. Lo único que me pareció extraño es que, aquel año, la clase de torpes en la que lo habían metido sacó las mejores notas del colegio. Nadie podía entender que los niños más revoltosos y más zopencos se hubieran convertido, de repente, en unos genios.

—¿Te acuerdas de Halldór Svavarsson, uno de los profesores de Agnar? —preguntó Sigurður Óli.

—No mucho. Les dio clase a los torpes durante muchos años, y supongo que hablé con él alguna vez, pero no me acuerdo bien. Creo que era un hombre bastante amable. Mi Aggi nunca se quejó de él. No llevaréis un cigarrillo, majos, ¿verdad? Me muero por fumarme uno, pero aquí no hay tabaco y no puedo ir a comprar porque estoy fatal de los remos. Total, para qué, si luego nos lo requisan todo.

—Aquí tienes —dijo Erlendur ofreciéndole un paquete de Camel arrugado—. ¿Recuerdas algo inusual o peculiar que nos pudieras contar sobre Agnar o sus amigos?

—Una vez le pegaron y le dieron patadas —respondió Stefanía bajando la mirada con tristeza—. Aggi tenía los dientes muy salidos y se peleó con unos niños. No sé bien lo que pasó. Le salió volando una de las palas de una patada en la cara y la otra se la clavó en el labio.

—¿Te mencionó Agnar alguna vez las cápsulas de aceite de hígado de bacalao que les daban a los niños en aquella época? —preguntó Erlendur.

—No me suena. ¿Les daban cápsulas?

Erlendur prefirió no entrar en ese tema. Si las declaraciones de Sigmar eran ciertas, la madre de Agnar podría llegar a saber la verdad sobre la muerte de su hijo. Pero Erlendur todavía no disponía de toda la información que necesitaba y no quería darle falsas esperanzas.

—¿Por qué venís a preguntar ahora por mi Aggi, después de tantos años? —preguntó alternando la mirada entre los dos agentes.

—A lo mejor no estás al tanto de las noticias —respondió Erlendur—, pero asesinaron a Halldór hace unos días y el homicidio parece guardar relación con la clase de los torpes a la que iba tu hijo, Agnar. Debo pedirte que guardes esto solo para ti y no se lo cuentes a nadie. Es muy importante.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Stefanía, sorprendida.

—¿Sabes algo de los antiguos compañeros de Agnar? ¿Qué fue de ellos y dónde están ahora? —preguntó Sigurður Óli.

—Vivíamos todos en las viviendas sociales de la calle Grenivegur. Nos conocíamos y nuestros hijos pasaban el día juntos. Había familias de todo tipo. Unas estaban hechas pedazos, como la mía. Me parece que todos aquellos chicos se echaron a perder. Comenzaron a beber después de la muerte de Aggi, luego se metieron en las drogas y nunca hicieron nada en la vida, que yo sepa. Me acuerdo de que Þóra, la madre de Óskar, vino a verme hace unos años. Su hijo había muerto de sobredosis. Vengo oyendo historias como esa toda mi vida. Pobres chicos. Danni por poco le prendió fuego a su edificio tratando de quemar vivo a su hermano. Había enloquecido. Les costaba estudiar, excepto aquel año en que la clase de los torpes sacó las mejores notas del colegio. Eso es lo que pasa cuando metes a la gente en bloques de pisos, como en un redil, y la segregas del resto de la población. Los colegios discriminaban a nuestros hijos. De ahí no puede salir nada bueno.

—Muchas gracias, Stefanía. Nos has sido de gran ayuda —dijo Erlendur antes de ponerse en pie. Sigurður Óli lo imitó y ambos se despidieron de la anciana, que seguía sentada en la cama, con la fotografía en las manos. Cuando estaban a punto de salir por la puerta, Erlendur se volvió hacia ella.

—¿Quién es el que sale en la foto con tu hijo?

—Uno de los compañeros de Aggi. Era una clase muy unida. Jugaban juntos todos los días del año. Esa foto la hice yo misma con una pequeña cámara que tenía, unas semanas antes de su muerte. Era un chico divertidísimo. Aquellos granujas que les pegaron a Aggi y a sus amigos le dejaron heridas muy graves. Creo que se llamaba Siddi o Fiddi. Y tenía un mote.

Le dio la foto a Erlendur, que la miró con más atención y se fijó en que al amigo de Agnar le faltaba un ojo. La órbita estaba hueca y parecía sujetar un parche en una mano.

—¿Puede que fuera Kiddi? —preguntó Erlendur—. ¿Uno al que llamaban Cuervo?

—Sí, eso. Kiddi Cuervo. Siempre lo llamaban así, Kiddi Cuervo. Nunca Kiddi a secas. Perdió el ojo peleando contra esos canallas que le pegaron patadas a mi Aggi.

El fotógrafo lo tenía todo listo. En un extremo de la sala estaba el trípode preparado, y en el otro había distribuido a los alumnos en filas. La enorme cámara era un modelo antiguo y a los alumnos les hacía gracia ver al fotógrafo asomar la cabeza por debajo de la tela negra para pedirles que dijeran «patata». «Paaa-taaa-taaa», repetía un grupo tras otro al tiempo que el flash iluminaba el aula y centelleaba en la oscuridad del cielo.

Le había explicado a Pálmi que ese día le tocaba hacer una ronda por varios colegios. Las fotos de clase todavía le daban algún beneficio además de los clásicos bautizos, comuniones, bodas y graduaciones. Le había preguntado si no le importaba ir al colegio Hagaskóli. Era lo que más le convenía.

Pálmi lo observaba trabajar. Los grupos pasaban y los alumnos se alineaban frente a la cámara. El fotógrafo recurría a bromas viejas para hacerlos sonreír. Se movía con la rapidez y la seguridad propias de alguien que había hecho ese tipo de fotos durante más de tres décadas. Cuando se tomó un descanso, Pálmi se acercó a él. Se presentó y le mostró la foto de clase de Daniel mientras le decía que habían hablado antes por teléfono.

—Sí, es el colegio de Víðigerði —confirmó el fotógrafo, un hombre delgado y ágil de unos sesenta años, que llevaba un fino bigote en cuyo cuidado invertía sin duda una buena cantidad de tiempo—. Todavía trabajo para ellos. Esta es bastante vieja, y no de las mejores. La hice con mi primera cámara. Era principiante y cometía errores. Fíjate en cómo sonríen los niños cuando miran a la cámara. Hace mucho que no veo ese brillo en sus caras. Hoy

hacerse una foto no es tan emocionante como ir al cine, jugar a los videojuegos o ver un DVD o los miles de canales de televisión por satélite. El mundo era más sencillo entonces. La fotografía tenía un significado: el valor de conservar un momento. Ahora nadie quiere conservar nada. Si se guarda algo, se vuelve una cursilada. Si un objeto deja de tener utilidad, te cansas de él y lo tiras para comprarte otro, si puede ser ese mismo día. ¿Para qué guardarlo si no lo vas a usar? En los viejos tiempos, a los niños les ilusionaba hacerse la foto de clase. Ahora les da pereza. Les estás quitando tiempo de jugar a la consola.

—¿Te acuerdas de esta foto en concreto? —se atrevió a preguntar Pálmi, a sabiendas de que era improbable.

—No, obviamente no. Pero sí me acuerdo de Halldór, el profesor al que han quemado vivo hace unos días. Sospechan que han sido los niños. Qué absurdo. Ahora bien, el hombre era para darle de comer aparte. La foto de clase le hacía la misma ilusión que a los niños. Venía emocionado al estudio para que le diera unas copias antes de que las llevara al colegio. Nunca me había topado con nadie igual, y reconozco que me ponía de los nervios. No me gusta que me atosiguen. A veces venía antes de que hubiera revelado los negativos y se quedaba esperando todo el tiempo que hiciera falta hasta llevarse los ejemplares. Siempre hago varias fotos de cada grupo porque los niños se mueven continuamente, se tocan la nariz, miran para otro lado, se ríen... Vamos, que no sirven como modelos. Hay que tener material donde elegir. Halldór escogía las mejores y luego se marchaba corriendo sin darme las gracias ni decirme adiós. Se iba y punto. Ya te digo, un tipo rarísimo. Se quejaba de que ni yo ni los otros fotógrafos colocábamos a los alumnos en el mismo orden cada año. Quería que cada chico ocupara siempre el mismo sitio.

—Yo no lo conocía apenas.

—¿Por qué preguntas por Halldór?

—Mi hermano, Daníel, era alumno suyo. Es el que está ahí, en el suelo, levantando la vista hacia él. Murió hace poco. A Halldór le gustaba esta foto y la guardaba en su casa. Los chicos de esa clase eran muy amigos. Escribieron sus nombres en el dorso. Han muerto

todos, menos uno.

—¡Que han muerto! ¡Todos! Pero ¿qué estás diciendo? ¿Toda la clase?

—Salvo las tres chicas.

Mientras la Policía Judicial indagaba para averiguar qué había sido de los antiguos alumnos de Halldór, Pálmi trataba de descifrar los nombres borrosos de las chicas que figuraban en el dorso de la foto. Una se llamaba Sólveig Þrastardóttir. Otra parecía llamarse Bára Kristjónsdóttir o Kristjánsdóttir. La tercera se llamaba Sara, pero no había escrito su patronímico. Pálmi encontró a Sólveig en la guía telefónica y la llamó. Al oírlo hablar de Daníel y de su clase, la mujer le preguntó si era de la policía. Él le respondió que no y le explicó que Daníel, su hermano, había fallecido recientemente y quería saber algunas cosas sobre él. Ella lo invitó a su casa, que era también su lugar de trabajo. A Pálmi le sonaba su nombre y luego supo que subtitulaba películas y teleseries extranjeras.

Sólveig vivía en una vieja casa adosada del barrio de Fossvogur. Convivía con otra mujer y, al ver la cara de sorpresa de su invitado, le pidió que no se escandalizara. Sin embargo, a Pálmi le parecía que no era asunto suyo. Se sentaron en el salón y Sólveig le sacó el tema sin que él le preguntara nada.

—Mi novia se llama Hulda —le explicó—. ¿No te parece un nombre muy nuestro? Ya sabes que significa «elfa». Le va que ni pintado.

Sólveig era una mujer alta y delgada que aún no había cumplido los cincuenta años. De pelo liso y rubio, nariz grande y ojos enormes, tenía el aire decidido de quien no soporta la pedantería ni el hablar por hablar. El tipo de persona que no se anda con tonterías.

—Me acuerdo de cuando eras pequeño. Danni siempre te llevaba por ahí en el carrito. Tú no tendrías más que dos años, así que no te acordarás.

—No recuerdo mucho a los amigos de Daníel, no.

—Me temo que no tengo gran cosa que decir sobre tu hermano

—le anunció mirándolo a los ojos—. Era uno de los peores estudiantes. Los chicos de clase daban muchísima guerra, siempre pegándose en el patio, robando a la gente, e incluso agrediéndola, pero creo que Daniel no hacía esas cosas. Más bien eran Kristján, Agnar y Óskar, ese al que llamaban Skari Caramelo. ¿Te acuerdas de ellos?

—La verdad es que no. Pero sí conozco la historia de Kiddi Cuervo y su ojo.

—Y Halldór, nuestro profesor. Dicen que lo han matado sus alumnos. ¡Qué insensatez! Lo recuerdo como un hombre inexpresivo. Nunca levantaba el tono, nos hablaba en voz baja, con complicidad, como si fuera uno de nosotros y quisiera convertirse en nuestro mejor amigo. Nunca nos gritaba, ni aunque tuviera razones para hacerlo. Nunca se alteraba. Tampoco usaba la vara para pegarnos ni para golpear la mesa, como hacían otros profesores. No le hacía falta. Se dirigía a nosotros de igual a igual. Su frase favorita era: «Escuchad el silencio». La repetía una y otra vez. «Escuchad el silencio». Y nosotros lo intentábamos escuchar como tontos, pero no oíamos nada. ¿Te apetece un café?

—No, gracias —respondió Pálmi—. Yo también fui a ese colegio y en mis tiempos seguían muy aferrados a la disciplina. Recuerdo al estirado de Rútur, el antiguo director.

—Rútur nos causaba terror y era conocido por burlarse de los niños, sobre todo de los más débiles. Por ejemplo, si un alumno gordo llevaba salchichas para almorzar, le ponía el mote de Don Salchichas y ya no se lo quitaba. Y ese constante trato de usted, que era insoportable. No me extrañaría nada que hubiera sido el último profesor del país en dejar de tratar a sus alumnos de usted. Qué arrogante, por Dios.

—Eso sí, sabía hacer cumplir la disciplina.

—Sí, en aquella época se insistía mucho en la disciplina. No sé cómo será ahora, pero tengo entendido que los colegios han perdido el control de los niños. En nuestros tiempos nos poníamos en fila india antes de entrar y no se movía nadie hasta que todo el mundo estaba callado. Daba igual que cayeran chuzos de punta, no entrábamos hasta que la fila estuviera bien hecha. Hasta en los días

de invierno más desapacibles esperábamos fuera a que el profesor nos diera permiso. ¿Piensas que hoy se podría hacer algo así? Después de la última clase, volvíamos a hacer una fila dentro del aula, recorríamos el pasillo y salíamos del colegio. Hasta llegar al patio no nos atrevíamos a dispersarnos. A veces teníamos que esperar para entrar en clase hasta que los chicos dejaban de hacer el gamberro. Halldór, siempre con su traje, aguantaba con paciencia y nos decía que escucháramos el silencio.

Permanecieron unos instantes en silencio, ensimismados.

—Me acuerdo de cuánto me gustaba la hora del almuerzo. Halldór se sentaba en la mesa y nos leía un cuento mientras nos comíamos el bocadillo y nos bebíamos la leche, o el batido de chocolate, en botellas usadas de ketchup. Llegaba a leernos tres libros al año. *Los hijos del capitán Grant*, *Los viajes de Gulliver*, *Ivanhoe*. Era gangoso y leía con voz monótona, pero siempre lo escuchábamos con atención. Puede que no se metiera mucho en la historia, pero, desde luego, nosotros sí. Y luego, al terminar, nos daba una cápsula de aceite de hígado de bacalao.

—¿Os las daba después de comer el almuerzo?

—Guardaba el libro en el cajón, sacaba dos tarros y nos daba unas pastillas amarillas. Se paseaba entre los pupitres y nos las ponía en la palma de la mano, aunque, a menudo, a los chicos les decía que abrieran la boca y se las metía él mismo acariciándoles los labios con la punta de los dedos. Se le ponía una cara rara cuando lo hacía. Las chicas de clase lo comentábamos. Con nosotras no le pasaba.



Por la tarde, Erlendur y Sigurður Óli se sentaron de nuevo frente a Sigmar en la sala de interrogatorios. Al principio se resistía a declarar, pero poco a poco cedió a su necesidad de hablar de su niñez y de sus compañeros de clase. Les contó el día en que Kiddi Cuervo había perdido el ojo. Mucho más calmado que por la mañana, les habló del barrio donde vivía, de sus amigos y de una época que echaba de menos, la época anterior a la tragedia.

—Ocurrió el mismo año en que nos envenenaron. Danni y los chicos me preguntaron si me iba con ellos a dar una vuelta por el barrio. Pálmi también estaba. Danni cuidaba de él por las tardes y se lo llevaba a todas partes en un cochecito viejo. Iban Kiddi Cuervo, Aggi y Skari Caramelo. Y Gísli. Aggi era muy gracioso y tenía una cara muy cómica con sus dientes de conejo. Óskar era su mejor amigo. Venía del campo y nadie conocía el origen de su mote. Me uní a ellos y caminamos sin rumbo, pero con cierta idea de acabar en nuestro escondite. De hecho, lo llamábamos así: «el escondite». Estaba en los bajos de la casa parroquial y era nuestro lugar secreto. A veces robábamos cosas de las tiendas. Una vez, Kiddi Cuervo, Skari y yo le quitamos el monedero a una señora en el barrio de Hlíðar. Dentro no había más que doscientas coronas. Íbamos a la clase de los torpes y teníamos que estar a la altura de nuestra reputación.

»El sótano estaba recién cementado y sobresalían las barras oxidadas de la armadura de acero —continuó—. El suelo era irregular y estaba frío. Era un lugar desapacible, pero a nosotros nos daba igual porque estábamos a gusto. Encendíamos velas para

tener algo de luz y, de paso, calentarnos un poco. Dejábamos a Pálmi en la pared, metido en su saco, y pasábamos el rato hablando como buenos amigos.

Sigmar hizo una pausa.

—Ahora el barrio está muerto comparado con entonces. A veces me doy una vuelta por allí y no se ve ni un solo niño. En nuestros tiempos, las calles rebosaban de vida. Habría decenas de niños, aunque, en mis recuerdos, parecen cientos.

Sigmar les contó que se divertían librando batallas encarnizadas que duraban hasta la noche. Les explicó las rivalidades que había entre distintas zonas del barrio. Por lo visto, los de «las chabolas», en la calle Grenivegur, eran los más salvajes. Los niños de las otras calles les tenían miedo y evitaban provocarlos. A veces se disputaban el control de un parque, un campo de fútbol o una pendiente para lanzarse con el trineo. Todo valía y llegaban a confeccionar armas realmente peligrosas con los restos de basura que encontraban en las zonas de obras. Construían arcos y flechas con tubos de plástico y palos de fuegos artificiales. Fabricaban ingeniosas espadas, escudos y lanzas. En muchas ocasiones, a falta de otra cosa, las peleas terminaban a pedradas y se causaban heridas graves. A veces, cuando los padres veían que sus hijos llegaban a casa ensangrentados, tenía que intervenir la policía. Si llegaba un clan de otro barrio, los niños de «las chabolas» se congregaban para echarlo de su territorio. Después seguían peleándose entre ellos, tanto en verano como en invierno, entonando cantos de guerra.

—Kiddi Cuervo, Danni y yo nos juntábamos con otros de clase para pelear y nos lo pasábamos en grande. Nos encantaba prepararnos para el ataque —prosiguió Sigmar mientras miraba a Erlendur y a Sigurður Óli—. Teníamos un arsenal de armas e imitábamos las escenas que veíamos en el cine, en la sesión de las tres. Oíamos historias terroríficas de unos jóvenes que capturaban a los niños para torturarlos y hacerles daño. Por nuestro barrio corrían rumores parecidos, pero no eran más que mentiras. Aunque la historia de Kiddi Cuervo no fue ninguna mentira. Ocurrió de verdad, y los niños la recordaban cada vez que se contaban historias

cruelles y despiadadas. Con el tiempo la exageraron y se hizo más espantosa, pero nunca perdió su veracidad. A fecha de hoy sigue corriendo por ahí.

»A veces nos reíamos de las desgracias de Kiddi Cuervo. Lo apodaron así porque había matado un cuervo en el jardín de su casa. Kiddi Cuervo. Qué mala suerte tenía el pobre. Una vez lo atropelló un coche y se rompió el brazo. Otra vez, mientras patinábamos por el hielo en medio del campo, se cayó y se rompió la clavícula. Cuando robábamos en las tiendas, solo lo veían a él. Un día estábamos lanzando barro a una casa recién pintada y el dueño salió de pronto por la puerta. Se lanzó a por nosotros, pero solo pilló a Kiddi, que se había quedado atascado en el barro. Lo peor fue que sus botas de goma se le quedaron allí y nunca las recuperó, así que también le pegaron al llegar a casa. Kiddi tenía algo. Estaba gafado.

»Habíamos robado una caja de cereales y nos los estábamos comiendo en nuestro escondite, a la luz de las velas. Gísli se quejó de la extracción de sangre del día anterior. Se arremangó y nos enseñó un enorme moratón en el codo. “¡Menudo daño me hizo ayer la enfermera! La próxima vez le pegaré un puñetazo”, dijo. “¿Le arrearás un gancho en la mandíbula?”, preguntó Aggi con la boca llena. Kiddi Cuervo dijo que las jeringuillas le daban mucho asco y Danni, que las enfermeras no decían nunca nada. “Vienen, nos pinchan y se van”. Aggi pensaba que se bebían la sangre que nos sacaban, que eran vampiras. Entonces oímos unos pasos encima de nosotros que se dirigían hacia el hueco de la escalera. De pronto vimos aparecer en la penumbra a un grupo de unos seis o siete adolescentes. Entraron lentamente, al contraluz de las velas. Era la primera vez que los veíamos. Debían de ser de un barrio muy lejano. El cabecilla iba vestido con unos pantalones negros y una cazadora de cuero también negra. Tendrían unos quince o dieciséis años. Nos dieron miedo nada más verlos. La chica del grupo bajó la última. La miramos fijamente. Sujetaba un gato muerto por la cola y lo hacía girar mientras caminaba. Era negro y tenía la cabeza abierta, ensangrentada.

La mente de Sigmar salió de la sala de interrogatorios y se

sumergió en el sótano.

—Vaya, vaya —dijo el cabecilla—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Una reunión del club de costura? Y habéis mangado una caja de cereales. ¡Qué pasada!

Sus compañeros se rieron a carcajadas mientras se inclinaba sobre el grupo de niños.

—Y qué velas más monas —añadió—. No será esto la fiesta de una panda de maricas, ¿verdad?

Los recién llegados se partían de la risa.

—Este sitio es nuestro —respondió Kiddi Cuervo al tiempo que sus amigos se levantaban—. Ya os estáis marchando de aquí —añadió. No apartaban la mirada de la chica, que parecía especialmente amenazante. Agarraba el gato muerto como si fuera un vulgar objeto.

—Y si no, ¿qué? ¿Nos vais a lanzar cereales? —preguntó el cabecilla.

—Conque este sitio es vuestro —apuntó otro, ofendido—. ¿Qué pasa? ¿Que sois millonarios?

La diferencia entre ambos bandos era abismal. Los intrusos les sacaban una cabeza y eran mucho más fuertes. Además, iban armados con arcos, flechas y bates. Los arcos estaban hechos con los tubos de plástico blancos que se usaban en las instalaciones eléctricas de los nuevos edificios. Las flechas eran astillas muy finas, afiladas como cuchillos. Eran armas rudimentarias, pero muy peligrosas.

—¿Y tú por qué no te pones también de pie? —le preguntó la chica a Aggi, que seguía sentado. Se abalanzó sobre él y le dio una patada en la cara. El chico se cayó hacia atrás y golpeó el suelo con la cabeza. Le manaba sangre de la boca a borbotones. Uno de sus incisivos había salido volando.

—¡Largo de aquí! —les gritó Skari. Daniel abrazaba a Pálmi con fuerza. Los adolescentes no se movieron.

—Justo andábamos buscando un buen campo donde hacer maniobras —comentó el cabecilla—. Pero también nos hace falta un

blanco. El gato era divertido, pero no se ha muerto como nosotros queríamos.

La chica sonrió. El cabecilla se acercó con decisión hasta Kiddi Cuervo, que no se movía de su sitio.

—¿Y si colgamos a este adefesio de la pared, a ver si le damos en el jeto? —dijo agarrando al chico con ayuda de dos compañeros.

El resto de la banda impedía que sus amigos lo ayudaran. Kiddi forcejeaba con todas sus fuerzas, pero le ataron las manos al techo, le separaron las piernas y le ataron los pies a unas barras oxidadas de acero que salían de las paredes. La chica se acercó hasta él y balanceó el gato en sus narices. Después se colocaron todos delante y apuntaron hacia él. Iban a usarlo como diana.

—¿Ya habéis empezado a follar, chavales? —preguntó el cabecilla, apuntando hacia las ingles de Kiddi Cuervo. La flecha le rozó el muslo y se rompió al golpear la pared.

—¡Parad ya, gilipollas! —gritó Daniel.

Pálmi se había echado a llorar.

—¡Dejadnos en paz! ¡Lo vais a matar! —gritaron los chicos de Víðigerði.

Seguían forcejeando, pero no tenían nada que hacer ante el grupo de invasores. Aggi todavía estaba en el suelo con la cara ensangrentada. Un segundo chico se colocó delante y tensó el arco. La flecha voló por el aire y se estrelló contra la pared, por encima del hombro de Kiddi, que seguía atado, gritando a sus enemigos.

Un tercero tomó posición. Cambió varias veces la orientación del arco para no dejar claro hacia dónde apuntaba. La punta de la flecha le asomaba por el puño y trazaba círculos en el aire, movía el brazo de arriba abajo, de izquierda a derecha. Kiddi lo miró fijamente. Había dejado de gritar. Las muñecas le sangraban. Sus amigos también guardaban silencio. El chico dejó de mover el arco y fijó el punto de mira. Se escuchó el silbido de la flecha en el aire antes de clavarse en Kiddi Cuervo.

El tabique nasal recibió el impacto. Al ver que se dirigía hacia él, había levantado instintivamente la cabeza. La flecha le había atravesado la nariz y le había alcanzado el ojo derecho, donde se había quedado clavada. Sus aullidos de dolor hicieron reaccionar a

los integrantes de la banda. Sobresaltados, se miraron unos a otros y salieron por patas. La chica dejó caer el gato. En un abrir y cerrar de ojos, habían desaparecido todos del sótano, dejando a Kiddi Cuervo inconsciente en la pared. Cuando lo desataron, la cabeza se le desplomó hacia su pecho, la flecha se soltó y cayó al suelo.

—Así fue como perdió el ojo —concluyó Sigmar en voz baja, mirándose el regazo—. Se lo sacaron sin que pudiéramos hacer nada por evitarlo.

Erlendur y Sigurður Óli lo miraron fijamente sin saber qué decir.

—Nos criamos en las viviendas sociales que llamaban «las chabolas» —continuó Sólveig, sentada con Pálmi en el salón—. Los de clase éramos una piña. Vivíamos todos en la misma zona y nos conocíamos desde la infancia. Nuestros padres venían del campo, no tenían estudios y ganaban una miseria. «Las chabolas» estaban llenas de familias así. Algunos acababan de llegar a Reikiavik y el Ayuntamiento los habían ayudado a procurarse un techo. Muchos hogares tenían problemas, como era el caso de la mayoría de mis compañeros. Aunque no el de Danni.

—Nuestra madre nos crio sola —explicó Pálmi—. Era pobre, pero trabajaba como una mula para sacarnos adelante. Nunca volvió a estar con un hombre después de la muerte de nuestro padre. Recuerdo que el director siempre la amenazaba con llamar a Protección de Menores. Creo que usaba ese recurso para atemorizarla. Pensaba que, si la tenía asustada, tendría mejor controlado a mi hermano. Cuando Daniel iba a su despacho por haber quemado los contenedores del colegio o haber armado bulla en los pasillos, llamaba a mi madre por teléfono y la hacía ir hasta allí, aunque la sacara de su puesto de trabajo, para sermonearla. Un día me dijo que había vivido mucho tiempo con miedo a perdernos. Una vez, mi hermano corría por los pasillos haciendo el gamberro y tiró al suelo al director, que salía en ese momento de su despacho. Casi lo dejó inconsciente. Lo expulsaron una semana y mamá le suplicó llorando que no llamara a Protección de Menores. Tratándola de usted, como siempre, le dijo que Daniel era uno de los niños más difíciles del colegio. Pasado el tiempo, mamá se reía

recordando la anécdota de aquel hombre que le daba gritos en su despacho, con un chichón enorme en la cabeza.

Sólveig se echó a reír imaginándose la escena.

—Tuvimos que ser un grupo muy difícil —admitió—. Las situaciones familiares eran muy distintas, pero siempre disfuncionales. A menudo solo trabajaban las madres. Los padres se habían ido de casa. El alcoholismo era un grave problema y los niños tenían el *brennivín* al alcance de la mano. Después de clase pasábamos solos el resto del día y no volvíamos a casa hasta las tantas de la noche. El sistema de clases de tontos se había creado para nosotros. No para ese centro en concreto, sino para todos los niños en nuestra misma situación. Nuestra educación era lo de menos. Lo importante era no echar a perder la de los demás. Halldór trataba de cubrir todos los contenidos, pero el colegio tampoco esperaba mucho de él. Nuestros padres no se tomaban los estudios en serio. Yo no era mala estudiante, pero vivía en «las chabolas» y con eso bastaba. Estábamos marginados y desfavorecidos. En aquel entonces no había psicólogos ni trabajadores sociales, ni orientadores, ni profesores de apoyo. Los grupos de torpes les salían baratos. Lo triste era que, a la hora de decidir si te metían con los tontos, tus capacidades no importaban tanto como tu procedencia. Estoy convencida. A todo el mundo se le llenaba la boca diciendo que en Islandia no había clases sociales, pero el clasismo quedaba perfectamente reflejado en el sistema de grupos por niveles.

—¿Recuerdas alguna peculiaridad en relación con las cápsulas de aceite de hígado de bacalao que os daban? —preguntó Pálmi—. Sigmar le contó a la policía una historia bastante rocambolesca. Según él, drogaban en secreto a los niños de tu clase. En lugar de aceite de hígado de bacalao, las cápsulas contenían alguna sustancia adictiva que hizo que más tarde se convirtieron en alcohólicos o drogadictos, o que desarrollaran enfermedades mentales, como le pasó a mi hermano. El caso es que Halldór fue a ver a Daníel al hospital poco antes de que ambos fallecieran y a uno de los empleados le pareció oírlos hablar de esas cápsulas. Una cosa muy absurda.



—Pobre Sigmar. ¿Qué tal le va? A veces lo veo deambulando por el centro, en compañía de vagabundos. ¿Es un sintecho?

—Creo que no ha tenido una vida muy fácil. Asistió al entierro de mi hermano y daba pena verlo. Alguna vez le había hecho alguna visita a Daníel, pero dejó de hacerlo. Decía que no soportaba ver su declive.

—He leído en el periódico lo de la muerte de Danni. Te acompaño en el sentimiento. De vez en cuando aparecen noticias en la prensa relacionadas con mis compañeros de clase. Kiddi Cuervo desapareció. Literalmente. Skari murió en la calle, sin hogar. Me temo que no puedo decirte gran cosa sobre esas cápsulas, pero me acuerdo de que, aquel año, los chicos de clase sacaron unas notas excelentes. Aprendían con una facilidad pasmosa y, sí, cualquiera habría dicho que los habían estimulado de alguna manera. Sin embargo, su comportamiento empeoró. Se volvieron muy irascibles. ¿Quieres decir que a las chicas nos seguían dando cápsulas normales y que solo drogaban a los chicos?

—Eso insinúa Sigmar.

—No sabría decirte. Empezaron a beber a los doce o trece años. No eran los únicos del barrio, pero ellos lo hacían sin medida y la gente decía que también consumían drogas duras, las que consideraran duras en aquel momento. El caso es que no hacía falta que nadie les administrara ninguna sustancia. El ambiente propiciaba que se las tomaran ellos solos. Decían que la madre de Kiddi Cuervo se prostituía. ¿Lo sabías? Era un mundo cruel.

—Con el tiempo desaparecieron todos.

—Yo estaba en el campo de fútbol cuando Aggi murió. De repente se cayó muerto en medio de una charca. Decían que se le había parado el corazón.

—¿Te mantienes en contacto con las otras dos chicas de tu clase?

—¿Con Bára y Sara? La verdad es que no éramos muy amigas. Creo que se fueron de Reikiavik. Apenas las he visto desde que acabó el colegio. Me suena que alguien me dijo que se mudaron al campo. De todos modos, esta ciudad ha crecido tanto que la gente se diluye en la masa y ya no la vuelves a ver.

—Si es cierto lo que dice Sigmar, ¿por qué no os darían esas cápsulas a las chicas?

—Puede que sí nos las dieran. No tengo ni idea. Pero, vamos, a mí no me hicieron ningún efecto.

En ese momento se abrió la puerta de la entrada y apareció una mujer de aspecto robusto. Pálmi se puso en pie, dispuesto a despedirse. No quería molestar y le parecía que su presencia sobraba.

—Mira, Hulda, ha venido un hombre que iba conmigo al colegio. Se acaba de poner un poco nervioso y quiere marcharse.

Hulda, imponente con el distintivo uniforme rojo de Landsbankinn, entró en el salón y le dio a Sólveig un beso con lengua.

—¿Le dan miedo las bolleras? —dijo Hulda.

Pálmi se preguntó si se le notaba mucho.

—¿Te acuerdas, Pálmi, de cuando los chicos te gastaban bromas? No se cansaban nunca de hacértelo repetir, se partían de risa. Tenías problemas de dicción, muchos más que ahora. Perdona mi atrevimiento, pero seguro que ahora te hace gracia.

—Sería demasiado pequeño —señaló Pálmi.

—Tendrías unos cuatro años. Se lo he contado a Hulda un millón de veces. En todo caso, ya hablabas. Te hacían decir que te gustaban los chuchos. Y lo decías todo sonriente.

—¿Los chuchos? —dijo Pálmi.

—«¿Qué le gusta más a Pálmi?», te preguntaban. «¿Qué le gusta más a Pálmi?». Me acuerdo de cómo se reían.

—¿Los chuchos?

—Sí, pero no lo decías así cuando eras pequeño.

—¿Cómo lo decía, entonces?

Sólveig miró a Hulda y se echaron a reír.

—¿Qué decía? —preguntó Pálmi.

—Los chochos.

Sus carcajadas cesaron al ver que a Pálmi no le hacía ninguna gracia.

El teléfono de Erlendur sonó a las cuatro de la madrugada. Era Sigurður Óli, fuera de sí.

—No le habían quitado el cinturón. ¿Te lo puedes creer? Los muy gilipollas lo metieron en la celda sin haberle quitado el cinturón y se ha colgado. ¡Su puta madre!

—¿Que Sigmar está muerto?! —preguntó Erlendur incorporándose en la cama—. De todas formas, se lo veía muy inestable.

—Como no me podía dormir, he llamado para pedirles que le echaran un vistazo y, ahí estaba, colgado de los barrotes.

—Te veo allí —dijo Erlendur, furioso, antes de colgar.

Las diez pequeñas celdas del centro de detención preventiva tenían las paredes pintadas de verde claro y el suelo cubierto de una espesa capa de pintura gris. Todas tenían una cama de cemento en un rincón y un ventanuco con tres barrotes frente a la puerta. Sigmar ocupaba la tercera celda. Había atado su grueso cinturón de cuero al barrote del medio, después se lo había anudado alrededor del cuello y había saltado de la cama. Todavía colgaba de la ventana cuando llegaron Erlendur y Sigurður Óli. Un grupo de carceleros y agentes de policía observaban la escena.

—¿Quién lo metió en la celda sin haberle quitado el cinturón? —preguntó Erlendur con voz atronadora nada más entrar en el edificio—. ¡Quiero verle la cara a ese inútil ahora mismo!

Dos jóvenes con uniformes de carcelero dieron un paso al frente. Ambos eran relativamente nuevos y esa noche estaban de guardia, encargados del preso. Antes habían trabajado como vigilantes en

una empresa privada.

—¿Sois vosotros? —bramó Erlendur mientras caminaba hacia ellos con firmeza, como dispuesto a darles un puñetazo—. ¿Os dais cuenta de que habéis matado a este hombre? Y no se trata de un hombre cualquiera, sino del testigo principal de un caso de homicidio. ¿Sois conscientes de que seguramente habéis impedido que este caso llegue a resolverse alguna vez? ¡Que no os vuelva a ver nunca más por aquí! ¡Nunca!

Los hombres se marcharon sin protestar, muertos de vergüenza. Mientras tanto, Sigurður Óli había entrado en la celda para examinarla.

—No tenía ningún efecto personal cuando entró en comisaría esta mañana, o sea, ayer —señaló Erlendur al unirse a su compañero.

—Lo registraron, siguiendo el procedimiento oficial, y le pidieron que vaciara los bolsillos, pero no llevaba nada. Sin embargo, mira esto —dijo Sigurður Óli mientras levantaba la mano derecha de Sigmar—. Presenta un corte en la punta del dedo índice.

Erlendur se acercó, cogió la mano y la observó con detenimiento.

—¿Cómo puede haberse hecho una herida aquí dentro? —murmuró mientras paseaba la mirada en busca de un objeto punzante, pero lo único que vio fue una pastilla de jabón sobre el diminuto lavabo y un rollo de papel higiénico.

Sigurður Óli señaló los barrotes y distinguieron unas gotas de sangre en la pieza de metal que cerraba la hebilla del cinturón. Sigmar la había utilizado para hacerse la herida.

—¿Por qué demonios haría algo así? —preguntó Sigurður Óli, desconcertado. Después de casi veinticuatro horas sin dormir, estaba exhausto e incluso de peor humor que Erlendur.

—A lo mejor quería dejar algún mensaje —respondió Erlendur, mirando a su alrededor—. Quizás estaba buscando un instrumento con el que escribir. Pero ¿y el papel? ¿Dónde podrías haber escrito algo, Sigmar?

Examinaron las paredes, los alrededores de la cama, el lavabo y el inodoro. Se tumbaron en el suelo, pero no encontraron nada. Después se enderezaron y observaron el cadáver.

—Solo queda un lugar —dijo Sigurður Óli.

—Bajadlo —ordenó Erlendur a los dos agentes que se hallaban junto a la puerta. Mientras uno alzaba a Sigmar, el otro retiraba el cinturón, subido a la cama. Dejaron el cuerpo sobre el colchón. Llevaba unos pantalones vaqueros desgastados y una camiseta gris sin mangas. Erlendur se inclinó sobre él, le levantó la camiseta y vieron que tenía el vientre cubierto de sangre.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó Erlendur mirando a Sigmar.

—Espera un momento —respondió Sigurður Óli—. Primero hay trazo ilegible, luego una E, creo, después otro garabato incomprensible y luego una A. Eso es todo lo que leo.

—EA —dijo Erlendur rascándose la cabeza—. ¿Y eso qué quiere decir?

—Ahora ya no queda ninguno —observó Sigurður Óli poniéndose en pie—. Los ocho han desaparecido y lo único que tenemos son estas dos letras.

—Tienes que saber que Sigmar se suicidó anoche —anunció Erlendur al teléfono. Era muy temprano por la mañana y la llamada había despertado a Pálmi—. Por negligencia y falta de sentido común, no le retiraron el cinturón cuando ingresó en prisión preventiva. Supongo que ya no necesitamos más tu ayuda. Quería agradecerte tu colaboración y no dudes en ponerte en contacto con nosotros si descubres algo que nos pueda ser de utilidad.

—Pobre hombre —respondió Pálmi, afectado por la noticia—. Entonces ya no queda ninguno, si es que decía la verdad.

—Eso parece. Ahora nuestra hipótesis es que Sigmar asesinó a Halldór y que ha preferido suicidarse antes de que lo acribilláramos a preguntas. Todavía desconocemos el móvil del crimen, pero barajamos la posibilidad de que se haya vengado de Halldór por lo que hizo en el pasado. Está claro que ayer nos contó solo la mitad de la historia.

—¿Has hablado con Helena? —preguntó Pálmi.

—No. Acabo de leer sus declaraciones y no aportan mucho.

—¿Menciona las cintas?

—¿Qué cintas?

—Fui a verla ayer y, por lo que entendí, el hombre que la agredió pensaba que guardaba unas cintas en su casa.

—¿Cómo que unas cintas?

—Unas cintas de audio, unas grabaciones. Por lo visto, el hombre creía que Helena tenía unas cintas y se las quería llevar. La agresión tiene que guardar alguna relación con el homicidio de Halldór. Puede que ese hombre sea el asesino y que ahora esté

buscando unas grabaciones.

—¿Qué puede haber grabado en esas cintas? —preguntó Erlendur.

—No tengo ni idea.

Siguieron hablando un momento hasta que se despidieron. Pálmi entró en la cocina para hacerse un café. El homicidio de Halldór Svavarsson seguía acaparando todas las portadas. Se sabía que habían detenido a un sospechoso, pero la prensa no contaba con mucha más información. Según un diario, el detenido se llamaba Þormar. El foco se había alejado de la supuesta implicación de los niños del colegio para centrarse en una serie de entrevistas con especialistas en casos de pederastia. Los periodistas habían investigado el pasado de Halldór, pero no sabían mucho más aparte de lo ocurrido en Hvolsvöllur unas décadas atrás.

El exdirector aún vivía cerca del colegio de Víðigerði, en un elegante chalé adosado. Se dedicaba a viajar, a jugar al golf y a disfrutar de su jubilación. Tenía una mujer muy autoritaria que lo obligaba a acompañarla a la piscina cada día, salían a comer con frecuencia, invitaban a sus hijos a casa y ellos también los visitaban. La pareja tenía setenta y cinco años. La vida les había sonreído, estaban en plena forma y eran unos esnobs redomados. Rútur estaba esperando la llegada de los policías y los invitó a pasar al salón. Su mujer se sentó con ellos, dispuesta a no perderse ni un detalle de la conversación. Erlendur tuvo la impresión de que no recibían muchas visitas, a excepción de los seres más cercanos.

—Como te dije por teléfono... —comenzó a explicar Sigurður Óli mirando al director, pero no pudo continuar porque lo interrumpieron nada más empezar.

—¿No os parece una pena que se haya perdido el trato de usted? —intervino la mujer, alternando la mirada entre Erlendur y Sigurður Óli—. Tenía algo de delicioso. ¿Recuerdas, Rútur, cuando al final compramos el enorme cuadro de nuestro amigo Gunnlaugur Schvenig que tenemos aquí detrás? —le preguntó a su marido volviéndose levemente hacia el lienzo—. Tenía tan buenas formas, y

nos trataba siempre de usted, con educación. Ay, me parecía tan bonito. Ahora ya no lo hace nadie.

—Yo hice el esfuerzo de mantenerlo en el colegio, ya lo sabes —le recordó Rútur a su esposa, dirigiendo una mirada ufana a Erlendur y a Sigurður Óli.

—Bien —dijo Erlendur bruscamente—. Veníamos a hablar contigo de Halldór Svavarsson. Ya sabrás —dijo recalcando el uso de la segunda persona— lo que le ha ocurrido.

—Sí, ¡Virgen del amor hermoso! —exclamó la mujer—. Hay que ser inhumano para quemar vivo a alguien. Nosotros apenas lo conocíamos. Rútur me decía que era un tanto peculiar. Con los años que pasó dando clase en el colegio, nunca llegó a entablar amistad con nadie. A la gente así le pasa algo.

—Halldór era un poco raro, la verdad —corroboró Rútur.

—¿Vivía en esta zona? —preguntó la mujer—. Este es un barrio refinado. Bueno, lo era más antes que ahora, no sé. Da la sensación de que la gente de bien se ha ido. Ya le he dicho a Rúti que nos tendríamos que mudar nosotros también, quizás a Fossvogur. Es una zona preciosa, ¿no os parece? Pero no me hace caso.

—Quizá nos podrías decir, Rútur, si en todos los años que trabajaste en el colegio recibiste alguna queja sobre Halldór o bien por parte de los alumnos, o bien de los profesores —preguntó Sigurður Óli.

—¡Dios mío, entonces fue un pederasta toda su vida! —exclamó la mujer.

Erlendur vio que así no podrían avanzar nunca.

—Discúlpeme usted —le dijo fulminándola con la mirada—, pero ¿tendría la amabilidad de permitirnos hablar con su esposo sin interrumpirnos continuamente?

—¡Pero bueno! —murmuró la mujer—. Esto es el colmo de los malos modales. ¡Que la propia policía te trate de esta manera! —exclamó poniéndose de pie y observó a su marido, que miraba al frente sin decir una palabra—. Aquí os dejo a mi esposo, todo para vosotros. ¡Habrase visto!

—Os ruego que la disculpéis —les pidió Rútur, ya en ausencia de su mujer—, es que Bergþóra se siente un poco sola.



—Volvamos a Halldór —dijo Erlendur, retomando el hilo.

—Eso. No, no se me informó ni una sola vez de ninguna irregularidad. En todo caso, si cometió algún abuso en mi colegio, nunca se supo. De hecho, considero imposible que lo hiciera. Es difícil ocultar algo así.

—De acuerdo con el testimonio de un hombre fallecido recientemente, había mucho que ocultar en tu colegio —señaló Sigurður Óli—. El hombre en cuestión había sido alumno de 6.º L en 1967 junto con siete niños más. El 6.º L era el grupo de los torpes que obtuvo unos resultados excepcionales aquel año.

—Me acuerdo perfectamente. No entendíamos qué había pasado. Halldór nunca había obtenido esos resultados con ningún otro grupo. Estábamos seguros de que había gato encerrado, así que creé un comité especial para examinar los conocimientos de los chicos, pero, en efecto, eran excelentes.

—¿Recuerdas si cada dos meses iban unas enfermeras a extraerles sangre a los chicos de la clase de Halldór?

—¿Perdón?

—¿Sabes si aquel año Halldór les dio a sus alumnos unas cápsulas que parecían de aceite de hígado de bacalao pero que contenían otra sustancia que podía tener efectos nocivos en su salud?

—Un momento, me estoy perdiendo.

—¿No te percastaste en ningún momento de la presencia de más enfermeras de lo habitual?

—Seguíamos un protocolo muy estricto. Teníamos nuestro propio equipo sanitario, formado por una enfermera, un médico y un dentista. Venían con regularidad para examinar a los chicos y, en mi opinión, las revisiones funcionaban a la perfección. Les ponían las vacunas obligatorias y se hacía un buen seguimiento de su salud, si es eso por lo que preguntas.

—¿Quién suministraba al colegio las cápsulas de hígado de bacalao?

—Si no recuerdo mal, un repartidor del fabricante nos traía el pedido en furgoneta cada dos meses. Guardábamos los tarros en el armario de la sala de profesores y estaban a disposición de todo el

mundo. Me parece que la dosis era de una cápsula al día y había que recargar las existencias continuamente. A la mayoría de los niños les encantaban. Antes el aceite se daba con cuchara y costaba más que se lo tomaran. Les daba náuseas y algunos lo vomitaban. Pero las cápsulas estaban recubiertas de azúcar y tenían buen sabor. ¿Qué has dicho de unas extracciones de sangre?

—Según un testigo, Halldór dirigía un experimento en el colegio consistente en administrar unos medicamentos a los niños y hacerles unos análisis de sangre.

—¿Experimento? ¿En mi colegio? ¿Halldór? Eso es una solemne tontería. No sabéis cómo era. No habría hecho nunca algo así. Era una mosquita muerta, una persona huraña y, sí, un bicho raro.

—Consiguió que esa clase sacara buenas notas.

—Sí, pero fue un caso aislado. Era un profesor mediocre, sin carácter.

—Puede que esos medicamentos hubieran potenciado su rendimiento. ¿No podría explicar eso el asombroso progreso de la clase? No parece tener ninguna teoría.

—Cierto, pero lo que insinúas es ciencia ficción. Les dan a los niños una medicina milagrosa y de pronto se vuelven superdotados. Puede que eso ocurra en la literatura, pero estamos en la vida real, y la vida real del colegio de Víðigerði era bastante mundana. Nos gustaban la disciplina, las normas y el silencio. Los niños hacían filas. Procurábamos que se portaran bien y tuvieran buenos hábitos de estudio. El alcalde venía cada año a ver la función de Navidad. Éramos un colegio ejemplar. ¿Os habéis dejado caer últimamente por algún colegio de primaria? ¿Habéis visto el barullo que arman los niños en los pasillos y en las aulas? No entiendo cómo se puede dar clase con semejante jaleo.

—En aquel entonces lo teníais más fácil. Podíais aislar a los alumnos problemáticos en grupos especiales de torpes —observó Erlendur.

—En mi opinión, todo se fue a pique cuando esos malditos trabajadores sociales y psicólogos se hicieron con el control de los colegios y eliminaron las clases para torpes. Esos grupos cumplían

una función y habría que recuperarlos. Los niños que tienen menores capacidades y que peor se portan no deben echar a perder la educación de quienes tienen un mayor grado de inteligencia. Optimizábamos sus resultados.

—A costa de los torpes.

—Pero por el bien de todos los demás.

—Yo iba a una clase de torpes —replicó Erlendur—. Puede que no sea muy listo y que no me comporte como es debido, pero venía de una familia pobre y creo que ese factor tenía cierto peso a la hora de definir esos grupos. Dejé los estudios después del examen final de la primaria. Suspendí. Nunca tuve ningún interés en aprender nada durante todos los años que pasé en el colegio y los profesores nunca tuvieron ningún interés en enseñarme nada. Mi futuro estaba sentenciado desde el primer día de clase y nunca se me dio una oportunidad. Ese es el efecto que causan los grupos de torpes, aunque tú pareces sostener que eran una fuente de estímulos para los alumnos.

—En definitiva, no te suena que Halldór administrara medicamentos a sus alumnos ni sabes qué pudo estar tramando —preguntó Sigurður Óli en un intento de diluir la hostilidad que se había desatado entre su compañero y el exdirector.

—No sé quién os ha contado ese bulo. Pero lo que acabo de oír aquí es una soberana estupidez y me asombra que hayáis podido tomaros en serio una historia semejante. Os ruego que me disculpéis —anunció Rútur poniéndose en pie—, pero tengo que llevar a mi mujer al centro.

Erlendur y Sigurður Óli se levantaron, se despidieron y se subieron al coche.

—¡Qué bueno lo de que habías ido a un grupo de torpes! —dijo Sigurður Óli—. Hay que pegarles esos cortes a los esnobs. Estoy seguro de que se lo ha creído.

—No es mentira —aclaró Erlendur.

El teléfono sonó en la enorme mansión y el hombre respondió en su fastuoso despacho. Entre obras de arte y elegantes muebles, unos ordenadores mostraban los índices de las bolsas de Nueva York, Londres y Tokio. Contaba con todos los dispositivos necesarios para ponerse en contacto con cualquier lugar del mundo e incluso convocar reuniones internacionales, algo que hacía a menudo. Apenas pasaba por Islandia y prácticamente había dejado de viajar al extranjero. Su sede se hallaba en Alemania.

Estaba cansado de recibir tantas llamadas a su teléfono privado. Solo sus colaboradores más cercanos conocían ese número y sabían que no debían abusar de él.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó, irritado.

—Exigen que vayas a Corea con el niño —respondieron al otro lado de la línea.

—Ya sabes que eso no puede ser.

—Está en juego nuestro acuerdo con ellos. Ese hombre quiere verte. Y quiere que le lleves una muestra.

—¿Me estás echando algo en cara?

—¿Yo? En absoluto.

—¿De qué lado estás? ¿Del mío o del de los coreanos?

—Sabes que no tienes ni que preguntármelo, pero es que me están atosigando y no me van a dejar en paz. Y no solo ellos. Los alemanes también quieren que vayas en persona a hablar con ellos.

—Diles que no pienso moverme de Islandia. Ya hablaré con mis colaboradores alemanes. Si los coreanos quieren ver al chico, tendrán que venir ellos. Y sin llamar la atención, ya sabes. Nada de

apariciones en los puñeteros medios de comunicación. Es lo último que necesitamos.

—Se lo haré saber.

—¿Algo más?

—Luego está lo de las cintas. Me estoy empezando a preocupar.

—¿Crees que Guðrún se va a ir de la lengua, ahora que la prensa habla tanto del asesinato de Halldór?

—Rannveig y ella siempre nos han sido fieles y son conscientes de la relevancia de nuestro trabajo. Al morir Rannveig, Guðrún no se mostró arrepentida cuando habló con nosotros. Tampoco tendría razones para estarlo. Nuestra labor es ingente. Me costaría creer que Guðrún nos fallase ahora. Además, la hemos recompensado con generosidad y me extrañaría que quisiera renunciar a lo que tiene.

—¿Crees que la policía podría dar con ella?

—Me parece bastante improbable. Nuestra policía no es la más brillante del mundo.

—Improbable no es imposible. Hazte con esas cintas, si es que existen. No me basta simplemente con suponer que las amenazas de Halldór eran meras palabras vacías.

Ambos colgaron sus respectivos teléfonos.

Más allá del muro que rodeaba la mansión se hallaba una arboleda que quedaba fuera del alcance de las cámaras de seguridad, instaladas para tener observado el perímetro más cercano. En el interior del recinto, cada centímetro cuadrado estaba vigilado por tres guardias de seguridad que se turnaban las veinticuatro horas del día y se alojaban en una caseta del jardín. La arboleda era tierra de nadie. En ella, un hombre contemplaba la casa y el enorme muro que delimitaba el extenso terreno mientras murmuraba que detrás de toda esa opulencia se escondía un monstruo. El hombre, vestido con una chaqueta verde militar, vaqueros azules y zapatillas, se moría por un cigarrillo, pero no podía encenderse ninguno. No en ese momento.

Permaneció un largo rato observando la mansión mientras recitaba en voz baja unos versos que se sabía desde hacía mucho tiempo: «Y tus días de mayor gloria iluminarán como un relámpago

la noche de los tiempos». De pronto, guardó silencio y aguzó el oído. No lo distinguía bien, podría ser el sonido de un pájaro en la orilla, pero le pareció escuchar el llanto de unos niños procedente del edificio.

Al mediodía, Pálmi fue a la oficina postal con los tres avisos de envío que había recibido el día anterior. Como ya se había imaginado, le esperaban unos libros dentro de unos enormes sobres marrones. Sin embargo, uno de los tres pesaba mucho menos que los otros y era bastante dudoso que contuviera un libro. No reconocía la letra del remitente, pero tampoco le llamó particularmente la atención. La gente le enviaba todo tipo de cosas, desde manuscritos hasta cartas íntimas de sus antepasados, con la débil esperanza de que los papeles viejos que habían encontrado en el trastero o en la buhardilla de sus casas tuvieran un mínimo valor.

Pálmi tuvo un día muy ajetreado en la librería. La tienda tenía sus asiduos, pero ese día había un número inusual de nuevos clientes paseando entre las cajas y examinando las estanterías en busca del ejemplar deseado. Pálmi estaba especializado en libros y no vendía otra cosa. Por eso, su clientela era muy selecta y quienes compraban allí se conocían entre sí. Preguntaban mucho sobre libros antiguos y siempre obtenían una clara y rápida respuesta. La lectura era su placer y su razón de vivir.

Justo antes de cerrar, cuando todo estaba en calma, entraron dos hombres de la Policía Judicial para interrogarlo. No los conocía, pero le dijeron que estaban reuniendo información sobre los antiguos alumnos de la clase de 6.º L. Les habían informado de que él podía contarles algo. Pálmi asintió y les explicó por encima la historia de Daníel.

Se llevó los sobres sin abrir y, al llegar a casa, se preparó una cena frugal. Dagný y los niños se pasaron a saludarlo por la noche y

lo invitaron a ver una película americana en la televisión. Cuando volvió ya era casi medianoche y, en lugar de meterse en la cama, decidió echar un vistazo a lo que había recibido.

El primer sobre contenía la novela *Upp við fossa*, de Þorgils gjallandi, publicada por primera vez en Akureyri por Oddur Björnsson en 1902 y más tarde reimpressa en aquel volumen junto con tres relatos breves de Einar Hjörleifsson titulados *Vestan hafs og austan*, publicados por Ísafold en 1901. La encuadernación estaba en mal estado, como era habitual en los libros antiguos que le remitían. Las hojas, amarillas, rotas y arrugadas en los bordes, se mantenían sujetas por unos hilos endebles. La cubierta estaba desgastada y muy deteriorada. El libro venía acompañado de un mensaje donde se preguntaba por el precio y si a Pálmi no le importaría enviar el pago a la dirección indicada. El remitente era un granjero de Þingeyjarsýsla.

El segundo sobre, procedente de Ísafjörður, contenía un mensaje similar. Quien lo enviaba había encontrado recientemente un librito de salmos entre las cosas de su madre, ya difunta. La cubierta, levemente combada, se encontraba en buen estado, y en la primera página se leía: «Róshildur Jónasdóttir se ha ganado este libro». La obra estaba impresa en letras góticas y la página del título decía: *Cincuenta Salmos de la Pasión, compuestos por Hallgrímur Pétursson, 29.ª edición, Reikiavik, 1858*. Pálmi se quedó absorto observándolo, como cada vez que caía en sus manos un libro antiguo e interesante.

Por último, abrió el tercer sobre. Contenía tres pequeñas cintas magnéticas y una nota.

Pálmi, espero que esto te ayude a encontrar a los malnacidos que destruyeron la vida de mis chicos.

Bajo el mensaje se leía el nombre de Halldór.

Estupefacto, Pálmi detuvo la mirada en el sobre antes de leer y releer el mensaje. Cogió las cintas y las observó con detenimiento. Cada cara duraba quince minutos, lo que hacía un total de una hora y media. Consultó el matasellos. Halldór las había enviado el día en que lo asesinaron. Había registrado un mensaje. Pálmi recordó que,



según Helena, su agresor buscaba unas cintas, que con toda probabilidad eran las tres que tenía en las manos en ese momento.

Pálmi no tenía un reproductor y no quería molestar a Dagný a esas horas para preguntarle si ella tenía uno. Todavía no quería comunicárselo a Erlendur. Tal vez Halldór se las había enviado a él porque no quería que llegaran a la policía. Esperaría hasta la mañana siguiente para escucharlas. Al final, se metió en la cama y trató de dormir, pero no podía conciliar el sueño. Se levantó y dio vueltas en la oscuridad de su apartamento mientras escuchaba el aullido del viento en la calle. Cogió las cintas de la mesa del salón, las metió en un cajón del escritorio y lo cerró con llave. Se preparó un té y se lo tomó mientras contemplaba por la ventana el vendaval que azotaba las ramas heladas de los árboles del jardín comunitario. Puso un disco de Gerry Mulligan en el tocadiscos: *When I was a young man, I never was a young man*. Sacó las cintas del cajón y las guardó en una caja junto con los cuatro volúmenes de las obras completas de Jónas Hallgrímsson comentadas. Pálmi se volvió a tumbar y se durmió enseguida, después de oír el reloj del salón dar las cuatro. Tardó en comenzar a soñar. Estaba en el psiquiátrico con Daniel, junto a la ventana abierta, y miraba los escalones de cemento que accedían al sótano. Su hermano le ordenaba que saltara con él, pero Pálmi se resistía. Entonces Daniel lo cogió del cuello y apretó con todas sus fuerzas mientras le gritaba.

—¿DÓNDE ESTÁN LAS CINTAS? ¿DÓNDE ESTÁN LAS CINTAS?

La luz de la linterna iluminaba la cara de Pálmi, que no podía abrir los ojos, cegado por la luz. Alguien lo estaba agarrando del cuello mientras gritaba: «¿Dónde están las cintas?». Le apretaba tanto que casi no podía respirar. Tardó en comprender lo que estaba sucediendo mientras el hombre seguía apuntándolo con la linterna y le repetía la pregunta una y otra vez. Pálmi no le veía la cara. Alguien había entrado en su casa con la intención de matarlo si no le entregaba lo que andaba buscando. Al principio no sabía ni de qué cintas le estaba hablando.

—¡LAS CINTAS! —volvió a gritar el hombre todo lo alto que podía permitirse en aquel apartamento de paredes de papel.

Aunque hubiera querido, Pálmi no habría podido decir ni una palabra. Jadeando y con los ojos hinchados, miraba fijamente al hombre que tenía delante. De pronto vio acercarse a una segunda persona. Solo distinguía su silueta tras el brillo de la linterna. La figura aumentaba poco a poco de tamaño a la espalda de su agresor y se detuvo un instante antes de actuar. El agresor no sabía qué pasaba cuando alguien lo agarró de repente y lo alejó de Pálmi de un golpe. La linterna se cayó al suelo. En la penumbra, Pálmi vio que su defensor golpeaba la cabeza del intruso contra la pared y lo sacaba a rastras de la habitación. Después lo bajó en silencio por el patio de las escaleras y desapareció en la oscuridad de la noche invernal.

A primera hora de la mañana siguiente, Erlendur se reunió con sus principales colaboradores, que habían tratado de verificar las declaraciones de Sigmar interrogando a los familiares de los alumnos de 6.º L y comparando sus versiones con antiguos informes policiales y médicos en los casos donde había sido necesario. Repasaron juntos las conclusiones.

Todos conocían la historia de Sigmar. Se había ahorcado en su celda del centro de detención preventiva. Cometía delitos menores y había tenido continuos conflictos con la ley. Sus padres aún vivían, pero llevaban muchos años sin saber nada de él. Lo habían echado de casa a los diecisiete años y lo describían como una persona intratable, un cleptómano y un drogadicto de carácter violento. Tenía cuarenta y dos años.

Agnar Baldursson, a quien llamaban Aggi, había muerto de un infarto. Su madre, divorciada, seguía viva, y su hermano mayor era un carpintero que vivía en Sauðárkrókur, en el norte del país. Su padre vivía en Hveragerði con su actual pareja. Agnar había muerto a los trece años.

Los padres de Óskar Kárason habían fallecido unos años atrás. Su hermano dirigía una próspera empresa de informática, donde también trabajaba su hermana. Ambos le habían contado a la policía que Óskar, a quien llamaban Skari Caramelo en la infancia, había muerto a finales de los años setenta por sobredosis, un hecho confirmado por los médicos. Según el hermano de Óskar, había estado enganchado a las drogas desde su adolescencia y había desarrollado una fuerte drogodependencia. Lo habían juzgado

alguna vez por tráfico de estupefacientes y pasó varias temporadas en prisión. Lo hallaron muerto frente al pub Sigtún, en la avenida Suðurlandsbraut. Tenía veintidós años.

Gísli Bjarnason murió en un accidente mientras trabajaba en una granja. Como era habitual en aquella época, conducía un tractor que carecía de cualquier estructura de protección o equipamiento de seguridad. Por lo visto, perdió el control del vehículo, que volcó y le cayó encima. Murió en el acto. Su hermana declaró que sus padres, ambos fallecidos, nunca pudieron superar la pérdida de su único hijo varón y se divorciaron. Su padre había muerto de un infarto el año anterior. Gísli había muerto a los trece años.

De Daníel también conocían ya su historia. Acababa de suicidarse en el psiquiátrico donde había pasado casi toda su vida. Sus padres estaban muertos, pero tenía un hermano pequeño, Pálmi. Le habían diagnosticado esquizofrenia en la adolescencia. Lo habían ingresado en el hospital después de que intentara matar a su hermano. Tenía cuarenta y dos años.

Nadie había tenido noticias de Kristján Einarsson desde hacía trece años. Sus padres vivían en Akureyri. Su padre se había enfrentado a la ley en más de una ocasión y había pasado cinco años en la cárcel por un homicidio cometido en estado de embriaguez. Había agredido a otro hombre con un arma blanca en un club nocturno. De la madre de Kristján, apodado Kiddi Cuervo, se decía que había ejercido la prostitución en su juventud. Sobre la desaparición de Kristján no se tenían datos. Sus padres no habían podido dar ninguna explicación. Su hermana, que vivía en Neskaupstaður, en los fiordos del este, estaba ilocalizable. Kristján no aparecía en los archivos de la policía. Tenía veintinueve años cuando se le había visto por última vez.

Óttar Guðmundsson también había desaparecido, pero había dejado algunas huellas. Pensaban que se había ahogado en el mar. Su cuerpo no apareció, pero encontraron su ropa y sus zapatillas en la orilla, junto al faro de Gróttta, en Seltjarnarnes. Sus padres seguían vivos y sus tres hermanos habían descrito a Óttar como un chico sensible y frágil. Aun así, nadie se había esperado que se suicidara. Había estado bajo tratamiento psiquiátrico. Tenía

diecinueve años.

Ágúst Kjartansson se había cortado las venas. Lo encontraron unas semanas después en su casa —un cuchitril que alquilaba en un sótano del barrio oeste—, cuando los vecinos se quejaron del mal olor que despedía su apartamento. Sus padres vivían en Reikiavik, pero no habían estado en contacto con Ágúst en los años anteriores a su fallecimiento. Su hermano lo veía con regularidad y lo describía como un toxicómano. Había cometido algunos delitos menores, en su mayor parte relacionados con las drogas. Murió a los veintisiete años.

—Muchas gracias —concluyó Erlendur una vez hubo terminado la lectura de los informes—. Vemos que esos hombres guardan una serie de similitudes que encajan con las declaraciones de Sigmar: consumo de drogas, problemas psiquiátricos, delitos, suicidios. Que ello se deba a que les dieron unos medicamentos cuando iban al colegio es más difícil de afirmar. Personalmente, la idea me parece absurda, más propia de los delirios de un toxicómano que ha tomado demasiadas drogas a lo largo de su vida. Los niños con ese perfil suelen acabar en la delincuencia sin ayuda de nadie. Y luego está lo de Halldór, su profesor. La brutalidad con que lo asesinaron denota furia y sed de venganza. Cabe la posibilidad de que el incendiario fuera Sigmar, pero la verdad es que me cuesta verlo como un asesino. Era una piltrafa.

—Si todo lo que dijo sobre la forma en que murieron sus amigos ha resultado ser cierto, ¿por qué iba a inventarse lo de las cápsulas? —preguntó Einar. Los miembros del equipo conocían a grandes rasgos las extrañas declaraciones de Sigmar—. ¿Tan disparatado parece? ¿No podría ser que alguien hubiera querido probar un nuevo medicamento? ¿Había algún tipo de control en aquella época?

—En ese caso estaríamos hablando de un fabricante de medicamentos —apuntó Sigurður Óli.

—Sí, aunque nada nos dice que hoy exista todavía —objetó Elínborg—. Si queremos estudiar en serio esa posibilidad, suponiendo que una empresa farmacéutica intoxicó a los niños, deberíamos empezar por saber qué fabricantes estaban operativos

en aquella época. Por otro lado, si utilizaron a la clase de Sigmar como conejillo de Indias, cabe pensar que se hicieran más experimentos en otros centros. ¿A qué escala se harían esos ensayos?

—También debemos averiguar —añadió Erlendur— por qué eligieron a la clase de Sigmar, unos niños difíciles que residían en viviendas sociales y tenían todo tipo de problemas. Unos torpes que, de la noche a la mañana, se vuelven unos genios. ¿Era ese el verdadero objetivo de los medicamentos o se trató tan solo de un efecto secundario?

—¿Sabemos algo más de las enfermeras que mencionó Sigmar? —preguntó Elínborg.

—Me preguntaba si no deberíamos buscarlas —respondió Einar—. Según he leído en las declaraciones de Sigmar, rondaban los treinta y cinco años. Tal vez habría que empezar localizando a todas las enfermeras que se graduaron entre, pongamos, 1953 y 1963, es decir, a todas aquellas que nacieron entre 1930 y 1935. Necesitaremos un buen número de agentes para abordar semejante tarea.

—Encárgate tú —concluyó Erlendur—. Hay que encontrar a esas mujeres.

Dagný no tenía un reproductor adecuado para ese tamaño de cintas, así que a Pálmi no le quedó más remedio que comprarse uno. Llamó a Erlendur para informarle de la agresión que había sufrido la noche anterior, pero le habían comunicado que se encontraba en una reunión muy importante y que no podían interrumpirlo. Pálmi había preferido no decir que era urgente por no complicar las cosas. No le parecía que su vida corriera peligro, a pesar de que el agresor había dejado su piso destrozado. Había buscado por todas partes, había abierto el cajón del escritorio, pero no había mirado en la cajita custodiada por Jónas Hallgrímsson.

Después de asegurarse de que la estudiante de literatura lo podía sustituir todo el día, Pálmi entró en una tienda de electrónica y compró un reproductor. Hizo todas sus gestiones en autobús, por lo que perdió una buena cantidad de tiempo. Llegó a casa pasado el mediodía y se preparó para escuchar las cintas. Estaban numeradas del uno al tres. Introdujo la primera en el aparato y apretó el botón de reproducción.

Las cintas no contenían ningún mensaje grabado por Halldór, sino las conversaciones que había mantenido con Daniel unas semanas antes de morir calcinado. Hablaban en voz baja y con pasmosa lentitud. A veces guardaban silencios tan largos, de hasta varios minutos, que Pálmi pensaba que el aparato se había estropeado. Pero siempre reanudaban la charla. Eran dos hombres dialogando unos días antes de que ambos murieran.

HALLDÓR: ...y les compraba unos marcos preciosos en el estudio de ese antipático para luego colgarlas en mi casa. Me hacía ilusión recibir una nueva foto

cada año. Me hacían revivir recuerdos, he tenido la suerte de haber podido seguir a mis alumnos desde su primer día de colegio hasta el último. Los he visto crecer, prosperar y madurar. Los llamaba «mis florecitas». Cada clase tiene un lugar adjudicado en la pared, y cuido muy bien de todas las fotografías. Las miro continuamente y veo cómo han cambiado con el tiempo. Una simple foto de clase nos dice muchas cosas, Daniel. Muchas cosas. Por ejemplo, ves que los chicos grandes se colocan en la última fila; los niños pequeños, en la del medio y las niñas, siempre en el suelo. Creo que la diferencia entre sexos no puede quedar mejor reflejada que en mis viejas fotos de clase. Después cambió todo, claro. Ahora no hay reglas de ningún tipo. A los alumnos ya no los vuelvo a ver. Desaparecen y llevan su vida. Pero yo guardo su infancia. No se separa de mi lado.

Un viernes por la tarde, hace muchos años, estaba mirando mi bonita colección de fotos mientras me tomaba una copita de *brennivín* para adormecer al monstruo, como hago de vez en cuando. De pronto, llamaron a la puerta, cosa que no ocurre casi nunca porque no conozco a nadie ni me gusta recibir visitas. De hecho, Helena no viene a verme más que una vez cada dos años. En la entrada había alguien que quería hablar conmigo. Me asomé a la ventana sin hacer ruido, pero no vi a nadie porque me lo tapaba la esquina de la casa. La persona volvió a llamar con insistencia. Los golpes retumbaban tanto que me vi obligado a abrir. En el umbral apareció un hombre recio, guapote, vestido de punta en blanco y con gafas de pasta. Me preguntó si era Halldór, el profesor de primaria. Yo no lo había visto en la vida, así que le aclaré que no le iba a comprar nada. Me dijo que no era ni un vendedor de pescado seco ni testigo de Jehová y le cerré la puerta en las narices. Nunca debí volver a abrirla. Nunca, Daniel. Apenas había vuelto al salón cuando oí chirriar la ranura de la puerta por donde el cartero mete el correo. Siempre chirría al abrirse.

—Es por lo de Hvolsvöllur —dijo el hombre a través de la ranura—. Creo que te convendría abrirme. Será peor para los dos si me haces hablar desde aquí fuera.

Le abrí la puerta enseguida porque no quería que nadie oyera ni media palabra sobre Hvolsvöllur. Entró en el salón, se sentó en un sillón y yo me acomodé en un taburete.

—Te has conseguido un buen nidito —dijo el hombre sin disimular su desprecio. Era un tipo arrogante y de lo más desagradable—. ¿Qué clase de tipejo estás hecho? —preguntó mientras se limpiaba el vaho de las gafas.

No le respondí. No tenía ni idea de quién era ni de qué quería. Ni la más remota idea.

—No me lo podía creer cuando el director nos lo contó. ¡Un profesor que abusaba de los niños! Yo ni sabía que se podía cometer una aberración así. Te echaron, ¿no? Por ser un asqueroso perverso.

Su tono me sonaba familiar. Le respondí que no podría hacerme nada que otros no me hubieran hecho ya. Luego le dije que no me viniera con amenazas.

—¿Amenazas? En todo caso, no pienso compadecerme de miserables como tú. Deberías oír al director cada vez que habla de ti. Has escogido el trabajo de los sueños de cualquier depravado. Eres un profesor indecente.



Era un hombre muy grosero, Daníel. Yo estaba desconcertado.

—La gente envía a sus hijos al colegio pensando que estarán en buenas manos y resulta que los deja en las garras de un monstruo —añadió.

Sabía hablarme en el tono adecuado. Daba justo en el clavo y estaba al corriente de lo sucedido en Hvolsvöllur. Le pregunté quién era, qué quería de mí y si me había estado espiando, pero él solo se dedicaba a reírse en mi cara. Me dijo que se había informado sobre mi desdichada existencia y que le parecía patética.

—¿Qué hacías con los chicos en las duchas? —me preguntó—. ¿Y a qué huele aquí dentro? —añadió—. ¿De dónde has sacado ese albornoz rojo tan cutre?

Era un maleducado y un grosero. Eso es lo que era. Un grosero. Ya me habían hablado de esa forma antes, y mucho peor, pero con él me sentía indefenso. Lo sabía todo sobre mi vida y, cuanto peor me hablaba, más pequeño me hacía.

—Aun así, Halldór —continuó—, debo admitir que estas fotos de clase que tienes aquí son muy bonitas. De hecho, da la impresión de que las cuidas muy bien. Les quitas el polvo de la perversión que las ensucia. Los niños te hacen tilín, ¿no? El hombre a quien represento quiere que colabores con él. Me pondré en contacto contigo más adelante, cuando esté preparado. Cumples el perfil que está buscando y te recompensará encargándose de que la gente no sepa el engendro que eres. Sé que vas a estar dispuesto a cooperar.

Le pregunté qué tenía que hacer.

—Una bobada comparada con lo que les haces a los chicos —dijo riéndose—. Sé que no nos vas a decepcionar —añadió.

—¿Qué quieres que haga? —insistí.

—Tienes que darle a tu clase de tontos un nuevo tipo de cápsulas de aceite de hígado de bacalao —respondió aquel hombre malvado.

*Silencio.*

HALLDÓR: Tengo que contarte toda la historia, Daníel. Y espero que no me pidas que me vaya, como la primera vez que vine. Necesito contártela.

*Silencio.*

HALLDÓR: Te acuerdas de mí, ¿verdad, Daníel?

*Silencio.*

HALLDÓR: ¿Esta es vuestra cafetería? Es muy acogedora. Visto desde fuera, el hospital tiene un aspecto terrorífico, con todos esos barrotes y esas paredes que llevan años sin ver una capa de pintura. Es imposible que os encontréis bien aquí.

DANÍEL: Nos atiborran a medicinas que nos hacen la vida más fácil. Nos las dan en todos los formatos, en cápsulas y en inyecciones. No tienes más que llamar a un celador y en un segundo te llenan la boca de pastillas. No podría estar mejor en ningún otro sitio.

HALLDÓR: ¿Has tomado ahora muchas medicinas, Daníel?

DANIEL: Me acuerdo bien de ti. Halldór. Nos dabas clase. Siempre ibas de traje y corbata, con unos zapatos brillantes muy elegantes. Pero un día fui a tu casa y allí todo daba asco, menos tus camisas. E intentaste follarme.

*Silencio.*

HALLDÓR: Lo sé, Daniel, perdóname. Ni yo mismo entiendo de qué material estoy hecho. Pero también lo pasábamos bien en el colegio de Víðigerði. Te metí en la función de Navidad. Fuiste el único del grupo de los torpes al que dejaron actuar. Me costó Dios y ayuda. Hiciste de pregonero. Siempre me acordaré de lo guapo que estabas subido a tu caja, recitando tu papel, alto y claro: «Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado».

DANIEL: ¿Llevas un cigarro?

HALLDÓR: No fumo.

DANIEL: ¿No llevas ningún cigarro?

HALLDÓR: No.

DANIEL: Tengo ganas de fumar.

HALLDÓR: No he fumado en toda mi vida.

DANIEL: Pálmi siempre me trae tabaco.

HALLDÓR: Quería saber qué tal estabas y pedirte perdón. Sé que debería haberlo hecho hace mucho tiempo, pero me amenazaron y no soy un hombre muy valiente, Daniel.

*Silencio.*

DANIEL: No me pasa nada que no pueda solucionar yo mismo. No te preocupes por mí. Solo es cuestión de tiempo. Cuestión de tiempo. Tengo que encontrar de nuevo el bien. Recuperar la fe. Me expulsaron del paraíso. ¿La viste? La estrella fugaz. Salió en los periódicos. Era yo. Traicioné a Dios y ya no podía seguir allí. Me echaron a patadas, me lo merecía. Los que nos caemos del paraíso somos como pequeñas estrellas fugaces que surcan el cielo. Brillamos en el firmamento y nos consumimos hasta desaparecer.

*Silencio.*

DANIEL: No eras mal profesor.

HALLDÓR: Me gusta oírte decir, Daniel, pero me temo que no es verdad.

DANIEL: Nos leías cuentos.

HALLDÓR: Os leía los cuentos que me gustaban de pequeño. Escuchabais cada palabra que decía.

DANIEL: Tengo un montón de camisas blancas, como tú. ¿Quieres verlas? Ven conmigo.

*Interferencias. Pasos. Ruido de ascensor. Pasos.*

HALLDÓR: ¿Esta es tu habitación? Qué acogedora. Y qué camisas tan bonitas.

DANIEL: Son mi armadura.

HALLDÓR: Lo sé, Daniel. Lo sé. Veo que en esta caja guardas un montón de cromos de actores famosos. ¿Y esto qué es? ¡Anda! La foto de clase. Sales sentado en el suelo, mirándome. Esta foto es de mis favoritas, Daniel. Siento una especial predilección por ella. Qué pena no tener una de Pálmi. Le iba muy bien en el colegio. Yo nunca le di clase. Era alumno de Katrín. ¿Te acuerdas de Katrín? Una mujer maravillosa. Maravillosa. Todavía trabaja. Yo me he retirado. Los niños ya no son los mismos. Son terribles, Daniel. Me escupieron. No sé qué les ha pasado. Los niños han cambiado desde que tú ibas al colegio. Toda esa violencia. Qué calamidad.

DANIEL: ¿Los has tocado?

HALLDÓR: ¿Qué?

DANIEL: ¿Has tocado a los niños?

*Silencio.*

HALLDÓR: No he hecho nada desde que saliste corriendo de mi casa. El monstruo solo se descontroló en Hvolsvöllur. Y luego contigo. ¿Te he hablado del monstruo? ¿Te acuerdas de cuando me preguntaste sobre las cápsulas? Me tenían en sus manos. Sabían lo de Hvolsvöllur. Tenía que daros esas cápsulas, observar vuestra evolución y enviarles unos informes. Tenía que asegurarme de que os las tomabais y de que las enfermeras os sacaban sangre. Todo a cambio del silencio. Yo cumplí con mi parte y ellos cumplieron con la suya.

DANIEL: «Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado». La función de Navidad. Hacía años que no pensaba en ella. Me lo pasé en grande actuando. Yo hacía de pregonero, subido a una caja pintada de blanco con una túnica blanca y un turbante rosa. Era el primero en salir a escena. Entraba desde el pasillo y atravesaba el aula bordeando las filas de asientos. Me subía a la caja y miré al público: «Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado». San Lucas. Habla de los beduinos, mientras que Mateo se interesa más por los Reyes Magos. ¿Y qué diferencia hay? ¿Has visto? Siempre haciéndonos preguntas. Las dudas, las dudas, las dudas, las dudas. Impío. Impío. ¡Eres un impío! ¡Un pobre impío desdichado! Eso es lo que eres. Eso eres. Eso eres.

*Silencio.*

HALLDÓR: Escúchame, Daniel. Las cápsulas de las que hablaba aquel hombre contenían una sustancia nociva para los niños. Hace mucho que lo sé. Es más, ya era consciente antes de que Agnar muriera, pero no me atrevía a decir nada. Fue horrible. Nunca he podido superar el hecho de saberme partícipe de la muerte de aquel chico. Y de la de otros. Ninguno de vosotros ha podido tener una vida. Ninguno. He intentado seguiros la pista, y creo que nunca lograsteis recuperaros

del efecto de aquellas cápsulas. Son las únicas responsables de lo que os pasó. Os volvisteis unos toxicómanos y perdisteis la salud, tanto física como mental. Tenían consecuencias a largo plazo. ¿Entiendes lo que quiero decir, Daníel? Puede que nunca hubieras desarrollado una enfermedad mental si no te hubieras tomado esas pastillas. Y quién sabe si ahora Agnar no estaría vivo, igual que el resto de tus amigos. Os usaron como conejillos de Indias, Daníel. Me utilizaron.

*Largo silencio.*

HALLDÓR: ¿Entiendes lo que estoy diciendo, Daníel?

DANÍEL: A veces también sueño cosas raras. Anoche soñé con mamá. ¿Llevas un cigarro?

HALLDÓR: Debía entregar un informe mensual sobre vuestra evolución. Tenía que meterlo en un sobre y dejarlo en un lugar determinado para que fueran a recogerlo. Se lo podría haber entregado a las enfermeras, pero tenía órdenes de no mantener con ellas ningún tipo de comunicación. También me prohibían saber qué ocurría con esos informes. El grosero, que más tarde descubrí que se llamaba Erik, Erik Faxen, me advirtió que me estarían vigilando, de forma que se enteraría si intentaba espiarlo. Pero desobedecí y seguí el recorrido del último sobre. Lo llevé al sitio de siempre. Mi tarea consistía en pedirme un café en el Hotel Borg, sentarme tranquilamente a una mesa concreta y tomarme un par de tazas. Al marcharme, después de pagar, tenía que dejar el sobre en el asiento. Por lo general me iba a casa sin girar la cabeza ni una sola vez. Pero aquel día esperé en la calle y, al cabo de un rato, vi que el grosero salía del hotel con el sobre bajo el brazo. Se subió a un vehículo que había aparcado al sur de la catedral y se marchó. No advirtió mi presencia y no parecía preocuparle que yo pudiera estar observándolo. Me tenía por un inocentón. Apunté la matrícula: R 1605. Llamé al registro de vehículos haciéndome pasar por un agente de seguros. Ya ves que yo también puedo ser un genio. Me dieron su nombre y su dirección. Vivía en una casa muy bonita de la calle Lynghagi. Tenía una mujer guapísima y dos hijos preciosos. Iba a trabajar a las nueve y volvía a las cinco, como cualquier persona. Recuerdo haberme preguntado cómo hacía alguien para llevar esa doble vida, ser un hombre de familia felizmente casado y, a la vez, un chantajista sin corazón que utilizaba a los niños. Pero luego pensé que yo no era mucho mejor. Cogí un taxi, cosa que no hago nunca, y le pedí que me llevara a Lynghagi y esperé fuera hasta que lo vi salir. Me inventé una excusa y le dije al taxista que tenía que seguir a aquel hombre hasta su trabajo. Supongo que me tomó por loco. El grosero trabajaba en una nave industrial de Síðumúli donde, en aquel entonces, se alojaba una pequeña empresa farmacéutica que luego se convirtió en todo un imperio en colaboración con los alemanes. Se llamaba igual que...

DANÍEL: ¡Entonces tú también lo has descubierto! ¡Eres incluso mejor que yo! Aquí no hago más que decirles a todos que las grandes empresas farmacéuticas fabrican enfermos como yo, pero nadie me escucha porque estoy loco. Será que tú también lo estás. Entonces ¿esa empresa fabrica enfermos como yo? ¿Son fabricantes de enfermos? Siempre supe que era una víctima de la producción

industrial de enfermos. Lo sabía. Lo sabía. ¡Nos crean en sus cintas transportadoras! Tengo que irme, Halldór. No vuelvas a hablar conmigo.

*Interferencias. Pasos. Silencio.*

La cinta había llegado al final. Pálmi la sacó de la pletina y metió la indicada con el número dos, que correspondía a otra visita distinta. Pálmi estaba tan absorto escuchando que había perdido la noción del tiempo y del espacio. En el apartamento reinaba un silencio que solo interrumpían los gritos de los niños jugando en la calle. No se daba cuenta de que la puerta de su vieja habitación estaba entreabierta.

HALLDÓR: ¿... no te molesta que encienda este chisme, Daniel? Perdona que lo hiciera a escondidas la semana pasada, pero no sabía cómo te iba a sentar que grabara la conversación. En realidad, no me gusta hacerlo, pero creo que es lo correcto. Y entiendo perfectamente que la otra vez me pidieras que me marchara. Pero, ya ves, aquí estoy de nuevo y no me voy a rendir hasta que te lo haya contado todo. No me quedaré tranquilo hasta que me escuches. Tengo que hablarte de esos hombres.

DANIEL: El otro día no me encontraba muy bien. Pero hoy estoy mucho mejor. Pálmi vino a verme anteayer. Pobre Pálmi. Viene semana tras semana, año tras año, y no sabe nunca cómo comportarse conmigo. Ya ha cumplido treinta años y vive solo en nuestra antigua casa. No tiene buen aspecto. ¿Lo has visto últimamente? Se está quedando calvo, tiene unas ojeras enormes y su cara de cansancio no es propia de una persona tan joven. Dice que una vez intenté matarlo, pero yo no me acuerdo de nada. A veces me han dejado pasar una temporada con él y no me he portado bien. Ha conocido mi peor faceta. Pero yo cuidaba mucho de él cuando éramos pequeños. Lo llevaba a todos lados en un carrito cochambroso que tenía mamá. Estaba con nosotros hiciéramos lo que hiciéramos. Incluso cuando Kiddi Cuervo perdió el ojo. Qué miedo pasé. Nada me aterraba más que que pudieran hacerle daño a mi hermano. La chica sujetaba un gato muerto y yo no veía más que a Pálmi en lugar del animal.

*Silencio.*

HALLDÓR: Recuerdo que siempre ibas con Pálmi en el carrito. A veces hablábamos de vosotros en la sala de profesores y comentábamos que era admirable lo mucho que te preocupabas de tu hermano pequeño.

DANIEL: Pálmi también se ha ocupado de mí y le estoy muy agradecido, pero creo que él no lo sabe. Siempre me ha visto como un enfermo mental antes que como su hermano. Me trae tabaco y a veces se sienta conmigo para hablar, pero a menudo tengo la sensación de que está en las nubes. Yo también, claro, a veces soy una persona difícil, lo he sido a lo largo de todos estos años y soy

consciente de ello. Lo sé perfectamente. Lo sé. También cuando venía mamá. A veces no les permitían verme. No me acuerdo muy bien. El pobre Pálmi ha sido testigo de todo mi declive. Pero yo también he visto el suyo. Recuerdo que una vez le pregunté a mamá si era necesario que lo trajera porque yo era consciente de que se sentía incómodo y me tenía miedo. A veces sabía que se quedaba fuera esperando. No quería entrar a verme. Mamá decía que tenía que acostumbrarse a venir a verme porque ella no estaría aquí toda la vida y no quería que se rompieran nuestros lazos. Pero Pálmi no se sentía ni se siente bien viniendo aquí. A veces me recuerda a papá. Físicamente no se parecen en nada, pero los dos son igual de distantes. Papá era un hombre muy cariñoso, aunque no le gustaba relacionarse mucho con la gente, salvo en los momentos en que iba borracho. Pero era bueno con mi madre y ella lo echó mucho de menos cuando murió.

HALLDÓR: Yo nunca tuve padre.

DANIEL: Pálmi es como papá, solo que no bebe. Seguramente hay muchos como él. Pálmi lo ha pasado mal. Ha tenido una vida horrible.

HALLDÓR: La empresa se llama Fentíaz.

*Silencio.*

DANIEL: ¿Qué empresa?

HALLDÓR: La que experimentó con vosotros. Me he estado informando. El nombre se lo pusieron los alemanes y procede de la fenotiazina. Los franceses fabricaron el primer compuesto en 1950 y funcionó muy bien como antipsicótico. Tú mismo lo has probado aquí. La fenotiazina y sus derivados son medicamentos que combaten los síntomas de algunas enfermedades mentales, como las alucinaciones y los delirios. Supongo que habrás sufrido continuos trastornos de ese tipo.

DANIEL: Cuando tenía ganas de caer en un coma profundo y placentero, me guardaba las pastillas de fenotiazina hasta tener suficientes. Son puro veneno, pero, si no la palmas de sobredosis, son el mejor somnífero del mundo.

HALLDÓR: Saben que lo sé todo sobre ellos. Un día me acerqué al grosero cuando salía de su empresa y lo amenacé con contarle todo. Se me rio en la cara. Me dijo que, si hubiera tenido las agallas, ya lo habría hecho hace tiempo, que no me atrevería nunca porque no era más que un pobre desgraciado que no había aportado nada al éxito del experimento. Desde entonces los amenacé de vez en cuando, a veces por carta, pero estaba claro que ya no querían saber nada de mí. No les importaba lo más mínimo lo que pudiera ser de vosotros. He visto crecer y prosperar esa empresa y te puedo asegurar, Daniel, que se ha convertido en la mayor farmacéutica del país. Estoy convencido de que toda su riqueza tiene su origen en vuestro grupo de torpes.

*Largo silencio.*

DANIEL: Entonces, ¿estás diciendo que esa es la razón por la que he pasado

toda mi vida drogado y con una camisa de fuerza en este hospital, como un despojo humano seminconsciente? ¡Qué maravilla! Te presentas aquí después de todos estos años para decirme que no me habría vuelto esquizofrénico si no me hubiera tomado esas cápsulas de aceite de hígado de bacalao azucaradas. Recuerdo que me chiflaban, a mí y a todos los niños. ¿Sabes lo que es vivir atormentado por la ansiedad, sin saber si las voces que oyes son reales o imaginarias? ¿O lo que es tener visiones espeluznantes que te empujan a matar a tu hermano y a tu madre y a quitarte tu propia vida sin tener el valor de llegar hasta el final? ¿O engullir medicinas que te aletargan hasta hacerte sentir que eres un pez dorado dando vueltas en una pecera mientras se te consume el oxígeno y poco a poco se desvanecen tus fuerzas hasta que flotas muerto en la superficie? Preferiría que me serraran las piernas cada día en lugar de soportar lo que he tenido que soportar. Dices que podría haber vivido una vida normal. ¿Tienes idea de cuánto he deseado tener una vida normal? ¿Sabes lo que daría por un solo día normal? Me lo he imaginado en miles de sueños. ¿Quieres saber cómo es? Te lo voy a decir. Para empezar, tengo una familia. Tengo una esposa que se levanta conmigo por las mañanas. Tengo tres hijos. Dos niños y una niña. Voy a sus camas, los despierto y hablo con ellos mientras los ayudo a vestirse. No sé dónde vivimos, pero los tres duermen en la misma habitación, como siempre había querido. En las paredes hay dibujos suyos. Es un día de verano y vamos a la cocina. Hacemos café y los niños desayunan mientras dicen tonterías. Después damos un buen paseo en coche, nos compramos un helado y salimos de la ciudad para hacer una excursión. Jugamos a la orilla de un lago y luego me tumbo con mi mujer para disfrutar del calor del sol mientras oímos a los chicos chapotear en el agua. El niño pequeño se cae, viene llorando porque se ha hecho daño y lo consolamos. De camino a la ciudad paramos en casa de Pálmi, que vive en un bonito barrio de las afueras. Mi hermano y yo pasamos el resto del día juntos con nuestras familias, hablamos de lo que ha salido en las noticias y nos reímos de algún amigo común. Hablamos de las vacaciones del verano pasado y de adónde podríamos ir el que viene. Comemos bien y nuestros hijos juegan juntos. Luego nos despedimos y nos vamos a casa. A la hora de dormir, los niños se acuestan, pero mi mujer y yo nos quedamos despiertos hasta más tarde. Como es verano, nunca se hace de noche. Solo hay una luz más tenue, un poco distinta.

*Silencio.*

DANIEL: Un día así. Un día normal.

*Silencio.*

HALLDÓR: Eso es lo que te arrebataron. Y también te arrebataron a tu madre. Y a Pálmi.

DANIEL: Tú también, Halldór. Tú también nos lo arrebataste todo. ¿Cómo tuviste el valor? ¿Qué clase de persona eres?

HALLDÓR: Dios santo, Daniel. Si hubiera sabido cómo os iban a afectar las

cápsulas, habría hecho algo, pero en aquel momento no lo sabía. Esos hombres me tenían acorralado. Los muy malditos me tenían acorralado por ser lo que soy. Pero he encontrado una solución, Daniel, y me gustaría contártela.

*Silencio.*

Pálmi continuaba prestando atención, pero ya no se escuchaba nada más. Al parecer, uno de los dos había apagado el aparato. Con el rostro hundido en sus manos, repitió mentalmente las palabras de Daniel una y otra vez hasta sabérselas de memoria. Se odiaba a sí mismo por haber comprendido tan tarde cómo se había sentido su hermano. Había entendido mejor su sufrimiento escuchándolo en una miserable cinta magnética, mucho mejor que en ninguna de las visitas que le había hecho. Ambos hermanos habían deseado lo mismo, cada uno a su modo.

Sacó la última cinta, la introdujo en el aparato y apretó el botón de reproducción. La cinta contenía el tercer y último encuentro entre Halldór y Daniel.

DANIEL: Mamá era un ratón de biblioteca, leía cualquier libro que cayera en sus manos. Le gustaba leer en voz alta y a veces nos leía a Pálmi y a mí. A mi hermano se le debió de pegar algo, porque ha salido igual que ella. Una vez le pregunté a mamá si, cuando uno se encontraba dinero en casa, se lo podía quedar. Ella se quedó de piedra al oír mi pregunta. Levantó la mirada de su libro y me dijo que eso era una tontería. Aquel día, Kiddi Cuervo se había encontrado mil coronas en la cocina de su casa y había comprado chucherías para todos. Cuando por la tarde lo pasamos a buscar para que viniera a jugar con nosotros, lo habían castigado sin salir. Desde la calle escuchamos la zurra que le estaba dando su padre. «No hay que pegar nunca a los niños —decía mamá—. Hagan lo que hagan». Decía que Kiddi no había sabido que no podía coger ese dinero. No era un mal chico, y sus padres no habían entendido su acto de generosidad.

*Silencio.*

DANIEL: Luego me leyó un fragmento de su libro. Era *Moby Dick*, con el capitán Ahab y la ballena blanca que tanto odiaba. En la borda había pescadores de todos los rincones del mundo, incluso un islandés. ¿Lo sabías?

HALLDÓR: No.

DANIEL: Le pregunté a mamá qué hacía el islandés en el barco y se limitó a responderme: «Los islandeses pescan ballenas». Después fui a buscar las dos cajas de zapatos donde guardaba mis cromos para mirarlos mientras mamá seguía leyendo. Eran fotos de estrellas de Hollywood, yo las adoraba. Sacaba un



fajo tras otro. Me encantaba ir al cine, pero, como nunca teníamos dinero, a menudo intentaba colarme con mis amigos. No era fácil, pero a veces lo conseguíamos. Conocía bien la cara de algunos actores y otras no me sonaban para nada. Pero nunca me olvidaré del cromo en el que me fijé aquella tarde porque fue una casualidad absoluta. Una de esas casualidades que comentabas. Era de un actor con la cara muy delgada cuyo nombre aparecía debajo de la foto: Gregory Peck. Me recordaba a papá. Más tarde me enteré de que había hecho de capitán Ahab.

*Silencio.*

DANIEL: Fue la tarde en que llamaron. Pálmi no era más que un bebé y dormía en la habitación de nuestros padres. Yo estaba en mi cuarto. Mamá leía su enorme novela sentada en el salón. Papá estaba en el mar. Yo estaba metido en la cama sin poder pegar ojo, como tantas otras veces. Cuando no podía dormir, solía salir al salón y me sentaba con mamá para escucharla leer. En nuestra casa apenas sonaba el teléfono, así que nos sobresaltamos los dos al oír la llamada. Nos miramos. Mamá se levantó despacio para responder. Era el propietario de la naviera. Papá se había caído por la borda. Estaba en cubierta cuando una ola había roto violentamente contra el barco. El hombre le dio el pésame a mamá prometiéndole que le daría noticias en cuanto tuviera más información.

Mamá se quedó petrificada junto a la mesilla del teléfono y se volvió hacia mí para decirme que me fuera a dormir. No se atrevía a darme la noticia justo antes de irme a la cama. Prefirió esperar al día siguiente. Yo sabía que algo había pasado y me fui a mi habitación. Me tumbé y estuve un rato dando vueltas mirando la oscuridad de la noche a través de la ventana. Al final salí de mi cuarto y volví al salón. La vi sentada a la mesa del comedor con la cara entre las manos y escuché un llanto contenido. Me acerqué a ella y sentí que, de repente, se había quedado terriblemente sola.

*Silencio.*

HALLDÓR: Os di la medicación del experimento en vuestro último curso de primaria. Unas enfermeras venían con sus jeringuillas para sacaros sangre. Lo hacían en la pequeña consulta médica que había al final del pasillo de la planta baja, justo al lado de mi despacho. Seguro que te acuerdas. Yo nunca las llegué a ver y tenía prohibido comunicarme con ellas. A mí me avisaban de cuándo vendrían y yo tenía que enviarles a los chicos, uno a uno. Cada dos meses se metían a escondidas en el colegio, cuando todos los grupos estaban en clase, y nadie se daba cuenta. Total, nadie tenía razones para entrar en la consulta. Si os salían moratones por los pinchazos, vuestros padres apenas os preguntaban. Cualquier tipo de asistencia médica gratuita era bienvenida. Las enfermeras terminaban en diez minutos y se marchaban sin que nadie se hubiera percatado de su presencia. No había prácticamente ninguna posibilidad de que alguien las viera. Los empleados del colegio seguían unas reglas muy estrictas y cualquier

movimiento en los pasillos después de que sonara el timbre estaba mal considerado. Además, estaban preparadas por si alguien se topaba con ellas. Era casi imposible que una misma persona se encontrara dos veces con la misma enfermera. Supongo que por eso eran dos y hacían turnos. A vosotros no os entusiasmaba su visita, pero os daban caramelos, ¿te acuerdas? No os podían dar muchos para que no os llamaran la atención en casa o para que no les dierais envidia al resto de vuestros compañeros, pero sí los suficientes para que estuvierais contentos. El chocolate era el mejor recurso. Antes de salir de la consulta, ya os los habíais comido. Y, a esa edad, los chicos olvidan enseguida. Cuando volvíais a clase, era como si no hubiera pasado nada. De hecho, no había pasado nada fuera de lo común que pudiera levantar las sospechas de vuestros padres. Enfermeras, inyecciones, pruebas de tuberculosis, vacunas. Os hacían de todo. Yo guardaba bajo llave dos tarros de cápsulas de aceite de hígado de bacalao en un cajón de mi mesa. Las repartía yo mismo a la hora del almuerzo, antes de sentarme a leeros un cuento. Las chicas cogían de un tarro y los ocho chicos del otro. Me debía asegurar de que os las tragabais, lo cual no era una tarea muy difícil. Las nuevas cápsulas os gustaban mucho más que las anteriores. Al final del semestre me las exigíais y me pedíais más de una e incluso más de dos. Me costaba tenerlas bajo control. A veces me daba cuenta de que me robabais alguna cuando me ausentaba. El cajón estaba cerrado con llave, pero de poco servía. Acabé por llevarme los tarros cada vez que salía del aula. Debía anotar cualquier cambio que observara en vuestro comportamiento y entregar un informe mensual. Cumplía órdenes a conciencia. No me gustaba lo que hacía, Daniel. Puedes creerme. Pero no tenía más remedio que cumplir sus órdenes. Me habrían delatado y no lo habría podido soportar. Estaba convencido de que era un experimento importante e inocuo. En ningún momento pensé que os podría pasar algo. Nunca pregunté qué contenían las cápsulas. En realidad, no quería saber nada de aquel asunto. Ni lo más mínimo. Como siempre, hice como si no pasara nada. Me convencí a mí mismo de que os daba unas cápsulas normales y corrientes. Siempre he vivido en negación, así que me daba lo mismo hacerlo una vez más.

### *Silencio.*

HALLDÓR: Unos dos meses después de empezar a daros las cápsulas, observé un cambio radical tanto en vuestros resultados como en vuestro comportamiento, y así lo hice constar en mi informe, que igual existe todavía en algún lugar. Aprendíais con mucha más facilidad, mostrabais más interés, se os veía más despiertos, terminabais enseguida los ejercicios y siempre los teníais bien. Sacabais unas notas muchísimo mejores de lo que jamás habría podido esperar. Parecía que aprendíais sin hacer esfuerzo. Unos tontos como Agnar y Óskar se sabían de memoria poemas clásicos islandeses del siglo XIX solo con leerse los una vez en clase. Lo mismo pasaba con los otros chicos. Vuestras capacidades habían mejorado de una forma asombrosa en muy poco tiempo. Os habíais vuelto unos alumnos aplicados dotados de una excelente memoria. Sin embargo,

vuestra conducta había empeorado. Tenía que enviaros constantemente al despacho del director, y eso que procuraba hacerlo lo menos posible. Era difícil daros clase, pero, a finales de curso, yo tenía un remedio que casi siempre funcionaba. Solo tenía que prometeros que os daría una pastilla más. Iba en contra de las reglas, pero no me quedaba más remedio. Para que veas, usaba las cápsulas como arma. Era lo más sencillo. Nadie se explicaba el milagro que había ocurrido en el 6.º L. Nadie menos yo. Me habían enviado a casa una caja entera de tarros para que tuviera de sobra hasta que terminara el experimento.

DANIEL: Aquel año tuvimos trastornos de salud. A Skari le dieron convulsiones y nos reímos de él. Aggi vomitó en su pupitre, en sus libros y en la espalda de Gísli, que se puso hecho una furia.

HALLDÓR: Me acuerdo de que Aggi tenía la mano helada. Me dio bastante miedo.

DANIEL: Nos metimos en tu casa para buscar las cápsulas. Aggi y yo. Mientras los demás esperaban fuera. Me acuerdo al detalle de todo lo que dijiste e hiciste.

HALLDÓR: Yo tampoco lo olvidaré jamás.

DANIEL: Cuando terminaron las clases en primavera, no sabíamos dónde conseguir más cápsulas, así que fuimos a tu casa para ver si tenías. Llevábamos unas semanas encontrándonos mal. Teníamos como una especie de gripe que no se nos pasaba. Nos dolía al orinar, teníamos migrañas, hormigueos, náuseas, insomnio. Intentábamos beber más *brennivín* o acudir a los armarios de las medicinas de nuestros padres, pero lo que en realidad queríamos eran más cápsulas de esas. Te llamamos, pero no estabas en casa y no podíamos esperar hasta que regresaras. «Vamos, entramos y nos llevamos las cápsulas», sugirió Aggi. Encontramos tu dirección en el listín telefónico. Cogimos el autobús, pero no estabas en casa. Íbamos cinco. Los otros tres chicos de clase se iban siempre al pueblo en verano. Como la puerta estaba cerrada con llave, le dimos la vuelta a la casa y encontramos una pequeña ventana abierta en la parte de atrás. Entramos solo nosotros dos y los demás se quedaron vigilando. Éramos los más pequeños. Aggi se subió a mis hombros y se coló por el hueco. ¡La de basura que había dentro! Vimos las fotos de clase en las paredes. «Ve con cuidado para no romper nada», dije. Tu casa apestaba. ¿A qué olía? Nos teníamos que tapar la nariz. Parecía un meadero de gatos.

HALLDÓR: Reconozco que no soy la limpieza personificada.

DANIEL: Procuramos no dejar huellas. Queríamos dejarlo todo como estaba. Solo buscábamos con la mirada. Recorrimos el interior sin tocar nada, pero no había ni rastro de los tarros de cápsulas. Luego movimos algunas cajas y husmeamos en los cajones, pero no encontramos nada. Estábamos seguros de que te enfadarías si te enterabas de que alguien había entrado en tu casa. Al llegar a tu dormitorio me invadió una extraña sensación. No daba crédito. No te conocíamos. Nos habías dado clase todos aquellos años, pero no sabíamos nada de ti. Nunca nos habías hablado de ti. Y ahí estábamos, dos ladrones invadiendo tu casa, viendo cosas que nos costaba asociar contigo: mal olor, suciedad, revistas porno, botellas de *brennivín* amontonadas, restos de comida en la cocina. Me parecía haber entrado en la caverna de un dragón. No quería seguir ahí ni un

minuto más. No quería saber más cosas de ti. Solo pensaba en irme. Aggi encontró por fin los tarros. Había mirado debajo tu cama y había encontrado dos llenos.

HALLDÓR: Entonces llegué a casa y te quedaste atrapado.

DANIEL: Skari dio un grito por la ranura del correo para avisarnos de que venías. Fuimos corriendo a la ventana de la cocina. Aggi pasó primero, pero se le quedó enganchado el cinturón y tardó un montón en soltarse. Cuando me subí a la mesa de la cocina, escuché la llave girar en la cerradura de la entrada y me quedé helado, sin saber si debía correr el riesgo de salir por la ventana o bajar y esconderme en algún sitio.

HALLDÓR: Era viernes y yo llegaba a casa con mi provisión de alcohol.

DANIEL: Me metí debajo de la cama con la esperanza de que mis amigos encontrarían una forma de ayudarme, pero, cuanto más tiempo pasaba, más improbable lo veía. Mi única opción era intentar salir sin que me vieras. Escuchaba tus movimientos. Estabas haciendo algo en la cocina. Por el olor, estabas preparándote unas gachas de avena, y canturreabas. En realidad, no te tenía miedo a ti, sino a estar molestando a alguien que prefería estar solo y no quería recibir visitas. Lo que más me atemorizaba era tu reacción si te dabas cuenta de que alguien había entrado en tu casa. Respetábamos tu soledad.

*Silencio.*

DANIEL: Dejé de oír ruidos en la cocina. Pensé que igual estabas en tu despacho. De fondo se oía esa música clásica insoportable que ponían todo el día en la radio. Decidí salir de la cama para asomarme por la cocina. Primero me moví a rastras, por si tenía que volver a mi escondite, pero luego me levanté. El armario ropero estaba medio abierto y vi el traje que te ponías para dar clase. Los cuatro estantes estaban llenos de camisas blancas planchadas y dobladas. Me despisté y me acerqué para tocarlas. Eran suaves como la seda y eran lo único limpio que había visto desde que había entrado. Entonces apareciste junto a la puerta. «¿Sabes por qué tengo tantas camisas blancas, Daniel?», escuché detrás de mí. Nunca me he llevado un susto más grande en mi vida. Pensaba que me moría allí mismo.

HALLDÓR: Perdóname.

DANIEL: Llevabas un albornoz rojo y sujetabas un vaso y una botella de *brennivín*. «¿No te parecen bonitas?», me preguntaste. No podía escapar. No parecías muy sorprendido de verme. Me explicaste que te cambiabas de camisa cada día. «Las lavo yo mismo —dijiste—, las plancho, las doblo con cuidado y las guardo aquí. Me transmiten paz y serenidad, no sabría explicarte por qué», añadiste. Yo estaba delante del armario sin saber qué hacer. Estaba aterrorizado. Dijiste que seguro que tenía que ver con tu infancia. «Yo nunca tuve una infancia como vosotros. Me dais mucha envidia, mucha más de la que os podéis imaginar. Me robaron la niñez», dijiste.

HALLDÓR: Me he devanado los sesos toda mi vida preguntándome por qué. He llegado a la conclusión más sencilla, que quizá sea la más lógica. Fue una

cuestión de azar. De mala suerte. Esa tiene que ser la respuesta. Yo no hice nada. Nunca he hecho nada. No podía hacer nada. Solo ocurrió porque fui concebido en aquel momento y no en otro, en aquel útero y no en otro.

DANIEL: De ahí tu teoría sobre las casualidades.

HALLDÓR: ¿Por qué un hombre se vuelve rico y otro se vuelve pobre, Daniel? ¿Por qué un niño muere por enfermedad y otro no? ¿Por qué se cae uno por la borda y no su compañero de camarote? Maldita mala suerte. En eso pienso todos los días. En el azar. Es lo único que decide la dicha del hombre, créeme. El azar del demonio. En qué lugar del mundo nos conciben y en qué momento. Importa muy poco lo que hagamos. Muy poco. ¿Me concedieron a mí una pizca de buena suerte? ¿Tuve yo suerte? No, Daniel, no puedo decir que tuviera suerte. Si lo dijera, estaría mintiendo.

DANIEL: Me dijiste que nos observabas a mí y a mis amigos cuando jugábamos al fútbol o perseguíamos a las chicas mientras nos reíamos en alto. Me confesaste que, cuando pensabas en tu niñez, no acudía a tu cabeza el recuerdo de la más mínima risa. «Ni una sola, maldita y condenada vez tuve motivos para sonreír», fueron tus palabras.

HALLDÓR: Y nunca lo hice. Nunca, Daniel. Nunca. ¿Qué tipo de vida es esa?

DANIEL: «No quería entrar, solo quería saber si estabas y me he quedado encerrado», te dije. Te pregunté si podía irme a mi casa. Estaba aterrizado. «¿No te apetece hablar con el viejo Halldór?», me preguntaste, dándome un abrazo. Luego me llevaste de la mano hasta el salón, atravesando la cocina, y me sentaste en un sillón. Al pasar por la entrada, noté que me agarrabas con más fuerza. «¿Es que no somos amigos, Daniel?», me preguntaste mientras me enseñabas tus fotos de clase. Te sentías bien rodeado de ellas. «Mira qué caritas —dijiste—. Le devuelven a uno la fe en la vida». Tu foto favorita era la de nuestra clase, en la que yo te miraba desde el suelo. «Casi me parece estar viendo a tu padre», dijiste.

HALLDÓR: No quería ser grosero. Perdóname.

DANIEL: Seguiste bebiendo. Dijiste que mi padre nunca te había caído bien, que te parecía un pobre desgraciado. «Sin embargo, tu madre es una mujer de armas tomar. Una mujer valiente que no se deja pisotear».

HALLDÓR: Tuviste suerte de tener una madre como ella. Una madre que cuidaba bien de ti. Y de tu hermano. Es muy bueno que tengas un hermano. Que tuvieras una familia a la que acudir y que te esperaba en casa. Yo he estado solo toda mi vida. No tengo claro que haya sido mi elección. No lo sé. Prefiero creer en el azar.

*Silencio.*

DANIEL: No parecías sorprendido de verme en tu casa y dijiste que ya te habías imaginado que buscaríamos más cápsulas.

HALLDÓR: Esas cápsulas del demonio.

DANIEL: Querías que me quedara a charlar contigo. Dijiste que no socializabas mucho, que preferías recluirte en tu agujero para pensar en el azar y beber

*brennivín*. Me dijiste que era terrible estar solo y que debía encontrar una mujer guapa con la que vivir y tener hijos y darles un bonito hogar que estuviera limpio, ordenado y oliera bien. Luego hablamos de tu madre y de tu padre.

HALLDÓR: ¡De mamá y papá! Yo nunca tuve ni un padre ni una madre, Daníel. Mi padre... no he sabido nunca quién fue en realidad. Puede que fuera aquel hombre al que fui a ver una vez. El viejo Svavar. Quería saber qué pensaba de mí, y si nos parecíamos. Pero probablemente tenía hijos de sobra. Me echó. Y no nos parecíamos en nada. Seguro que tú entiendes bien esa necesidad de tener un padre, Daníel. Es poderosa. La más poderosa que hay. Tenemos derecho a buscar refugio en un padre fuerte.

DANÍEL: ¿Y tu madre?

HALLDÓR: Es mejor que no oigas la historia de mi madre, Daníel. Que no oigas ni una palabra. No se preocupaba mucho por mí. Aunque te puedo contar una de las veces en que fue buena conmigo. Es un recuerdo al que acudo cuando el horror se me hace insoportable. Yo tendría unos siete años. Era la época de la siega. Aquel verano vivíamos en casa de un buen granjero. Amontonábamos el heno en almiar y me mandaron a la granja para ir a buscar pan y café. Era un día de sol, una cálida brisa me acariciaba el rostro y me sentía feliz. Pensaba en las cosas buenas que tenía. Cuando volví, mi madre se sentó conmigo junto a un almiar y almorzamos en silencio. De pronto, me abrazó y me apretó contra ella, aunque me soltó enseguida. Eso fue todo. Un gesto de calor humano que no he olvidado desde entonces. Ahora ya no sé si pasó de verdad o son imaginaciones más, pero me parece que ocurrió así.

DANÍEL: Luego te dije que me tenía que ir. Mamá se iba a preocupar por mí. «Perdona por haber entrado en tu casa —dije—. No lo volveré a hacer». «¿Te parece que soy mal profesor? —me preguntaste—. ¿Os he tratado mal alguna vez? ¿Os he pegado o gritado? ¿He sido mal profesor?». Dijiste que nos habías leído todos tus cuentos favoritos. A veces nos cogías y nos sentabas en tus rodillas. «El director del colegio ha recibido algunas quejas», dijiste. Te había llamado a su despacho para decirte que las chicas tenían envidia de los chicos. Lo dejaste de hacer. Dijiste que debías andar con cuidado.

HALLDÓR: Luego me sobrepasé.

DANÍEL: De pronto, tu voz adquirió un tono siniestro. Me hablaste de tus camisas. Me constaste que, antes de acostarte, te ponías una de esas bonitas camisas blancas, suaves e impolutas que tenías en medio de aquella pocilga. Dormías a pierna suelta con la camisa puesta. «Son mi armadura», dijiste. Entonces me agarraste del brazo. Te olía el aliento a alcohol. Me dijiste que, no contentos con haber matado lo que eras y lo que podías haber llegado a ser, aquellos hombres te habían metido dentro un monstruo contra el que luchabas cada día. Pero, en ocasiones, no lo podías controlar. Te vencía.

HALLDÓR: A veces, en clase, se metía en mi cabeza. Le dejaba ganar y le permitía quedarse. Se adueñaba de mis pensamientos. A veces estabas sobre sus rodillas, Daníel. Y te decía: «Escucha el silencio».

DANÍEL: Intentaste quitarme la ropa.

HALLDÓR: Perdóname, Daníel.

DANIEL: Me escapé.

*Silencio.*

HALLDÓR: Tengo que pedirte un favor, Daniel. Es un favor terrible, pero tú eres el único que me lo puede hacer. He vivido en un tormento todos estos años. A veces, cuando me acuesto por las noches, me gustaría no volver a levantarme. Soy escoria. Nunca debí haber venido a este mundo. Me concibieron en un establo, que es muy diferente de haber nacido en uno. Y así ha sido toda mi vida. El resultado de una simple lotería. Nunca he tenido a nadie, no he tenido amigos, salvo los niños del colegio, y hasta ellos se han vuelto en mi contra. Nunca he podido imaginarme fundando una familia, a diferencia de ti, Daniel. Quizá me hubiera ayudado, no lo sé. No le he dado muchas vueltas. Perdóname por la propuesta que te voy a hacer, pero creo que eres un amigo lo bastante bueno como para que me tomes en serio. Quiero que me mates.

*Largo silencio.*

HALLDÓR: No debería ser difícil. Total, llevo décadas muerto. Soy demasiado generoso llamando vida a esto que he ido arrastrando, más por hábito que por ganas. Fui concebido en la vergüenza, estoy hecho de vergüenza y vivo en la vergüenza. No tengo escapatoria. Ya no tengo fuerzas. Quiero morir. Pero soy incapaz de suicidarme. Ya lo he intentado. Por eso te pido que me ayudes.

*Largo silencio.*

HALLDÓR: ¿Daniel?

*Silencio.*

DANIEL: Sé de un hombre que podría hacerlo. Yo no puedo, como comprenderás. Pero conozco a alguien.

HALLDÓR: Dile que guardo un bidón de gasolina en mi apartamento. Que me ate a la silla del despacho, que esparza gasolina por la casa y luego me rocíe a mí hasta que tenga toda la ropa empapada. Que vacíe el bidón por completo y luego me lance una cerilla. Quiero que arda conmigo todo lo que tengo. Que no quede ni una pizca de mis posesiones. No quiero que nadie hurgue en mis cosas después de mi muerte. Soy muy celoso de mi vida privada, ya lo sabes, Daniel. No me da miedo el fuego. El fuego me purificará. Me hará un nuevo hombre.

*Silencio.*

DANIEL: Hablaré con él.

*Silencio.*

HALLDÓR: Te he traído mis camisas.

DANIEL: Muchas gracias. Pero no creo que las vaya a utilizar mucho. Yo también estoy a punto de partir.

*Silencio.*

DANIEL: *Ad astra.*

La grabación había llegado a su fin. Sentado en la penumbra, Pálmi observó en silencio el reproductor. «*Ad astra*», pensó. Hacia las estrellas. Daniel ya estaba muerto cuando asesinaron a Halldór, así que no había podido matarlo él. ¿Había conseguido que alguien cumpliera el deseo de su profesor? ¿Quién había sido? ¿A quién conocía Daniel que pudiera haberlo hecho? ¿A Sigmar? Pálmi reflexionó y comprendió que Daniel ya había tomado la decisión de suicidarse en el momento en que tuvo lugar esa conversación.

El apartamento estaba a oscuras y Pálmi encendió la lámpara de la mesa. Seguía sin darse cuenta de que la puerta de su antigua habitación estaba ligeramente entreabierta. Llevaba años sin entrar y hacía tiempo que ni siquiera era consciente de su existencia. Mientras observaba el reproductor y las cintas, le pareció notar una presencia. La sensación era tan fuerte que se levantó de un salto y tiró la silla sin querer. Se asomó por el pasillo y vio que la puerta de su habitación estaba abierta de par en par. Lo sacudió un escalofrío. Dio unos pasos hacia atrás en el salón y percibió un movimiento en el dormitorio. Nadie había abierto esa puerta en años. Atenazado por el pánico, no podía ni emitir un grito. De pronto, cuando estaba a punto de salir corriendo hacia el patio de la escalera, vio aparecer la figura de un hombre corpulento. En el momento en que iba a pedir auxilio, le pareció que aquella silueta le era familiar. Un instante después, Pálmi se dio cuenta de que era Jóhann.

—¡Jóhann! —suspiró, desconcertado—. ¡Jóhann! ¡Jóhann! Por el amor de Dios, ¿qué demonios hacías ahí dentro? ¿Cuándo has entrado? No entiendo nada. ¿Has escuchado las cintas?

—Tranquilo, Pálmi. No tengas miedo. Quería ver la habitación donde Danni había intentado prenderte fuego. Me he tumbado en la cama. He venido al mediodía, pero, como no estabas en casa, he



entrado por mi cuenta. Deberías ordenar ese cuarto. Y sí, he escuchado las cintas, pero ya conocía su contenido. Danni me lo había contado todo.

—Pero ¿por qué has entrado así en mi casa? ¿Cómo que ya te lo había contado? ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Tienes que saber una cosa. Hay algo muy tuyo, Pálmi, y es que nunca miras a los ojos de la gente. Siempre miras hacia el suelo, o hacia un lado, pero nunca a los ojos. No eres el único, y yo lo identifico como un signo de timidez. Te falta confianza en ti mismo. Lo cual es comprensible.

Jóhann se sentó a la mesa del comedor.

—El caso es que, aunque te hubieras dado cuenta, puede que no lo hubieras mencionado nunca. Eres un chico educado, Pálmi. Tal vez demasiado.

Pálmi miraba a Jóhann fijamente mientras lo escuchaba. Nunca le había hablado de una forma tan enigmática.

—¿De qué estás hablando, Jóhann?

—De los ojos.

Jóhann cerró el ojo derecho y se lo apretó varias veces con los dedos. Pálmi no se podía creer lo que estaba viendo. Jóhann se sacó lentamente el ojo de la órbita hasta sostenerlo en la palma de la mano. Lo alzó para enseñárselo a Pálmi y cruzó el salón para dárselo. Atónito, Pálmi lo cogió y lo observó con detenimiento.

Se acercó a Jóhann y, por primera vez, levantó la mirada hacia sus ojos y la detuvo en su órbita hueca.

—¡Kiddi! —suspiró finalmente—. Tú no te llamas Jóhann. Tú eres Kristján. ¡Kiddi Cuervo!

Einar había localizado a una de las enfermeras. Se llamaba Guðrún. Los diez agentes de su equipo habían elaborado una lista con los nombres de las enfermeras nacidas entre 1930 y 1935. Era el primer sesgo de búsqueda y se había aplicado siguiendo las declaraciones de Sigmar, según las cuales las enfermeras tenían unos treinta y cinco años. La lista recogía un total de cincuenta mujeres y a cada agente le habían asignado la tarea de investigar a cinco de ellas. Guðrún figuraba entre los nombres de Einar.

La anciana vivía en un bloque de pisos del barrio oeste. Todavía trabajaba como enfermera y acababa de volver a casa después de su turno cuando Einar llamó al interfono.

—¿Sí? —respondió la voz metálica del telefonillo.

—¿Guðrún Klemenzdóttir?

—Sí. ¿Quién pregunta?

—Me llamo Einar y soy de la Policía Judicial. ¿Tienes un momento para preguntarte sobre un caso que estamos investigando?

Se hizo un silencio.

—¿Guðrún? ¿Estás ahí?

—Perdona, sí, sube —respondió Guðrún—. Llevo un tiempo esperando vuestra visita.

Le abrió y Einar entró en el impoluto patio de vecinos. Cuando llegó a la planta de Guðrún, vio que la puerta de su piso estaba abierta. Al entrar se encontró a la mujer poniéndose un abrigo frente al armario ropero. Era bajita y regordeta, tenía una cara cordial y el pelo blanco y lacio. A Einar le recordó a una abuelita de cuento

infantil.

—Llevaba años pensando en ponerme en contacto con vosotros —admitió—. Preferiría hablar de esto en comisaría en vez de hacerlo en mi casa.

—Por supuesto —convino Einar mientras paseaba la mirada por el apartamento. Todo estaba bastante descuidado. Los muebles estaban viejos y rotos. En el salón, una enorme estantería desordenada ocupaba casi toda la pared. En la alfombra de color mostaza se veía un rastro de huellas que comunicaba la cocina y el salón. El aire estaba cargado. A Einar le pareció que flotaba una mezcla de olor a pescado hervido y tiburón fermentado.

—¿Puedo pedirte que esperes un momento? —le preguntó Guðrún, ya vestida con su grueso abrigo beis y su sombrero negro.

—No faltaba más —respondió Einar, que no se había movido de la entrada.

—Estaba calentando agua del grifo cuando has llamado. ¿A ti no te hace falta nunca calentarla? —le preguntó al policía, que no entendió el comentario.

—Es que, para mí, sale helada —le aclaró—, y más en invierno. Así que la templo un poco en una cazuela cuando tengo sed. ¿Tú no lo haces nunca?

—La verdad es que no —respondió Einar.

Guðrún entró en la cocina y Einar la observó apagar el fuego, retirar la cazuela y verter el agua en un vaso. No se dio ninguna prisa. Al terminar, salió de la cocina.

—Bueno, pues vámonos —anunció—. Ya era hora. La verdad es que ya era hora.

Una vez en el despacho de Erlendur, Guðrún tomó asiento después de haberse quitado el abrigo y el sombrero, haber pedido un café y haberle preguntado al policía si llevaba un cigarrillo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la mujer mientras fumaban, uno frente al otro.

—Erlendur Sveinsson.

—¿Y de quién eres hijo, Erlendur?

—Sveinn, mi padre, trabajaba en una fundición de acero. Y Áslaug, mi madre, en una charcutería. Igual los conocías.

—Aquí nos conocemos todos, ya lo sabes. ¿Era empleada en la calle Hafnarstræti, tu madre?

—Sí, trabajó allí casi toda su vida.

—Creo que me acuerdo de ella. Una mujer majísima. Encantadora. Físicamente no os parecéis mucho.

—¿Podríamos centrarnos en la cuestión?

—Éramos dos, Rannveig y yo. Ella murió ya, la pobre. Cuando le diagnosticaron el cáncer de pulmón, solo le quedaban seis meses de vida. Eso sí, fumaba como una chimenea. Murió hace un año. Éramos muy amigas y la iba a ver a menudo al hospital. En su lecho de muerte hablamos de lo que ocurrió y de los chiquillos y antes de morir me expresó su deseo de que le contara a alguien nuestra implicación en el experimento.

Erlendur escuchaba en silencio.

—Rannveig era la única hermana de Sævar Kreutz.

—Un momento, ¿Sævar Kreutz? ¿De qué me suena ese nombre?

—Es el dueño de la farmacéutica Fentfáz. Creo que nadie sabía que tenía una hermana.

—Sævar Kreutz, el que vive en Alemania —murmuró Erlendur para sí mismo—. El que abandonó la empresa familiar para fundar su propia farmacéutica en colaboración con los alemanes. Solo viene por Islandia unas pocas semanas al año. Un hombre de lo más misterioso.

—Rannveig y yo nos conocimos estudiando enfermería y luego trabajamos las dos en el Hospital Nacional durante muchos años. Un día me preguntó si podía hacerle un favor. Me pagaría bien y no tenía que hacer gran cosa, pero debíamos mantenerlo en secreto por una serie de razones. La tarea era muy extraña. Teníamos que ir dos veces cada una al colegio de Víðigerði, alternándonos, durante el curso académico 1967-1968, y sacarle sangre a un grupo de niños que alguien nos enviaría a la consulta. Nadie podía enterarse de nuestra presencia en el centro. Debíamos trabajar rápido y marcharnos sin hablar con nadie. Me pareció interesante y en

ningún momento me pregunté qué hacíamos ni para quién trabajábamos. Todo fue como la seda. Los pequeños venían y nos hablaban, pero no podíamos decirles nada salvo lo estrictamente necesario. Les dábamos chocolate para facilitar las cosas. Hacían lo que fuera por una onza de chocolate. Seguramente no les daban mucho en sus casas. Tenían pinta de pobres, las criaturas.

—¿Nunca se te ocurrió pensar que estabas participando en algo que pudiera causarles algún daño?

—Nunca. No en aquel momento. Confiaba plenamente en Rannveig. Era una bonachona, y mi mejor amiga. No tenía ni la más mínima sospecha de que allí se pudiera estar cocinando algo. Evidentemente era una ingenuidad por mi parte. Pero así eran las cosas. Lo más seguro es que me mintiera. Sævar Kreutz le había dicho que quería hacer unos simples análisis de sangre saltándose el protocolo, sin pedir el consentimiento de colegios, padres y autoridades. «Quería acortar el camino», me dijo Rannveig, y yo tampoco le di muchas vueltas.

—¿Qué hacías con las muestras de sangre?

—Se las daba a Rannveig. Al final de curso lo dejamos y todo volvió a su cauce habitual. Excepto que yo no dejaba de pensar en los niños. Sin embargo, Rannveig no parecía querer hablar mucho de ellos, así que dejé de insistir. No volvimos a tocar ese tema hasta hace poco, cuando ya estaba moribunda.

—¿Qué hacía Sævar Kreutz con las muestras?

—Según Rannveig, realizaba una investigación que quería llevar en secreto. Y que no tendría ningún efecto nocivo. Creo que mi amiga no sabía mucho más que yo. Pero el caso es que nunca nos sentimos bien después de haberlo hecho. Luego, en verano, vimos aquellas fotos en los periódicos.

—¿Qué fotos?

—Los reconocimos. Nos decían sus nombres para que pudiéramos identificar las muestras. Todavía me acuerdo de todos. Dos de ellos murieron ese verano. Sus fotos salieron en la prensa, en la sección de necrológicas. A Agnar le dio un infarto. Gísli murió en un accidente mientras trabajaba en una granja. Me pareció una extraña casualidad, justo después de que terminara el curso. Aun

así, no me pareció nada especialmente preocupante. Sin embargo, a lo largo de los treinta años que han pasado, he ido viendo el nombre y las fotos de esos niños en los periódicos. El último, hace poco, fue Daniel, que se suicidó en el hospital donde había estado ingresado. Puede que sus muertes tengan explicaciones normales, siempre he albergado esa esperanza, pero me consume por dentro la idea de haber sido partícipe de algo que les causara esas desgracias.

—¿Y no pensaste en venir antes para darnos esta información?

—Se me pasó a menudo por la cabeza, incluso alguna vez ya me había puesto el abrigo y estaba dispuesta a salir. Pero siempre me echaba atrás. Como te digo, lo que les ocurrió a esos niños puede tener una explicación perfectamente lógica. Y Sævar Kreutz no es el tipo de persona a quien se le acusa de algo solo porque sí. Me da que pronto lo descubrirás tú mismo. No tengo nada más que decir. Me voy a mi casa. Si necesitas algo, no dudes en llamarme.

—Un momento, un momento —replicó Erlendur—. Aquí soy yo quien dirige esta investigación y no tú. Me parece que te dejas algunas cosas en el tintero.

—¿Como qué? —preguntó Guðrún.

—Tú lo sabrás mejor que yo.

—¿El qué? ¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Cuál es tu relación con Sævar Kreutz?

—¿Relación? Ninguna.

—Una mujer sensata como tú se presenta dos veces en un colegio de Reikiavik con sus jeringuillas sin que nadie la vea. Extrae muestras de sangre a unos niños y les da chocolate sabiendo en todo momento que está haciendo algo de lo que nadie puede enterarse. Su mejor amiga le da unas explicaciones vagas, está bien. Le entrega la sangre de los niños como si tal cosa. Tengo la impresión de que ahí hay algo más. Creo que conocías a Sævar Kreutz.

—Tonterías —respondió Guðrún, sin sonar muy convincente.

—¿Te viste con él alguna vez?

—No tengo nada más que añadir.

—No lo hiciste solo por tu amiga Rannveig, ¿verdad?

—¿Qué estás insinuando?

—Estoy seguro de que conocías a Sævar Kreutz.

Guðrún suspiró y observó a Erlendur en silencio.

—Era un monstruo —murmuró al final, como para sí misma—. Rannveig nos presentó. La acompañé a su casa. Era alto y delgado, muy guapo, un hombre atractivo, pero hasta más tarde no entendí de qué calaña era. Utiliza a la gente y luego la tira cuando ya no la necesita. Rannveig dejó de verlo mucho antes de que muriera. Se había negado durante mucho tiempo a reconocer qué clase de hombre era. Con el tiempo se alejaron el uno del otro hasta que ella ya no quiso saber nada. Aquella tarde me trató como si yo fuera el hada de sus fantasías, me adulaba sin cesar y me hablaba con cariño, como un actor en una película romántica. A mí me gustaba, era una treintañera solterona. No me he casado nunca. Ese día caí rendida a los encantos de Sævar Kreutz, que quiso humillarme enseguida y comenzó de inmediato a hablarme de aquellos análisis de sangre y de lo exasperantes que eran los procedimientos burocráticos. Creo que también fue la primera vez que Rannveig oía la idea. Yo estaba dispuesta a hacer lo que fuera por aquel hombre.

—¿Así que no fue Rannveig quien te habló de aquel misterioso proyecto?

—Esa versión me resulta más fácil. Supongo que me mentí tantas veces a mí misma que terminé por creérmela. Cualquier cosa es mejor que la verdad.

Erlendur le ofreció otro cigarrillo y se lo encendió.

—Lo vi más veces y él seguía mostrándose igual de dulce conmigo. Pero pronto tuve la sensación de que ocultaba algo. Aunque fuera cariñoso, o fingiera serlo, siempre lo notaba distante. Al final de curso, cuando todo había terminado, desapareció. Lo llamé, e incluso le escribí una carta, pero, de repente, se había convertido en otro hombre, frío y desagradable. Al final fui a su casa, me abrió y me dijo que me olvidara de todo. «Olvida todo esto —me dijo desde la puerta antes de cerrármela en las narices—. Olvida todo esto».

—¿Os acostasteis?

—¿De verdad necesitas saberlo?

—A veces mi trabajo puede ser desagradable.

—Sí, nos acostamos. Me quedé boquiabierta delante de su casa, sin entender nada. Toqué el timbre de nuevo, llamé a la puerta, pero no dio ninguna señal de vida. No lo volví a ver nunca más. Me sentía como si me hubiera violado.

—Por eso no se lo contaste a nadie.

—Sævar Kreutz tiene el don de hacerte querer mantener en silencio que lo has conocido.

Guðrún se levantó y se despidió de Erlendur con un apretón de manos. Cuando estaba a punto de salir por la puerta, se volvió lentamente y dijo, pensativa:

—Rannveig no sabía de qué iba aquella historia. Estoy convencida. Una vez habló conmigo muy agitada. Pensaba que su hermano se había vuelto loco. Decía que se había adentrado en un terreno donde nadie debía meterse. No me quiso dar más explicaciones, pero recuerdo que estaba consternada. Creo que, desde entonces, no volvió a hablar con él.

Guðrún se marchó y, un instante después, Sigurður Óli entró en el despacho de Erlendur, que le hizo un resumen del interrogatorio y le pidió que no le contara nada a nadie. El caso había entrado en una nueva y delicada fase.

—¿Cuáles eran las letras que habíamos visto en el vientre de Sigmar? —preguntó Sigurður Óli sacando su bloc de notas—. E y A. ¿Crees que ese es el nombre que había intentado escribir?

—¿Qué nombre? —preguntó Erlendur.

—Fentíaz.

—O sea, que Sigmar lo había descubierto. Pero ¿cómo?

Erlendur y Sigurður Óli pasaron el resto de la jornada indagando con discreción. Al final del día, ya tenían información más que suficiente sobre Sævar Kreutz y Fentíaz.



—La policía ha dado con Guðrún —anunció la voz al teléfono esa misma noche—. Te dije que debíamos tomar medidas contra ella. Te lo advertí desde el principio.

—No voy a tomar ninguna «medida» contra Guðrún. Y empiezo a cansarme de ese tono. Era amiga de mi hermana, Rannveig, y fue la que más se preocupó por ella en sus últimos días. Antes tomaría «medidas» contra ti que contra ella. Hablas como en una película de serie B. ¡Medidas!

—¿Qué hacemos entonces?

—Guðrún es ya una mujer mayor. Es el único testigo que tienen y me cuesta creer que la vayan a tomar muy en serio. No tienen nada que corrobore su testimonio.

—Puede ser. Por lo que parece, Sigmar no conocía su vínculo con nosotros. En todo caso, no mencionó nada en el interrogatorio. Por suerte, se suicidó en el calabozo. Era el último que quedaba. Hemos eliminado todos los documentos relacionados con el caso. No existe ni el más mínimo registro en ningún sitio. Lo único de lo que no sabemos nada son esas cintas que Halldór decía que tenía, aunque estoy seguro de que iba de farol. No tenía agallas para actuar contra nosotros. No eran más que amenazas vacías.

—La policía no tiene indicios de nada. Además, se ocupan sobre todo de buscar al asesino de Halldór y nosotros no tenemos nada que ver con esa historia. Transmíteles el mensaje de que deberían centrarse en ese homicidio, muy probablemente cometido por Sigmar, en lugar de despistarse con los chismes de una señora mayor.

—Mañana llegan los coreanos.

—Estaba claro que vendrían.

—Luego hay otra cosa.

—¿Sí?

—Ha desaparecido.

—¿Quién?

—Nuestro hombre. Investigaba lo de las cintas, pero no recibí noticias tuyas cuando llegó el momento acordado. Le he perdido la pista y no consigo encontrarlo.

Pálmi tenía un millón preguntas que hacerle, pero no sabía por cuál empezar. Kiddi Cuervo parecía recién salido de una tumba largamente olvidada, como si hubiera regresado desde las profundidades del pasado, cargado de respuestas para Pálmi. Conocía detalles de la vida de los dos hermanos, de sus antiguos compañeros y de Halldór. Sabía cómo había ocurrido todo y podía confirmar el testimonio de Sigmar. Kiddi había sido testigo de lo que más le importaba a Pálmi en aquel momento. Sin embargo, lo único que salió de su boca fue:

—No lo entiendo.

—Decían que todas las desgracias me ocurrían a mí, pero ahora solo quedo yo, y casi no tengo ni un rasguño.

Se puso el ojo y Pálmi se sintió más cómodo. Nunca se había fijado en que Jóhann, o Kiddi Cuervo, tenía un ojo falso. Tenía razón: Pálmi evitaba mirar a la gente a la cara cuando hablaba con ella. Sin embargo, en aquel momento no podía apartar la mirada de su ojo de cristal.

—Es de muy buena calidad —añadió Kiddi—. No eres el único que no se ha dado cuenta.

—¿Cómo has conseguido esconderte durante todos estos años?  
—le preguntó Pálmi, una vez superada la inicial sensación de miedo, asombro y suspicacia.

—Te asombrarías de lo fácil que es.

—¿Asesinaste tú a Halldór?

—Asesinato no es la palabra. Fue un suicidio asistido, ya lo has oído. Murió exactamente de la forma en que quiso, y tienes las

cintas que lo demuestran.

—¿Odiabas a Halldór por lo que os hizo y por eso lo mataste?

—Lo odiaba, sí, pero también me daba pena, el miserable.

—Estaba enfermo. No hay que hacerles caso a las personas como él y acceder a todo lo que nos piden, y menos a algo tan descabellado como prenderles fuego.

—Era su único deseo, Pálmi, no dejaba de darme las gracias. Le pregunté una y otra vez si de verdad era eso lo que quería y siempre me respondía alegremente que sí. Quería morir y quería hacerlo de esa manera. El fuego era importante para él. Ya lo has oído en la grabación. El fuego purificador. Citó a Jesucristo unos instantes antes de morir: «El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará».

—Lo ataste a la silla.

—Por exigencia suya. No quería tener la posibilidad de huir.

—Pero no tenía la cabeza en su sitio. Lo que lo habría ayudado era una terapia, no un incendio. Es terrible haberle concedido ese deseo.

—Halldór no quería ninguna terapia. Creo que la gente tiene que poder decidir por sí misma sin que nosotros juzguemos si la decisión está bien o mal. Cada uno es dueño de sí mismo.

—Pero ¿cómo pudiste hacerle eso a Halldór?

—Encendí la cerilla, se la puse encima y me fui corriendo. Evidentemente no fue fácil para mí. No soy un maldito asesino. Todavía no, en todo caso. Pero esa era su voluntad y Daniel me había pedido que lo ayudara a cumplirla.

—¿También habrías ayudado a Daniel si te lo hubiera pedido?

—Danni no me pidió nunca nada, Pálmi, así que nunca tuve que posicionarme. Está claro que habría tenido que reflexionar, pero eso también lo había hecho con Halldór. Primero hablé mucho con él, no entré como un ladrón por la noche para prenderle fuego. Tuvimos largas conversaciones, pero nunca mostró la menor duda. Mi intención era facilitarle la vida a Daniel. No arrebatársela.

—Eres el único de tu clase que queda con vida.

—Tiene que ser una de esas casualidades naturales que Halldór le había mencionado a Danni. He leído que, según los griegos, la

suerte era un factor determinante en la felicidad del hombre. Las cápsulas de aceite de hígado de bacalao me parecían tan malas que las tiraba o se las daba a otro. Lo hacía siempre. Un día los chicos dijeron que habían cambiado de sabor, pero a mí me gustaban menos todavía y les seguí dando las mías. Menos cuando Halldór nos las metía directamente en la boca con esa cara que ponía al acariciarnos los labios con el dedo. Muchas veces nos reíamos de eso. Aquel año le di a Danni casi todas mis cápsulas y se las tomó junto con las suyas. Tú sabes mejor que nadie cómo acabó. ¿Entiendes lo que quiero decir? Estoy convencido de que, sin saberlo, condicioné el desarrollo de su enfermedad. ¿Tienes idea de cómo me siento? Eso me duele mucho más que lo que le hice a Halldór, te lo puedo asegurar. Aquel año tuve que pasar unos días en el hospital —dijo Kiddi Cuervo señalándose el ojo de cristal—. Cuando me reincorporé al curso, Halldór me dio muchas más cápsulas. También fue Danni quien se las tomó. A tu hermano le encantaban.

—¿Sabes qué contenían?

—Tengo mis sospechas.

—¿Cuándo comprendiste que os habían utilizado para probar sus efectos?

—Nunca me lo confirmó nadie hasta que Halldór apareció de repente en el hospital y le habló a Daniel de aquella empresa. Yo siempre había relacionado esas cápsulas con las desgracias de mis amigos. Sabía que tenían que ver con lo que les había ocurrido. Habían experimentado un cambio radical en un solo curso. Se aprendían en un pispás lo que antes les costaba una eternidad. Siempre habían sido revoltosos, pero parecían mucho más nerviosos, incluso a veces se encontraban mal. Éramos un grupo alegre y estábamos siempre de broma. Aguantaban horas y horas jugando al fútbol. Nuestra clase de torpes sacó las mejores notas del colegio, aunque yo me mantuve en la media, igual que las chicas. Fue un invierno extraño y, sin embargo, a nadie le pareció que estuviera pasando nada raro. Ni siquiera cuando murieron Aggi y Gísli ese verano. Para nosotros eran dos tragedias que no guardaban ninguna relación entre sí. Nunca las achacamos a las

cápsulas de aceite de hígado de bacalao. Era absurdo. No teníamos ni idea. Para nosotros, contenían aceite y punto. Como mucho, podíamos llegar a pensar que estaban defectuosas, ¿sabes? Ese tipo de cosas. No teníamos más que doce o trece años, carecíamos de cualquier experiencia en la vida.

»No concluí que las cápsulas debían de contener alguna sustancia tóxica hasta que volví a darle vueltas al cumplir treinta años. Mis amigos se habían suicidado, habían muerto a causa de las drogas o habían terminado en un manicomio. Yo también había bebido *brennivín* con mis amigos, pero no tanto como ellos. Habían comenzado a drogarse desde muy jóvenes y ya se habían vuelto adictos en la adolescencia. Incluido Danni. Tienes que entender, Pálmi, que no éramos unos alumnos ejemplares. No éramos unos angelitos sino, más bien, el terror del barrio. No sé cómo nos describió Sigmar.

—¿Sabías que la policía lo había interrogado?

—Sí, yo me mantenía en contacto con Sigmar —respondió Kiddi—. Repasábamos juntos lo que tenía que decir. Como comprenderás, no podía contarle todo, pero sí lo suficiente para que supierais que no eran los niños del colegio quienes habían matado a Halldór.

Kiddi Cuervo guardó un breve silencio antes de continuar.

—Algunos del grupo se dieron a la bebida, incluso desde muy jóvenes, pero a nadie parecía escandalizarle. Poco después de que acabara el colegio, el grupo se disolvió. Los viejos lazos de amistad se rompieron. Unos se mudaron de barrio con sus padres y otros se marcharon al campo. Nos perdimos la pista. A nadie le extraña que alguien termine perdiendo el rumbo de su vida. Siempre hay gente que se vuelve drogadicta, que bebe y que se suicida. Cada cierto tiempo veía alguna foto de mis amigos en la prensa, hasta que solo quedamos tres: Sigmar, Danni y yo. Y cada vez que me preguntaba si podríamos haber sido víctimas de un experimento inmoral, todo me sonaba como una rocambolesca historia de ciencia ficción. ¡Gente probando medicamentos en unos niños que después pierden el control de su vida! ¿No es fuerte?

—Pero ¿por qué esconderte? ¿Por qué un nuevo nombre? ¿Por

qué Jóhann?

—Lo medité mucho. Hace unos trece años intenté averiguar qué contenían las cápsulas. Fue casi por casualidad. Fui al Ministerio de Salud y me informé sobre la administración de aceite de hígado de bacalao en los colegios, pues pensaba que el fabricante era el responsable de su contenido. Pero en la empresa no tenían ni idea. En aquel entonces ya hacía unos años que no se daba aceite en los colegios. El director me enseñó todos los documentos de la compañía. No saqué nada en claro. Mi curiosidad les llamó la atención y me daba la sensación de que me vigilaban. Traté de localizar a las enfermeras que venían a sacarnos sangre, pero no lo conseguí. Nada es fácil en esta vida. Las busqué en los hospitales, pero no las vi por ningún sitio. Me echaron del Hospital Nacional después de haberme pasado tres días deambulando por allí. Había llamado la atención todavía más. Después fui al agujero donde vivía Halldór. Noté el olor a muerto que Danni nos había descrito. Ya sabes que se escapó de sus garras por los pelos. El pobre hombre se pudría en soledad. La primera vez no me quiso decir nada, pero le hice tres visitas más y en la última hizo algunas insinuaciones. Me contó algo sobre Hvolsvöllur que no entendí, y que alguien le hacía chantaje. Eso fue todo lo que dijo. Cuando volví a mi casa, me agredieron.

Pálmi escuchaba en silencio, sin despegar la mirada del ojo de cristal.

—Alquilaba un apartamento en un semisótano de la calle Njarðargata. Yo trabajaba en una fábrica de aparejos de pesca. Un día, al llegar a casa, había dos hombres esperándome. Lo habían destrozado todo. No los vi hasta que recuperé la conciencia después del golpe que me dieron nada más abrir la puerta. Me desperté en Keflavík, en un muelle abandonado, y comenzaron a hablarme de casos de desaparición. «En Islandia desaparece mucha gente, y a nadie parece importarle», dijeron. Y se echaron a reír. De hecho, puede que tuvieran razón. Estamos acostumbrados a que la gente se pierda en la niebla, se ahogue en un lago o se caiga por la borda de un barco. Entendí que había intentado remover el pasado y me iban a hacer desaparecer. Me subieron a

un arrastrero y me tiraron al mar, al abrigo de la oscuridad. Por el camino hablaban como si fueran expertos en las corrientes de la península de Reykjanes y decían entre carcajadas que iba a llegar hasta Groenlandia. Pero, por alguna razón, no me llevaron muy lejos. No me tiraron atado, lo hicieron todo rápido y mal. Tal vez solo querían meterme miedo. Y lo consiguieron. Cuando salí a flote, ya se habían marchado. Con la ropa puesta, nadé hasta alcanzar la costa y llegué a la base militar estadounidense de Miðnesheiði, donde me encontré con unos soldados que me llevaron al hospital militar. Me recuperé sorprendentemente pronto y desaparecí.

—Pero ¿cómo pudiste vivir oculto en Reikiavik? —preguntó Pálmi—. Por mucho que uno cambie de nombre, siempre hay alguien que lo conoce.

—Eso no suponía ningún problema. No tengo familia. Llevaba años sin ver a mis padres. Lo último que supe de ellos es que eran alcohólicos y aún vivían en el norte. Yo me había mudado con ellos a Akureyri, pero me había marchado enseguida. No guardo un buen recuerdo. Mi madre nunca fue una madre ejemplar. Y mi padre me pegaba con asiduidad, casi con un horario fijo. No conocía a nadie y mis únicos amigos eran Sigmar y Danni. Trabajé en distintos sitios, tanto en el campo como en el mar. Me parecía a Halldór, en el sentido de que era solitario y asocial. Cuando ese tipo de personas llevan una vida discreta, nadie sabe de su existencia. Uno procura dejarse ver lo menos posible. Después de la agresión, viví tres años en Dinamarca. Desaparecí del mapa y empecé a llamarme Jóhann. Me bautizaron como Kristján Jóhann. Al volver a Islandia, me las apañé para conseguir un puesto de celador en el psiquiátrico y así poder cuidar de Danni. Me enclaustré en el hospital. Podía pasar semanas sin ir a casa. Me quedaba a dormir y al día siguiente fingía haber llegado el primero al trabajo. Me parecía un buen plan. Nadie se metía en mi vida y yo no me metía en la de nadie. En Reikiavik viven cien mil personas y la gente piensa que todo el mundo se conoce, como en los viejos tiempos, pero eso ya no es así. La mayoría solo conoce a un ínfimo porcentaje de la población a lo largo de su vida. No sabes quién es el resto de la masa. Me hice con un nuevo nombre y un nuevo número de la seguridad social.



Fue coser y cantar. Llevaba tiempo esperando el momento de retomar lo de las cápsulas y, cuando Halldór apareció en el hospital y se las mencionó a Danni, supe que podíamos pillar a esos bastardos.

—¿Fuiste tú quien me ayudó anoche?

—Te he estado espiando estos días porque Halldór dijo que te había enviado las cintas. Yo sabía que existían y que las había utilizado para amenazarlos. Halldór era un tipo muy extraño. Danni me pidió que cuidara de ti. Por la noche vi a ese hombre entrar en tu casa de una forma bastante torpe. Te lo quité de encima.

—¿Quién era?

—Todavía no he podido preguntárselo. Lo tengo encerrado hasta que veamos si nos vale para algo.

—¿Y Sigmar? Sabía lo que estabas haciendo.

—Y vuestra madre también, Pálmi. Sabía quién cuidaba de Danni en el hospital, pero nunca dijo ni preguntó nada. Al fin y al cabo, tú no te acordabas de mí. Sigmar se hallaba en un estado lamentable y yo sabía que los de la policía lo pillarían en cuanto comenzaran a desgranar el pasado. Ensayábamos juntos sus declaraciones. ¿Os contó cómo perdí el ojo? ¿Os habló de aquel clan? Nunca conseguí averiguar quién fue el chico que disparó la flecha.

—¿Le explicaste a Sigmar el contenido de las cintas de Halldór?

—Sí, lo sabía todo.

—Sigmar te vio en el entierro de Daníel. ¿Ese fue el motivo por el que se fue corriendo?

—Te dijo lo que necesitabas oír para despertar tu curiosidad. Lo habíamos hablado.

—Sigmar se ahorcó en su celda.

—Sí, ya me enteré. No me sorprendió, teniendo en cuenta su estado. Sigmar fue el que más duró. Pero ninguno de esos chicos tuvo una vida de verdad. Se la destruyeron. No hay otra forma de describirlo.

—¿Sabías que Daníel pensaba suicidarse?

—Danni estaba ya muy cansado. No tenía ni futuro ni pasado. La última vez que lo vi me dijo que ya no le quedaban fuerzas. Estaba exhausto. Cuando oyó lo que le contó Halldór, le pareció que su vida

no tenía ningún sentido. Fue casualidad que se tirara por la ventana en el mismo momento en que Halldór moría. Lamento lo de Danni, claro, pero también lo entiendo a la perfección.

—¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos con esas cintas?

—Se las llevamos a tus amigos de la policía, por supuesto. Necesitan información sobre Fentíaz y su dueño, Sævar Kreutz.

Kiddi Cuervo estaba sentado en la penumbra del apartamento. Recuperado, Pálmi preparó un poco de té y lo sirvió en dos tazas grandes que ambos utilizaron para calentarse las manos.

—Aggi fue el primero —explicó Kiddi—. Era el que guardaba los tarros de Halldór y se pasó con las cápsulas. Estábamos jugando al fútbol, unos días después de que Danni se hubiera escapado de casa de Halldór. Jugábamos los seis contra otros chicos del barrio. Los del equipo contrario estaban todo el rato con la lengua fuera, pero nosotros ni jadeábamos. Aggi era el mejor con diferencia. Era invencible. La gente decía que no recordaba una primavera y un verano como los de aquel año. Brillaba el sol cada día. El campo no era más que un barrizal con cuatro palos clavados que hacían de porterías. Aprendimos a chutar bajo y fuerte para no fallar.

»Cuando dejamos de jugar, nos tumbamos junto a la charca que se formaba siempre en el campo y bebimos agua en la parte donde estaba más clara. Había caído un aguacero por la mañana y la charca había crecido. En medio había una roca enorme que parecía sacada de los cimientos de alguna casa en obras. Asomaba la mitad y a veces cruzábamos la charca para sentarnos encima. Aggi se subió y chapoteó un poco con los pies. “Deberíais contarme las pulsaciones. Tengo un millón por minuto”, dijo Daníel.

»Nos tomamos el pulso. Me encendí un cigarrillo, lo pasé entre los chicos y me encendí otro. Todos habíamos empezado a fumar y a beber aquella primavera. En casa teníamos el *brennivín* y el tabaco al alcance de la mano y los del grupo habían comenzado muy pronto a consumir tanto una cosa como la otra. Habían

empezado probando un poco, pero cada vez parecían necesitar más.

»Daniel nos contó lo sucedido cuando se quedó a solas con Halldór, pero luego se arrepintió de haberlo hecho. Tu hermano tenía la impresión de que no era una persona de la que hubiera que reírse. Le parecía que no estaba bien. Pero él mismo no entendía sus sentimientos hacia Halldór. Le daba asco y pena a la vez. Hubiera preferido olvidarse cuanto antes de lo ocurrido, pero nosotros siempre le recordábamos el día en que había salido corriendo de su casa medio desnudo y queríamos oír la historia una y otra vez. “Puto baboso”, decíamos riéndonos a carcajadas. “Qué desgraciado”, añadía Skari Caramelo. Nadie se había dado cuenta de esa faceta suya cuando nos daba clase.

»Estaba claro que Danni no quería hablar de Halldór. Entonces alguien sugirió que fuéramos al cine. Aggi hizo como que llevaba una ametralladora y disparaba a sus enemigos. “¡Vamos a una de guerra!”, gritó. Después hizo como que le pegaban un tiro y se moría.

»O eso fue lo que pensamos.

»Estábamos seguros de que era una broma.

»Siempre recordamos la muerte de Aggi como si hubiéramos visto una película famosa en la que él era el protagonista y moría como un héroe encima de la roca.

»A veces, la película se proyectaba a cámara lenta y lo veíamos llevarse la mano al pecho, encogerse y fruncir el ceño como si se estuviera muriendo de verdad. Pero era imposible que se estuviera muriendo. Acababa de cumplir trece años. Nadie se muere a esa edad. Por eso, para nosotros solo estaba actuando en una película. Una película muda a cámara lenta.

»Aggi se llevó la mano al pecho, se arrodilló mientras nos miraba como si no entendiera lo que le estaba pasando y se cayó a la charca desde la roca. Nunca habíamos visto una actuación tan desgarradora, así que le aplaudimos y lo vitoreamos mientras él permanecía inmóvil en el agua amarillenta. Al cabo de un rato dejamos de gritar y empezamos a llamarlo, pero Aggi no contestaba, todavía medio hundido en el agua embarrada. Al final, bajamos

Danni y yo, le dimos la vuelta y vimos que le pasaba algo grave. Nos miraba con los ojos abiertos, empapados en agua sucia.

»Lo sacamos a la orilla, lo tumbamos en el suelo y nos pusimos a su alrededor. Nadie entendía lo que había pasado. Todos estábamos esperando a que dejara de actuar, se pusiera de pie y se riera de nosotros. Pero lo único que ocurrió es que Aggi siguió allí, petrificado sobre la hierba, mirando fijamente el cielo azul. “¿Está muerto?”, susurró Danni entre sollozos. “¿Cómo puede estar muerto?”.

»Danni y yo fuimos con él en la ambulancia y, mientras esperábamos en el pasillo del hospital, llegó la madre de Aggi. Se negaba a creer lo que había pasado. “¡Pero qué estupidez es esa! ¡Cómo se va a morir un niño de un infarto! ¡No tienes ni idea! —le gritó al médico—. El corazón de Agnar funcionaba perfectamente. ¡No me cuentes cuentos, cretino!”.

»Creo que le hicieron la autopsia, pero nunca conocimos los resultados. Su muerte había sido un absoluto misterio. No había pasado ni una semana desde su entierro cuando nos enteramos de lo de Gísli. Tampoco estaba claro lo que le había ocurrido. Por lo visto, había perdido el control del tractor. El vehículo se había salido de la carretera y le había caído encima. Pensaban que Gísli había muerto en el acto. En aquellos tiempos era muy común que dejaran a los niños conducir tractores que carecían de cualquier equipamiento de seguridad.

»Evidentemente, no le hicieron una autopsia. Si se la hubieran hecho, estoy convencido de que los médicos habrían averiguado que ya estaba muerto cuando el tractor se le cayó encima. Estoy seguro de que murió de la misma manera que Aggi.

—Sævar Kreutz —dijo Pálmi dejando que el nombre resonara en sus oídos—. Sævar Kreutz.

—Lo pillaremos. Nos vamos a meter en su guarida y se lo vamos a sacar todo —aseguró Kiddi Cuervo.

—¿Y pensáis que Sævar Kreutz está implicado en el caso?

Sentados en el despacho del director de la Policía Judicial, Erlendur y Sigurður Óli veían cambiar la expresión de su superior a medida que le daban nuevos detalles de la investigación y le explicaban que, a tenor de las declaraciones de Sigmar y Guðrún, todo apuntaba hacia la participación del misterioso Sævar Kreutz. Eran conscientes de que su implicación era altamente improbable, pero esa era la información que había llegado hasta ellos. Si la investigación apuntaba hacia Sævar Kreutz, entonces tenían que hablar con él. Daba la casualidad de que el empresario se encontraba en el país y querían interrogarlo. El director de la Judicial era un hombre gordo que tenía una brecha en los dientes. A Erlendur le recordaba a un cerdito. «Si eres lo que comes — pensaba cada vez que lo veía—, a este hombre le tiene que encantar la carne de cerdo». Erlendur lo llamaba el «reunívoro» porque parecía necesitar las reuniones para vivir. El director se movía inquieto en su silla mientras escuchaba la historia. Las gotas de sudor se acumulaban en su labio superior. Erlendur y Sigurður Óli conocían bien la fotografía del escritorio, donde se veía a su superior estrechando la mano del primer ministro, del que se decía que era uno de los pocos amigos íntimos de Sævar Kreutz.

—Bien, pero este caso no tiene nada que ver con una clase de torpes que tomaban drogas, o se las hacían tomar, hace treinta años. Se trata tan solo de un caso de incendio y homicidio, y me parece que es ahí donde deberíais centrar la investigación. Ante todo, estamos tras la pista del asesino de Halldór y creo que implicar

a Sævar Kreutz es buscarle tres pies al gato. No veo qué podría pintar él en todo esto.

—¿Estás seguro? —preguntó Erlendur con prudencia, consciente de las numerosas conexiones que existían entre los miembros de la clase privilegiada islandesa en todos los ámbitos administrativos.

—Os daréis cuenta de lo rebuscado que es. ¿Por qué un hombre como Sævar Kreutz, que, entre otras cosas, apenas guarda vínculos con Islandia, podría estar detrás del homicidio de un profesor jubilado? Contáis con la palabra de un drogadicto y las declaraciones de una anciana que afirma haberles extraído sangre a unos niños clandestinamente. ¿No os parece que está todo cogido con pinzas? Os debo comunicar que he hablado con el primer ministro y está muy preocupado ante el giro que ha dado esta investigación.

—Si tan cogido está con pinzas, ¿por qué se mete el primer ministro?

—Tiene todo el derecho a conocer el desarrollo de la investigación.

—Así que el señor primer ministro ha estado pendiente de la evolución del caso. ¿Desde cuándo? —preguntó Erlendur.

—¿Desde cuándo? —replicó el director de la Judicial, atónito—. ¿Qué demonios importa eso? Le preocupa esta investigación y lo entiendo perfectamente.

—Entonces, ¿podemos suponer que Sævar Kreutz también está al corriente de nuestros progresos? —preguntó Erlendur mirando a Sigurður Óli.

—¿Estás dando a entender que el primer ministro no sabe manejar información confidencial? —preguntó el director, visiblemente enfadado.

—No estoy dando a entender nada —respondió Erlendur—. Tenemos el testimonio de un hombre que dice que los chicos de su clase recibieron en el colegio algún tipo de medicamento que tuvo efectos perjudiciales en su salud, por no decir algo peor. Por otro lado, poseemos los informes policiales y los historiales médicos de lo que les ocurrió a esos niños. Tenemos a una mujer muy válida que dice haber participado en los análisis que se les hicieron a esos

mismos chicos y que entregaba las muestras de sangre a la hermana de Sævar Kreutz, dueño de una de las empresas farmacéuticas más grandes, si no la más grande, de Islandia. Considero que hay razones suficientes para hacerle a ese hombre algunas preguntas. No viene mucho por el país y no ha pasado aquí más que unas semanas al año en las últimas dos décadas, pero ahora está en la isla y no podemos desaprovechar esa ocasión. Él mismo nos podrá decir con toda honestidad lo disparatado que es todo esto.

—¿Cómo sabéis que está en el país?

—Llegó hace diez días y no tenemos noticias de que haya salido. No obstante, apenas se sabe nada de sus idas y venidas. Podría pasar un año encerrado en su mansión sin que nadie lo supiera.

—Mostradle la máxima educación —les advirtió el director antes de sorber aire a través de sus dientes.

Erlendur y Sigurður Óli se despidieron de su superior. Era la hora de cenar, demasiado tarde para molestar a Sævar Kreutz. Lo irían a ver al día siguiente. Habían aprovechado la jornada para informarse sobre la procedencia y la historia de Sævar Kreutz. Era de familia alemana. Su antepasado, Karl Kreutz, se había mudado a Islandia desde Hamburgo a comienzos del sigloXIX, había abierto una tienda en Reikiavik y se había hecho representante de barcos pesqueros alemanes que faenaban en los caladeros islandeses. La familia Kreutz amasó una importante fortuna gracias a que Karl era tan previsor como tacaño. Al fallecer, hacia 1870, dejó atrás una empresa floreciente. Tras haber perdido a sus dos hijos mayores en un accidente marítimo, el más joven, Hans Kreutz, tomó el relevo de la compañía y la dirigió con firmeza hasta el siglo XX. Para entonces ya era uno de los mayores navieros de la capital. Entre otras iniciativas, abrió una farmacia, que con los años no haría sino prosperar y, más adelante, un laboratorio farmacéutico en colaboración con la familia Kreutz en Alemania, muy poderosa en el sector. Su hijo, Gunnar, se puso el patronímico de su padre, Hansson, y no el apellido Kreutz, para disgusto de la familia. La pesca no le interesaba tanto como la fabricación de medicamentos,



así que concentró todas sus fuerzas en ampliar la empresa, que prácticamente terminó haciéndose con el monopolio del sector en Islandia. Su hijo, Sævar, estudió Farmacia, animado por su padre. Gunnar rompió la relación con sus familiares en Alemania a comienzos de los años cincuenta. La familia Kreutz había servido al nazismo, como los dirigentes de muchas empresas alemanas, y, al terminar la Segunda Guerra Mundial, corrieron rumores de que su empresa había participado en el desarrollo de armas biológicas y la producción de gases tóxicos. Algunos presos que habían sobrevivido a los campos de concentración nazis sostenían que los empleados de la farmacéutica Kreutz habían probado sus medicamentos en ellos. Contra la voluntad de su padre, Sævar recuperó la colaboración con la empresa alemana Kreutz y fundó su propia farmacéutica: Fentíaz. Fundada en 1958, se especializó en la producción y el desarrollo de psicofármacos. En los años sesenta, Sævar sacó un gran provecho de la síntesis de anfetaminas, pero en aquel entonces se desconocían todavía sus efectos. Las anfetaminas eran muy fáciles de conseguir y se consumían con asiduidad como estimulantes. Muchos las llamaban la «medicina de las vacaciones de verano». Hacia 1970, Fentíaz dio un giro hacia otros proyectos sobre los que apenas existía información, pero, al parecer, la empresa colaboraba estrechamente con los laboratorios alemanes de la familia Kreutz en la investigación de la inseminación artificial. Sævar se volvió una persona misteriosa. Rompió la ancestral tradición de los Kreutz de fundar una familia. Nunca se había casado y no tenía hijos. A comienzos de los años noventa se construyó una mansión en Kjalarnes, una fortaleza diseñada por un gabinete de arquitectos alemanes que tardó dos años en concluirla. Sævar también tenía una casa en Hamburgo y otra en el sur de Francia. Según habían podido averiguar, había reducido el número de estancias en Islandia. No se sabía exactamente cuánto tiempo se quedaba en el país. Parecía como si se lo hubiera tragado la tierra. Solo existía una fotografía suya en el archivo fotográfico del periódico nacional de mayor tirada. Era de su juventud, de cuando lo habían elegido hombre de negocios del año en 1967.

Cuando, a la mañana siguiente, Erlendur y Sigurður Óli llegaron a la sede de Fentíaz, un empleado les señaló la puerta del gerente, que los recibió en su espacioso despacho. Tras conocer el motivo de su visita, les comunicó que Sævar no se encontraba en el país y que, a decir verdad, desconocía su paradero. No estaba en contacto directo con Sævar y este se desentendía de la gestión de la empresa. Para saber algo, siempre llamaba a su brazo derecho, Erik Faxen.

—Tenemos información de que Sævar llegó a Islandia hace unos diez días —objetó Erlendur—. ¿Te suena de algo?

—No, yo lo hacía en Alemania. Erik me suele mantener al corriente de sus viajes.

—¿Cómo podemos contactar con ese tal Eiríkur?

—¿Con Erik? Tiene un despacho en el centro, en la calle Lækjargata —respondió el gerente sin mostrar excesivo interés.

—¿A quién debo anunciar? —preguntó un joven y elegante secretario, de no más de veinticinco años, levantando la mirada hacia Erlendur y Sigurður Óli desde su escritorio, en un amplio despacho bien iluminado de la calle Lækjargata.

—Somos de la Policía Judicial —respondió Sigurður Óli—. Nos gustaría hablar con Erik Faxen.

El secretario los miró de arriba abajo con curiosidad y entró en el despacho contiguo para trasladar su petición. Regresó acompañado de un hombre impecablemente vestido, de más de cincuenta años, que los invitó a pasar con una amable sonrisa. Se presentó como

Erik Faxen. Con el pelo salpicado de canas, llevaba un traje elegante, unas gafas de diseño, un brazalete de oro y una barba que sin duda recibía cuidados regulares.

Su despacho daba a la calle Lækjargata y, en la acera de enfrente, a la izquierda, se veía el edificio de la Administración General del Estado. Estaba amueblado con suntuosos sillones de cuero y decorado con conocidos cuadros de maestros de la pintura islandesa de la primera mitad del siglo XX. En una pared, una enorme vitrina exponía una colección de estatuillas de porcelana. El suelo era de mármol y no se veía ni una mota de polvo. «Qué buen gusto», pensó Sigurður Óli. «Menuda hortería», pensó Erlendur mirando el interior de la vitrina.

—Me imagino que ya sabrás a qué se debe vuestra visita, ¿no? —anunció Erlendur después de tomar asiento.

—No. ¿A qué? —preguntó Erik sin inmutarse.

—Debemos hablar con Sævar Kreutz. Existen sospechas de que guarda alguna relación con el homicidio de un profesor cometido aquí, en Reikiavik. Dada la escasez de indicios, tratamos de estudiar todas las posibilidades y el nombre de Sævar se ha mencionado durante los interrogatorios. No es más que una investigación rutinaria. Queremos ser rigurosos y que no se nos pueda reprochar la más mínima negligencia. Hemos intentado localizarlo en su domicilio de Kjalarnes, pero no parecía haber nadie en la casa.

—Me parece ridículo —replicó Erik— pensar que Sævar pueda guardar alguna relación con un homicidio cometido en Islandia. Sobre todo, teniendo en cuenta que apenas viene por aquí. Soy su empleado más cercano y su persona de enlace en el país desde hace casi treinta años. En muchas ocasiones, ni siquiera yo sé si se encuentra en la isla. Preguntaré si está aquí y si está dispuesto a hablar con vosotros.

—Nos corre prisa saberlo —precisó Erlendur—. Solo podemos esperar hasta el mediodía. En caso de no encontrarse en Islandia, me temo que tendremos que volar hasta Alemania y colaborar con la Policía Judicial alemana. Es de capital importancia que lo podamos interrogar.

—Veré lo que puedo hacer —informó Erik mientras se ponía en pie—. Os avisaré en cuanto tenga noticias.

Salieron del despacho y, de camino al coche, Erlendur le pidió a Sigurður Óli que se dirigiera a la Oficina de Planificación Urbana para conseguir los planos de la mansión de Sævar. Mientras su compañero se ocupaba de ello, Erlendur llamó a la Asociación de Contratistas y le confirmaron que ningún arquitecto o diseñador islandés había participado en la construcción de la casa.

El teléfono sonó en el abrigo de Erlendur. Era Einar. La policía había recibido un sobre que contenía tres cintas magnéticas con conversaciones mantenidas entre Halldór y Daníel, el joven que se había suicidado en el hospital psiquiátrico. El hermano de Pálmi. No las iban a escuchar hasta que Erlendur y Sigurður Óli regresaran a comisaría.

De su boca no salía ni una palabra. Era la mañana después de que Kiddi Cuervo le hubiera desvelado a Pálmi su verdadera identidad. Habían intentado incesantemente que el agresor confesara su nombre, para quién trabajaba y quién quería las cintas, pero se negaba a hablar. Pálmi todavía llevaba en el cuello las marcas de sus manos. Kiddi lo había noqueado, sin haberlo querido en realidad, al golpearlo contra la pared del dormitorio. Lo había arrastrado, inconsciente, hasta el coche y lo había llevado a su casa, en Miklabraut. No sabía a qué otro lugar podía ir.

Lo había atado a una silla en un minúsculo trastero sin ventanas que tenía en el sótano y al que solo él podía acceder. Por encima de su cabeza colgaba una bombilla desnuda. No sabía dónde se encontraba. A Kiddi no le sonaba de nada, pero Pálmi recordaba haberlo visto en las inmediaciones de su inmueble. El agresor alternó la mirada entre los dos con los labios fruncidos hasta que explotó de rabia.

—¡No podéis tenerme aquí encerrado, hijos de puta!

—¡Vaya! ¿Es que tienes alguna reunión? ¿Un congreso? ¿Te esperan en algún sitio? ¿Una cena?

El hombre fulminó a Kiddi con la mirada.

—¿Y si se lo enviamos a Erlendur con un pequeño mensaje? — preguntó Pálmi.

Kiddi asintió.

—Tal vez él le saque algo. Por otra parte, en cuanto lo dejemos en manos de la policía se le abrirá una investigación. Se pondrá una denuncia, se celebrará un juicio y lo condenarán a prisión. También

puede ser que la policía ya lo conozca y no tenga precisamente buenas referencias de él, en cuyo caso se verá metido en apuros.

—¿Quieres decir que podría evitarse todas esas molestias solo con que nos diera la información que necesitamos? —preguntó Pálmi pasándose la mano por el cuello—. No conozco a este tipo de nada y no tengo ganas de volverlo a ver. Pero puede que a Helena sí le apetezca verlo entre rejas.

—Así que, si nos dice lo que queremos, podrá salir de aquí y nos olvidaremos tranquilamente de todo esto —señaló Kiddi.

El hombre los miraba con la boca entreabierta mientras sopesaba sus opciones en aquel callejón sin salida.

—¿Me soltaríais si os contara todo lo que sé? No es mucho.

—Hay muchas probabilidades de que así sea —respondió Kiddi Cuervo.

Pálmi le dejaba dirigir el interrogatorio.

—¿Te suenan un hombre llamado Sævar Kreutz y otro llamado Erik Faxen?

—Me encargan misiones especiales, casi siempre relacionadas con cobros. Le pegas una paliza al endeudado y, de golpe y porrazo, le sale la pasta por las orejas. Esta misión me la ofreció un tercero. Tenía que buscar unas cintas en casa de una vieja que vivía en Hafnarfjörður. No conozco a esos tíos que decís.

—La vieja de la que hablas se llama Helena —puntualizó Pálmi, mirando al hombre con el ceño fruncido— y es amiga mía. A punto estuviste de matarla.

—Tú eras el siguiente en la lista, pero no tuve tiempo de discutir contigo sobre las cintas porque tu amiguito te me quitó de en medio —explicó el hombre tocándose la nuca.

—¿Fue Sævar Kreutz quien te pidió el favor? —le preguntó Kiddi Cuervo.

—Como te digo, el hombre se limita a llamarme y a colgar. Luego me envía el dinero a mi cuenta bancaria, aunque no sé de dónde procede. Eso sí, lo que dice va a misa.

—¿Lo llamas tú alguna vez?

—No.

—¿Cómo debías ponerte en contacto con él cuando encontraras

las cintas?

—Debía llevarlas a un lugar determinado a una hora acordada y marcharme.

—No tenemos tiempo que perder. ¿Quién es ese tercer hombre?  
Se hizo un silencio en el trastero.

—Pálmi, ¿cuál era el teléfono de Erlendur, el de la Judicial?

Pálmi se pasó un momento por la Biblioteca Nacional mientras Kiddi Cuervo vigilaba al hombre. No querían liberarlo de inmediato por si se ponía en contacto con Erik Faxen. Al hombre no le iba a quedar más remedio que seguir atado en el trastero. Había tratado de soltarse nada más entrar, pero estaba atado con fuerza. Por la noche se lanzó contra la puerta, lo que ocasionó un estruendo, pero lo único que consiguió fue abrirse una brecha en la cabeza. Se despertó mucho más calmado. Le pidió un cigarrillo a Kiddi, pero este le advirtió que fumar era perjudicial para la salud. Podía causar cáncer y no quería tener mala conciencia.

Pálmi recordaba haber leído hacía un tiempo el nombre de Sævar Kreutz en algún periódico o revista. Consultaba con frecuencia la hemeroteca en busca de fuentes para sus investigaciones y apuntaba todo lo que le parecía interesante para examinarlo más adelante en profundidad. A veces su memoria retenía datos irrelevantes, por ejemplo, el nombre de Sævar Kreutz.

Nada fascinaba más a Pálmi que una biblioteca. La que habían alojado en la antigua Casa de la Cultura era un lugar especialmente querido para él. Podía pasarse días enteros hojeando periódicos y libros, movido tan solo por su curiosidad innata y sus ganas de aprender. Seguramente era el más joven de todos los asiduos. A veces observaba a los demás y pensaba que de mayor se volvería como uno de ellos: un individuo solitario, vestido con un traje raído y unos zapatos rotos, que mira libros viejos con una lupa y apunta Dios sabe qué en una libreta. Aunque puede que ya se hubiera convertido en uno. Le gustaba acomodarse en las grandes sillas de



madera tallada, frente a las mesas verdes, y disfrutar del silencio. Cuando se sentía mal, siempre encontraba refugio entre los gruesos muros del antiguo edificio y en el intenso olor a historia que flotaba en el aire. Cada vez que entraba y la puerta se cerraba detrás de él, sentía que quedaba aislado del ruidoso mundo exterior, a una distancia de seguridad, y se sumergía en tiempos remotos. Nunca le había dado miedo el pasado. Hasta ese día.

Enseguida le había gustado el nuevo edificio situado en el campus universitario, que había tomado el relevo y alojaba en la actualidad los fondos de la Biblioteca Nacional. Allí seguía sintiendo la misma seguridad que le transmitía el pasado. En las épocas de mayor trasiego, sobre todo durante los exámenes de Navidad y de primavera, Pálmi reducía el número de visitas. Pero, cuando todo volvía a su cauce habitual, regresaba para volver a zambullirse en sus investigaciones. En comparación con la pequeña Casa de la Cultura, el edificio del campus parecía una enorme mole, pero conservaba el mismo espíritu.

Pálmi comenzó introduciendo el nombre de Sævar Kreutz en la base de datos, que incluía un registro de los títulos de todos los libros y la temática de las revistas. La búsqueda no dio ningún resultado. Tampoco lo encontró entre las biografías de celebridades islandesas. Consultó los periódicos microfilmados y pasó las hojas con rapidez. Recordaba haber leído una extensa entrevista que le habían hecho una vez con ocasión de su nombramiento como hombre de negocios del año 1967, año en que, precisamente, había realizado su experimento con Daniel y sus amigos. Al final la encontró en el periódico *Morgunblaðið*. Era un artículo a página completa y venía acompañado de una fotografía de Sævar Kreutz. Era tan alto que Pálmi tuvo la impresión de que debía de medir dos metros. Su peinado hacia atrás dejaba en evidencia una amplia frente. Vestido de traje y corbata, miraba a la cámara sin sonreír.

La entrevista dedicaba una larga introducción a sus antepasados y después le preguntaban tanto por la fundación de su empresa como por su gestión y sus beneficios. El artículo estaba escrito en un árido tono financiero. Buscó en otras publicaciones y halló otra entrevista en la revista *Vikan*. Durante un tiempo, Pálmi había

vendido esa revista de casa en casa, subiendo y bajando escaleras, pero nadie se la compraba nunca. La entrevista en *Vikan* era similar, de carácter impersonal y enmarcada en el ámbito empresarial. «Apenas estamos comenzando a descubrir la naturaleza de algunos medicamentos —comentaba Sævar Kreutz—, y estoy convencido de que, en el futuro, la humanidad encontrará medicinas para todas las enfermedades y será capaz de erradicarlas». Parloteo típico de entrevista. «Continúa en la página 31». Pálmi no tenía el menor interés en seguir leyendo.

Continuó revisando los microfilmes con rapidez, pero no encontró nada provechoso. Cuando estaba a punto de dejarlo, regresó a la página 31 de la *Vikan*, que contenía un último y breve fragmento de la entrevista a Sævar Kreutz. «La investigación científica progresa a pasos agigantados —afirmaba el empresario— y, cuando miro hacia el futuro, veo un sinfín de posibilidades fascinantes». El periodista le preguntaba por los descubrimientos en farmacia, pero la cuestión no parecía interesarle especialmente. «Algunos de los avances científicos que se han conseguido en el siglo XX son de extrema relevancia para las generaciones venideras —comentaba—. Siempre hay unos más significativos que otros. En retrospectiva, creo que ningún descubrimiento ha tenido mayor trascendencia que el de James Watson y Francis Crick, a quienes sin duda conocerás —añadía, dirigiéndose al periodista—. Supusieron un punto de inflexión en nuestra idea del futuro de la humanidad». La entrevista concluía sin explicar aquellas misteriosas palabras. «Pero ¿qué forma de hacer periodismo es esa? —pensó Pálmi—. ¿Es que todo el mundo sabe quiénes son Watson y Crick?».

«¿Watson y Crick?». Pálmi repetía los nombres en su cabeza. Los había oído en alguna parte. Dos científicos. ¿No fueron los que descubrieron...? Se levantó para coger la *Enciclopedia británica* y buscar a Crick. Sus sospechas eran ciertas. Leyó concentrado la entrada correspondiente, consultó otras obras especializadas en biología y medicina y devoró toda la información que encontró.

Las anguilas del Rin.

Sævar Kreutz solía pensar en las anguilas del Rin.

Había ocurrido unos años atrás. Acababa de regresar a Alemania después de haber invitado a los dirigentes del grupo empresarial Kreutz a pescar salmón en Islandia. Tal y como esperaba, les había encantado el país, sobre todo su herencia histórica. Los alemanes solían interesarse mucho por Islandia, no solo por su cultura y su literatura sino también por la raza aria nórdica, que, según ellos, se había preservado intacta en el Atlántico Norte. Les había mostrado algunos lugares remotos en el oeste del país donde se podía plantear la construcción de un edificio para el grupo empresarial. Al final abandonaron la idea de construir en Islandia. Al menos, por el momento.

Poco después de su regreso a Alemania, comenzaron a difundirse las noticias sobre las anguilas del Rin. «¡A los pies del mismísimo Lorelei!», había pensado Sævar Kreutz. La contaminación del río en las zonas industriales era tal que las anguilas salían a tierra en busca de oxígeno. Su organismo no soportaba los vertidos tóxicos ni los desechos procedentes de las fábricas. Todas las formas de vida desaparecían gradualmente en aquel imponente río de importancia histórica. Los peces quedaban varados en la ribera, muertos o maltrechos. Las anguilas luchaban por mantenerse con vida saliendo del agua para respirar oxígeno atmosférico.

«*Abnormal*», pensaba Sævar Kreutz mientras acariciaba la cabeza del niño. Le fascinaba el comportamiento anormal de los

animales supuestamente ligado a la intervención del hombre en la naturaleza. Había leído con sumo interés las noticias sobre las tortugas de las islas Galápagos, que, después de poner los huevos en la orilla, no regresaban al océano, sino que se adentraban en la tierra, donde quedaban a merced de las aves. También había leído casos de hienas que atacaban a pueblos africanos y de cisnes que agredían, e incluso mataban, a las ovejas islandesas. Coleccionaba artículos semejantes.

Sævar Kreutz estaba sentado en su estudio, con el mayor de los niños a su lado. El más pequeño jugaba en el suelo delante de él. Le gustaba estar con ellos en Islandia y se los llevaba cada vez que tenía ocasión. Hacerlo era arriesgado, sobre todo en el caso del mayor, pero le daba igual. Su hogar estaba en Islandia. Un día se lo explicaría todo. Pero todavía no era el momento. Todavía no. No tardarían mucho en enterarse de todo. No le preocupaba. No le daba miedo su reacción. No le daba miedo el futuro. No le daba miedo el juicio al que lo sometería la historia. Tenía ganas de dar a conocer su hazaña.

Sævar Kreutz detestaba usar a los niños como animales de feria y le irritaba la llegada de los coreanos. Pero la intención había sido siempre la de hacer negocios en el extranjero junto con los alemanes y ahora no se echaría atrás. No había razón para hacerlo. Era el principal portavoz del grupo empresarial en cuestión de desarrollo de producto y, lo más importante, en la venta de servicios especializados. Al mundo le llevaría un tiempo entender su aportación a la ciencia, pero, estaba convencido de que, con el tiempo, las generaciones venideras lo verían como una absoluta revolución.

Iba a tener que tomar medidas para marcharse del país con los niños. La investigación policial había comenzado a dirigirse hacia él y solo era cuestión de tiempo que se presentaran en su casa de Kjalarnes. Para entonces debería haber desaparecido. Tal vez no volviera nunca más a Islandia. No quedaba más remedio. Al fin y al cabo, ya casi no se consideraba islandés, si es que alguna vez lo había sido. Le parecía un país espectacular, con una historia interesante, pero no le gustaba la gente.

—No lo entienden —dijo en voz alta—. No son más que unos pueblerinos que se las dan de cosmopolitas.

Sævar Kreutz no se arrepentía de la metodología que había empleado en sus experimentos. Nunca supo qué fue de los chicos de aquella clase. Había actuado por el bien de la humanidad, lo cual exigía sacrificios, pero había que aceptarlo. ¿Qué no se había sacrificado ya por el progreso de la ciencia?

Su padre nunca lo habría entendido. El farmacéutico de la tercera generación, que había heredado una próspera empresa y unos valiosos contactos con el grupo alemán, podría haberse convertido en una superpotencia dentro de Islandia, pero todo se había echado a perder por culpa de unos rumores falsos. Era un hombre pequeño y corto de miras, como el país. Había roto las relaciones con la empresa porque corrían rumores de que habían realizado experimentos en campos de concentración nazis. Vergüenza en la prensa alemana. Le había prohibido a su hijo mantener cualquier contacto con los Kreutz, aun si lo había enviado de joven junto con su hermana a Alemania para que ambos tuvieran una educación en la empresa familiar. Sævar había tenido una acalorada discusión con su padre. No quería romper los lazos de ninguna manera. Al contrario, los pretendía reforzar. Rannveig había tratado de apaciguar las cosas. Pobre Rannveig. Le habría gustado estar a su lado cuando murió. Le habría gustado asistir a su entierro. Nunca había visitado su tumba. Ella tampoco lo había entendido. Él había tratado de hacerle comprender su proyecto, por qué pensaba que era correcto. No era sino la consecuencia natural de los grandes descubrimientos del siglo XX. El grupo empresarial Kreutz entraba de lleno en el porvenir. Él, en persona, estaba contribuyendo a crear el futuro.

Esas eran las reflexiones que hacía Sævar Kreutz sobre su pasado y su presente. Apenas pensaba en su vida privada y en su familia. No tenían una especial relevancia para él. Lo único que le importaba eran los avances científicos. Sentado junto al niño, le daba vueltas a la cuestión, pero siempre llegaba a la misma conclusión inamovible. Tenía una gran misión que cumplir. Una

misión histórica cuyo objeto de trabajo era la naturaleza misma. Dios era su testigo y su guía. Sævar Kreutz recordó las palabras de su hermana. Le había dicho que era *abnormal*. Esa palabra había utilizado.

*Abnormal.*

Sævar Kreutz abrazó al niño. Un niño al que amaba como a nada en el mundo.

«*Du bist nicht abnormal*», pensó en la lengua de sus antepasados.

Erik Faxen estaba al teléfono cuando oyó un alboroto en la entrada seguido de los gritos lastimeros de su secretario. La puerta de su despacho se abrió violentamente y Kiddi Cuervo entró acompañado de Pálmi.

—¿Se puede saber qué es esto? —gruñó Erik con el auricular en la mano—. ¿Quiénes sois y a qué viene este escándalo? —añadió antes de cambiar radicalmente de tono y decir con suavidad al teléfono que volvería a llamar al cabo de unos minutos.

—Vuestro castillo de naipes se os está empezando a desmoronar —respondió Kiddi regodeándose mientras paseaba la mirada por el elegante despacho.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que a Sævar Kreutz y a ti se os va a ir todo al carajo.

—¡Estos hombres se me han tirado encima! —gritó el secretario desde la puerta.

—Vete a casa —le indicó Erik haciéndole una señal con la mano—. Y cierra cuando salgas.

—Eso, o llama a la policía. Mejor todavía —añadió Kiddi.

—¡Fuera! —ordenó Erik a su secretario, que se fue cerrando la puerta con cuidado—. ¿Qué historias son esas sobre Sævar Kreutz?

—Nos gustaría pedirte que nos acompañaras para hablar con él —respondió Kiddi.

—¡Qué honor! ¿Qué tienen que decirle a un hombre como Sævar dos tipos como vosotros? ¿Y qué tengo que ver yo con él?

—Claro, claro, claro, tú eres un angelito caído del cielo y cagas flores —le espetó Kiddi Cuervo, acercándose a él—. Sabemos que eres el brazo derecho de Sævar Kreutz y su colaborador más cercano. Sabemos que, hace unos treinta años, tu jefe le hizo chantaje a un profesor del colegio de Víðigerði para que drogara a los chicos de su clase porque quería estudiar los efectos de una mierda de medicamento. Me la juego a que fuiste tú quien lo obligó a que trabajara para vosotros. Tienes que ser el grosero del que hablaba, aunque, ahora que te tengo aquí delante, mucha cara de cabrón no es que tengas, más bien parece un mierdecilla. Además, sabemos que no todos vuestros conejillos de Indias están muertos porque yo iba a esa clase y sigo con vida. Kristján Einarsson. ¿Te suena ese nombre?

Kiddi Cuervo se acercó hasta Erik Faxen y le dio un inesperado codazo en las costillas. Erik se quedó sin respiración y cayó al suelo de rodillas. No consiguió recuperar el aliento hasta pasado un rato.

—Nos hemos hecho con esas cintas que tanto buscabas —continuó Kiddi, impasible—. Hemos escuchado a Halldór contar todo. La policía retuvo a un hombre cuyas declaraciones coinciden con su versión. Seguro que te acuerdas de Sigmar. También iba a esa clase. Ahora he reaparecido, y algo me dice que soy un testigo bastante valioso. Así que esto se os va a ir todo a la mierda, a ti y a tu amigo Sævar Kreutz.

—¿Habéis escuchado las cintas? —preguntó Erik, recuperado del codazo.

—Debes de estar sordo —respondió Kiddi.

—¿Y?

—Halldór habla y habla. Según él, lo forzasteis a darnos un tipo distinto de cápsulas de aceite de hígado de bacalao. Nos drogaba a cambio de que vosotros no pregonarais a los cuatro vientos que era un perverso al que le gustaban los niños.

—¿Y menciona a Sævar Kreutz?

—Con todas sus letras, diría yo —respondió Kiddi.

—¿Y la policía tiene ahora las cintas?

—Sí.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Erik Faxen, rindiéndose—. ¿Y



tú quién eres? —le preguntó a Pálmi.

—Mi hermano iba a esa clase.

—Así que eres el tal Kristján. ¿Y vienes a terminar lo que empezaste hace tantos años? Por lo visto, no te metimos suficiente miedo.

Erik había entendido por fin la situación. Si la policía tenía en sus manos el testimonio de Halldór, era inevitable que se interrogase a Sævar. Una cosa era escaparse de los policías y huir del país, pero otra cosa eran esos dos tipos. No eran un par de agentes condescendientes, sino dos fantasmas del pasado con sed de venganza, dos hombres que querían ver a los culpables cumplir su condena. Erik trató de ganar tiempo para poder alertar a Sævar Kreutz de alguna manera. Por si fuera poco, se añadía el problema de los coreanos, que llegaban al país esa noche para reunirse con Sævar. ¿Qué debía hacer? No podía hacer nada contra aquellos hombres. Decidió no oponer ninguna resistencia. De todas maneras, siempre habían sabido que todo saldría a la luz tarde o temprano. Nadie puede mantener un secreto así durante tanto tiempo, y menos en Islandia. La pregunta era cuánto podían saber y cuánta información podía seguir ocultándoles. Solo parecían indignados por la administración de las cápsulas, lo cual era bueno.

—Halldór llevaba años amenazándonos con contar lo del experimento —comentó para ganar tiempo—. Nunca le hicimos caso. Tenía miedo de hacernos enfadar porque conocíamos su pasado. Todos hemos cometido algún pecado.

Kiddi Cuervo y Pálmi se intercambiaron una mirada.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? No es necesario recurrir a la violencia —dijo poniéndose de pie, con la mano apoyada en el torso.

—Queremos que nos lleves hasta Sævar Kreutz.

—Sævar no se encuentra en el país, así que me temo que eso no es posible —respondió, pensando que quizá se tragaban esa mentira.

Kiddi Cuervo volvió a abalanzarse sobre él. Erik retrocedió hacia la elegante vitrina de las estatuillas de porcelana y el cristal se rompió con un estruendo.

—No cuela —le advirtió Kiddi—. Llevo dos semanas vigilando su

casa. Te he visto entrar y salir por la verja con tu cuatro latas yanqui. Ayer, sin ir más lejos, lo vi recibirte y acompañarte de nuevo al coche. Nuestro plan es muy sencillo. Vas a decirle que quieres reunirte con él urgentemente. Invéntate que se os han torcido las cosas. Te acompañaremos al coche, nos llevarás hasta su casa y nosotros nos encargaremos del resto.

—¿Ahora?

—Ahora.

Los coreanos aterrizaron en su jet privado en el aeropuerto de Reikiavik a las cuatro de la tarde de ese mismo día. Los cuatro hombres de negocios se habían registrado con sus verdaderos nombres, salvo uno de ellos, que viajaba con una identidad distinta. Técnicamente, su pasaporte no era falso; se lo habían expedido las autoridades correspondientes, pero con otro nombre. Cuando los millonarios de su país querían viajar sin llamar la atención, solían solicitar documentos con otras identidades a los organismos oficiales. El hombre en cuestión era un octogenario al que se le veía en muy buena forma, a pesar de lo cansado que estaba después del largo viaje desde Corea. Primero habían volado en dirección al polo norte, después habían girado hacia el oeste y luego habían sobrevolado la antigua Unión Soviética y el océano Atlántico.

Aunque el aeropuerto internacional se encontraba en Keflavík, en el de Reikiavik también había cierto tráfico de aviones extranjeros. El personal de aduanas ignoraba que uno de esos cuatro viajeros que habían dejado pasar sin hacer ningún comentario era uno de los dos propietarios de la empresa más grande de Corea, Sumitag, que fabricaba desde microprocesadores hasta autobuses urbanos. Era uno de los hombres más acaudalados de Corea y uno de los cincuenta más ricos del mundo, pero pocos sabían de su existencia. Al igual que Sævar Kreutz, pasaba desapercibido y solo hacía apariciones públicas en contadas ocasiones. Nunca había viajado a Islandia y nunca lo habría hecho de no ser porque Sævar Kreutz y los alemanes tenían algo que mostrarle y venderle.

El avión había hecho escala en Ámsterdam, donde volverían a

parar esa misma noche, según su plan de regreso. No querían que su visita llamara la atención. Los coreanos habían encargado al mayor concesionario de su compañía en Islandia que pusiera a su disposición un vehículo para trasladarse desde el aeropuerto hasta Kjalarnes. Todo debía realizarse bajo el más estricto secreto y el grupo había venido con su propio chófer. Se subieron al coche, que estaba esperándolos en el aparcamiento del aeropuerto, y siguieron una ruta indicada detalladamente en el mapa de carreteras que había en el asiento delantero. Había empezado a nevar de nuevo después de que hubieran bajado las temperaturas por la mañana, pero el coche estaba bien equipado, el chófer estaba preparado para conducir bajo todo tipo de condiciones y el trayecto era corto. Entraron sin contratiempos en la avenida Miklabraut y cruzaron Reikiavik en dirección a Kjalarnes.

La verja automática de la casa de Sævar Kreutz se abrió lentamente y el coche entró en el aparcamiento sin hacer ruido. El dueño de la casa salió a recibirlo. El chófer apagó el motor, salió para abrirle la puerta a su jefe y dobló ligeramente las rodillas cuando bajó el anciano.

Sævar Kreutz lo saludó con un educado apretón de manos y una reverencia. El anciano coreano le correspondió al saludo y el grupo desapareció en la inquietante mansión.

Al cabo de media hora, el coche de Erik Faxen cruzaba la verja automática. Tenía órdenes de no asistir a la reunión con los coreanos. Solo se había limitado a organizarla, pero no pintaba nada en ella. Había conseguido que Sævar Kreutz aceptara un encuentro de media hora en aquella lúgubre tarde de enero. «Es imprescindible que hables con ellos», le había dicho al teléfono. Guardaba relación con lo que habían hablado en los últimos días. El guardia de seguridad, que conocía a Erik a la perfección, le hizo algunos comentarios sobre sus dos acompañantes, a quienes no habían visto nunca antes. Vestidos con unos trajes elegantes que Erik les había prestado, iban sentados en el asiento trasero sin decir una palabra mientras le explicaba al guardia que su visita no estaba registrada porque se habían producido unos cambios de última hora como consecuencia de la llegada de los coreanos. Erik siempre se había llevado bien con los vigilantes de la casa y el guardia dejó pasar a los tres hombres sin mayor complicación. Sævar Kreutz pensaba a veces en reforzar el sistema de vigilancia, incluso armar a los guardias, pero nunca se había atrevido a hacerlo porque temía que un desmesurado despliegue de medios pudiera llamar la atención. Apenas se veían armas de fuego en el país. Le bastaba con comportarse de forma discreta para pasar desapercibido.

Por un instante, Erik se había planteado la posibilidad de explicarle al guardia quiénes eran Kiddi Cuervo y Pálmi para tratar de avisar con tiempo a Sævar Kreutz de la llegada de aquellos dos visitantes no deseados. Pero prefirió no hacerlo. Había tenido tiempo para sopesar todos los escenarios posibles. Tenía la

impresión de que a Kiddi no le costaría mucho esfuerzo aplastar al guardia. Ni él ni su amigo Pálmi le habían quitado la vista de encima desde que habían irrumpido en su despacho. Habían escuchado toda su conversación con Sævar Kreutz cuando lo llamó para organizar aquella reunión urgente. Erik no había conseguido avisar a su jefe de que se había destapado su pasado ni de que seguramente la policía estaba obteniendo en esos momentos una autorización para registrar su casa en busca de indicios de actividades farmacéuticas ilegales. Pensaba sobre todo en salvar su propio pellejo. Sævar Kreutz debía enfrentarse a esos hombres. Erik Faxen debía escaparse. Era así de sencillo.

Entraron en la mansión. Kiddi había pasado un tiempo vigilándola desde fuera, pero, ahora que estaba dentro, le parecía aún más grande de lo que había imaginado. Recorrieron el amplio vestíbulo antes de pasar a la exuberante sala ceremonial, en cuyo extremo se veía una enorme chimenea. Pálmi contempló boquiabierto los cuadros de las paredes. Había obras maestras de la pintura islandesa, tanto clásicas como contemporáneas, e incluso le pareció ver un lienzo de Cézanne. «No puede ser cierto», pensó. Los suelos estaban engalanados con alfombras persas y pieles de animales. Un sinfín de muebles y objetos antiguos se distribuía en la inmensidad de la sala. La decoración parecía estar especialmente diseñada por interioristas. Jamás había visto semejante opulencia, y ni siquiera se había imaginado que algo así pudiera existir. Por un instante se olvidó de las razones que lo habían llevado hasta allí, se olvidó de su hermano, de su madre, de la clase de Daníel, de Halldór y de todo. Recorrió la estancia poco a poco, maravillado ante su grandeza.

—¿Quiénes son estos dos hombres, Erik?

Pálmi se sobresaltó al escuchar la pregunta, que resonó unos segundos en la sala. Habían llegado hasta la colosal chimenea, una obra de arte minuciosamente tallada. El calor de las llamas bastaba para calentar la estancia. Un hombre de unos setenta años se había acercado hasta ellos desde el otro lado de la sala. Alto, delgado y de pelo tupido, tenía la nariz afilada, los ojos pequeños y unos labios tan finos que parecían una simple raya dibujada en el rostro. Vestido

con un impecable traje cruzado y un pañuelo de seda azul oscuro alrededor del cuello, sostenía un cigarrillo entre sus esbeltos dedos.

—Han exigido verte y me ha sido imposible detenerlos. A uno lo dábamos por muerto. Se llama Kristján Einarsson y era uno de los antiguos alumnos. El otro se llama Pálmi y su hermano también iba a esa clase: Daníel, el que se tiró por la ventana. Me han obligado a venir y no he tenido la menor oportunidad de avisarte.

El hombre de los labios finos y el pañuelo azul no mostró ninguna reacción. Erik Faxen continuó:

—La policía nos sigue la pista. Tiene en sus manos las cintas de las que hablaba Halldór. Así que cabe esperar que lleguen esta noche o mañana por la mañana.

Sævar Kreutz seguía con el rostro inmutable. Los tres hombres que tenía delante guardaban silencio. La noticia de que su viejo secreto estuviera a punto de desvelarse no parecía afectarle lo más mínimo. Caminó despacio hacia Kiddi Cuervo, lanzó el cigarrillo a la chimenea y sacó otro de una lujosa tabaquera de oro.

—Así que tú ibas a esa clase —dijo deteniéndose frente a él—. Uno de los hijos del polvo. Tú eres el que estuvo ingresado unos días en el hospital y por eso no recibiste la misma dosis que los demás. No conseguimos igualarla a pesar de las instrucciones que le dimos a Halldór.

—Fue mucho más sencillo —replicó Kiddi Cuervo mirando a los ojos a Sævar Kreutz—. No me gustaban nada esas cápsulas. Las aborrecía. No se te había ocurrido esa posibilidad.

—No. Eran puras golosinas.

—Estaban rellenas de una bazofia asquerosa.

—¿Es eso un ojo de cristal?

—Una vieja herida de guerra que me hice en nuestro barrio.

—Tengo ganas de ver tu reacción. Y la tuya también, Pálmi. Venid conmigo y trataré de responder a vuestras preguntas. Está claro que me odiáis, pero a lo mejor puedo compensar los daños que os causé. Tened presente que debéis abrir la mente para hacer frente a lo que os voy a enseñar.

Pálmi miró a Kiddi Cuervo y ambos se volvieron hacia Sævar Kreutz, que había dado media vuelta y salía de la sala por el mismo

camino por el que había entrado. No habían entendido nada de lo que acababa de decir. Erik Faxen no los acompañó. Atravesó la enorme sala, pasó por delante del guardia de seguridad sin decir una palabra, se subió al coche y cruzó la verja eléctrica. El grosero se había dado a la fuga.



—No veo ninguna razón para negarlo. Hicimos experimentos con un medicamento que se estaba desarrollando en aquel entonces — explicó Sævar Kreutz. Había acompañado a Kiddi Cuervo y a Pálmi a su despacho. Todavía quedaba media hora para su reunión con los coreanos. Kiddi y Pálmi no tenían ningún plan establecido. Había sido sorprendentemente fácil reunirse con Sævar Kreutz. Sentado al otro lado de su escritorio, con la espalda erguida, no mostraba ningún remordimiento de conciencia por lo que le había hecho a los amigos de Kiddi. Ardía en deseos de hablarles de sus experimentos, pero, al mismo tiempo, daba la impresión de que quería terminar cuanto antes. No se apreciaba en él ni el más mínimo signo de arrepentimiento. Por el contrario, parecía orgulloso de su proeza. Daba la impresión de que tenía algo preparado y se moría de ganas de enseñárselo a sus invitados para que fueran testigos de sus aptitudes y su inteligencia. Pálmi tenía la sensación de que llevaba un tiempo con la ilusión de compartir su descubrimiento y que, en ese momento, se le había brindado la oportunidad de oro. Se dirigía a ellos como si fuera su amigo íntimo y no como el hombre que le había arruinado la vida a tanta gente. Kiddi y Pálmi querían explicaciones antes de desvelar su secreto. Todo lo demás les daba igual.

—Llamé al experimento «Aurora» —continuó Sævar Kreutz—. Como el poema del gran poeta Einar Benedíktsson. «¿Acaso el hijo del polvo conoce visión más gloriosa que el alto salón de los dioses envuelto en vacilantes llamas?». Evidentemente partíamos del desconocimiento, que es el motor principal de cualquier labor

científica. Nadie conocía con exactitud los efectos de esa sustancia, no como hoy. Supongo que sabéis lo que son las anfetaminas. Llevan más de un siglo sintetizándose en laboratorios químicos. Como suele suceder con los medicamentos, su utilidad se descubrió durante la guerra. Los soldados son los mejores conejillos de Indias, y los científicos lo saben desde hace tiempo. Las anfetaminas se usaban en la Guerra Civil española y en la Segunda Guerra Mundial para mantener despiertos a los soldados y prolongar su capacidad de lucha durante días. No voy a aburrirlos con los detalles, quedaos con que la sustancia afecta al sistema nervioso central. Combate el cansancio y la necesidad de dormir. Después se convirtió en un estimulante cotidiano. Hasta los Rolling Stones le dedicaron una canción: *Mother's Little Helper*. Obviamente, hoy sabemos más cosas, como que es una droga que se consigue en el mercado negro. ¿Cómo la llaman? *Espid*, o algo así. Su venta está sujeta a estrictas restricciones. Cuando comencé mis experimentos, no sabía exactamente qué tipo de sustancia era.

—Tenía la sospecha de que nos habías dado anfetaminas — afirmó Kiddi Cuervo—. La droga de moda. No me extraña que nos arruinara la vida.

—No te engañes. Vuestra vida estaba abocada a la ruina — respondió Sævar Kreutz inmediatamente, como si, después de tanto tiempo, hubiera encontrado por fin la oportunidad de justificar sus actos.

—¿Por qué escogisteis esa clase, ese colegio y ese profesor? — preguntó Pálmi—. ¿Fueron elegidos al azar o había alguna razón?

—Nos hacían falta dos cosas: por un lado, un grupo de torpes, y, por otro, un profesor al que poder obligar a trabajar con nosotros. Buscamos en todos los colegios de Reikiavik. Analizábamos cada clase, su comportamiento, sus notas, sus profesores... Queríamos el grupo que peor se portara y que peores resultados obtuviera. Y necesitábamos un profesor al que pudiéramos manipular sin correr el riesgo de que se fuera de la lengua. Estudiamos la trayectoria de una serie de profesores hasta que dimos con Halldór. Nos bastó una sola llamada al exdirector del colegio de Hvolsvöllur para averiguar lo que había hecho allí y que lo habían echado del pueblo. Tan solo

me limité a llamarlo y él me lo contó todo de buena gana. Se debió de pensar que pertenecía a alguna institución y parecía querer aliviar su mala conciencia. Nos interesamos por la clase de Halldór y vimos que cumplía con todos los requisitos. Erik Faxen, a quien ya conocéis, le hizo una visita a Halldór y este no opuso ninguna resistencia. No era más que un pobre hombre. Durante un año les dimos a sus alumnos unas cápsulas de aceite de hígado de bacalao ligeramente diferentes, con un principio estimulante que provocó una mejora enorme de su rendimiento. La base era de anfetamina, pero contenían otras sustancias que potenciaban su efecto. Las niñas no nos servían debido a que los cambios hormonales que experimentan a esa edad podían falsear nuestros resultados.

—Así que convertiste a mis amigos en drogadictos —concluyó Kiddi Cuervo.

—Eso es discutible. En aquella época, y hoy todavía en algunos casos, la anfetamina se utilizaba para tratar la narcolepsia, un trastorno neurológico del sueño y ciertas alteraciones del comportamiento infantil. Estas últimas son las que queríamos estudiar en profundidad. En realidad, se trataba de un experimento indoloro y sencillo. Por aquel entonces estábamos desarrollando un tratamiento para niños que sufrían graves trastornos del comportamiento. Elaboramos un psicofármaco que en la actualidad es uno de nuestros productos más vendidos. Se puede adquirir con receta en cualquier farmacia del mundo. Lamentablemente, el tratamiento infantil no dio buenos resultados. —Sævar Kreutz suspiró, encogiéndose de hombros, como si lo lamentara más por el tratamiento que por los niños que habían pagado las consecuencias—. Os lo creáis o no, lo hacíamos por el bien de la humanidad. Yo os llamaba los «hijos del polvo». El polvo os tenía que salvar, haceros mejores personas. Queríamos ayudaros, no destruirlos. Cualquier avance científico exige sacrificios.

—¡Sacrificios! —exclamó Kiddi Cuervo—. Lo que hiciste fue un acto infame, ilegal y letal. Nunca te habrían permitido hacer esa investigación de forma oficial.

—Esa fue una de nuestras limitaciones —respondió Sævar Kreutz, y se encogió de hombros.

—¡Mis amigos acabaron enganchados a esas cápsulas! —gritó Kiddi Cuervo, montado en cólera—. Le robaron a Halldór los tarros que guardaba y Aggi murió de un infarto poco después. Igual que Gísli. Danni perdió la cordura con el tiempo. Otros se volvieron alcohólicos o toxicómanos. Les arruinaste la vida. Se la arrebataste antes de que ni siquiera hubieran empezado a vivirla. ¡Eran unos niños pequeños, monstruo de mierda! Los usaste para un experimento que no valió para nada. Fue el divertimento de un enfermo mental que solo buscaba hacerse con una fortuna que no se podría gastar en toda su vida. Porque ese es el tipo de chusma que eres. Estás pirado. Eres un desecho del imperio farmacéutico.

—No exageres, Kristján —repuso Sævar Kreutz, ajeno a la furia que Kiddi era incapaz de controlar.

—Daníel, mi hermano, era un chico cualquiera. Un niño sano y alegre —interrumpió Pálmi con expresión calmada—. Fue una de tus cobayas. Enseguida tuvo problemas de adicción. Ya de adolescente tomaba *brennivín* y consumía drogas, pero su mayor refugio eran las anfetaminas, que, como tú dices, eran muy fáciles de conseguir. Estoy seguro de que, si no se las hubieras administrado tú, nunca se habría interesado por ellas. Su drogodependencia era incurable, y tomó tantas que se volvió loco. Con el tiempo desarrolló una psicopatía. Intentó prenderme fuego. No tengo palabras para explicarte todo el daño que le hizo a mi madre. Cometía continuos intentos de suicidio. Lo único que ansiaba era poder tener un día normal. Vivió en un infierno durante toda su vida solo porque tú querías crear un nuevo fármaco y comercializarlo. ¿Eres consciente de la clase de monstruo que eres? ¿Te haces una idea de lo que eres, bestia inmunda? ¿Cómo puedes estar ahí sentado, con tu pañuelo de seda al cuello, en un palacio que has levantado gracias a la enfermedad de mi hermano y la muerte de sus amigos y decir que lo hiciste todo por el progreso de la ciencia y el bien de la humanidad?

—¿Cómo sabes que Daníel no llevaba ya la enfermedad dentro? Nunca se sabe qué le puede ocurrir a esos chicos cuando llegan a la pubertad.

—Ni se te ocurra —le advirtió Pálmi—. Eres culpable de

asesinato. De más de uno y de más de dos.

—Llevo más de una década trabajando en un hospital psiquiátrico —explicó Kiddi Cuervo—. Yo cuidé de Daniel. Sé bien cómo lo dejó tu juegucito. Y conozco las anfetaminas mejor que tú. ¿Por casualidad te has atrevido a informarte sobre sus efectos secundarios? ¿Te los recuerdo, hijo de puta? Temblor de manos. Escalofríos. Náuseas. Pérdida de apetito. Mareos. Insomnio. El enfermo las necesita cada vez más. De la noche a la mañana te vuelves dependiente. Es muy habitual el desarrollo de enfermedades como la esquizofrenia. Y en casos de intoxicación: calambres, aumento de la temperatura corporal, aumento de la presión sanguínea con riesgo de hemorragia cerebral. La mayoría de los casos de muerte por anfetaminas se deben a infartos. Eso fue lo que les diste a mis amigos, inútil. Destruiste sus vidas.

—Sandeces —opinó Sævar.

Pálmi alternó la mirada entre Kiddi y Kreutz. Pensó que su amigo se iba a abalanzar sobre el empresario de un momento a otro.

—Conoces bien el contexto de tus amigos —continuó Sævar Kreutz—. Residían en viviendas sociales. Eran de padres alcohólicos y divorciados. Tu madre se prostituía, Kristján, ¿o te habías olvidado ya? Se vendía. ¿Qué futuro tenían esos chicos?, te pregunto. Se habrían echado a perder sin necesidad de que yo los ayudara. Puedes estar seguro. Una panda de niños criados en viviendas sociales no va a ninguna parte. La mitad habría acabado delinquiendo, lo que le habría costado a la sociedad decenas o incluso cientos de millones de coronas. La otra mitad se habría dado a la bebida o a la prostitución.

Kiddi Cuervo se dirigió a Sævar Kreutz con la intención de pegarle.

—Pero, como os acabo de decir, os puedo compensar la pérdida —se apresuró a decir Sævar Kreutz con una sonrisa. Sus labios desaparecieron y dejaron asomar unos dientes pequeños y blancos—. Venid conmigo.

Kiddi y Pálmi intercambiaron una mirada sin entender adónde quería ir a parar Kreutz. ¿Compensar? ¿Cómo podía compensar lo que les había hecho? Susplicaces, salieron del despacho por una

puerta distinta y bajaron por un largo pasillo en pendiente hasta llegar a otra sala. Entraron. Estaban en una habitación minúscula, de unos doce metros cuadrados, en la que había cuatro sillas. Se sentaron. Sævar Kreutz apretó un botón de la pared y se abrió una especie de telón.

—No os preocupéis —señaló Sævar Kreutz—. No os pueden ver desde el otro lado del cristal.

Ante ellos apareció una habitación de unos cien metros cuadrados donde todos los muebles eran blancos: unos sillones de cuero, un sofá y dos sillas acompañadas de una mesilla. El suelo, el techo y las paredes también eran blancos, salvo unas líneas negras que dibujaban el marco de una puerta blanca. Unos potentes fluorescentes iluminaban la habitación. En una de las sillas, un hombre asiático de edad avanzada, vestido con un llamativo traje tradicional, paseaba la mirada a su alrededor. Parecía estar esperando a alguien. El hombre se volvió hacia donde estaban Sævar, Kiddi y Pálmi, pero no los vio. Al otro lado, el cristal era un espejo. El anciano aguardaba con paciencia.

—Observad con atención —anunció Sævar Kreutz, sentado frente al cristal—. Esto os va a parecer muy interesante.

La puerta de la habitación blanca se abrió y apareció un niño desnudo que se echó a caminar hacia el anciano. Era casi tan blanco como las paredes y aparentaba unos doce o trece años. No tenía pigmentación. Era albino.

—Pero ¿esto qué es? —preguntó Pálmi.

—¿Qué clase de atrocidad nos vas a enseñar? —preguntó Kiddi, que quería volverse hacia Sævar Kreutz, pero era incapaz de desviar su mirada del niño.

—Fíjate bien —dijo Sævar Kreutz mientras miraba a Kiddi Cuervo. Por primera vez, su rostro mostraba algún tipo de emoción y se iluminaba con una sonrisa triunfal—. Fíjate bien en el niño —repitió.

«¿Por qué sonreirá este degenerado?», se preguntó Pálmi. Entonces vio la cara pálida de su amigo.

—¿Estás bien? —inquirió. Daba la impresión de que Kiddi estuviera a punto de caerse del asiento. Tenía su único ojo clavado

en el niño, que ya había llegado hasta la silla del asiático. El hombre le tocó la cabeza, los brazos, los dedos y las piernas. Le dio la vuelta y le examinó la espalda, las nalgas y los pies. A Pálmi le parecía estar presenciando una revisión médica. Desvió la mirada de la habitación blanca y se volvió hacia Kiddi, que movía la cabeza de un lado a otro, como si estuviera hipnotizado.

—¿Se puede saber qué es este mercado de carne? —preguntó Pálmi, asqueado.

—No puede ser verdad —murmuró Kiddi—. No puede ser. No puede ser. No puedes tener el valor. No puedes hacernos esto —repetía Kiddi Cuervo sin dejar de mirar al niño. A Pálmi le pareció ver que su ojo estaba empañado de lágrimas.

—Kiddi, ¿qué te pasa? —le preguntó con calma.

—¿Sabes quién es, Pálmi? ¿Sabes quién es ese niño?

—No lo he visto nunca —respondió Pálmi con la mirada clavada en el niño albino, que seguía en manos del asiático.

—Sí que lo has visto, pero no te acuerdas —reparó Kiddi Cuervo con voz temblorosa—. Era uno de los amigos de tu hermano. Es Aggi. Es Aggi tal y como era cuando murió.

—Ya no va a morir nadie más —susurró Sævar Kreutz.

Erlendur y Sigurður Óli estaban atrapados en el atasco que se habían formado al salir de Kópavogur, antes de tomar la avenida Miklabraut. Se dirigían al domicilio de Sævar Kreutz, en Kjalarnes, con la intención de interrogarlo sobre los experimentos que había llevado a cabo en el colegio de Víðigerði tres décadas atrás. También tenían pensado preguntarle qué actividades realizaba en su propia casa. Habían esperado todo el día, junto con sus compañeros, hasta que la policía de Hamburgo, donde se hallaba la sede de la constructora que había diseñado la mansión, les había enviado por fax los planos escaneados del edificio, tras alguna que otra dificultad. La empresa se había olvidado de destruirlos en su momento, tal y como se lo había exigido su cliente. La policía alemana había gestionado la solicitud de la policía islandesa con la mayor rapidez posible.

Según los planos, la vivienda de Sævar Kreutz tenía un sótano al que se accedía por dos ascensores. En los informes de importación de Fentíaz constaba que, en los últimos años, se habían enviado a Islandia numerosos aparatos y sustancias químicas que no se habían puesto a la venta. Durante los interrogatorios, el gerente había reconocido la existencia de esas importaciones y había declarado que el dueño de la empresa, Sævar Kreutz, lo había trasladado todo a su casa. Le preguntaron por la finalidad de aquel material, pero la desconocía. Todo se había enviado al país desde la farmacéutica Kreutz, en Alemania. El gerente solo había visto una parte de la mercancía importada y tenía prohibido hablar de ello.

Erlendur y Sigurður Óli habían recibido órdenes de que su visita a



Sævar Kreutz no llamara mucho la atención, cosa que difícilmente iba a ocurrir si su vehículo seguía avanzando a paso de tortuga, atascados en el denso tráfico. Era la hora punta y caía una espesa nevada. La caravana de coches se movía con parsimonia bajo los copos de nieve, como una oruga gigante. Observaban el atasco, sumidos en un silencio sepulcral. Erlendur quiso aprovechar para poner fin a un asunto al que llevaba tiempo dando vueltas. Le costaba hablar de ello. Siempre lo dejaba para más tarde, como le ocurría a menudo cuando algo lo contrariaba. Quizá no fuera el momento ideal, después de una dura jornada de trabajo y pocas horas de sueño, atrapados en un atasco, bajo la nieve y en la penumbra, de camino a la casa de un hombre a quien debían tratar con guantes de seda. Por otro lado, Erlendur pensaba que no había mejor momento para discutir que cuando se está a punto de estallar. El sistema de ventilación del coche no conseguía desempañar los cristales y comenzaba a rendirse.

—¿Vas a contarle a tu amigo, el del periódico, nuestra visita de cortesía a Sævar Kreutz? —le preguntó a Sigurður Óli antes de dejar escapar un profundo suspiro.

—¿Qué amigo? ¿De qué hablas? —respondió Sigurður Óli, sorprendido. No se esperaba semejante pulla, en ese lugar y en ese momento.

—Me refiero a tu amigo periodista. El que dio la primicia sobre Halldór y los alumnos del colegio. Ya anuncié que despediría a quien le diera un chivatazo a la prensa, así que vas a tener que ir buscándote otro trabajo.

Sigurður Óli se dio por vencido. Aquello ya era agua pasada para él. Pero Erlendur era como era y no había podido evitar sacar el tema otra vez. No descansaba hasta que descubría la verdad o resolvía un caso. Sigurður Óli había pensado que, si filtraba ciertos datos al periódico, la policía podría recibir información que, de otro modo, tardaría semanas en obtener. De hecho, los artículos publicados, aunque engañosos y sensacionalistas, como siempre, los habían puesto sobre la pista de Halldór y...

—El caso es —continuó Erlendur— que ahora has generado una desconfianza que no me gustaría que hubiera entre nosotros.

¿Entiendes lo que quiero decir?

—Vale, ¿me estás diciendo que no hace falta que venga mañana a trabajar?

—Puedes terminar este caso, si quieres.

—¡Por mí puedes acabar tú solito este puñetero caso! —replicó Sigurður Óli, fuera de sí—. El chivatazo nos ha servido de ayuda, pero tú eso no lo admitirás nunca. ¿Y cómo narices te enteraste de quién había filtrado la noticia? ¡Putos periodistas! —gritó, alterado.

—Tengo un contacto en el periódico desde hace mucho tiempo. A diferencia del tuyo, sabe manejar la información confidencial. Tengo entendido que tu amigo se pavoneó en una reunión del periódico y te mencionó como si fueras un amigo de toda la vida. Tal vez deberías tener una charla con él.

—Me debes un favor —repuso Sigurður Óli tras un breve silencio.

—¿Qué favor te podría deber yo a ti? —replicó Erlendur—. Sabes que soy honesto, y debo confesar que nunca me has caído bien, con tus trajecitos bien planchados y tu pisito de soltero. Y no digamos nada de tu forma de dirigirte con desprecio a la gente que nos ayuda, haciendo gala de tu arrogancia y tu falta de paciencia. ¿Crees que vamos a resolver los casos gracias a tu curso en Estados Unidos? ¿Y por qué no intentas fundar una familia?

—¡Oh, Dios nos libre de la formación académica y de los conocimientos! —respondió Sigurður Óli—. Pues ya que nos estamos sincerando, Erlendur, te voy a decir que hay muchas actitudes tuyas que no soporto. Como decirme que funde una familia cuando tú estás divorciado, tus hijos son unos drogadictos y vives en una ratonera, en el barrio de Breiðholt. Descargas tu rabia y tu frustración en los yonquis que pegan a tu hija. ¡Y encima me metes en medio! Sí, eres un jefe ejemplar, digno de poder dar lecciones a sus compañeros. Estás lleno de prejuicios, seguro que además eres racista y odias a todo el que se ha sacado algo más que el bachillerato. Yo no fui ningún torpe, pero aquí delante tengo uno en posición de darle una patada en el culo al que se molestó en continuar estudiando. ¡Enhorabuena, don torpe!

El vaho de los cristales impedía por completo la visibilidad. La ventilación zumbaba al máximo, pero no conseguía disolverlo. Al

final bajaron las ventanillas y permanecieron en silencio. Paralizada, la interminable fila de coches continuaba esperando bajo la nevada.

—Lo logramos hace ya doce años —dijo Sævar Kreutz, sentado frente al cristal de aquella pequeña habitación mientras veía al hombre asiático examinar al niño—. En aquel entonces, la gente no conocía la palabra «clonación», salvo, en todo caso, los lectores de ciencia ficción. En sí, la clonación es una operación extremadamente sencilla, pero teníamos problemas para aislar el material genético y cometimos muchos errores. Aggi, como lo llamáis vosotros, es el primero que ha salido casi perfecto.

—¿El primero? —preguntó Pálmi—. ¿Casi perfecto? ¿Es que hay más como él?

Con la cara pegada al cristal, Kiddi Cuervo miraba fijamente al niño albino mientras el anciano lo palpaba y lo estudiaba desde todos los ángulos posibles. De su frente caía un sudor frío. Sentía náuseas.

—¿Se puede saber qué demonios has hecho? —le preguntó a Sævar.

—Ese hombre que veis con él —respondió sin inmutarse ante la escena que estaban viendo— es un multimillonario coreano, cliente del grupo Kreutz, mi antigua empresa familiar. Está pensando en clonarse. Así de sencillo. Quiere seguir viviendo y seguir dirigiendo su compañía. No tiene ni hijos ni familiares. Al clonarse se preservarían tanto él como su estirpe. Le estamos ofreciendo un servicio exclusivo que le costará miles de millones de coronas, pero tiene el dinero para pagárselo. Es nuestro primer cliente, por así decirlo. No le gustaba la idea de venir a Islandia, pero yo no voy de tour por ahí con mis clones, así que ha tenido que resignarse. Es la

primera vez en quince años que sale de su finca de Corea. Y ahora, en pleno invierno, ha venido a los confines del Ártico con la esperanza de que su vida continúe después de la muerte. Porque eso es, básicamente, lo que vendemos aquí. La vida después de la muerte. Lo tiene todo preparado. Ha dado instrucciones precisas sobre la educación de su clon, el momento en que tomará el relevo de la empresa, cómo serán sus padres, dónde estudiará, etcétera. También ha hecho algunas exigencias respecto a lo que él llama la pureza del material genético. Quiere borrar todos los defectos. Ser más perfecto. La posibilidad existe y al anciano le quedan pocos meses de vida. ¿Qué hay de malo en ayudarlo?

—Habéis instalado un laboratorio en Islandia porque es un lugar remoto donde no vive nadie y la clonación no está legislada — señaló Pálmi.

—Eso que tú llamas laboratorio no se encuentra en absoluto en Islandia, sino en el continente —puntualizó Sævar Kreutz—. Pero no voy a decir dónde. Lleva en funcionamiento desde comienzos de los años ochenta y me atrevo a decir que nadie ha cosechado más éxitos en materia de clonación que el grupo Kreutz. Ahora está preparado para comenzar a clonar humanos, y lo ve como cualquier otro servicio que se ofrecerá en el futuro. No se ha legislado prácticamente en ningún país, incluida Islandia. Los miembros de mi empresa saben que la isla suele elegirse como escenario para distintos esfuerzos de colaboración internacional. A pesar de ser un sitio remoto, es un lugar de paso muy frecuentado. No es casualidad que el ejército estadounidense fuera tan activo aquí durante la Segunda Guerra Mundial. En términos geográficos, Islandia tiene una posición privilegiada como puente entre el este y el oeste. Antes, desde el punto de vista militar, y ahora, desde el comercial. Los extranjeros invaden el país con sus fundiciones de aluminio y sus plantas de ferrosilicio y exportan sus productos por todo el mundo. El pescado viaja hasta los mercados de Asia. La multinacional millonaria de CODE Genetics también tiene su sede aquí. Si Islandia es un país tranquilo, es porque sus poquísimos habitantes no tienen tiempo de hacer otra cosa que no sea trabajar para pagar sus deudas. Estamos planteándonos la posibilidad de

venir. Pero primero debe reconocerse la clonación como un paso lógico en el progreso de la humanidad. La gente le tiene miedo, pero no hay nada que temer. Nada.

—Watson y Crick —dijo Pálmi—. En una entrevista que te hicieron hace tiempo hablabas de Watson y Crick. Me informé sobre ellos. Fueron los descubridores de la estructura del ADN. La clonación ya se te pasaba por la cabeza en 1970.

—El descubrimiento científico más importante del siglo XX —señaló Sævar Kreutz—. Yo mismo tardé en comprender las verdaderas implicaciones de su descubrimiento. Las posibilidades que ofrecía. Habían abierto la vía hacia la vida eterna. Perdí todo mi interés por la fabricación de medicamentos. La farmacia me parecía una ciencia obsoleta. El futuro está en la genética. Y no solo por la clonación. Eso es solo una parte. Ahora podemos controlar los genes humanos, erradicar enfermedades hereditarias, eliminar defectos genéticos...

—¡Eres un puto charlatán! —interrumpió Kiddi Cuervo—. ¿Cómo has conseguido fabricar a Aggi?

—Empleé las muestras de sangre que extraía mi hermana Rannveig. La pregunta ya no es cómo lo conseguimos. Todo el mundo sabe en qué consiste la clonación. Ahora la pregunta es: ¿por qué no? El grupo Kreutz no es el único que investiga la clonación, pero es el que más lejos ha llegado. Todas las grandes farmacéuticas llevan décadas compitiendo, pero ninguna ha progresado tanto como nosotros —aseguró Sævar Kreutz sin poder disimular su satisfacción—. Ha sido una carrera contrarreloj. Lo más probable es que la comunidad internacional prohíba la clonación descontrolada. Prohibiré que este coreano nos pueda comprar una réplica de sí mismo. Pero eso no impide la posibilidad de realizar la clonación. Se hará de forma clandestina, igual que el narcotráfico opera en la sombra. Nadie está autorizado a fabricar drogas, pero todo el mundo las consume.

Sævar Kreutz interrumpió su discurso y miró por el cristal.

—Aggi tiene ahora doce años —continuó—, ¿no os parece increíble? Es verdad que todavía no es perfecto. Los pigmentos no

son los correctos. Pero, desde que lo clonamos, hemos ido limando la técnica.

—¡Qué asco! —espetó Kiddi Cuervo—. ¡Pero qué puto asco! Ese niño ha sido creado genéticamente por un nuevo doctor Frankenstein. Un megalómano que juega a ser Dios. Este chico no es más natural que las anfetaminas que nos dabas. Ese de ahí no es Aggi, sino una aberración monstruosa. ¿Dónde están sus padres? ¿Y su familia? ¿Quién es su madre? ¿Dónde creció? ¿Qué sabe de la vida? ¿Dónde están sus amigos? ¿Cómo se lo tomará cuando se entere de que lo cultivaron como una flor en una maceta? Aggi está muerto y nunca podrá sustituirlo ninguna rata blanca de laboratorio. No debería extrañarme que un hombre que experimenta con niños termine clonándolos. Eres un enfermo mental. Eres un monstruo.

Kiddi Cuervo se había levantado, enfurecido.

—Nosotros le podemos dar todo eso —replicó Sævar Kreutz sin inmutarse—. Podemos crearle un entorno y criarlo como queramos. Le podemos dar la educación que queramos. Podemos controlar el tipo de persona que será. Podemos decidir la composición de su material genético. ¿No lo entiendes? Podemos crearlo a nuestra imagen y semejanza. Dónde y cuándo nacemos, de quiénes descendemos y en qué nos convertimos ya no son cuestiones de azar. Podemos controlarlo todo. Hablas como el hatajo de analfabetos que nos criticó cuando hicimos realidad la fecundación *in vitro*. ¿Quién la ve mal ahora? Fue una hazaña científica que ha aportado alegría y felicidad a la gente de este planeta. Lo mismo ocurre con la clonación. Imagínate que eres el padre de Aggi y tu hijo se muere a los trece años. Gracias a la clonación lo puedes recuperar e incluso recibirlo mejorado. ¿Tenía hiperactividad? La eliminamos. ¿No era lo bastante listo? Lo remediamos. ¿Dónde está el crimen?

—No sería ni la milésima parte del verdadero Aggi —respondió Kiddi Cuervo—. Sería siempre una sombra del que había sido. Cada uno de nosotros es un individuo único. ¿Quiénes seremos si andamos por ahí duplicados o triplicados? ¿Cuál de todos seremos? ¿Y de quiénes seremos hijos? Dices que podréis controlarlo todo,

pero ¿quién os controlará a vosotros? Sois unas hienas. No estáis pensando en la ciencia sino en el dinero. En obtener el mayor beneficio posible. ¿Se va a quedar el grupo Kreutz con alguno de tus órganos si no puedes pagar tu cuota mensual? ¿Pondrá a la venta tu corazón?

—Todavía no lo habéis entendido —respondió Sævar Kreutz, cada vez más deseoso de convencer a Kiddi y a Pálmi de su genialidad, de ponerlos de su lado, de hacerles ver y sentir que lo que había hecho era la continuación lógica del progreso científico—. Es lo que se llama reproducción asexual —explicó—, que es un proceso muy natural. De hecho, pocos fenómenos se dan con más frecuencia en la naturaleza. También os podría citar la Biblia. Soy un hombre creyente y no tengo reparos en sostener que Dios se clonó a sí mismo al crear a Jesucristo. Es el primer ejemplo de clonación. En las dos últimas décadas hemos tenido que superar innumerables barreras técnicas, pero después de que la fecundación *in vitro* se convirtiera en realidad, se abrieron nuevas puertas. Al fin y al cabo, no es más que una versión *light* de la clonación. Y no me aburráis con moralinas. Hoy hay abuelas que gestan a sus propios nietos para sus hijas. ¿Qué pensáis hacer al respecto? Los argumentos emocionales no tienen ningún valor para mí.

—Si tenéis un laboratorio de clonación en algún lugar de Europa, ¿qué hacen Aggi y el coreano en Islandia? —preguntó Kiddi Cuervo.

—Aggi ha pasado buena parte de su vida en Islandia. Lo veo como a un hijo y quiero que esté conmigo cuando vengo. Creo que su hogar está aquí. Nunca he tenido hijos, pero Aggi me ha dado mucho. El coreano quería ver el primer clon del grupo Kreutz para comprobar lo que podemos hacer por él. Prefería venir a Islandia antes que a Alemania.

—¿Dónde está la madre de esta criatura? —preguntó Pálmi mirando a través del cristal al niño albino que Sævar Kreutz llamaba hijo suyo.

—Que yo sepa, vive en una residencia de ancianos —respondió Sævar Kreutz—. Tiene la misma madre que Aggi, vuestro amigo. Lo mejor de la clonación es que nada cambia, a no ser que uno lo desee.



—Sí, pero ¿quién lo ha parido?

—El grupo ha tenido a su disposición una serie de prostitutas. Todo el mundo usa prostitutas para hacer experimentos de clonación. Es lo más barato. Las cuidamos bien. La mujer solo aloja al niño durante nueve meses. No tiene nada que ver con él.

Kiddi y Pálmi intercambiaron una mirada de desconcierto.

—Si has estado usando la sangre de los chicos de clase, ¿has clonado a más, además de a Aggi? —preguntó Pálmi.

Por primera vez, Sævar Kreutz no contestó de inmediato.

—¿Hay más? —insistió Kiddi Cuervo.

—Está Aggi y luego, Daníel, tu hermano, Pálmi. ¿Quieres ver a Daníel cuando era pequeño?

Pálmi tardó un momento en comprender lo que Sævar Kreutz acababa de decir.

—¡Dios santo! —exclamó, levantándose de un salto antes de salir corriendo de la habitación, seguido de Kiddi. Recorrieron el pasillo hasta llegar a una puerta. Pálmi la abrió de un golpe y entraron en la habitación blanca donde el coreano estaba sentado con Aggi. El anciano se asustó ante aquella escandalosa interrupción. Se levantó tan rápido como le permitieron su edad y sus facultades físicas. No conocía a esos dos hombres. Se acercaron al niño y Pálmi le posó con cuidado las manos sobre los hombros.

—¿Dónde está Daníel? —le preguntó al niño con toda la dulzura que le permitían las circunstancias.

Kiddi se quedó a un lado y estuvo a punto de preguntarle al niño si se acordaba de él: «¿Te acuerdas de Kiddi Cuervo? Jugábamos juntos de pequeños». Pero abandonó la idea al entender que no tendría sentido. Nada tenía sentido en su cabeza. Nada.

—¿Sabes dónde está Daníel? —volvió a preguntar Pálmi. Inmóvil, el niño albino alternaba la mirada entre Pálmi y Kiddi. El coreano había retrocedido unos pasos. Sævar Kreutz apareció en la puerta.

—No sirve de nada —reparó—. Aggi no tiene lengua y no puede hablar. Tampoco tiene sentido del oído. Pero le hemos enseñado el lenguaje de signos.

Kiddi Cuervo dio un grito, se abalanzó contra Kreutz y lo tiró al

suelo de un golpe. Pálmi soltó al niño y corrió hacia ellos para separarlos. El coreano observaba la escena en silencio.

—¿Dónde está Daniel? —le gritó Pálmi a Sævar Kreutz, que no se atrevía a moverse.

En ese momento apareció el guardia de seguridad. Su jefe debía de haberlo llamado al escaparse de la sala de observación. El vigilante estaba a punto de lanzarse sobre Pálmi, que seguía gritándole a Kreutz, cuando Kiddi lo agarró y lo empujó contra los muebles. Pálmi salió disparado de la habitación, seguido de Kiddi, que cerró de un portazo y mantuvo sujeto el pomo. En el pasillo vieron un ascensor. Pálmi se dirigió hacia él como un rayo, aporreó los botones y las puertas se abrieron despacio. Kiddi Cuervo soltó el pomo y se echó a correr. La puerta se vino abajo y el guardia, seguido de Kreutz, lo persiguió a toda velocidad. Kiddi entró de un salto en el ascensor y las puertas se cerraron en las narices del vigilante. Pálmi apretó el único botón que había. El ascensor bajó lentamente.

—Pero ¿qué ida de olla es esta? —murmuró Kiddi Cuervo.

El ascensor se abrió ante una enorme sala llena de pantallas y extravagantes aparatos de investigación. Atascaron la puerta del ascensor para que el vigilante no lo pudiera llamar. Incapaces de entender para qué servía nada de lo que estaban viendo, atravesaron la estancia buscando con la mirada algún rastro de Daniel.

En el pasillo, Sævar esperaba impaciente la llegada del ascensor. Al ver que no subía, maldijo en voz baja con sus finos labios.

—Vamos —dijo levantando la mirada hacia el indicador luminoso. Dio media vuelta y volvió a recorrer el pasillo, acompañado del guardia—. Son unos catetos. No entienden nada —farfullaba mientras regresaba rápidamente a la sala blanca—. No entienden el alcance de nuestros resultados. Pueden tener de nuevo a sus amigos con la salud recuperada, pero no los quieren.

Entró en la sala, le hizo una rápida reverencia al anciano coreano, cogió al niño albino en sus brazos y se lo llevó. El guardia de seguridad los seguía de cerca. El coreano salió de la habitación y los observó mientras desaparecían por el pasillo.

Kiddi Cuervo y Pálmi se separaron y exploraron el sótano. Kiddi llegó a la pared del fondo y se encontró con tres puertas. Trató de abrir la primera, pero estaba cerrada con llave. Retrocedió unos pasos, se lanzó con todas sus fuerzas y la tiró abajo. La puerta daba acceso a una habitación oscura. Encontró a tientas un interruptor y lo apretó. En el techo parpadearon unos fluorescentes durante unos segundos hasta que se encendieron. Kiddi había entrado en una habitación embaldosada en la que había una especie de enormes botellas o columnas de cristal apoyadas sobre unos soportes de madera. Contenían un líquido amarillento. «Formol», pensó. Le pareció ver un movimiento en el interior de una de ellas. Se acercó, pero había sido una ilusión óptica. No se movía nada. Eran cuatro columnas de un metro de altura y medio metro de circunferencia. Kiddi Cuervo se acercó y miró el líquido turbio con atención hasta que le pareció ver la silueta de un rostro en la columna que tenía más cerca. Lo sacudió un escalofrío. Era otra imagen del pasado.

Se acercó y examinó su interior hasta que distinguió unos rasgos conocidos. Era la cara de otro de sus viejos amigos. Lo único que veía de él era su cabeza deformada, que estaba unida a un torso partido por el medio y sin extremidades. Kiddi tardó en entender lo que estaba sumergido en aquel líquido amarillo. La revelación lo fulminó y sintió que lo sacudía una descarga eléctrica. Era su amigo Skari. Era Óskar.

En la siguiente columna solo vio un brazo y una pierna. En la tercera reconoció enseguida a Gísli, con ocho o nueve años. Su rostro estaba pegado al cristal. Se habían conocido cuando tenían seis años. Pero eso había sido en otra vida.

Al principio no vio nada en la cuarta y última columna. Tuvo que acercarse hasta el cristal y usar la mano como visera para examinar bien el líquido. Al final emergió un rostro y lo observó fijamente hasta que pudo ver la expresión de su cara. Era la que mejor conocía de todas: la suya propia. Atenazado por el terror y la repulsión, contempló sus ojos inertes, los ojos que había tenido de pequeño. El horror dio paso a una tristeza insondable y Kiddi se deshizo en un mar de lágrimas.

«Tengo los dos ojos», era su único pensamiento.

«Tengo los dos ojos».

Erlendur y Sigurður Óli se detuvieron frente a la verja automática. Al no ver a nadie, Sigurður Óli bajó del coche y trató de abrirla. Erlendur probó a tocar el claxon, pero no sirvió para nada. No habían vuelto a hablar desde que el atasco se había disuelto. Su pelea había quedado sin resolver.

—¿Crees que vamos a tener que saltarla? —gritó Erlendur desde la ventanilla.

—No lo conseguiremos —respondió Sigurður Óli. Tanto la imponente verja como los enormes muros de alrededor eran infranqueables.

—Necesitamos refuerzos —dictaminó Erlendur mientras sacaba su móvil.

No habían avisado a Sævar Kreutz de su llegada. Querían pillarlo desprevenido. En el momento en que Erlendur marcaba el número, escucharon el ruido de un coche al otro lado de la verja, que comenzó a abrirse sola. Unos faros que se alejaban de la casa a toda velocidad se acercaban hacia ellos. El vehículo, un enorme todoterreno que circulaba sin problema por la gruesa capa de nieve, cruzó la verja e invadió levemente el arcén para adelantar el coche de Erlendur. Este distinguió entre la nevada que el conductor llevaba puesta una camisa azul de vigilante, y también percibió la silueta de un pasajero en el asiento trasero. De pronto se asustó al ver aparecer la cara blanca de un niño en la ventanilla. Atónito, siguió al vehículo en silencio con la mirada hasta que lo vio desaparecer en la oscuridad. A Erlendur le sonaba haber visto ese rostro en alguna parte. En lugar de dar la vuelta y perseguirlo, Erlendur marcó otro

número para ordenar que cerraran y mantuvieran vigiladas todas las puertas de entrada y salida del país. Debían detener a un hombre llamado Sævar Kreutz. Y también a Erik Faxen. Erlendur nunca le daría alcance a un todoterreno estando la carretera en esas condiciones. También dio un aviso a la guardia de tráfico para que buscaran un todoterreno Mitsubishi verde cuya matrícula les facilitó.

Sigurður Óli se subió de nuevo al coche y atravesaron la verja.

—¿Crees que era él? —preguntó Sigurður Óli mientras se acercaban a la mansión.

—No lo he visto bien.

Aparcaron frente a la puerta principal, que estaba entreabierta. Quienes hubieran pasado por delante de ellos a toda velocidad habían abandonado el lugar con prisas. Junto a la puerta vieron aparcado un jeep negro Dodge Ram de la gama más cara. Entraron en la casa. Parecía estar completamente vacía. Se adentraron en el enorme salón y Sigurður Óli se fijó en una pared donde claramente faltaba un cuadro.

—Si encuentras también los ascensores, podremos bajar al sótano —dijo Erlendur.

Caminaron hasta el final de la sala, donde accedieron a un amplio pasillo iluminado que parecía circular y tenía una leve pendiente hacia abajo. Titubeantes, comenzaron a bajar y frenaron el ritmo al escuchar el rumor de una conversación ininteligible y unos pasos que se acercaban. Prácticamente se habían parado cuando vieron que cuatro hombres de procedencia asiática caminaban hacia ellos. Tal vez no avanzaban todo lo rápido que querían porque uno de ellos, vestido con una especie de traje tradicional oriental, era muy mayor y ralentizaba a todo el grupo. Los otros tres parecían sus guardaespaldas. Los hombres se detuvieron al ver a los policías y se intercambiaron una mirada, como a la espera de que alguien reaccionara. Erlendur miró a Sigurður Óli.

—¿Quiénes son estos?

—Ni idea, pero no hablan islandés.

—Háblales tú. Diles quiénes somos y pídeles que esperen un momento —le indicó Erlendur.

—*We are from the Icelandic police. We will have to ask you to*

*stay in the house. One of us will stay with you. We are not armed and would be grateful for your cooperation.*

Apenas terminó de hablar, uno de los coreanos sacó una pistola y la apuntó hacia los agentes. Dieron a entender que solo querían pasar por delante de ellos y comenzaron a caminar, pero el anciano dijo algo en su idioma y se detuvieron de inmediato. El hombre que había sacado la pistola la guardó en el bolsillo.

—Quédate con ellos —le ordenó Erlendur a Sigurður Óli— y pide refuerzos.

Erlendur pasó por delante de los asiáticos y continuó bajando por el pasillo. Le hizo una leve reverencia al anciano mirándolo a los ojos y el asiático le respondió con un gesto de asentimiento. Erlendur llegó al ascensor y se dio cuenta de que estaba atascado en el sótano. Sabía que había otro. En los planos no había visto ninguna escalera. Trató de recordar dónde estaba el segundo y terminó de recorrer el pasillo hasta llegar de nuevo a la entrada de la casa. Atravesó de nuevo la enorme sala ceremonial y al fondo encontró una puerta por la que accedió a un gran despacho, en teoría el de Sævar Kreutz. Al no ver ningún ascensor, recorrió las paredes en busca de una puerta secreta, que al final encontró detrás de una gruesa cortina de terciopelo. Apretó un botón y la puerta se abrió sin hacer ruido. Entró en el ascensor y este bajó despacio hasta una enorme sala iluminada llena de aparatos y utensilios que Erlendur no había visto nunca. Recorrió la estancia con cautela y preguntó en voz alta si había alguien, pero no obtuvo respuesta. Avanzó hasta llegar al fondo, donde vio dos puertas cerradas y una tercera que parecía haber sido forzada. Al entrar vio cuatro enormes columnas de cristal apoyadas sobre unos pequeños soportes. Contenían un líquido turbio que no le permitía ver bien lo que había en su interior, pero creyó distinguir un objeto que parecía un pie y otro que parecía una mano. Se acercó a una de las columnas y se encontró con la cara de un niño mirándolo a los ojos.

Aterrorizado, Erlendur dio un salto hacia atrás y se cayó, tirando consigo una mesa metálica con ruedas sobre la que había unas bandejas de acero. La mesa se estrelló contra el suelo y las bandejas se desperdigaron a su alrededor haciendo un ruido

ensordecedor. Entonces vio a un desconocido acercarse hacia él. El hombre caminaba despacio, con la mano tendida, en señal de que quería ayudarlo a levantarse.

—¿Quién eres? —le preguntó mientras se ponía en pie, todavía recomponiéndose de lo que había visto al otro lado del cristal.

—Me llamo Kristján —respondió el hombre—. Soy el que está metido en el cuarto recipiente. ¿Quieres saber cómo era de pequeño?

Erlendur acompañó al hombre hasta la última columna.

—Esto fueron capaces de hacernos, los muy cabrones. Pensábamos que estaban probando medicamentos, pero nos estaban clonando —explicó Kiddi Cuervo.

—¿Clonando? —preguntó Erlendur, confundido—. ¿Cómo que clonando? ¿Sævar Kreutz se dedica a clonar personas?

—Él y los alemanes. El grupo Kreutz creó un laboratorio de clonación y Sævar Kreutz le enviaba la sangre que nos extraía. Ahora pretende venderle un clon a un millonario coreano que quiere vivir eternamente. El mercado manda, ya sabes. Todo se puede comprar con dinero. Hasta la vida eterna.

—Un momento. ¿Kristján? —preguntó Erlendur—. ¿Tú eres ese al que apodaban Kiddi Cuervo?

—Y tú debes de ser el policía. Erlendur o algo así, ¿no? Pálmi y yo hemos llegado hace un rato y Sævar Kreutz nos ha dado toda una conferencia sobre sus proezas.

—¿Dónde está Pálmi?

—Ha entrado en la sala de al lado. Está buscando a Danni, su hermano mayor.

—¿A Daniel? —preguntó Erlendur, sin salir de su asombro. Todavía no había terminado de entender lo que estaba ocurriendo—. ¿Y es que aquí no trabaja nadie? —preguntó mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—Solo hemos visto a un guardia de seguridad y al anciano coreano. Erik Faxen, con quien deberías hablar, nos contó que Sævar recibió visitas regulares del grupo Kreutz durante muchos años. Los que venían pasaban aquí temporadas de distinta duración. Según Erik, los enviaban con fines farmacéuticos, pero sin



duda lo que hacían era participar en los experimentos de clonación.

Salieron de la habitación y entraron en la sala contigua, mucho más grande. En su interior parecían haber querido recrear la naturaleza y el mundo exterior, aunque el resultado dejaba mucho que desear. En una pared se veía una fotografía de un paisaje montañoso a cuyos pies habían distribuido unas piedras y un poco de arena. En el techo, una bombilla que hacía las veces de sol iluminaba la estancia desde un cielo azul salpicado de bonitas nubes algodonosas. En otra pared, la imagen de un bosque estaba acompañada de plantas, árboles y arbustos reales. En algunas partes del suelo habían pintado calles y aceras, mientras que en otras habían dispuesto materiales naturales, como lava y musgo. Desde algún lugar de la sala se proyectaban imágenes de animales en la pared del fondo.

Erlendur y Kiddi Cuervo salieron de la habitación para entrar en una tercera que tenía todos los elementos propios de una guardería: mesitas, sillas diminutas, paredes pintadas con colores brillantes, dibujos de niños, colchonetas y barras para trepar. Kiddi llamó a Pálmi, pero no obtuvo respuesta. Se adentraron y continuaron llamándolo hasta que oyeron una voz débil. Se guiaron por el sonido y lo encontraron en una esquina, detrás de un biombo, con un bebé sobre sus rodillas. El niño tenía unos dos años y una rubia cabellera rizada que le caía hasta los hombros.

—Está entero —anunció Pálmi alternando la mirada entre Erlendur y Kiddi—. No le falta ningún dedo, ni en las manos ni en los pies. Tiene los dos brazos, las dos piernas, los ojos, las orejas, la nariz y la lengua. Es Danfel, mi hermano mayor. Danni.

Unos meses después, un espléndido día de domingo, Pálmi aparcó su coche frente al inmueble donde vivía Helena. Se habían hecho buenos amigos durante el invierno y quería saludarla y darle algo que llevaba tiempo esperando. Avisada de que iba de camino, la anciana le abrió la puerta y lo dejó entrar en su minúsculo apartamento.

—Por fin te traigo tu cuadro de Kjarval —le anunció mientras sacaba un pequeño paquete.

—Mira que han tardado —comentó Helena—. Les ha costado cuatro meses. Eso sí, veo que se han esmerado mucho. Les ha quedado igualito. ¿Me lo podrías colgar en la pared, cielo?

Pálmi puso el retrato en su sitio y lo miraron unos instantes. La anciana se acercó y lo recolocó.

—Has venido en coche. Te acabas de sacar el carné, ¿no? No paras —reparó Helena.

—Ya era hora —admitió Pálmi.

—¿Qué me cuentas de Kristján? ¿O debería decir Jóhann? —preguntó, mirando a Pálmi.

—Llámalo Kiddi Cuervo. Es lo mejor. Estuvo destrozado durante una temporada y lo pasó muy mal cuando enterramos los cuerpos que Sævar Kreutz había guardado. Fue un mal trago. Metimos todos los cadáveres en la misma tumba. No está señalada, pero sabemos cuál es. Ahora comienza a levantar cabeza y trabaja en el puerto. Dice que la pesadilla lo atormenta cada vez menos. Se está recuperando poco a poco. Estamos mucho en contacto. Me viene a ver a menudo y pasamos el rato charlando. Se pondrá bien.

—¿Y nunca atraparon a ese monstruo de Sævar Kreutz?

—Crean que está en algún lugar de Europa, probablemente en Alemania. Se fugó con Aggi. Unos días después, el vigilante confesó que lo había llevado a un carguero alemán que estaba a punto de zarpar, pero el barco ya había llegado a Hamburgo cuando lo contó todo. Negó estar al corriente de las actividades de Sævar Kreutz. Erik Faxen también afirma no saber nada, ni de ese asunto ni de ningunos experimentos con medicamentos. Pero dudo que se salga con la suya tan fácilmente. Guðrún es la testigo principal del fiscal y, como es evidente, cumplirá condena por lo que hizo. De todos modos, ya sufre su propio castigo. Por lo que me ha dicho Erlendur, está destrozada por todo lo que ocurrió y no deja de llorar. La martiriza el remordimiento de conciencia. Ya veremos qué hace el fiscal. Lo más seguro es que silencie el caso. Hasta ahora, las autoridades han conseguido mantener la clonación en secreto. Esperemos que las cosas sigan así. Sería un desastre si saliera a la luz. El coreano y sus hombres salieron del país después de haber declarado ante la policía. Seguro que ya ha encontrado la vida eterna en otro sitio. Que le aproveche. Un equipo de investigación de la universidad ha examinado la casa de Sævar. El grupo Kreutz ha negado todas las acusaciones y afirma no saber nada de ningún laboratorio de clonación. Hacen sus investigaciones, como tantas otras entidades, pero ni por asomo han comenzado a clonar humanos. Sævar Kreutz ha desaparecido de la faz de la Tierra. No se ha sabido nada de él desde que huyó del país. Eso es todo lo que Erlendur me ha podido contar.

—Estuvo aquí este invierno. Vino un día con Sigurður Óli para informarme sobre las circunstancias de la muerte de Halldór. No me dijeron que tuvieran la intención de perseguir a Kristján. Ya tenía bastante con lo suyo. El caso se registró como un suicidio. Qué buenos tipos. Todo parecía fluir muy bien entre ellos. Como si se hubieran relajado después de haberse sacado los trapos sucios.

Se hizo un breve silencio.

—He arreglado el cuarto de cuando era pequeño —anunció Pálmi—. La habitación de la que te hablé. La he pintado y he dejado la puerta abierta.

—Qué bien.

—Bueno, será mejor que me vaya.

—¿Adónde vas tan deprisa?

—Dagný y yo vamos a dar una vuelta en coche con los chicos. Queremos disfrutar del buen tiempo y salir de la ciudad. Parar en algún sitio, hacer un pícnic, tumbarnos al sol y ver jugar a los niños. Habíamos pensado volver por la tarde y aprovechar que ahora, en verano, hay luz durante la noche.

Pálmi se despidió, salió del inmueble y se subió al coche, donde lo estaba esperando Dagný junto a sus dos hijos. En el asiento trasero, un bebé miraba al cielo desde su silla con sus ojos enormes. Lo llamaban Danni, pero su verdadero nombre era Daniel.